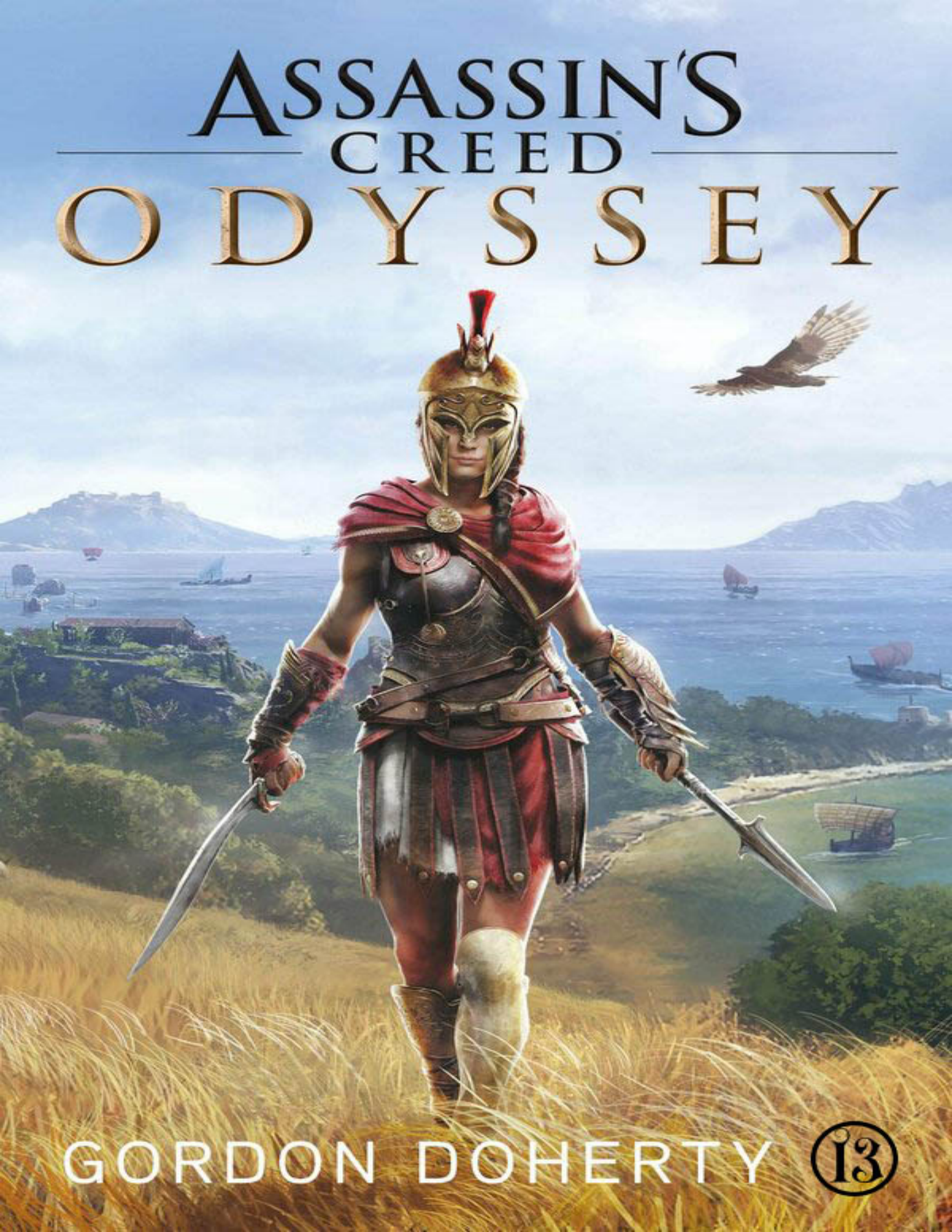
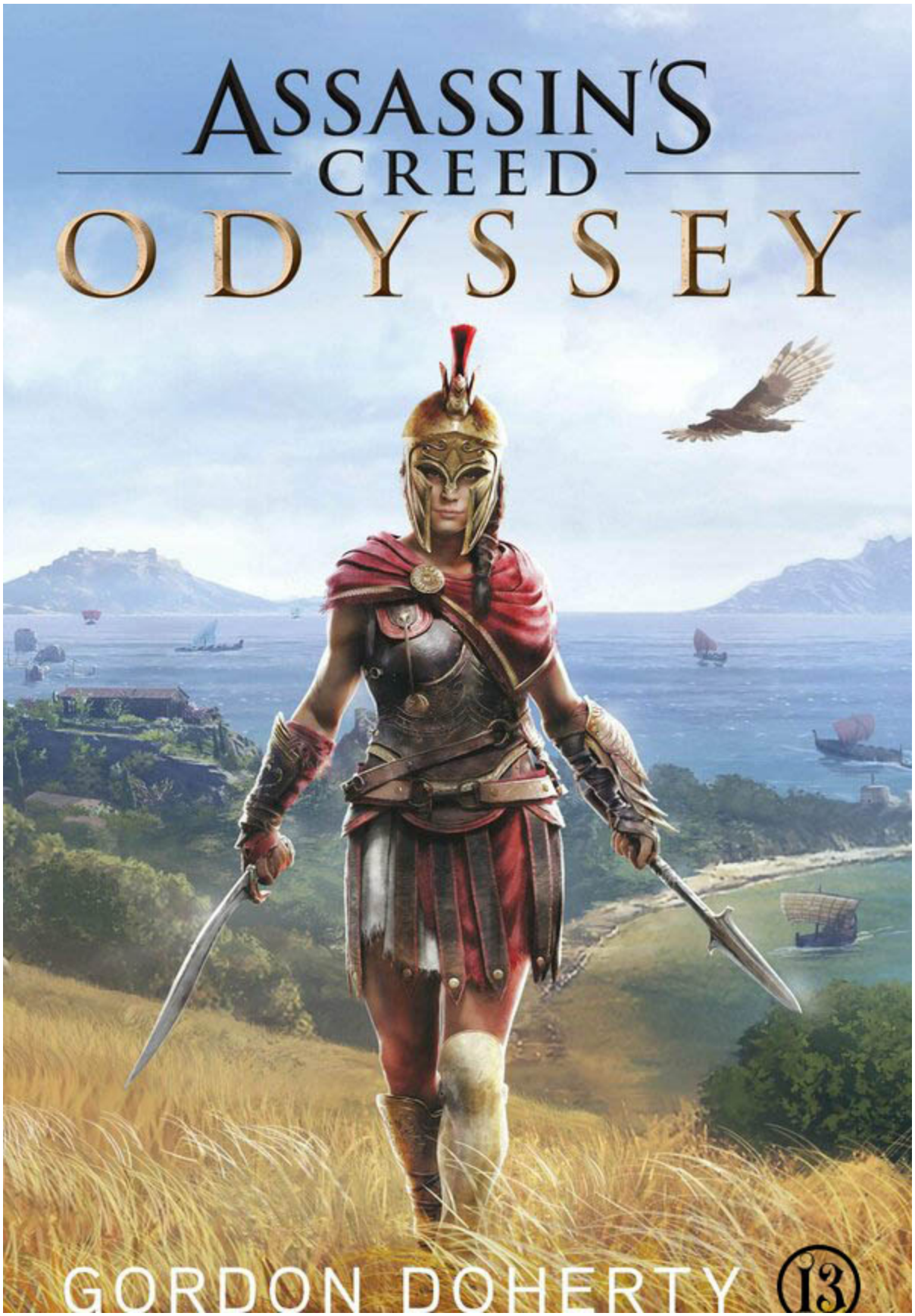
ASSASSIN'S CREED ODYSSEY



GORDON DOHERTY

13


ASSASSIN'S
CREED
ODYSSEY
GORDON DOHERTY
13

Kassandra, descendiente del poderoso rey Leónidas, lleva veinte años intentando olvidar la deshonra que la persigue: Nikolaos, su propio padre, la expulsó de Esparta por haber desobedecido la voluntad de los dioses para salvar a su hermano, que no era más que un bebé. Ahora, un misterioso desconocido se presenta en la tranquila ciudad costera en la que vive como mercenaria y le promete incalculables riquezas que cambiarán su vida para siempre. Para conseguirlas, Kassandra tiene que cruzar el Mediterráneo y participar en la guerra que enfrenta a Atenas y Esparta. Debe asesinar a un hombre al que llaman El Lobo: Nikolaos de Esparta, el hombre al que nunca ha podido perdonar, su propio padre…

Gordon Doherty

Odyssey

Assassin's Creed

XI

Título original: *Odyssey*
Gordon Doherty, 2018
Traducción: Traducciones imposibles, 2018

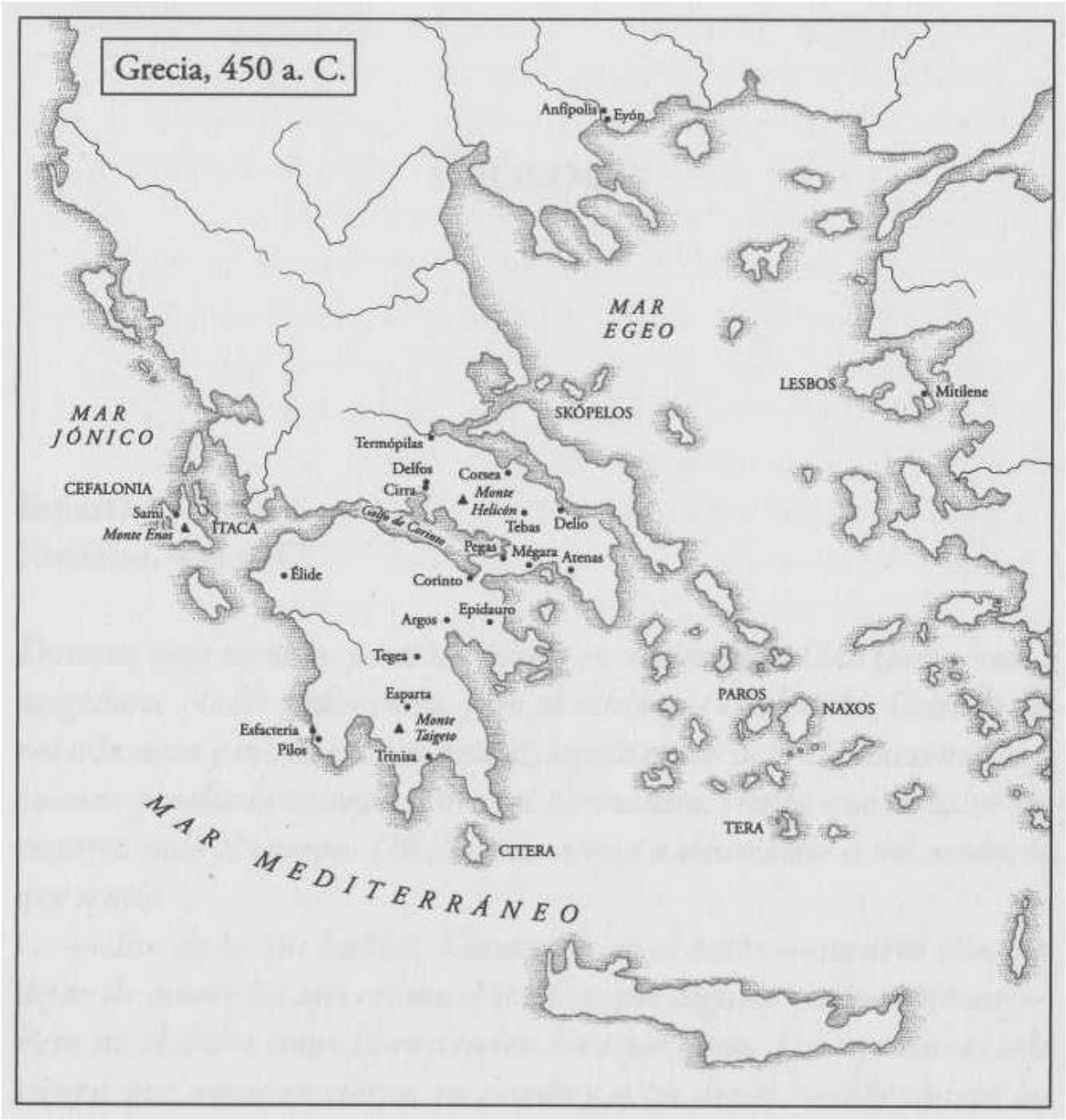
Revisión: 1.0

17/02/2020

Para mi familia

Agradecimientos

Quiero darles las gracias a Caroline, Anthony, Anouk, Melissa, Aymar, Clémence, Stéphanie-Anne, Jonathan, Miranda, Sara y Bob Schwager, y a todas las personas que trabajan en Ubisoft y de Penguin Random House UK por darme la oportunidad de sumergirme en el mundo de Assassin's Creed. Ha sido un viaje más que agradable y os agradezco enormemente vuestra experta orientación y el apoyo que me habéis brindado a lo largo de toda esta odisea. También quería darle las gracias a mi agente, James Wills, de Watson, Little Ltd., por ayudarme a hacer realidad esta aventura.


Grecia, 450 a. C.
Anfípolis
Eyón
MAR EGEO
LESBOS
Mitilene
SKÓPELOS
MAR JÓNICO
Termópilas
Delfos
Cirra
Corsea
Monte Helicón
Tebas
Delio
CEFALONIA
Sami
Monte Énos
ÍTACA
Golfo de Corinto
Pegas
Mégara
Atenas
Élide
Corinto
Epidauro
Argos
Tegea
Esparta
Monte Taigeto
Esfacteria
Pilos
Trinisa
PAROS
NAXOS
TERA
CITERA
MAR MEDITERRÁNEO

PRÓLOGO

Esparta
Invierno, 451 a. C.

Durante siete veranos, porté un secreto en mi interior. Una llama, real y acogedora. Nadie podía verla, pero yo sabía que estaba ahí. Cuando alzaba la vista y miraba a mis padres, sentía cómo su brillo aumentaba y, cuando posaba la mirada sobre mi hermanito, sentía que su calor me recorría todo el cuerpo. Un día, me atreví a describirle a mi madre lo que sentía.

—Eso de lo que hablas, Kassandra, es el amor —susurró ella, sin dejar de mover los ojos, como si temiese que alguien pudiese oírnos—. Pero no el amor como lo entienden los espartanos. Los espartanos solo tienen que amar su tierra, su estado y a los dioses. —Me apretó las manos y me pidió que le hiciese una promesa—: Nunca le reveles tu secreto a nadie.

Una noche de invierno, en medio de una tormenta huracanada, estábamos los cuatro sentados en el salón de casa, frente a un fuego que no dejaba de chisporrotear, el joven Alexios en brazos de Madre, mientras yo me sentaba a los pies de Padre. ¿Podía ser que los cuatro portásemos aquella llama secreta en nuestro interior? Al menos me reconfortaba pensar que así era.

Y, entonces, el sonido de unas uñas que arañaban la puerta principal desgarró nuestro cálido santuario de tranquilidad.

Padre contuvo la respiración, lenta e irregular. Madre estrechó al pequeño Alexios contra su pecho y miró la puerta como si solo ella pudiese

ver al demonio que se hallaba allí, entre las sombras.

—Ha llegado la hora, Nikolaos —gritó desde el exterior una voz cascada que sonaba como un pergamino al crujir.

Padre se puso en pie y se echó la capa, roja como la sangre, por su fornido cuerpo. Su poblada barba negra ocultaba cualquier rastro de expresión en su rostro.

—Espera un poco más —le suplicó Madre, quien también se alzó y alargó un brazo para rozar la espesa melena rizada y oscura de mi padre.

—¿Esperar a qué, Mirrina? —le soltó, apartando su mano—. Ya sabes lo que tiene que pasar esta noche.

Después de decir eso, se dirigió a la puerta y cogió su lanza. Vi cómo la puerta chirriaba al abrirse. La fría lluvia empapó a Padre al salir. El viento bramaba y los truenos retumbaban en la lejanía, cuando salimos tras él: pues Padre era nuestro escudo.

Entonces, los vi.

Estaban enfrente de nosotros, dispuestos en una especie de arco en forma de hoz. Los sacerdotes, con el torso desnudo, portaban unas coronas alrededor de la frente. Los éforos, con sus túnicas grises, unos hombres cuyo poder superaba incluso al de los dos reyes de Esparta, llevaban unas antorchas que chisporroteaban y crepitaban en la tempestad. El largo pelo cano del éforo más anciano se revolvía con el viento. Su calva coronilla brillaba bajo la luz de la luna mientras nos contemplaba con ojos inyectados en sangre, los viejos dientes apretados en una sonrisa perturbadora. Se dio la vuelta y, sin emitir una sola palabra, nos indicó con señas que le siguiésemos. Fuimos tras él y atravesamos las calles de Pitana (mi hogar, y una de las cinco aldeas sagradas de Esparta). Incluso antes de que llegásemos a las afueras de la aldea, yo ya estaba calada hasta los huesos y me estaba congelando.

Los éforos y los sacerdotes caminaban en tropel por la Tierra Hueca. Cuchicheaban con voz monótona y cantaban a la tormenta mientras marchaban. Al igual que Padre, yo utilizaba mi lanza, partida por la mitad, a modo de bastón; con cada paso que daba, el extremo inferior golpeteaba contra el esquisto. El mero hecho de sostener la lanza partida conseguía que me recorriese una extraña emoción, pues, antaño, había pertenecido al

rey Leónidas: el rey campeón de Esparta, fallecido muchos años atrás. Cada habitante de Laconia veneraba a nuestra familia, porque la sangre de Leónidas corría por nuestras venas. Madre pertenecía al linaje del gran rey, así que Alexios y yo también. Eramos los descendientes del gran hombre, del héroe de las Termópilas. Sin embargo, mi verdadero héroe era mi padre: me enseñó a ser fuerte y ágil, a ser tan dura y robusta como cualquier chico espartano. A pesar de todo, no me enseñó la fortaleza mental que necesitaría para lo que se avecinaba. ¿Acaso había en toda Hellas un tutor que pudiese hacerlo?

Tomamos un tortuoso camino en cuesta hacia las imponentes cumbres gises del monte Taigeto, salpicado de profundos barrancos y las altas cimas cubiertas de nieve. Nuestro extraño viaje carecía de lógica. Yo notaba que algo no encajaba. Lo sentía desde que, en otoño, Padre y Madre habían viajado a Delfos para hablar con el Oráculo. No me confiaron las importantes palabras de la pitonisa pero, fuera lo que fuese lo que les contó, tuvo que ser desolador: desde que volvieron, Padre había estado tenso, irritable y distante; mientras que Madre parecía perdida la mayor parte del tiempo, con los ojos vidriosos.

En nuestra marcha, Madre alternaba largos trechos en los que caminaba con los ojos cerrados. Riachuelos de lluvia le corrían por las mejillas. Sostenía a Alexios con firmeza y cada pocos pasos le daba un beso al pequeño, arropado en un bulto hecho de harapos. Cuando se percató de las angustiadas miradas que yo le dirigía, tragó saliva y me tendió el pequeño bulto.

—Kassandra, lleva a tu hermano… —pidió.

Me até la lanza rota en el cinturón, cogí a mi hermano y lo estreché con fuerza mientras subíamos por el camino, que ahora se había vuelto más escarpado. Los truenos resonaron de nuevo, más cerca, y los relámpagos ondearon por el cielo. La lluvia se convirtió en cellisca y, con el borde de las sábanas que cobijaban a Alexios, conseguí hacerle un pequeño toldo con el que evitar que se le mojase la carita. La piel de mi hermano, perfumada con aceites aromáticos y el reconfortante aroma de la ropa de cama de cardo, se notaba templada contra el frío de mi propio rostro. Las frágiles manitas me acariciaron el pelo. Alexios gorjeó y yo lo arrullé como

respuesta.

Por fin llegamos a una meseta. En el otro extremo se alzaba un altar de mármol con vetas azules, marcado por el tiempo y el paso de los años. Una vela, protegida de la tempestad, ardía sobre el altar junto a un tarro de aceite, una crátera de vino rebajado por la cellisca y una fuente llena de uvas.

Madre se detuvo y reprimió un sollozo.

—Minina, no seas débil —le soltó Padre.

Pude sentir el fuego que se encendía en el interior de mi madre.

—¿Débil? ¿Cómo te atreves a llamarme débil? Se necesita valor para enfrentarse a los sentimientos, Nikolaos. Los hombres débiles se esconden tras una expresión de falso valor.

—Los espartanos no se comportan así —susurró Padre entre dientes.

—Reuníos ante el altar —dijo uno de los sacerdotes, por cuyo escuálido tórax corría aguanieve. No le presté atención a la figura de la vieja mesa… ni al borde de la meseta ni al oscuro abismo que acechaba más allá: un pozo de oscuridad que se zambullía en las entrañas de la montaña.

—Ahora, el niño —dijo el éforo más anciano.

Los pocos pelos que le rodeaban la coronilla bailaban al son del viento, y los ojos le ardían como brasas calientes. Me tendió las manos huesudas y, en ese momento, lo comprendí; una oscura certeza cayó como un manto sobre mis hombros.

—Dame al niño —repitió.

En un solo latido, una oleada de terror me había resecado la boca.

—¿Madre? ¿Padre? —les lloriqueé a ambos.

Madre dio un paso hacia Padre y colocó una mano suplicante sobre uno de sus anchos hombros. Pero él ni se inmutó, permaneció quieto, impasible, como una roca.

—El Oráculo ha hablado —entonaron los sacerdotes al unísono—. Esparta caerá… a no ser que el niño caiga en su lugar.

El horror me atravesó y apreté al pequeño Alexios con fuerza. Di un paso hacia atrás. Mi hermanito estaba sano y era fuerte: no era justo condenarle al cruel destino que les deparaba a los bebés espartanos débiles o deformes. ¿Era eso lo que había decretado el Oráculo cuando mis padres

la visitaron? ¿Quién era ella para condenarlo de esa manera? ¿Por qué mi padre no escupía sobre aquel macabro mandato y blandía su lanza contra aquellos miserables ancianos? Sin embargo, lo único que Padre hizo fue apartar a Madre, a quien tiró al suelo como si fuese un trapo.

—No… ¡No! —Madre lloraba mientras dos sacerdotes la arrastraban lejos del altar—. Nikolaos, por favor, haz algo.

Padre contemplaba el infinito.

Uno de los sacerdotes se acercó a mí por detrás y me sujetó por los hombros. Otro me arrancó a Alexios de las manos y le tendió el pequeño bulto al éforo anciano, que acunó a mi hermano como si fuera un tesoro.

—Poderoso Apolo, que otorgas la verdad, Atenea Poliachos, Gran Protectora, miradnos mientras nos doblegamos a vuestra voluntad, humildes, agradecidos por vuestra sabiduría. Ahora… el niño morirá.

Levantó a Alexios por encima de la cabeza, dejó atrás el altar y se dirigió al borde del abismo.

Madre se cayó de rodillas, con un grito ronco que me partió el corazón.

Cuando el cuerpo del éforo se puso en tensión, listo para arrojar a mi hermano a su muerte, un relámpago cruzó los cielos al tiempo que un monstruoso trueno retumbaba en el aire. Fue como si el rayo me diese de pleno: sentí la oleada más grande de energía y de injusticia. Grité con toda mi alma y me liberé de las punzantes manos del sacerdote que me sujetaba. Avancé hacia ellos a la carrera, desesperada, fuera de quicio, con los brazos extendidos hacia mi hermanito. El tiempo se detuvo: mi mirada fija en el pequeño Alexios y la suya en mí. Si hubiese podido conservar ese momento en ámbar y vivir en él para siempre lo habría hecho, los dos vivos, unidos. Y, en ese momento, todavía tenía la esperanza de cogerlo, de evitar su caída. Pero entonces trastabillé, me tropecé, y sentí que mi hombro chocaba contra el costado del anciano éforo. Oí muchos jadeos repentinos, vi como el éforo se revolvía, lo vi caer por el precipicio… y a Alexios con él.

Ambos se precipitaron en la oscuridad y el grito del éforo se desvaneció como el chillido de un demonio.

Y entonces… silencio.

Caí de rodillas ante el precipicio, entre temblores, mientras a mi

espalda resonaban desquiciados juramentos ultrajados.

—¡Asesina!

—¡Ha matado al éforo!

Me quedé con la mirada clavada en el abismo, horrorizada, mientras la cellisca me golpeaba el rostro.

1

Pequeños surcos de agua le caían por las mejillas. Con los ojos cerrados, lo oyó y lo vio todo de nuevo, con una viva claridad llena de horror. La descendencia de Leónidas, deshonrada, su reputación manchada. Para algunos, veinte años bastaban para olvidar sus deudas, para asumir sus errores, o para reconciliarse con su pasado.

—Para mí, no —susurró Kassandra. La lanza rota le vibraba entre las manos. Con fuerza, clavó el arma en la arena, a su lado, y los recuerdos se desvanecieron.

Sus ojos se abrieron poco a poco, adaptándose a la deslumbradora luz temprana de primavera. Las cerúleas aguas que bañaban las costas orientales de Cefalonia brillaban como una bandeja llena de joyas. Las olas rompían y la espuma se esparcía por la arena, convertida en un frío borboteo que se acercaba con suavidad hasta ella y se colaba entre sus dedos descalzos. La niebla salina llegó acompañada de unas suaves nubes, condensándose y refrescándole la piel. En el cielo despejado revoloteaban un par de gaviotas entre graznidos, al tiempo que un cormorán se zambullía en las aguas con una explosión de gotas cristalinas. Al este, cerca del brumoso horizonte, unas galeras atenienses avanzaban en una cohorte sin fin. Se deslizaban como sombras por las profundas aguas, oscuras como la noche, hacia el golfo de Corinto para acudir en ayuda al bloqueo de Mégara. Las velas de los barcos ondeaban como los pulmones de los titanes y, a veces, el viento marino transportaba el crujido de las maromas y las cuadernas, así como los gritos roncos de los numerosos guerreros que

viajaban a bordo de las naves. A principios de aquel año, Cefalonia había sido anexionada a la esfera ateniense, como la mayoría de las islas. Y así, la guerra se propagaba como un cáncer. Una vocecita en la cabeza de Kassandra le decía que debía preocuparse por la descomunal contienda que se desataba con furia por toda Hellas, removiendo aquel enorme caldero de ideologías y provocando que ciudades que antaño habían sido aliadas se enzarzasen entre ellas. Pero ¿cómo iba a hacerlo? Poco le importaba la soberbia Atenas. Y, en el otro bando… la inquebrantable Esparta.

«Esparta».

La mera aparición de la palabra en sus pensamientos hizo añicos el delicado momento idílico en la costa. Echó una mirada de soslayo a la antigua lanza, partida por la mitad, que había pertenecido a Leónidas. La punta alada de hierro, las intrincadas filigranas de la espiga y el mango, la mitad de lo que había sido en el pasado. Siempre le había parecido muy apropiado que la única posesión que le quedase de su destrozado pasado fuese un objeto también destrozado.

Un agudo chillido la sacó de sus pensamientos. Kassandra alzó la mirada para ver cómo el cormorán emergía de entre las olas con una caballa plateada en el pico… pero un águila moteada descendía hacia él a toda velocidad. El cormorán graznó de nuevo, aterrorizado. Dejó caer su premio, ya medio masticado, y se zambulló en el agua para ocultarse de su enemigo. El águila recogió con las garras el cadáver del pescado abandonado, pero el trozo que quedaba del animal también acabó hundiéndose entre las olas. Con un enorme chillido de consternación, la gran ave empezó a volar en círculos y planeó hacia la costa, recorriendo la arena con un delicado vuelo, y se detuvo justo al lado de Kassandra. Ella sonrió a su pesar, pues la maldita lanza no era lo único que le recordaba su pasado.

—Ya lo hemos hablado, Ícaro —dijo Kassandra, con una risa entre dientes—. Tenías que traerme la caballa para asarla en el almuerzo.

Ícaro la miró fijamente, con sus ojos penetrantes y aquel pico del mismo tono amarillo que un ranúnculo. Le lanzó una mirada de reproche propia de un anciano.

—Ah, ya veo —dijo y arqueó una ceja—. Ha sido el cormorán, es culpa suya.

A Kassandra le rugieron las tripas, lo cual le recordó la gran cantidad de horas que habían pasado desde su última comida. Suspiró y extrajo de un tirón la lanza de Leónidas, que seguía clavada en la arena. Por un momento, atisbo su apagado reflejo en la hoja de la lanza. La cara ancha, los ojos color avellana apenas provistos de un toque de humor y una tupida trenza de pelo caoba que le caía por el hombro izquierdo. Vestía un *exomis* marrón oscuro (una prenda de vestir masculina que dejaba un hombro al descubierto), andrajoso y triste. El simple hecho de enarbolar la lanza ya traía de vuelta los recuerdos otra vez, así que en cuestión de un segundo se ató el arma a su cinturón de piel, se levantó y se alejó de la costa.

Sin embargo, algo llamó su atención. Se detuvo. Se trataba de algo extraño: la clase de detalle que levanta sospechas por su anomalía, como un borracho que se comporta como es debido: allí fuera, entre la neblina del mar, una galera surcaba las olas. Solo era una de entre cientos, pero no bordeaba los lejanos cabos rumbo al golfo de Corinto, sino que surcaba el mar con un rumbo fijo hacia Cefalonia. Kassandra entrecerró los ojos y contempló la blanca vela; o, para ser más específicos, la cabeza de una Gorgona sobre ella; una cabeza que le devolvía la mirada con una mueca. Era una de las representaciones más espantosas que había visto: labios con manchas verdes grisáceas por los que asomaban colmillos; ojos que brillaban como dos brasas de carbón ardientes. El nido de serpientes que formaba el pelo del monstruo parecía retorcerse con cada ráfaga de aire que zarandeaba la vela. Estuvo un rato con la mirada clavada en el aterrador semblante de la Gorgona, mientras la leyenda de Medusa se despertaba y emergía de las profundidades de su memoria: la que antaño había sido una hermosa mujer fuerte, había sido traicionada y maldecida por los dioses. Un ápice de empatía creció en su interior y volvió a extinguirse, como una chispa que se escapa de un fuego. Pero no era solo eso…; no podía ver a ningún miembro de la tripulación a bordo de la extraña nave, mas estaba segura (más que segura), de que alguien la observaba desde la cubierta. Durante un momento, el agradable frescor y la tranquilidad de la espuma del mar y el viento resultaron desapacibles, escalofriantes incluso.

«Los niños espartanos nunca deben tenerle miedo a la oscuridad, al frío o a lo desconocido», una voz arrastró las palabras desde un recuerdo

enterrado en su memoria. *Su* voz. Kassandra escupió en la arena y le dio la espalda al mar y a la extraña nave. Los recuerdos de las enseñanzas de su padre eran todo lo que le quedaba de la que en el pasado había sido su digna familia. Algunos mercaderes de paso habían llegado con lóbregas historias de la familia rota de Leónidas. Se contaba que Mirrina, perdida, se había suicidado. La pérdida de no solo uno, sino de sus dos hijos, la había llevado hasta la muerte. «Por lo que hice esa noche», pensó Kassandra.

Se alejó de la playa a zancadas. Atravesó las dunas y los barrones mecidos por el viento y emprendió el camino por un sendero rocoso. Al otro lado, llegó a un pequeño promontorio que daba a la costa y al sencillo refugio de piedra que era su hogar. Los blancos muros enyesados brillaban con la luz del sol, y los palos y los trapos que colgaban de ellos, que servían como una especie de toldo, chirriaban y ondeaban con la suave brisa del viento. Las hojas del solitario olivo que se alzaba cerca de su casa susurraban y se mecían con el aire. Varios verderones picaban en una charca de agua quieta cerca de una columna rota de piedra, graznando a coro. Aquel lugar estaba a un buen par de horas a pie de la ciudad costera de Sami; podían pasar días sin que Kassandra tratase con una persona. «El lugar perfecto para que una mujer viva lo que le queda de vida y muera sola», reflexionó. Se volvió de nuevo hacia el mar, miró a lo lejos y contempló el contorno borroso y lejano de tierra firme. «¿Cómo sería mi vida si el pasado no hubiese sido tan cruel?», se preguntó.

Kassandra regresó a su casa y se agachó para poder pasar por debajo de la baja puerta de entrada. La brisa marina descendió hasta desaparecer. Miró alrededor de la única habitación que conformaba su hogar: una cama de madera, una mesa, un arco para cazar y un arca con objetos simples (un peine roto de marfil y una vieja capa). Las costas de Cefalonia no estaban rodeadas por una cerca, ni ella estaba encadenada al lugar. Era la pobreza lo que la ataba a aquella isla. Nadie, salvo los ricos del lugar, podía siquiera soñar con escapar de ella.

Se sentó en un taburete que había junto a la mesa y se sirvió una taza de agua de una crátera de arcilla. Después, desenvolvió el bulto envuelto en pellejo que había preparado por la mañana. Una pequeña hogaza de pan (duro como una piedra), un jirón del tamaño de un dedo de carne salada de

liebre y un pequeño tarro que contenía tres diminutas aceitunas le devolvieron la mirada. Una comida muy pobre. Le rugió el estómago en señal de protesta, exigiendo saber dónde estaba el resto de su comida.

Kassandra alzó la vista. A través de la pequeña ventana al otro lado de su hogar, vio el agujero recién hecho que había en el suelo. Hasta el día anterior, su silo de almacenamiento contenía dos sacos de trigo y una liebre salada entera, una rodaja de queso de cabra y una docena de higos secos. Suficiente para alimentarse durante cinco o seis días. Pero el día anterior, al volver de una infructuosa sesión de pesca, había visto a dos matones en plena huida, a lo lejos, con sus provisiones. Le llevaban casi un kilómetro de ventaja y Kassandra estaba demasiado hambrienta como para intentar darles caza, así que esa noche se había echado a dormir con el estómago vacío. Sin darse cuenta, pasó la yema del dedo gordo por el filo de la lanza de Leónidas: afilada a la perfección. Sintió cómo cortaba la superficie de su piel y susurró entre dientes el nombre de aquel que atormentaba sus días; la persona que había enviado a los ladrones a su casa:

—Te maldigo a una muerte entre las llamas, Cíclope.

Devolvió su atención a aquella exigua comida. Tomó el pan, lo mojó en un poco de aceite para que se ablandara y se lo llevó a la boca. El rugido de otro estómago que no era el suyo la hizo detenerse. Miró hacia el umbral y descubrió allí parada a una niña que contemplaba la patética hogaza de pan del mismo modo que un hombre contemplaría una torques de oro.

—¿Febe? —preguntó Kassandra—. Hacía días que no te veía.

—Ah, no te preocupes por mí, Kass —dijo Febe, mientras se examinaba las uñas sucias. Se apartó unos mechones de pelo oscuro tras las orejas y comenzó a juguetear con el dobladillo deshilachado de su estola sucia y de un color blanco deslucido.

Kassandra paseó la mirada de la niña a la hogaza, y de ahí al alféizar de la ventana, en donde se posó una silueta oscura. Ícaro, los ojos muy abiertos, la obsequió con la misma mirada esperanzada, pero lo que le interesaba era la porción de liebre salada. «Ni por mí», interpretó que significaba el chillido que lanzó el águila.

Se apartó de la mesa con una sonrisa que no engañaba a nadie. Le lanzó la carne a Ícaro y la hogaza de pan a Febe. Un ansia voraz se adueñó de

ambos al instante, y se afanaron en engullir con deleite la paupérrima comida. Febe era una huérfana de doce años nacida en Atenas. Kassandra se había cruzado por primera vez con la niña hacía tres años, cuando la pequeña mendigaba por las calles cerca de Sami. Aquel día, al pasar de camino a la ciudad, le había dado unas pocas monedas. A la vuelta había cogido a la pequeña y se la había llevado a casa, la había alimentado y le había permitido dormir en su refugio. Verla hizo que Kassandra rememorara tiempos pasados, la hizo evocar los recuerdos lejanos de aquella calidez indefinida y agradable, hizo que recordara aquella llama interior que se había apagado hacía tanto. *No es amor*, se prometió a sí misma, *nunca volveré a ser tan débil*.

Suspiró, se puso en pie mientras se colgaba su arco y cogió un odre de cuero relleno de agua.

—Venga, demos una vuelta mientras comemos. —Cogió las aceitunas y se las metió en la boca. Probar la pulpa suave y salada y el rico aceite supuso una pequeña tortura, porque despertó sus papilas gustativas, pero apenas la ayudó a saciar su hambre—. A no ser que queramos que esta sea nuestra última comida, tenemos que ir a visitar a Markos. —«Al pedazo de escoria de Markos», añadió para sus adentros mientras se colocaba los brazales de cuero—. Ha llegado la hora de cobrarnos algunas deudas.

Pusieron rumbo al sur y siguieron durante un rato un camino soleado que iba pegado a los acantilados de la costa antes de girar y adentrarse en el interior de la isla. El calor se iba intensificando conforme se acercaba el mediodía, y atajaron por un campo salpicado de violas. El aire estaba impregnado de los aromas procedentes de las plantas de orégano y de una arboleda de limoneros silvestres. La hierba alta le acarició las pantorrillas, vieron mariposas revoloteando por su camino en forma de destellos carmesíes, ambarinos y azulados, escucharon cigarras que chirriaban por el calor. En aquel momento, la guerra y el pasado no podían estar más lejos, al menos hasta que bordearon y dejaron atrás Sami. La ciudad portuaria carecía de murallas y era un laberinto de casuchas y hogares sencillos de fachadas blancas que rodeaban una colina elevada de villas construidas de

mármol. Los hombres adinerados charlaban y sorbían vino en los tejados y los porches. Tanto caballos como trabajadores cubiertos de sudor con el torso desnudo se afanaban a transportar las cosechas de aceitunas y los troncos de pinos por las calles angostas del atestado mercado en dirección a las dársenas. Las embarcaciones de transporte intentaban abrirse paso a empujones en los muelles de piedras de color claro, desde donde se transportaban los materiales a los astilleros y los almacenes de provisiones del ejército ateniense. Las campanas repicaban, los látigos restallaban y la música de lira resonaba procedente de los templos, desde donde también ascendían unas columnas de humo claro y perfumado. Kassandra solo se adentraba en la ciudad cuando tenía necesidad, para ir en busca de comida o provisiones que no pudiera obtener de ninguna otra manera.

Y para hacer los trabajos que le mandaba Markos.

La llamaban *misthios*. Mercenaria. En ocasiones la contrataban para entregar mensajes o para escoltar cargamentos de materiales robados… pero la mayoría de las veces era para hacer una tarea que solo unos pocos eran capaces de realizar. Se le endureció el corazón al pensar en su encargo más reciente, que la había conducido a una guarida cercana a los muelles donde se ocultaba un grupo de bandidos infames. Aquella noche oscura la lanza de Leónidas se había manchado de rojo y el aire se había llenado del hedor a tripas desgarradas. Cada asesinato era como una semilla espinosa de culpa que enraizaba en su interior… pero nada de lo que había hecho para Markos era comparable al roble perverso y retorcido nacido de aquella noche de su infancia al borde de un precipicio, ni tampoco a las dos muertes que le habían cambiado la vida para siempre.

Sacudió la cabeza para evitar que los recuerdos la invadieran y en su lugar pensó en su bolsa vacía. Cuando había regresado para informar a Markos del éxito de su empresa en la guarida de los muelles, el hombre se había vuelto a escaquear de pagarle. ¿Cuánto le debía ahora? Se sintió invadida por una gran indignación. «Markos es escoria, es un delincuente, es un asqueroso…».

Un nuevo recuerdo irrumpió en su torrente de pensamientos: sus primeros momentos en aquella isla frondosa, hacía veinte años. Aquel día Markos la había encontrado en la playa de piedras al norte de la ciudad,

arrastrada por las olas junto a su balsa rota. Recordó sus rasgos picados y aceitosos y sus rizos oscuros y grasientos y lo que dijo al mirarla.

—Eres un pececito muy raro —rio, y le dio unas palmaditas en la espalda mientras ella vomitaba agua salada hasta vaciarse el estómago y los pulmones.

La había alimentado durante un tiempo, pero había parecido deseoso de deshacerse de ella… hasta que se percató de lo fuerte y ágil que era.

—¿Se puede saber quién en toda Hellas te ha enseñado a moverte así? Alguien como tú podría serme útil —observó.

Los pensamientos se desvanecieron al dejar Sami a sus espaldas. Febe se adelantó a saltitos, con la cabeza alzada para mirar cómo Ícaro surcaba los cielos mientras «hacía volar» a su vez a su águila de madera y profería chillidos. Al llegar a una bifurcación del camino, Febe echó a correr por el lado de la derecha.

—¡Ya casi hemos llegado! —gritó por encima del hombro.

Kassandra se quedó mirándola fijamente, perpleja. La ruta conducía al monte Ainos. Sobre la cumbre rocosa se alzaba una estatua de Zeus, el Dios de los Cielos, cuya pose arrogante estaba blanqueada por el sol. Se apoyaba sobre una rodilla y alzaba una mano que enarbolaba un rayo. Las lluvias habían hecho que las tierras alrededor de las pendientes más bajas fueran ricas en minerales, lo que había permitido plantar las terrazas de viñedos que decoraban la base de la montaña. Cada escalón estaba ocupado por vides verdes, almacenes de piedra plateada y villas con techos de tejas rojas.

—No te hagas la graciosilla, Febe —la llamó Kassandra, e hizo un gesto al camino de la izquierda—. Vamos donde Markos, que queda cerca de la cala del sur, y… —Su voz se fue apagando al ver que Febe salía disparada en dirección al viñedo más cercano. La finca siempre había estado ahí, pero no podía decir lo mismo de la figura entre las vides que portaba una capa verde y blanca—. ¿Markos? —susurró.

—Me pidió que no te lo dijera —dijo Febe cuando Kassandra la alcanzó al borde del viñedo.

—Por supuesto —susurró Kassandra—. Quédate aquí.

Se escabulló entre dos trabajadores que podaban las plantas en la terraza

más baja. Los hombres ni siquiera se percataron de su presencia, o de la de Febe, que la seguía con su acostumbrada desobediencia. Mientras se deslizaba entre las vides oyó a Markos discutir con un trabajador que era evidente que sabía más que él.

—Haced lo que os digo —comenzó, e hizo una pausa para reprimir un hipido—, y cultivaremos uvas del tamaño de melones —insistió, y a continuación echó la cabeza hacia atrás y dio un largo trago de lo que evidentemente era un pellejo de vino apenas aguado.

—Mataréis a la planta, maestro Markos —intentó razonar el trabajador, echándose hacia atrás el sombrero de ala ancha—. No podemos permitir que la fruta crezca ni este año ni el siguiente o, de lo contrario, los tallos se doblarán y se romperán. Tenemos que esperar al tercer año para realizar la primera cosecha.

—¿Tres años? —farfulló Markos—. Por Hades, ¿cómo se supone que voy a pagar a…? —Se calló de improviso al ver surgir a Kassandra de entre las viñas—. Ah, Kassandra. —Sonrió, y abrió tanto los brazos que casi le dio un manotazo al bienintencionado trabajador.

—¿Te has comprado un viñedo, Markos?

—A partir de ahora solo beberemos los mejores vinos, mi niña —ronroneó, giró sobre sí mismo y abarcó todo lo que había a su alrededor con un gesto que casi le hizo perder el equilibrio. Febe, que no paraba de entrar y salir de los viñedos cercanos, soltó una risita y partió de nuevo tras ícaro. El águila comenzó a chillar, nerviosa, pero Kassandra tenía la cabeza puesta en otra parte.

—No quiero ni tus uvas ni tu vino, Markos —insistió—. Febe y yo necesitamos comida, ropa y un lugar donde dormir. Quiero las dracmas que me debes.

Markos se encogió un poco ante sus palabras y jugueteó con la boquilla del pellejo de vino.

—Ah, sigues siendo tan *misthios* como siempre. —Rio con nerviosismo —. Bueno, es que verás, esas monedas tardarán un poco en llegar.

—A juzgar por lo que he oído, el retraso va a ser de tres años —espetó Kassandra. Levantó la vista y vio que Ícaro estaba volando en círculos y chillando con fuerza. Se vio asaltada por un sentimiento de inquietud: de

normal el águila no se alteraba tanto cuando jugaba con Febe.

Markos interrumpió sus pensamientos:

—Cuando las uvas se conviertan en vino poseeré una gran cantidad de dinero, querida. Pero primero tengo que pagar el préstamo que recibí para pagar este sitio. Digamos que voy un poco retrasado con los pagos.

—Bastante retrasado —dijo de forma distraída un trabajador que andaba cerca, y siguió podando y atando las vides—, y al Cíclope no le gustan los retrasos.

Markos echó una mirada de salvaje reprimenda a la espalda del hombre.

—¿Te lo ha prestado el Cíclope? —resopló Kassandra, que se apartó de Markos como si este tuviera la viruela—. ¿Esto lo financió él? —Señaló a su alrededor—. Te has metido en un buen embrollo, Markos, ¿acaso eres estúpido?

A continuación, echó un vistazo a las brillantes laderas de color dorado verdoso del monte Enos, preocupada por si su voz se había escuchado demasiado lejos.

—El Cíclope me odia. Sus hombres saquearon mis almacenes. Ya ha matado a varias decenas de hombres en esta isla y le ha puesto un precio a mi cabeza. Sabe que trabajamos juntos. Como no le pagues, seré una de las primeras personas que sufrirán las consecuencias.

—Eso no es del todo cierto —dijo una voz ronca detrás de ellos.

Kassandra giró sobre sus talones en dirección al viñedo y vio a dos extraños con sendas sonrisas dibujadas en sus rostros. Uno de ellos, con un rostro que recordaba a una pera aplastada, retenía a una Febe paralizada del miedo. Le había tapado la boca con una mano y puesto un puñal en la garganta. Entonces Kassandra reconoció a la pareja: eran los que habían desvalijado su silo la noche anterior. «¿Por qué no te hice caso, Ícaro?», se reprendió a sí misma mientras el águila volaba en círculos y seguía chillando alarmada.

—Como intentes algo, le rebanamos el gaznate a la muchacha —dijo el otro hombre, que daba golpecitos con una espada corta contra la palma de la mano que tenía libre. Su frente sobresalía como un acantilado, tan protuberante que echaba sombra sobre sus ojos—. Markos ha acumulado una buena deuda, pero tú también, *Misthios*: te has cargado el casco de uno

de los barcos de mi capitán y has matado a varios de sus escoltas, que, por cierto, eran amigos míos. Así que, ¿qué te parece si vienes con nosotros y, para la satisfacción de mi capitán, arreglamos este asunto?

Kassandra sintió que se le helaba la sangre de las venas. Sabía que si iba con ellos la matarían y, en el mejor de los casos, a Febe la convertirían en esclava, pero resistirse supondría la inminente muerte de todos ellos en aquel mismo lugar.

Pasó un tenso momento. Kassandra no se movió.

—Parece que la *misthios* no tiene muchas ganas de venir por las buenas —gruñó el de la frente de acantilado—, se va a enterar de que vamos muy en serio.

A Kassandra se le congeló el corazón. «Observa a tu oponente», le siseó Nikolaos de entre las brumas del pasado. «Los ojos desvelarán sus intenciones antes incluso de que hagan cualquier movimiento».

Vio cómo el matón que retenía a Febe dirigía su mirada a la chica y los nudillos de la mano que sostenía el puñal se tornaban blancos. Todo ocurrió en un único y visceral acto reflejo: Kassandra se lanzó hacia delante al tiempo que extraía la lanza atada a su cinturón y atacaba con ella como si de un látigo se tratase. La parte plana de la hoja impactó contra la sien del matón. Al hombre se le pusieron los ojos en blanco; de su nariz empezó a chorrear sangre y se desplomó como un montón de ladrillos derribados de una patada. Febe se alejó tambaleándose y llorando. Kassandra tiró de la cuerda de la lanza y esta vez la asió por el asta. La enarboló como un auténtico hoplita.

El de la frente le sostuvo la mirada, arrastró los pies, hizo un amago de atacar por la izquierda y luego se abalanzó por la derecha con un bramido. Kassandra apoyó el peso de su cuerpo en un pie para dejar que el enemigo pasara por su lado y se precipitase. Cuando el hombre se frenó y volvió a por ella, se puso en cuclillas y con la lanza rajó el vientre de su oponente de un lado a otro. El matón contempló el agujero que era ahora su tripa, luego miró a Markos y a Kassandra con una mueca perpleja y cayó de cara contra el suelo.

—Por las pelotas de Zeus —gimió Markos. Se llevó las manos a los grasientos rizos y cayó de rodillas, pasmado ante la visión de los dos

cadáveres—. El Cíclope me va a matar, no hay duda.

Kassandra abrazó fuerte a Febe, que seguía llorando, la besó en la cabeza y puso las manos en las orejas de la muchacha para que no escuchara la discusión.

—Enterremos los cuerpos, así nadie sabrá qué ha pasado con ellos.

—Acabarán descubriéndolo —se lamentó Markos—. Que te quede claro: hoy le has cortado dos cabezas a la bestia, pero otras cuatro crecerán para tomar su lugar. Y la ira del Cíclope se triplicará. Como ocurre con cualquier tirano, o le obedeces sin rechistar… o lo destruyes completamente, ¿no te das cuenta? —Hizo un gesto despectivo—. Yo no soy ningún mentor, quizás algún día encuentres a uno mejor.

—Y quizás sea mejor que dejes esa bota de vino y aclares tus ideas. Tienes que encontrar la manera de pagar tus deudas al Cíclope.

Los ojos saltones de Markos escrutaron el éter frente a su rostro, que poco a poco se fue descolgando en una mueca de desesperación. A continuación, como si de repente le hubiera alcanzado un rayo invisible, se estremeció, se levantó y se acercó a Kassandra con fuertes pisotones. La agarró por los hombros y la zarandeó.

—¡Eso es! Hay una manera de conseguirlo.

Kassandra se encogió de hombros.

—¿Una manera de conseguir un saco lleno de plata en esta isla? No lo creo.

Markos entrecerró los ojos.

—No me refería a la plata, querida, sino a la obsidiana.

Kassandra lo miró sin comprender.

—Piénsalo. ¿Qué es lo que más aprecia el Cíclope? ¿Sus hombres, sus tierras, sus barcos? No, su ojo de obsidiana. —Empezó a darse intensos golpecitos bajo uno de los ojos—. Hasta tiene vetas doradas. Así que le robamos el ojo, lo vendemos en algún lado del continente, o puede que a algún mercader ambulante, y luego nos hacemos con un saco lleno de plata. Tendremos lo suficiente como para amortizar el viñedo y pagar lo que te debo. También será suficiente como para alimentar a Febe —exclamó, encantado de haber encontrado al fin una razón más altruista.

—¿Vamos a robarle el ojo al Cíclope? ¿Nosotros?

—Nunca lo lleva puesto. Es demasiado valioso, de manera que lo guarda en su casa.

—Pero su casa es como un fuerte —dijo Kassandra con frialdad al pensar en la guarida tan bien vigilada que se encontraba en la pequeña península situada al oeste de la isla—. La última persona que intentó entrar fue Skamandrios, y desde entonces nadie lo ha vuelto a ver.

Los dos hicieron una pausa para pensar en Skamandrios, aquel *misthios* con aspecto de comadreja, y en los cientos de posibles destinos que puede que sufriera. Algunas de las maneras favoritas del Cíclope de eliminar a sus enemigos eran quemándolos, desollándolos o desmembrándolos poco a poco. No es que Skamandrios supusiera una gran pérdida para la sociedad, pero se enorgullecía de su sigilo y rapidez. Algunos lo llamaban la Sombra.

Kassandra sacudió la cabeza para aclarar sus pensamientos.

—A ver, volvamos al asunto que nos atañe… ¿*Nosotros* vamos a robarle el ojo?

Markos se acobardó un poco y se encogió de hombros con cierto patetismo.

—Tú eres la *misthios*, querida. Yo solo sería una carga para ti y, como es muy importante, *importantísimo*, que todo salga bien, no te voy a comprometer.

—Me preocupa más que me pille —explicó Kassandra.

—No te va a pillar, porque no se encuentra en su guardia. —Markos meneó un dedo—. Como bien sabrás, han convocado a casi todas las galeras privadas para unirse a la flota ateniense, y la *Adrestia* es una de las últimas embarcaciones que quedan. El Cíclope ha salido de caza y esa galera es su presa. Según tengo entendido, está bastante enfadado con el trierarco de la nave.

Febe se escabulló de los brazos de Kassandra y preguntó:

—¿Qué sucede?

—Nada, pequeña —respondió primero Markos—, Kassandra y yo solo estábamos discutiendo sobre cuánto dinero le debo. A ella aún le queda un último trabajo que hacer para mí y se lo pagaré después. ¿No es así, querida? —dijo a Kassandra.

—¿Entonces podremos cenar todas las noches como unas reinas? —

preguntó Febe.

—Sí —respondió la mujer en voz baja mientras acariciaba el pelo de Febe.

—Estupendo —dijo suavemente Markos—. Te quedarás aquí esta noche y disfrutarás de una buena comida: mújol frito, pulpo, pan recién hecho, yogur, miel y pistachos y varias cráteras de vino, y, después, podrás descansar en una cama cómoda. Mañana te pondrás en camino.

A continuación, para que Febe no lo escuchara, susurró:

—Y recuerda que no te han de ver, porque de lo contrario, a los tres nos van a… —Pasó un dedo alrededor de la garganta y sacó la lengua.

Kassandra clavó una mirada resentida en Markos.

2

A pesar de la cálida estancia y la cómoda cama que Markos le había prometido, aquella noche Kassandra no durmió nada, preocupada por la tarea que le esperaba. Durante lo que le parecieron horas, miró fijamente la punta de su lanza, apoyada cerca de la cama e iluminada por un rayo de luz de luna. Tomó la decisión de levantarse cuando todavía no había salido el sol. Febe, acurrucada contra su cuerpo, no se inmutó. Kassandra le dio un beso a la niña en la cabeza antes de levantarse de la cama, vestirse y escabullirse del viñedo hacia el campo, en la fría noche de invierno. No se alejó demasiado de la costa oeste. Bajo la oscuridad previa al amanecer, oyó los bufidos y aullidos de los gatos salvajes y, mientras avanzaba, mantuvo una mano sobre su arco de caza. Poco tiempo después, el sol emergió por el horizonte y desplegó sus fieras alas por la isla, sobrevolando las colinas y los prados. Desde una zona de tierra elevada, pudo observar la vecina isla de Ítaca, bañada por el creciente calor. Los restos del antiguo palacio de Odiseo se alzaban en una ladera de la isla y unos hilos de luz corrían por las fantasmagóricas ruinas. Observó el desmoronado palacio, tal y como solía hacer. ¿Quién no lo haría? Era un melancólico monumento erigido por un héroe que había perecido mucho tiempo atrás, un aventurero que había viajado por todo el mundo y había regresado a su patria, que había luchado en una gran guerra tanto con su inteligencia como con sus armas. Miró la zona de Cefalonia con un renovado desdén. «Deja de soñar. Jamás podré salir de esta maldita isla. Aquí es donde vivo y aquí es donde moriré».

Prosiguió con su marcha y pronto llegó a la raíz de la accidentada

península occidental que sobresalía hacia el mar como una espina. Allí, se agachó como un cazador y bebió un par de sorbos de agua. La canción de las cigarras aumentaba en intensidad como el calor. Kassandra escrutó la zona. El escondrijo del Cíclope se hallaba sobre un montículo con la cima plana, natural, más o menos a un kilómetro de Kassandra, cerca de la punta de la península. El recinto que se extendía por la zona solo tenía de escondrijo el nombre, pues al Cíclope no le hacía falta esconderse de nadie. Un muro bajo delimitaba el terreno. De las grietas de las erosionadas rocas brotaban manojos de césped y geranios rosas. Dentro, se alzaba una villa, cuyo tejado estaba cubierto por tejas de terracota, con la fachada de mármol de color claro y unas columnas dóricas pintadas de ocre y azul marino. Contó seis matones a sueldo sobre los muros exteriores, que patrullaban por los toscos pretiles y vigilaban el terreno. Fuera de la caseta de la entrada este había dos hombres inmóviles como estatuas, y pudo vislumbrar una entrada similar en la pared norte. La situación pintaba cada vez peor, se percató Kassandra, pues el terreno que se extendía entre ella y los muros de la villa apenas le ofrecía cobertura para poder acercarse (había un par de cipreses y de olivos, pues la mayoría del terreno estaba poblado de arbustos bajos y escuálidos), y otros cuatro hombres se paseaban de un lado a otro por el terreno abierto, vigilando cualquier movimiento, las cabezas cubiertas con sombreros de ala ancha para protegerse los ojos de la luz del sol; cada uno a la vista de los demás y de los hombres apostados en los muros. Esos guardias en la periferia servían, de hecho, como frontera, acordonando la espina de tierra como si fuese el país privado del Cíclope.

No había forma de entrar en la villa.

«Siempre hay una manera», espetó Nikolaos.

Entonces Kassandra miró al norte, debajo de los matorrales y las laderas rocosas que llevaban hasta la costa. Las oscuras aguas besaban con delicadeza la fina línea de guijarros que había allí abajo. Le tembló la comisura de los labios en un momento de desagradable aceptación al darse cuenta de que la voz de Nikolaos tenía razón. Con el pulgar, le quitó el tapón de corcho al odre, lo puso boca abajo y dejo que la valiosa agua se derramase en aquella reseca tierra de tonos ocres.

Siempre agachada, con un ojo puesto en el centinela más cercano de los

cuatro que vigilaban la zona, emprendió el camino hacia la costa con suma cautela. Allí, lio tanto la lanza como el arco en un pellejo de cuero lubricado y se los ató a la espalda con una correa, antes de zambullirse en las aguas vigorizantes y poco profundas. Cuando el agua le llegó al pecho, se lanzó hacia delante, braceó y sacudió las piernas para desplazarse en espiral por el agua, hacia el oeste, por la línea de costa de la península hasta llegar al extremo. Las algas y los pececitos le rozaban y chocaban contra sus piernas y su tripa hasta que salió a las zonas de más calado. Cada dos brazadas, levantaba la vista hacia la costa que le quedaba a la izquierda. No había ni rastro del centinela más cercano. De repente, unos delfines aparecieron de las profundas aguas del mar entre saltos y chapurreos. Kassandra oyó el crujido de unas sandalias sobre la arena de la costa y vio la punta de un sombrero de ala ancha que se acercaba a investigar qué pasaba. Tras tomar una gran bocanada de aire, se zambulló bajo la superficie. Por el ondulante tono azul, vio a los delfines nadando a toda velocidad, como ella. Al mirar hacia la costa, observó las espinillas del guardia, que se adentraba un poco en el mar para ver mejor. A través de la superficie del agua, vio el contorno distorsionado del hombre, la forma de la lanza que sostenía a la altura del pecho. El hombre se detuvo cuando el agua le llegó a las rodillas: no había visto nada más que a un grupo de delfines jugueteando. Parecía bastante contento de quedarse allí a disfrutar de un poco de sol… y, mientras tanto, el aire en los pulmones de Kassandra se viciaba y empezaba a abrasarle el pecho. Si decidía salir a la superficie en aquel momento, podía darse por muerta. Si no lo hacía, le esperaba el mismo destino. Unas manchitas negras aparecieron de repente y se extendieron por los bordes de su visión. El aliento se le escapó de los labios en una ráfaga de burbujas, como ratas que huyeran de un esquife en pleno hundimiento. La fría mano del pánico intentó aferraría pero, con calma, sacó el pulgar de la boca de su odre, lleno de aire, tomó una gran bocanada de su interior y continuó nadando, revitalizada.

La había vigilado desde la distancia, observando mientras la *misthios* se tomaba su tiempo para analizar cómo iba a adentrarse en la guarida del Cíclope. En esos momentos, observaba cómo Kassandra salía a la superficie con elegancia, cuesta abajo de la punta de la península y de la entrada norte

a la villa, no demasiado lejos del lugar desde el que él la observaba. Hasta el momento, había estado a la altura de la reputación que la precedía.

—Pronto veremos si es tan hábil y letal como afirman —dijo el desconocido que la observaba, pensativo. Cruzó los brazos y dejó que una sonrisa burlona se le extendiese por el rostro.

Kassandra se impulsó fuera del agua hacia un saliente de piedra plano, cuya superficie estaba caliente por los rayos del sol. Emprendió el camino por el rocoso interior, agachada tras los arbustos a medida que avanzaba. Cuando apenas había dado cien pasos, el sol la había secado casi por completo. Se acercó a los muros al norte de la villa y se ocultó detrás de una gran roca. Echó un vistazo por encima de su escondite para escrutar a los dos guardias que flanqueaban la puerta de acceso. Iban vestidos con corsés de cuero y uno de ellos lucía una cinta roja en la cabeza. Uno de los guardias portaba una buena lanza cruzada en diagonal sobre el pecho y el otro llevaba en el cinturón una pequeña hacha. A través de las puertas, Kassandra no vio signos de movimiento en el interior, no había nadie patrullando en la azotea o en la entrada al vestíbulo. Se dio cuenta de que el Cíclope se había llevado a la mayoría de sus hombres con él. Las paredes externas eran la clave. Si pudiese darles esquinazo a los guardias… estaría en el desprotegido interior. Tenía que encargarse de los guardias de la puerta que tenía delante, pero ¿cómo hacerlo sin alertar a la casi docena de centinelas que se paseaban por los pretiles? Justo a su lado oyó un suave ruido, como si alguien arrastrase los pies, y del susto casi se le salió el corazón por la boca.

—¡Ícaro, por todos los dioses! —siseó Kassandra.

Ícaro la miró con los ojos entrecerrados y se elevó para emprender el vuelo. Kassandra se agachó y asomó un ojo por encima de la roca. El águila moteada planeaba hacia la puerta. Ninguno de los dos centinelas se dio cuenta de su presencia hasta que Ícaro estuvo cerca y, con un aleteo, aceleró y sobrevoló la cabeza de uno de ellos, las garras extendidas para arrancarle la cinta roja que llevaba en la cabeza.

—¡*Malákas*! —gritó el guardia. Se llevó la mano a la cabeza y empezó

a lanzarle gritos al ave mientras esta volaba a toda velocidad hacia el interior de la villa. La pareja de guardias avanzó a trompicones hacia el interior, en pos de Ícaro. Algunos de los hombres sobre el muro se echaron a reír e interrumpieron su vigilancia mientras observaban el espectáculo.

Los ojos de Kassandra no se apartaron de las espaldas de los distraídos guardias. Se irguió y avanzó a paso lento, con el sigilo de un gato. Justo cuando atravesaba la puerta de entrada, los dos guardias cejaron en su intento por atrapar a Ícaro y se volvieron hacia ella. Como si recibiese el golpe de un oponente invisible, Kassandra se lanzó hacia la derecha, fuera de la vista de los guardias, y aterrizó en una maraña de tojos silvestres que crecían cerca de la base de los muros. El arbusto dejó de moverse y Kassandra mantuvo una respiración abrasadora en los pulmones. A través de la maleza, vio a los dos guardias pasar por delante de ella y… regresar a sus puestos en la entrada. Los otros hombres apostados en los muros también se volvieron y quedaron de cara al exterior. Estaba dentro y no la habían visto.

Con el corazón desbocado, desvió la mirada hacia la villa. La entrada principal se presentaba como unas fauces lúgubres, con un par de pilares rojos idénticos a los lados, como unos colmillos cubiertos de sangre. Con sigilo, Kassandra atravesó el recinto, ocultándose detrás de carros, toneles, montones de heno y dependencias de madera, hasta que estuvo a apenas un tiro de piedra de distancia. Le temblaban las piernas, listas para salir corriendo hacia el interior. Lo único que la obligaba a permanecer allí, en cuclillas, era la amarga experiencia: «no podré ver nada allí dentro», pensó para sí. «Entre las sombras, habrá una docena de hombres bajo las órdenes del Cíclope». En cambio, miró hacia arriba: en la azotea había una puerta que llevaba a la planta superior. Caminando con mucha cautela, agarró una enredadera y trepó por ella, subiendo por la pared de la finca. Se resbaló y dio una patada a una teja de terracota del tejado del porche. La teja se resquebrajó y cayó entre giros hacia el suelo. Kassandra soltó una mano de la enredadera y cogió la teja, con un suspiro de alivio.

«Sé sigilosa», siseó la voz de Nikolaos en su cabeza. «Un espartano tiene que ser ágil y silencioso, como una sombra».

—No soy espartana, soy una desterrada —refunfuñó Kassandra para

ahuyentar la voz de su padre y, después, saltó la balaustrada de mármol.

La puerta abovedada que conducía a la planta superior de la villa estaba tan bañada por las sombras como la entrada principal. Tomó una bocanada de aire y entró en ella con mucho cuidado, con una mano siempre junto al mango de su lanza y la otra extendida para mantener el equilibrio en caso de que necesitase volverse o saltar para evitar cualquier ataque. La oscuridad la cegó por un momento. Empezó a mover la cabeza hacia todos lados; su trenza daba coletazos como si fuese un látigo.

Se imaginó a centinelas de expresiones adustas que corrían en su dirección y filos plateados cayendo sobre ella… y luego sus ojos se acostumbraron a la oscuridad. Se encontró con un dormitorio tranquilo y desierto. Las paredes pálidas e inmaculadas estaban cubiertas de pintura brillante que representaba una escena de lucha en la que un campeón de un solo ojo se alzaba triunfante sobre varios enemigos de menor tamaño. En un extremo de la habitación había una cama gigantesca repleta de suaves mantas de seda. «Aquí no hay nada», reflexionó, pero al darse la vuelta descubrió un pedestal de mármol de Paros cerca del hogar. Los trofeos que descansaban sobre su superficie la hicieron estremecerse hasta la médula.

Había tres cabezas decapitadas ensartadas en unos percheros de madera, como si se tratasen de unos preciados cascos de batalla. Kassandra se acercó a ellas con cautela, como si fueran a crecerles cuerpos y a atacarla. Sin embargo, los dueños de las tres cabezas habían muerto hacía mucho. Uno de ellos, un hombre con mala dentadura, había tenido una muerte evidentemente dolorosa, en vista del rictus fijado en su rostro. El segundo era un muchacho joven al que le habían serrado la nariz, a juzgar por el desastre irregular que se abría en el centro de su rostro, que ahora lucía una expresión pacífica. La tercera era una mujer de mediana edad congelada en un grito mudo, con la boca abierta como si estuviera gritando «detrás de ti».

Un tablón del suelo crujió.

Kassandra giró en redondo y comenzó a desenvainar su lanza. El miedo la azotó como si fuera una lengua de fuego.

Nada.

El corazón le martilleaba contra las costillas. ¿Se habría imaginado el sonido? Devolvió la lanza a su cinturón y lanzó otra mirada a las cabezas.

Ninguna era la de Skamandrios, estaba segura. ¿Y si esa comadreja había robado lo que quiera que había ido a buscar y había escapado rumbo al norte para vivir la vida cual hombre rico? Aquel pensamiento avivó su coraje y se acercó con sigilo a la puerta del dormitorio, con cierto nivel de confianza. Sacó lentamente la cabeza al pasillo para mirar a su alrededor, vio que no había nada a la izquierda, que tampoco había nada a la derecha y que al frente había… ¡dos guardias!

Buscó de nuevo su lanza antes de percatarse de que los «guardias» eran en realidad unas antiguas armaduras. Eran unas corazas, yelmos y grebas de bronce que probablemente habían sido robados del antiguo palacio de Ítaca. En el interior de los cascos se acumulaban las telarañas, como si de un rostro hundido se tratase.

Se paseó por el pasillo con el ceño fruncido y contempló las dos puertas que había más adelante. Una debía de ser la cámara donde el Cíclope guardaba sus tesoros. La mayoría de los habitantes de la isla decían que dormía sobre su oro, pero aquello debía de ser lo más parecido a esos rumores. Se aproximó con paso lento a la puerta de la izquierda y giró el pomo con suavidad. Cedió con un chasquido sordo y la puerta chirrió al abrirse. El sonido hizo que Kassandra sintiera las patas heladas de un millar de ratas correteándole por el estómago. Contuvo el aliento durante un segundo, pero nadie de fuera lo había escuchado. Se asomó con alivio a la habitación y vio que no había nada en su interior, tan solo paredes desnudas de piedra, carentes de pintura o de yeso, y un sencillo suelo de madera. No había ningún mueble, a excepción de un armario viejo y ajado en la pared derecha. Carecía de puertas y estaba vacío.

Salió, dio unos pasos a la derecha y giró el pomo de la segunda puerta, que se abrió con sigilo y reveló una visión áurea. Un haz de sol se colaba a través de un estrecho óculo en el techo. Las motas de polvo flotaban indolentes en la luz dorada, que iluminaba un tesoro fruto del expolio: cofres de marfil repletos de monedas y amuletos, un banco cubierto de diademas de plata, monedas de valor simbólico y copas. Había un estante adornado con piedras de lapislázuli de un color azul embriagador. Ópalos, sardónices, esmeraldas y collares de cuentas de amatistas. Un arco de guerra ornamental con incrustaciones de electro. Y justo allí, en la parte

trasera de la sala, donde el haz de luz se tornaba sombra, estaba el ojo. Kassandra se pasó la lengua por los labios secos. Estaba situado sobre un pedestal de madera de cedro y fijado para que la pupila dorada pudiera contemplarla. Era el mayor tesoro de todos, era más valioso que un bolsillo o un saco repleto de monedas o gemas. Solo tenía que cruzar la habitación, dejar atrás el resto de riquezas… y cogerlo.

«¡Cógelo!».

Dio un paso al frente y se detuvo. La detuvo una sensación muy ligera: el olor de algo fuera de lugar. Tras el olor a metal y a barniz se ocultaba una peste que hedía a… muerte, a descomposición. Movió los ojos de izquierda a derecha, y vio que la mampostería del marco izquierdo de la puerta tenía unas marcas, como si el cantero la hubiera picado para crear un panel lleno de cavidades. El lado derecho del marco de la puerta no estaba revestido piedra, sino de madera de cedro. Kassandra entrecerró los ojos. Se puso en cuclillas, estiró el arco y atravesó el umbral de la habitación con cuidado. Con el extremo del arco, dio un golpe suave sobre el primer tablón del suelo de la estancia.

Los paneles de cedro de la derecha estallaron en un movimiento repentino y una ráfaga atravesó el aire con un silbido. Se echó hacia atrás y apretó el arco contra su pecho al tiempo que una masa se precipitaba sobre la puerta y se estrellaba contra la piedra del lado izquierdo con un ruido metálico y una lluvia de chispas. Kassandra se puso en pie y observó el artilugio: una cama de pinchos del tamaño de la puerta, que la habría destrozado si hubiera pisado ese tablón. Contempló el cuerpo abandonado de Skamandrios, enredado entre los pinchos. Era más esqueleto que carne, en su cuerpo solo quedaban algunas tiras de piel correosas que le colgaban de los huesos. Una de las estacas le había atravesado la sien, otra el cuello, y varias más emergían de su pecho y extremidades.

—Al menos tú tuviste una muerte rápida, Sombra —dijo con rotundidad.

La trampa estaba encajada en su sitio y la entrada a la sala del tesoro estaba bloqueada. Dio un paso atrás, enojada, y captó la conversación apagada de dos guardias que patrullaban por el exterior y que se aproximaban a la villa.

—El sol pega fuerte. Voy a ocuparme de los caballos en el establo, tú cierra la casa —le dijo uno al otro—. El jefe va a volver esta noche y si se encuentra que las habitaciones no están lo bastante frescas se enfadará.

Al momento escuchó el sonido de sus pisadas en el piso de abajo y los ruidos y chasquidos de puertas y ventanas al ser cerradas con pestillos.

«No me queda tiempo», se percató Kassandra, y se le aceleró la respiración. Tenía que escapar, pero no podía marcharse sin el ojo. Cerró la puerta para ocultar que la trampa se había accionado y recorrió con la mirada el piso superior. No había ninguna otra manera de acceder a la sala de los tesoros. Entonces recordó el óculo del techo. ¿Podía escalar y subir al tejado para entrar en la estancia dejándose caer por la apertura? No, el hueco era demasiado pequeño; ni siquiera cabría un niño. Los pensamientos de Kassandra iban en miles de direcciones diferentes, hasta que se centraron de nuevo en la primera sala. «¿Por qué una criatura acaudalada y hambrienta de poder como el Cíclope iba a tener una habitación vacía en su casa?», reflexionó, y miró a su alrededor para confirmar que el resto de lugares, al menos del piso de arriba, estaban decorados con trofeos y adornos. Se situó frente a la puerta abierta de la primera habitación y tanteó el camino con su arco. No había ninguna trampa. Una vez dentro se volvió para quedar frente a la pared que aquella estancia compartía con la sala de tesoros y miró con suspicacia el armario desgastado y carente de puertas. Colocó una mano a cada costado del mueble, lo desplazó hacia un lado de la manera más silenciosa que pudo. Descubrió una trampilla de madera y fijó la vista en ella. Giró el asa con el corazón acelerado por la anticipación y gateó para cruzar a la habitación llena de riquezas no sin recelo, convencida de que cualquiera de sus movimientos podía hacer que cayera sobre ella alguna hoja oculta que la cortaría en dos o que la haría precipitarse a un agujero lleno de pinchos. Pero no había nada más. Se estiró para coger el ojo de obsidiana del pedestal y sintió su peso frío sobre su mano, sabedora de que con él podría solucionar sus problemas y los de Markos. Iba por el pasillo con la intención de volver al dormitorio y descender por la hiedra, y comenzaba a sentir una sensación de júbilo en la boca del estómago, cuando oyó un suspiro.

—Solo me falta el dormitorio para acabar con el piso de arriba —

murmuró el guardia para sí mismo a través de la apertura del viejo casco de cuero que le cubría gran parte del rostro.

Apretó la espalda contra la pared, envolviéndose con las sombras, y vio cómo el guardia se adentraba sin prisas en el dormitorio antes de que pudiera hacerlo ella. Oyó el sonido de los postigos al cerrarse y, a continuación, el chasquido fuerte de una cadena al asegurarse. El guardia salió de la habitación y desapareció escaleras abajo.

Kassandra lo siguió como si friera su sombra, bajó las escaleras al mismo ritmo que el hombre para ocultar el sonido de sus pasos y se aproximó a la entrada principal al mismo tiempo que él. Si la cerraba mientras ella seguía dentro… se le encogió el estómago al imaginarse una cuarta cabeza en la repisa de mármol del piso de arriba.

Justo en aquel instante, al hombre se le cayeron las llaves. Mientras se agachaba a recogerlas, Kassandra dio un paso más. Los tablones del suelo chirriaron y el guarda se sobresaltó, se puso en pie y se volvió de un solo movimiento. Su rostro se contrajo en una mueca siniestra, levantó el hacha en posición de combate y abrió los labios para llamar a sus compañeros. Pero nunca llegó a gritar, porque Kassandra le lanzó el cuchillo pequeño que llevaba dentro del brazal. El arma voló directa a la garganta del hombre y se la perforó. El guardia cayó al suelo mientras una espuma rosácea emergía de la herida. Kassandra cogió el cuerpo en su caída para reducir el sonido. Miró al hombre durante unos instantes, sus llaves, su traje, y luego la puerta y el camino hacia la libertad.

El desconocido contempló cómo la figura de un guardia emergía de la casa y cruzaba con paso distendido los terrenos, cubierto por una capa oscura. Lo oyó intercambiar unas palabras con otro situado en la entrada del muro exterior antes de seguir avanzando y adentrarse en el campo. Se estremeció de anticipación: aquella mujer era perfecta, era todo lo que habían esperado que fuera. El desconocido se dejó caer hacia delante desde su punto de observación como si fuera un cuervo, sin pestañear.

Kassandra sentía cómo su propio aliento chocaba en oleadas contra los bordes del visor de cuero de su casco. Y para empeorar las cosas, a juzgar

por el olor, el guardia al que se lo había arrebatado tras matarlo debía de haberse pasado un año masticando ajos. Hizo todo lo posible para caminar con andares despreocupados, con un paso casi aburrido, y palmeó la hoja del hacha robada que sostenía en su mano mientras se alejaba de la villa del Cíclope y se adentraba en la maleza. Su excusa era bien simple: «Voy a salir a explorar los alrededores porque estoy segura de que he visto algo ahí afuera cuando estaba en el piso superior de la villa». El otro guardia se encontraba demasiado agotado por el calor del mediodía como para percatarse de su tenue y áspera voz y de que lo que intentaba hacer era algo cuestionable.

Kassandra se tropezó con un grupo de abetos y enebros y se dejó cubrir por una maravillosa sombra de invisibilidad y frescor. El aire olía especiado por el fuerte aroma a pino, y caminar sobre las agujas caídas de los árboles era agradable. Más adelante, vio un claro y olas azules salpicando más allá. La costa. Cuando se adentró en el claro, un mareo creció por su pecho como si fuera humo perfumado que la intoxicara con la promesa de estar cerca de conseguir el éxito.

El lento y firme sonido de un aplauso la paralizó. Un miedo profundo la atravesó.

—Excelente, excelente —entonó una voz.

Kassandra volvió la cabeza en dirección a la silueta sentada sobre un tronco caído en el límite del bosque junto al claro. Se asemejaba a una gaviota; lucía el ralo cabello marrón peinado hacia delante, su cuerpo estaba envuelto en unas vestimentas de un color blanco inmaculado que lucían una franja de un intenso plateado. Collares y pulseras tintineaban en su delgado cuello y sus muñecas. En seguida se dio cuenta de que era un hombre pudiente y de que no era de aquella isla.

—Pocas veces le quitan los tesoros que tanto le ha costado conseguir al Cíclope de Cefalonia —dijo el hombre, y su pecho se sacudió con una risa.

Kassandra se estremeció. Había en su tono de voz una cualidad demasiado cercana, atrevida. Además aquel hombre la observaba como si estuviera examinando su cuerpo con la mirada. No era una mirada lujuriosa, sino de deseo y codicia.

—Puedes bajar el hacha, no tienes por qué tenerme miedo.

Kassandra no se permitió apartar la mirada, se negó a pestañear, y, desde luego, no bajó el hacha que había robado. Ícaro descendió en picado hasta posarse sobre su hombro, y le lanzó un chillido a aquel extraño. Como una cazadora, captó cada detalle de su visión periférica y se dio cuenta de que no había nadie más en el límite del bosque. Sin embargo, se percató de algo más: abajo, en una pequeña ensenada, una nave se encontraba atracada en un muelle de madera. La horripilante cabeza de Gorgona en la vela la observaba mientras los tripulantes a bordo la izaban en el mástil.

—¿Quién eres? —preguntó entre dientes.

—Soy Elpenor de Cirra —contestó, sereno.

«¿Cirra?», pensó Kassandra. «La entrada a Delfos, hogar del Oráculo». Sintió el apremiante impulso de escupir.

—He venido a buscarte porque he oído cosas increíbles de ti, la *misthios* de Cefalonia —prosiguió Elpenor.

—Pues te has equivocado de persona —gruñó—. Hay numerosos mercenarios en esta isla.

—Pero ninguno con tu talento, Kassandra —comentó él con voz lapidaria—. La velocidad de tu mente y de tu cuerpo es sobrenatural.

Cuando se quitó el maloliente casco de piel de la cabeza y lo tiró a la hierba, la trenza que llevaba escondida le cayó por el pecho.

—¿Qué es lo que quieres de mí? Habla claro, o te hundiré esta hacha en el pecho.

Elpenor, divertido, rio y su delgado cuerpo se sacudió.

—Quiero ofrecerte una ingente cantidad de riquezas, Kassandra, que valen más del doble que ese ojo de obsidiana que le has robado al Cíclope.

Kassandra puso la mano en su bolsa y comprobó si el ojo seguía allí. Así era. «¿El doble otra vez?». Con tanto dinero podría saldar las deudas con el Cíclope y comprar una buena casa para Febe. Además, podría romper las cadenas de la pobreza que la retenían en aquella isla. Podría ir adonde quisiera y hacer lo que quisiera. Aquel pensamiento despertó en ella una oleada de terror y maravilla al mismo tiempo. Luego, cuando vio cómo el hombre volvía a observar sus brazos desnudos con rapacidad, se puso tensa y lo miró con desprecio.

—No me acuesto con hombres a cambio de dinero. Además, eres

demasiado viejo; podría romperte.

Elpenor levantó una ceja.

—No quiero tu cuerpo, al menos no de esa manera. He venido para ofrecerte una recompensa a cambio de una cabeza.

—Tú ya tienes tu propia cabeza —dijo Kassandra con desdén.

El hombre medio sonrió.

—La cabeza de un guerrero. De un general espartano.

Kassandra sintió cómo el mundo empezaba a moverse bajo sus pies.

—Le llaman el Lobo —explicó él.

La mujer permaneció inmutable e ignoró las gotas de sudor que le caían por la espalda.

—Los generales sangran igual que cualquier otro hombre. —Se encogió de hombros—. Los espartanos también, a pesar de esa arrogancia tan poco apropiada que destilan.

—¿Entonces hay acuerdo?

—¿Dónde se encuentra el general?

—Al otro lado del mar. En las tierras más codiciadas del mundo helénico.

Kassandra entrecerró los ojos. Siguió la mirada del hombre con la suya, miró por encima de su propio hombro, en dirección al este. Pensó en la neblina marina y en la hilera de galeras atenienses que bordeaban el golfo de Corinto para reforzar el asedio en…

—¿La Megáride? ¿Está en la Megáride?

Elpenor asintió.

—En medio del tira y afloja entre Esparta y Atenas. La ciudad de Mégara y su estrecha franja de tierra es la cuerda. Atenas quiere los puertos gemelos para completar su trampa naval en toda Hellas, y Esparta quiere la tierra para utilizarla como puente hasta el Ática.

Kassandra dio un paso atrás y farfulló:

—Entonces, ¿está en medio del bloqueo ateniense?

—El Lobo y sus tropas han avanzado por tierra desde Laconia y ahora se dirigen a Pegas, el puerto del oeste de Mégara.

—¿Por qué quieres que muera?

—La guerra hace estragos… y el Lobo está en el bando equivocado.

La mujer le lanzó una fría mirada y le preguntó:

—¿Y yo cómo sé que tú estás en el bando correcto?

Elpenor sacó una bolsita de entre sus vestimentas y se la lanzó. Ella la atrapó en el aire y se sorprendió de su peso.

—Porque soy el que te va a pagar. —Sonrió de tal manera que todo el buen humor que reflejaban sus ojos se desvaneció.

Ella lo miró con odio.

—Voy a necesitar una nave para ir y atravesar el bloqueo. Dame la tuya y aceptaré —espetó y señaló la galera con la cabeza de la Gorgona.

Lo cierto es que solo había navegado una vez como *misthios*: cuando fue alrededor de la isla de Cefalonia en una vieja coca mercante muy deteriorada para llevar pieles robadas a uno de los contactos de Markos.

—Mis naves no pueden ser vistas en los alrededores cuando lo hagas, *misthios* —le respondió Elpenor con rotundidad.

—Pero sin la nave el trato pierde validez. Atenas acabó consiguiendo que se desgastaran todas sus flotas aliadas hace años, cuando las obligó a pagar a la tesorería de la Liga de Delos para que su flota fuera más grande. Quedan muy pocas galeras privadas en buen estado, y ninguna en Cefalonia que sea lo suficientemente veloz como para atravesar un bloqueo.

Elpenor arrugó la nariz.

—¿Es demasiado para ti, *Misthios*? ¿Acaso he sobreestimado tu talento?

Ella dudó en responder y él se alejó en dirección a los árboles y el camino que llevaba hasta su nave.

—Nada es demasiado para mí, viejo —dijo Kassandra detrás de él—. Tendrás la cabeza del Lobo a su debido tiempo.

Elpenor se detuvo y miró a su espalda, por encima del hombro, con los ojos entrecerrados.

—Bien. Cuando hayas terminado, ven a buscarme al Desembarco del Peregrino, en Cirra.

Kassandra anduvo por la costa, de regreso al viñedo de Markos. Las últimas palabras del extraño Elpenor danzaban en su mente como si fueran semillas de sicomoro en plena caída. En aquel momento, todo aquello le

parecía vago e irreal. Nunca había estado en Cirra. No conocía al Lobo. Jamás había ido más allá de las aguas litorales de Cefalonia, al menos no desde hacía veinte años. «Menuda estúpida», se reprendió a sí misma. «¿Por qué no sabes decir que no a los tratos sospechosos? Primero Markos y sus terribles planes y ahora este trabajo que más bien es una trampa mortal». Rio en voz alta y el sonido la sorprendió.

—El Lobo está a salvo, porque no voy a salir jamás de esta condenada isla.

Caminó con cierta fatiga durante un tiempo. Poco después, bordeó un cabo rocoso y llegó hasta las blancas arenas de la bahía de Kleptous. Cogió el odre atado a su cinturón para saciar la sed, pero no llegó a tocar sus labios.

—Te juro que no he dicho ninguna mentira. ¡Por favor, no me la quites!

El grito que profirió aquella voz, desgarrada y desesperada, se escuchó por toda la bahía.

Kassandra se agachó y bloqueó con la mano el sol que le daba en los ojos. Al principio solo vio olas blancas y espumosas, aves marinas volando en círculos y algunas cabras salvajes que mascaban barrón. Un segundo vistazo la hizo divisar el trirreme en la orilla, más allá de la bahía, con la popa en la arena y la proa balanceándose en el agua. Era más pequeña que las galeras de guerra atenienses y que la nave con la cabeza de Gorgona de Elpenor, pero parecía bien hecha y en buen estado. Tenía una franja pintada en negro junto a la quilla, y otra en rojo en la barandilla. La popa se alzaba dando lugar a una cola curva de escorpión y en la tarima asomaba el bronce reluciente de un espolón, en el que se habían pintado unos ojos a ambos lados.

—La *Adrestia* lo es todo para mí —gimió la voz.

«*Adrestia*», susurró Kassandra. La diosa de los castigos… ¿ese es el nombre de su nave? Le recorrió un escalofrío por la espalda mientras, en su cabeza, no paraba de darle vueltas al nombre. «La *Adrestia, la. Adrestia…*», articuló con la boca mientras chasqueaba los dedos, incapaz de recordar de qué le sonaba el nombre.

Hubo movimiento en la cubierta del trirreme. Vio las pequeñas siluetas de unos hombres. Unos bandidos que ataban a los tripulantes arrodillados y

golpeaban a aquellos que intentaban levantarse. Allí se encontraba un hombre mayor inclinado debido a la fuerza del gigante que sostenía su cabeza sobre un voluminoso tiesto de arcilla. El hombre al que agarraban de la cabeza se retorcía y forcejeaba en vano. Kassandra escuchó de nuevo aquel balbuceo desolador:

—¡Que los dioses se apiaden de mí y de mi barco!

El grito concluyó con un gorjeo de desesperación cuando el gigante metió la cabeza de aquel desgraciado en el tiesto del que rebosaban agua y espuma. Entonces la vista de Kassandra se aguzó como la de un águila, vio bien al gigante y recordó dónde había escuchado el nombre de *Adrestia*. Las palabras de Markos resonaron en su cabeza:

«La *Adrestia* es una de las últimas embarcaciones que quedan. El Cíclope ha salido de caza y esa galera es su presa».

3

Barnabás gritó en vano, las burbujas retumbándole en las orejas cuando su aliento se escapó de entre sus labios. El sordo quejido de sus súplicas debajo del agua sonaba extraño, ultraterrenal. Tenía las manos atadas a la espalda, la piel abrasada y ensangrentada allí donde las cuerdas la habían rasgado. El agua le subió hasta la nariz, le inundó la boca y se le introdujo en la garganta como si fuese una serpiente. Esa era la peor parte: cuando los pulmones se quedaban sin aire, cuando su cuerpo le gritaba para que aspirase una nueva bocanada, mientras la rolliza mano del Cíclope, como si de unas tenazas se tratase, lo sostenía con fuerza, impidiéndoselo. A unos destellos blancos les siguieron unas manchitas negras como la tinta de calamar, cada vez más grandes, que se expandían y se unían hasta apoderarse de su vista. Era el fin, se dio cuenta. En aquella ocasión el Cíclope no lo levantaría para que respirase un poco de aire. Pronto se reuniría con Caronte, el barquero. Barnabás lloró para sus adentros y, de lo más profundo de sus recuerdos, algunos fragmentos de su buena vida se reprodujeron en forma de destellos, como el crepitar de una antorcha. Vio la arenosa isla en la que se había quedado abandonado cuando era un joven marinero; vio las olas en el océano esa mañana en la que casi había muerto de sed… vio aquella gigantesca forma brillante que se había alzado de entre las olas. Delirios causados por el sol, habían afirmado sus rescatadores, sin darle veracidad a la historia que les había contado.

De repente, todo cambió. El agua bramó y se abrió cuando la rolliza mano levantó de un fuerte tirón la cabeza de Barnabás hacia la superficie.

Tanto su barba como la cabellera larga y empapada, de color avellana con mechones blancos, se balanceaban como los tentáculos de un pulpo y salpicaban agua por todas partes. La claridad cristalina del aire parecía ensordecedora; el resplandor de la luz del sol le taladraba la cabeza. Parpadeando, con arcadas y respirando con dificultad, alzó la mirada para observar al gigante que lo sostenía. Un único ojo le devolvió la mirada.

—Esos labios tuyos que tanto hablan se están poniendo un poco azules, Barnabás —dijo el Cíclope con una risa estruendosa.

—No pretendía ofenderte con lo que he dicho —tosió Barnabás—. Lo juro por los dioses.

—Hablas demasiado de los dioses —respondió el Cíclope con desprecio, y volvió a ejercer más fuerza en el agarre con el que sostenía a Barnabás por la nuca—. Ha llegado el momento de que te reúnas con ellos, abuelo. ¡Hades te espera!

—No… —La inacabada súplica de Barnabás se ahogó con un chapoteo y un gran trago de agua. Otra vez bajo el salado abismo, se le nubló la vista y los pulmones le ardieron. En esa ocasión, vislumbró su primera misión como trierarco, cuando había liderado a su tripulación hacia una isla en busca de un antiguo tesoro. Nada encontraron salvo un laberinto de cuevas. Durante días, vagaron por aquellos oscuros pasajes subterráneos, perdidos. No encontraron tesoro alguno. Sin embargo, una noche, Barnabás vio algo mientras el resto de la tripulación dormía. Era… una criatura. Bueno, al menos era una sombra: la sombra de una gran bestia, ancha de espaldas, de gran cornamenta, que los observaba mientras dormían. En cuanto la vio, esta se desvaneció. ¿No era más que un sueño? Eso era lo que le habían dicho sus hombres cuando había intentado explicarles lo que había visto pero, después, encontró el tenue rastro y las marcas de unas pezuñas hendidas. Tragó tal cantidad de agua que se le llenaron los pulmones, sintió que su cuerpo se relajaba mientras la vida lo abandonaba. La lucha ya casi había llegado a su fin. Entonces…

—¿Qué pasa, viejo idiota? —siseó el Cíclope al volver a sacar la cabeza de Barnabás del tiesto—. ¿Tus dioses se han callado? ¿O acaso te han dicho que te largues?

Los bandidos que vigilaban a la tripulación atada estallaron en risas.

—¡Acaba con él! —clamó uno de ellos.

Barnabás sintió que la mano del Cíclope volvía a tensarse en su nuca. Esa vez, ni se molestó en tomar aire, pues era consciente de que eso no haría más que retrasar su fin y hacer que su muerte fuese más dolorosa.

—¿Por qué no habéis venido en mi ayuda? —susurró el hombre a los cielos. Lo siguiente que vio fue el agua del tiesto, que se aproximaba a él a toda velocidad…

—Suéltalo. —Una voz atravesó la bahía.

La mano del Cíclope se detuvo. Barnabás clavó la vista en el agua; tenía la nariz a tan solo unos centímetros de distancia de la superficie. Con la cabeza inmovilizada como la tenía, miró la escena por el rabillo del ojo. Lo que vio provocó que un escalofrío de asombro le atravesara el cuerpo. Kassandra avanzaba por la bahía con paso decidido y arrogante, alta, ágil y fuerte, con un arco de caza, un hacha y la mitad de una peculiar lanza. Las marcadas facciones de Kassandra parecían endurecidas, los ojos sombreados bajo una torva frente. En uno de los hombros se posaba la más maravillosa de las visiones: un águila. Un ave de los dioses. Las lágrimas se agolparon en los ojos de Barnabás. ¿Quién era aquella hija de Ares?

—No te lo pediré dos veces, Cíclope —bramó Kassandra, mientras la arena suelta se arremolinaba a su alrededor como una especie de neblina.

El gigante de un solo ojo tembló con rabia y, después, un fuerte gruñido emergió de sus labios, antes de arrojar a un lado el cuerpo de Barnabás como si fuese un trapo usado.

El Cíclope de Cefalonia la observó desde la popa del barco, con el rostro mutilado desde hacía años y el agujero que antaño había servido de hogar para su ojo derecho encrespado en una eterna expresión de ira. Las extremidades, gruesas como un roble, estaban tensas, brillantes por el sudor, y el torso le sobresalía bajo su *thorax* de cuero salpicado de bronce.

—¿*Misthios*? —preguntó; la cola de negro cabello se mecía al son del viento como una ardiente llama, al tiempo que Kassandra se detenía a unos veinte pasos del barco—. ¡*Misthios*! —gritó de nuevo con incredulidad.

Kassandra arrastró los pies por la arena, con las piernas separadas, los

hombros cuadrados e Ícaro posado sobre uno de ellos. «Extiende tu poder», refunfuñó la voz de Nikolaos en su mente. Kassandra esperaba que el Cíclope y sus hombres no pudiesen ver que las manos le temblaban como las cuerdas de una lira al ser pulsadas. Pero tenía que enfrentarse a él; tras años evitando a aquel bruto y a sus matones, *tenía* que hacerlo, para terminar con el dominio que ejercía sobre ella, Febe, Markos… sobre toda Cefalonia. Y para conseguir el dichoso barco.

—¿Qué estás haciendo aquí? —bramó el Cíclope—. Les pedí a mis hombres que te trajesen ante mí atada de pies y manos.

—Están todos muertos. He venido sola, a enfrentarme a ti… *Cíclope*.

El Cíclope dio un puñetazo contra la barandilla de la nave.

—No me llames así —rugió y, después, con un gesto de la mano les indicó a cuatro de sus hombres que fuesen a por ella. Estos saltaron por encima de la barandilla, aterrizaron en la costa y rodearon a Kassandra desde los flancos.

A medida que avanzaban hacia ella, la mente de Kassandra maquinaba a toda prisa.

—Además de un solo ojo, ¿también tienes solo una oreja, Cíclope? He dicho que he venido a enfrentarme a ti, no a tus matones.

Al Cíclope le temblaron los labios. Gesticuló con un dedo hacia sus hombres.

—Arrancadle las piernas para que no vuelva a caminar nunca, traedla aquí a rastras y yo mismo le arrancaré la cabeza cuando haya acabado de ahogar a este viejo borracho.

El Cíclope estaba dándose la vuelta hacia Barnabás cuando Kassandra sacó el ojo de obsidiana de su bolsa y lo levantó para que brillase bajo la luz del sol.

—Mira lo que me he encontrado en tu casa.

El Cíclope se volvió de nuevo para mirarla y el ojo bueno se le abrió de par en par. Soltó el grave estruendo de una risa malvada.

—Ay, eso va a salirte muy caro…

El gigante y los seis hombres que quedaban a bordo bajaron de la nave y se acercaron a ella en formación de lazo. ¿Diez hombres y, además, el Cíclope? «A menudo, la valentía y la locura van de la mano», susurró

Nikolaos. «Lucha con prudencia, jamás asumas más de lo que puedas hacerte cargo».

Un balido ronco sonó a sus espaldas y Kassandra trazó el siguiente paso de su plan. Se volvió hacia la cabra que pacía tras ella.

—Quizá debería guardar el ojo en un lugar más seguro —sugirió, se acercó al trasero del animal y le levantó la cola.

El Cíclope se quedó paralizado de espanto.

—¡No te atreverías!

Kassandra sonrió por toda respuesta, se metió el ojo en la boca para humedecerlo e inmediatamente después lo introdujo dentro del recto de la cabra. La cabra, confusa, levantó la cabeza y emitió un balido de sorpresa, y a continuación Kassandra le dio una palmada en los cuartos traseros. El animal salió disparado entre dos de los hombres del Cíclope, se alejó del muelle y se perdió en el horizonte.

El Cíclope aulló.

—¡Atrapad a esa maldita cabra y traedme mi ojo! —gritó, y tres de sus hombres echaron a correr en pos de la criatura.

«Tres cabrones menos de los que preocuparme», pensó Kassandra.

El Cíclope y los siete restantes estaban agazapados cual gatos en plena caza, mirando a Kassandra.

—Una bolsa llena de plata para quien le abra la garganta.

Kassandra blandió el hacha del guardia que había robado de la casa del Cíclope en una mano y la lanza de Leónidas en la otra. Los observó, a la espera de que hicieran el primer movimiento. El matón de aspecto más malvado, un hombre calvo con unos pesados aros en las orejas que vestía una falda de cuero, hizo un leve movimiento. En cuanto se lanzó hacia delante, ella levantó su lanza y su hacha y las cruzó para bloquearlo, pero la embestida la hizo tambalearse y la empujó hacia los hombres que tenía detrás. Kassandra giró a media zancada para recibir el ataque que vendría de esa dirección, pero descubrió la familiar sombra de Ícaro descendiendo para arañar los ojos del bruto que tenía detrás, librándola de su amenazante hoz. Se volvió en busca de su próximo atacante, lo detuvo con el hacha y luego se la clavó en el hombro. El arma se hundió a gran profundidad, lo que hizo que brotara un denso chorro de sangre negra. El enemigo se

desplomó y Kassandra vio que el siguiente venía a por ella. Dobló el cuerpo para esquivar la embestida de su espada y le clavó la lanza de Leónidas en el rostro. El hombre cayó al suelo profiriendo un gemido animal, con la cabeza partida como si fuera un melón. Ahora había dos más que iban a por ella. Uno de ellos le golpeó el esternón con un ataque de su lanza y el otro casi le aplastó la cabeza con una pesada maza de hierro.

Eran demasiados… y el propio Cíclope estaba aguardando a que le llegara el momento para asestar el golpe final. «Un espartano debe tener los ojos de un cazador, debe verlo todo, no solo lo que se halle frente a él», la reprendió Nikolaos. Por el rabillo del ojo vio algo en la cubierta de la *Adrestia*: la berlinga del barco y la cuerda que lo mantenía en su sitio, cuyo cabo estaba atado a la barandilla. Cuando los dos matones se abalanzaron sobre ella profiriendo gritos, Kassandra se agachó, esquivó las arremetidas gemelas y extrajo el hacha del pecho hendido del primer hombre que había matado. Se levantó y lanzó el hacha en dirección a la embarcación, y en vez de aguardar a ver si su puntería había dado en el blanco se volvió para encarar a otro atacante. Lo siguiente que oyó fue el sonido del impacto del hacha al cortar la cuerda y clavarse en la madera, el crujido del mástil al astillarse y el rugido del Cíclope cuando cargó hacia ella, con su pesada espada levantada y lista para abrirle el estómago. En aquel instante una sombra pasó sobre ellos. La berlinga giró libre alrededor del mástil y la cuerda se agitó. Kassandra dio un salto para agarrar la soga empapada de agua de mar y se aferró a ella como si le fuera la vida en ello, justo en el instante en el que la hoja del Cíclope cortaba el lugar donde ella había estado. La soga la arrastró por los aires. Le dio una patada al Cíclope y su talón le aplastó la nariz. Trazó un arco como si fuera una piedra en un tirachinas y se liberó del círculo de esbirros, rumbo a la nave. Soltó la cuerda, aterrizó sobre la barandilla del navío y se posó sobre la cubierta. Corrió en dirección a Barnabás y cortó sus ataduras y las de los tripulantes más cercanos. Todos se pusieron en pie, asustados.

—Preparaos —espetó, y se volvió hacia la popa, de cara a la costa.

Oyó la respiración iracunda del Cíclope y vio cómo las cuerdas que lanzaban desde la costa se agarraban a los pernos y los postes de madera y se tensaban cuando los matones empezaron a trepar por ellas. La tripulación

lanzó ganchos y pértigas de un lado para otro y corrió en dirección a la barandilla de popa para golpear a los hombres que intentaban escalar. Consiguieron despegar a algunos como si fueran moluscos, pero el Cíclope era demasiado fuerte. Alcanzó la barandilla y abrió de un tajo el cuello de un miembro de la tripulación, que se precipitó bajo las aguas. Él y otros tres matones consiguieron abordar el barco. Cuando el gigante de un solo ojo se abalanzó con furia sobre Kassandra con desespero, Barnabás, que iba desarmado, se cruzó en su camino. El Cíclope alzó su arma, listo para cortar al hombre y apartarlo de su camino. Kassandra agarró una caña de pescar que tenía un pincho en un extremo y la lanzó al otro lado de la cubierta en dirección al gigante. La jabalina improvisada atravesó el pecho del Cíclope, lo echó hacia atrás y lo clavo contra el mástil. El ojo bueno de aquel salvaje llameó de rabia e incredulidad antes de que un borbotón de sangre le brotara de la boca, seguido de un estertor. Finalmente se desplomó, muerto.

Los pocos esbirros que seguían peleando retrocedieron, embobados, y la confianza en sí mismos que habían tenido hasta entonces se esfumó. Saltaron fuera del barco y se alejaron a la carrera por la bahía.

—¿El Cíclope de Cefalonia ha… muerto? —tartamudeó un miembro de la tripulación.

—La isla ha quedado libre de su reino de terror —graznó otro.

Barnabás, que seguía empapado y algo desaliñado, se detuvo frente a Kassandra, la miró e hincó una rodilla con la velocidad de una capa precipitándose contra el suelo. El hombre levantó los ojos y la contempló con asombro y veneración. Justo en aquel instante, Ícaro descendió y se posó en su hombro.

—¿Hija de Ares?

—Kassandra —respondió ella, le hizo un gesto para que se levantara y lanzó una mirada sobre los cadáveres desparramados y el tiesto de arcilla—. Había oído algo acerca de una rencilla entre el Cíclope y el trierarco de este barco. No me había percatado de lo grave que era.

Barnabás se puso en pie y soltó un profundo suspiro.

—Lo que sucedió con el Cíclope fue, digamos, un malentendido. Hace poco estuve en Sami disfrutando de una comida en una taberna del puerto. Y cuando digo comida, me refiero a una cuba de vino. Me puse un poco

contento y decidí contar a los lugareños una historia sobre uno de mis anteriores viajes, sobre una cosa que vi allí en las islas. Admito que estaba increíblemente borracho cuando sucedió, pero sé que lo vi. Era una criatura horrible, su fealdad estaba más allá de las palabras. Mencioné las palabras «monstruo de un solo ojo», y nuestro amigo aquí presente se levantó y volcó su mesa. Creía que estaba hablando de él, ¿sabes? Me persiguió por todo el local. Tuvimos la suerte de huir de los muelles de Sami antes de que nos atrapara, pero al parecer estuvo pendiente de cuándo iba a atracar de nuevo, porque en cuanto pusimos pie en esta costa aparecieron él y sus hombres.

—Sí, el Cíclope tiende, o mejor dicho tendía, a tomarse ese tipo de cosas de manera muy personal. —Kassandra esbozó una media sonrisa.

El rostro bronceado por el sol de Barnabás se relajó de puro alivio al contemplar el cuerpo del Cíclope y el tiesto de arcilla.

—Después de haber pasado la mayor parte de mi vida en el mar, habría sido absolutamente vergonzoso ahogarme en un tiesto. Te debo la vida. Todos te la debemos. Y, sin embargo, no puedo ofrecerte nada a cambio excepto mi lealtad.

—Que me permitas utilizar tu nave durante un tiempo será pago suficiente —dijo ella.

—¿Un viaje? —preguntó—. Te llevaré a cualquier lugar, *Misthios*. Te llevaré hasta el fin del mundo si es necesario.

La *Adrestia* dejó atrás la bahía de Kleptous y navegó alrededor de la isla hasta el puerto de Sami. Allí quedó anclada durante un tiempo mientras los hombres de Barnabás iban y venían por la plancha de desembarco llevando sacos sobre los hombros y reunían provisiones para el viaje que les esperaba. Kassandra, con un codo apoyado en la barandilla de la embarcación, tenía la mente en el mar y, a su alrededor, el murmullo del puerto, el graznido de las gaviotas y el repiqueteo de las copas en las tabernas de por allí cerca no cesaban.

Se escucharon por el muelle unos pasos ligeros que se acercaban.

—Estoy lista —resolló Febe—, ya tengo mis cosas preparadas.

Kassandra cerró los ojos con fuerza e intentó con todas sus fuerzas apagar la titilante llama que ardía en su interior.

—No vas a venir —dijo con frialdad.

Los pasos tras ella empezaron a ir más lentamente.

—Pero si tú vas, yo también —se quejó Febe con brusquedad.

—Allá donde me dirijo no es el mejor lugar para una niña —le dijo Kassandra. Despacio, se volvió para mirar a la cara a la muchacha y se agachó para estar a su altura. Entonces pudo ver que aquel tono brusco no era más que una máscara. Febe estaba a punto de echarse a llorar.

—Debes quedarte aquí. El Cíclope ya no está, así que Markos y tú ahora estaréis a salvo.

Miró por encima del hombro de Febe. Markos, que se encontraba de pie allí en el muelle, estaba enzarzado en una discusión con un mercader bizco al que intentaba vender un burro sarnoso con el lomo pelado.

—Es un caballo de batalla —alardeaba—, perfecto para un general.

Se detuvo un momento, le devolvió la mirada a Kassandra y con un leve movimiento de la cabeza se despidió de ella.

«Cuida de Febe», articuló la mujer con la boca, y recibió otro rápido asentimiento por parte de Markos, como si fuera un niño al que acabasen de regañar.

Entonces sintió que algo le presionaba la mano. Era el juguete de Febe, un águila de madera.

—Pues llévate a Chara contigo —le pidió la niña—. Allá donde quiera que vayas, Chara estará contigo, y por lo tanto yo también…, de alguna manera.

Kassandra sintió cómo unas manos invisibles le apretaban la garganta y un sollozo hacía presión por salir, pero envolvió el águila de juguete con sus dedos y reprimió la emoción con un frío suspiro.

—Yo también tengo algo para ti —susurró, y puso en la palma de la mano de Febe el ojo de obsidiana del Cíclope.

Había bastado un rápido juego de manos en la bahía de Kleptous; se preguntó por un momento si la pobre cabra habría echado ya la piedrecita que le metió por el trasero.

—Quédatelo, y no dejes que Markos sepa que lo tienes. Y si te

encuentras en problemas, véndelo y usa con cabeza las monedas que consigas a cambio.

Febe observó el ojo boquiabierta y, seguidamente, se lo metió en su bolsa.

—Adiós, Febe —se despidió Kassandra a la vez que se erguía.

—Volverás algún día, ¿no? —suplicó Febe.

—No te lo puedo prometer, Febe, pero ojalá nos volvamos a ver.

Los gritos resonaron por todo el barco cuando subieron el último saco de provisiones a bordo y la plancha de desembarco estuvo lista para ser retirada. Febe se alejó llorando, pero sonriente. Saltó del barco y fue junto a Markos. Kassandra le dio la espalda y, con fuerza, apretó el águila de juguete entre los dedos.

La *Adrestia* zarpó con la fuerza de los remos. Barnabás no paraba de ir de un lado al otro de la cubierta. A diferencia de cuando Kassandra le salvó, ya no parecía un gato ahogado. El hombre llevaba un *exomis* de color azul claro y con la parte de los hombros blanca. Tenía el cabello, grueso y largo, peinado hacia atrás y su barba se dividía en varios mechones. Era atractivo de la manera que suelen serlo los hombres de cierta edad: fuerte y robusto. Después de un rato, empezó a dar órdenes a sus hombres:

—¡Dejad de remar, izad la vela!

Los hombres de Barnabás trabajaban como si fueran ardillas, rápidamente se acercaron al mástil y tiraron de las cuerdas. Con un ruido sordo como el de un trueno lejano, la vela de la *Adrestia*, del color blanco de las nubes, se abrió y reveló un blasón carmesí con un águila en pleno vuelo. La vela se tensó con el fuerte viento, hinchada como el pecho de un gigante, y la nave puso rumbo al este a toda velocidad. El trirreme dejó a su paso una agitada estela de blanca espuma que, de vez en cuando, salpicaba a aquellos a bordo.

Barnabás se puso al lado de Kassandra, con el pelo agitado por el viento.

—Cuando el Cíclope estuvo a punto de meterme la cabeza en el agua, recé a los dioses, y entonces llegaste tú…

Kassandra rio con sequedad.

—Tú me llamaste, y yo respondí.

—¡Y luchaste como una reina amazona, como si fueras hermana de Aquiles! Y todo mientras el águila de Zeus volaba a tu alrededor —continuó Barnabás.

Ícaro, que seguía a la embarcación, chilló al darse por aludida. Los ojos de Barnabás empezaron a ponerse vidriosos al hablar, tal era la fascinación que sentía.

—En mis viajes me he encontrado con gente que afirmaba que por sus venas corría sangre de dioses, pero afirmar algo es sencillo y barato… Yo creo que una persona demuestra quién es realmente por sus actos.

Con timidez, Kassandra miró hacia otro lado de la cubierta. Era sencilla y estaba bastante arreglada. Constaba de una pequeña cabina justo debajo de la cola de escorpión de la popa, varios escondrijos y cofas sobre las que la tripulación gustaba de sentarse con las piernas colgando. Algunos dormían a la sombra junto a la proa, con sus capas enrolladas, pues hacían las veces de almohada, otros cantaban mientras fregaban las yescas y otros jugaban a las matatenas junto a la barandilla. Treinta hombres en total, contó.

—Son como mis hermanos —dijo Barnabás al fijarse en su mirada—. Y puedes confiar en todos ellos. Aunque, si se me permite preguntar, de todos los lugares a los que podría haberte llevado… ¿por qué has escogido la Megáride? —Dirigió su mirada hacia el lugar al que tomaba rumbo la nave: las aguas del golfo de Corinto.

—En Pegas, el puerto de Mégara, se encuentra un gran trofeo.

—En el núcleo de la guerra, *Misthios* —contraargumentó Barnabás—. Las tierras de la Megáride están plagadas de falanges espartanas, y en el mar les rodean las galeras atenienses. Por estos últimos no hay problema, porque, aunque la *Adrestia* sea pequeña y vieja, es veloz y se maneja bien… y tiene un pico afilado. Aun así, llegaremos a tierra firme en el momento en el que, según los rumores advierten, Pericles va a liderar un ejército de tierra hasta la Megáride para enfrentarse a los espartanos y destruirlos. ¿Qué trofeo puede valer tanto la pena como para poner los pies en unas tierras tan devastadas por la guerra como esas?

—La cabeza de un general espartano —respondió.

Los tripulantes que se encontraban cerca se quedaron sin aliento.

—Me han contratado para matar a aquel al que llaman el Lobo —dijo Kassandra; se sentía más confiada conforme el trirreme se iba adentrando en aguas más profundas.

Barnabás soltó aire a través de sus labios y se rio sin el menor rastro de humor, como quien escruta un acantilado completamente vertical que luego hay que escalar embadurnado de aceite.

—¿El Lobo? Complicada tarea, *Misthios*. Cuentan que Nikolaos de Esparta tiene los hombros de hierro y que duerme con su lanza en la mano y un ojo abierto. Y sus escoltas también son como demonios…

Kassandra oyó cómo las palabras de Barnabás se desaparecían en un tintineo ensordecedor. Se oyó a sí misma murmurar:

—¿Qué has dicho? —Vio la cara de confusión del capitán, y también la de la tripulación que andaba cerca. Le fallaron las piernas, y todos se apresuraron a socorrerla. Se los quitó de encima, se agarró a la barandilla del barco y se inclinó para mirar al agua.

«¿El Lobo es Nikolaos de Esparta? ¿Me ha sido encomendado que mate a mi padre?».

Mientras observaba cómo la *Adrestia* se adentraba en el mar, rumbo al golfo de Corinto gracias al poder de su vela, Elpenor dio un golpecito a la extraña máscara que llevaba entre sus manos y rio para sí mismo. Atisbo la pequeña figura de Kassandra en la popa. A primera vista parecía imponente, valiente y poderosa. Luego casi notó el duro golpe cuando la vio caer de rodillas y rechazar la ayuda de los hombres.

—Lo sabe… —susurró—. Ha empezado.

4

—¡Izad la vela! —gritó Barnabás. Mientras la gran imagen del águila desaparecía de la vista, veinte hombres se acomodaron en los bancos revestidos de cuero que se extendían a ambos lados de la nave. Cada uno cogió un remo de madera de abeto, lo levantó y lo ensartó a través de una gaza de cuero y un tolete. Con un chapoteo rítmico, los remos fueron al encuentro de las olas.

La provincia de Megáride estaba a la vista. El viaje casi había terminado.

Kassandra, encaramada en la proa de la embarcación, admiraba la flota de galeras atenienses que navegaban más adelante. Las ondeantes velas a rayas, los mástiles de madera de abeto y los cascos pintados con brea. Cada una de las poderosas naves estaba abarrotada de hoplitas, arqueros, honderos y peltastas. Incluso algunas de las embarcaciones transportaban corceles tesalios, las cabezas cubiertas con bolsas para que no se asustasen al ver el agua que los rodeaba. Un ejército flotante que se encontraba entre la *Adrestia* y el brumoso interior de Mégara más allá del mismísimo puerto de Pegas.

—Tengo que enfrentarme a él —susurró para sí misma. Era un mantra que había repetido una y otra vez en su cabeza durante los dos últimos días de viaje, mientras encajaba la verdadera identidad del Lobo—. Pero no podré hacerlo con este bloqueo.

Las naves se disponían apretujadas en hileras de cuatro o cinco embarcaciones de ancho. Kassandra vio que los grupos de peltastas con

túnicas blancas a bordo de los dos trirremes más cercanos apartaban la vista de la tierra sitiada para contemplar la pequeña nave que se dirigía a toda velocidad hacia su flotilla, como si se tratase de un ratón que cargase contra una orgullosa manada de leones. Gritaron y señalaron a la *Adrestia*, mientras su comandante les ordenaba a gritos que levantasen sus jabalinas y les apuntasen. Kassandra miró de nuevo a Barnabás y a sus hombres, a punto de decirles que debían cambiar de rumbo, que había sido un error. Quizá podrían virar hacia el norte o el sur y desembarcar en cualquier costa del golfo de Corinto. Desde allí, solo les llevaría un mes, más o menos, llegar hasta Pegas por tierra, y…

—*Kybemetes* —le gritó Barnabás al timonel antes de que Kassandra pudiese hablar—. Viramos… viramos… ¡viramos!

Bajo la sombra de la cola de escorpión de la galera, el timonel, un hombre con la piel morena llamado Reza, cogió los dos timones de espadilla, con los fuertes hombros temblándole por el esfuerzo, y se inclinó hacia la izquierda para hacer girar la nave hacia la derecha. Rugió a causa del esfuerzo. Dos miembros de la tripulación se apresuraron a añadir su peso en la operación.

Con un chapoteo del agua revuelta, la galera se inclinó con brusquedad hacia la derecha, surcando las olas. Kassandra se cogió de la barandilla para mantener el equilibrio. Una capa de agua la golpeó y empapó a su vez la cubierta. La *misthios* vio que las jabalinas que habían lanzado los peltastas atenienses cortaban el aire hacia las aguas agitadas que dejaba la *Adrestia* tras su paso, sin mayor peligro para la nave. La galera se había enderezado otra vez y Kassandra contempló boquiabierta el solitario trirreme ateniense que tenían delante, justo al lado de la proa de la *Adrestia*. Barnabás la había descubierto entre el resto de embarcaciones: el punto débil del bloqueo.

—*Yyyyy*… : *O opop, o opop, o opop*... —gritaba el *keleustes*, el jefe de los remeros, cada vez más rápido, golpeando con fuerza el puño contra la palma de su mano mientras iba y venía por la columna vertebral de la cubierta. Con cada repetición, los remeros se movían, hacían que la *Adrestia* alcanzase una velocidad cada vez más increíble… el espolón de bronce se dirigía a toda velocidad hacia la solitaria galera ateniense. Los ojos de Kassandra se abrieron de par en par y a los atenienses se les

ensombreció el semblante.

—¡Preparaos! —rugió Barnabás.

El mundo estalló en un estruendo de cuadernas destrozadas. Kassandra sintió que los hombros casi se le dislocaron cuando la *Adrestia* dio un bandazo y, durante un momento, el cielo se oscureció en una nube de astillas. La *Adrestia* se abrió paso a través de un coro de gritos; las dos mitades de la destrozada galera ateniense se mecieron como puertas abiertas, el gran mástil se desplomó y la tripulación se aferró a los palos de las cuadernas con desesperación. El alboroto se desvaneció tan rápido como había empezado.

Kassandra miró hacia atrás, al caos de espumosas aguas y de restos del naufragio que no dejaban de crujir, segura de que el resto de la flota ateniense los atacaría.

—No vendrán tras nosotros —dijo Barnabás—. No se van a arriesgar a acercarse a la costa para atrapar a una embarcación de pequeño tamaño.

«La costa», pensó Kassandra, mirando hacia la bahía de guijarros y a los peñascos de Pegas. Un chaparrón de espinas heladas le atravesó el corazón cuando se percató de que se había quedado sin excusas. Ella estaba allí… y él también. Con la mirada, inspeccionó el litoral. El corazón le latía con fuerza. Nada.

La nave atracó en un tramo desierto de costa, deslizándose sobre los guijarros. Kassandra saltó del barco y aterrizó en la bahía, con la mirada fija en la zona desierta. «¿Dónde estás, Lobo?».

Un jadeo desesperado resonó cerca de ella y un escalofrío de terror le recorrió el cuerpo. Un guerrero ateniense, proveniente de la nave que habían partido en dos, avanzaba con dificultad por la zona poco profunda del agua hacia la orilla, entre jadeos y esputos, con el *exomis* azul y blanco empapado. Por toda la costa, vio a más hombres como él; cientos de ellos, que nadaban desde los restos del naufragio de su nave. Algunos utilizaban sus escudos como plancha para flotar en el agua, y la mayoría iban armados. Los guerreros a bordo de las otras naves que bloqueaban la Megáride empezaron a vitorear a sus compañeros desde la lejanía. Por un momento, dio la sensación de que los atenienses hubieran logrado poner pie en la bahía contra todo pronóstico.

Hasta que una manada de color carmesí emergió en tropel desde los bosques.

Kassandra se agachó detrás de un matorral de tojos y observó cómo un *lochos* espartano (un regimiento de unos casi quinientos hombres, una quinta parte de los cada vez más raros hómoioi de pura cepa) surgió de entre los árboles. Avanzaban con sus capas de color carmesí sueltas, con las barbas y el cabello atados en apretadas trenzas que se balanceaban como cuerdas mientras se acercaban a ellos, descalzos, en marcha cerrada, hacia la costa. Los cascos que portaban deslumbraban bajo los últimos rayos del sol de la tarde; los escudos bañados en bronce estaban decorados con una lambda y tenían las lanzas preparadas como los dedos de un verdugo, apuntando de forma acusadora a los destrozados atenienses.

Cayeron sobre su presa en silencio, con expresiones de malicia en el rostro y las lanzas listas para atravesar pechos. Ráfagas de sangre salpicaron sobre la lucha, y los gritos de los heridos se elevaron en el aire. Aquellos atenienses que aún nadaban hacia la orilla o gateaban a cuatro patas por los bajíos de la costa fueron aporreados sin piedad con las puntas de bronce de la base de las lanzas espartanas. Cuando un grupito de unos siete atenienses se atrevió a devolver los golpes, uno de los guerreros espartanos contraatacó con movimientos de pesadilla. Kassandra apenas pudo vislumbrarle mientras se movía: su tribón rojo ondeó como un látigo, la cabeza y el rostro ocultos por un antiguo casco corintio, y su lanza brilló bajo los últimos rayos de sol de la tarde. Todos y cada uno de los siete atenienses cayeron ante él, hechos pedazos. En unos minutos, los cientos de supervivientes de la embarcación que había quedado hecha trizas no eran más que un cúmulo de cadáveres que flotaba en un caldo sangriento. El silencio se adueñó de la bahía, y el único sonido que se escuchaba era el de las olas que lamían la costa con delicadeza.

Por fin pudo observarlo con claridad y supo que era el Lobo, pues lucía los adornos de general: un penacho transversal en el casco, rojo como la sangre, como roja era la capa cubierta con las vísceras de sus enemigos. Kassandra se quedó mirando a la sombra en forma de T en la parte delantera del casco, buscando el rostro del general, mientras los recuerdos de su pasado la azotaban como látigos de fuego. El corazón le martilleaba el

pecho y, en la mano, la lanza de Leónidas parecía temblar y vibrar.

Los hombres que rodeaban al Lobo levantaron sus lanzas hacia él.

—¡Auu! —aullaron todos a la vez, con tono solemne.

El aura pura y el número de los guerreros la devolvieron a la fría realidad. Aquel no era el momento de atacar. Soltó la lanza y la tapó con su capa, y el fuego de su interior se calmó. Vio que el Lobo se dirigía hacia un joven oficial y le apretaba un hombro con la mano.

—Has luchado bien, Esténtor —escuchó que le decía.

Tras eso, el general espartano, su padre… su presa, se volvió y se marchó de la bahía, rumbo al camino que terminaba en los acantilados costeros, acompañado por un par de sus hombres.

Kassandra volvió la cabeza, miró hacia atrás, por encima del hombro, y vio que Barnabás la miraba con preocupación.

—Espera aquí —movió los labios sin emitir ningún sonido. Salió de detrás del tojo y se acercó a los soldados espartanos. Aquel que respondía al nombre de Esténtor fue el primero en percatarse de su presencia y se plantó en su camino para evitar que siguiese avanzando.

Era un poco más mayor que ella: al menos tendría treinta años, supuso Kassandra, dado que parecía ser un oficial. El hombre clavó en ella una mirada impasible. La oscura barba rodeaba unos labios finos, con una nariz semejante a la hoja de una espada. Era fuerte y enjuto… quizás demasiado enjuto; ¿los efectos de la batalla y el hambre? Le temblaban los labios con nerviosismo, cargados con palabras mordaces de desafío, hasta que vio la *Adrestia*, amarrada a pocos metros de ellos; contempló los atenienses muertos y, después, pasó la mirada por las aguas hasta los restos flotantes de su nave.

—¿Habéis… habéis partido esa galera en dos? —concluyó, y su afirmación fue interrumpida por el chasquido de un tendón cuando un ave carroñera arrancó un globo ocular del rostro de uno de los atenienses muertos.

—Se interponía en mi camino. —Kassandra imitó el tono lacónico de su voz.

Percibió un destello de respeto en los ojos del espartano y siguió la orgullosa mirada del hombre hacia la cima de los acantilados costeros: allí,

en lo alto, estaba el Lobo, examinando la bahía. Su capa ondeaba bajo la intensa luz de la puesta de sol. Apoyaba todo su peso sobre un bastón, un *bakterion*.

Kassandra se dio cuenta de que había pasado demasiado tiempo con la mirada clavada en el Lobo. Y Esténtor también se percató de ello.

—¿Qué quieres del Lobo? —le espetó y, de repente, su voz destilaba desconfianza.

Kassandra contestó con una fingida despreocupación:

—He venido para… servirle.

—Así que eres *misthios*. ¿Y crees que necesitamos ayuda? ¿Acaso no acabas de presenciar lo que les ha pasado a esos inútiles atenienses? ¿No sigue Mégara bajo el poder de Esparta?

—Por el momento —respondió Kassandra—. Aunque he oído por ahí que Pericles de Atenas planea preparar una importante ofensiva terrestre por esta zona.

Uno de los extremos del labio superior de Esténtor se arqueó.

—No pongo en duda que ganaréis la mayoría de las batallas —continuó Kassandra antes de que Esténtor empezase a soltarle barbaridades—, pero ¿no os sería de ayuda una mercenaria para determinadas tareas? Lo único que pido mientras me quede por aquí es un lugar en vuestro campamento y un refugio seguro para la tripulación de mi barco.

Esténtor soltó un resoplido sardónico.

—¿Quieres servirnos? ¿De verdad te crees que permitiría que una espada de alquiler se acerque a mi padre? —Mientras hablaba, lanzó una mirada al Lobo.

—¿Eres hijo del… Lobo? —preguntó Kassandra, con la voz rota.

—Me adoptó poco después de que sus hijos muriesen —explicó Esténtor—. Ha sido mi mentor y me ha entrenado. Gracias a él, soy *lochagos*, capitán de este regimiento. El Lobo lo es todo para mí, todo lo que quiero llegar a ser en un futuro. Lo seguiría hasta las mismísimas puertas del inframundo.

—Solo pido una oportunidad para hacerlo yo también —contestó Kassandra.

Esténtor la miró con recelo, repasándola de arriba abajo como si fuese

un mercader que evaluase un caballo. Al final estrechó una mano contra la palma de la otra; la decisión estaba tomada.

—No. Ninguna *misthios* entrará en nuestro campamento o se acercará al Lobo —insistió—. Ya hay bastantes *misthios* acechando en el interior, al servicio de los atenienses… —Esténtor arrugó la nariz—. Hyrkanos y sus granujas a sueldo llevan un tiempo haciendo pedazos nuestros carros de suministros, quitándoles el pan a nuestros hombres. Otros codician la cabeza de mi padre y la bolsa de monedas que les darán por ella. Ya hay demasiadas espinas en la zarpa del Lobo. Ya basta. Por lo que yo sé, podrías estar aquí para matar a mi padre. —La miró durante un largo rato—. Así que vete, desconocida, duerme en tu barco y da gracias a que te permito conservar la cabeza.

El sonido metálico de varias lanzas que bajaban para apuntar en su dirección le indicó que era hora de irse. Hizo una media reverencia y retrocedió hacia el frágil santuario que era la *Adrestia*.

Después de ingerir una comida que consistió en sardinas asadas en salmuera y pan, y tras tragarla con vino rebajado con agua, Kassandra se tumbó a dormir cerca de la proa del barco. Un silencio sepulcral descendió sobre la bahía. A pesar de tener los músculos doloridos y la mente nublada, era incapaz de conciliar el sueño, así que se sentó sobre la barandilla y se abrazó las rodillas contra el pecho. Ícaro se puso a acicalarse a su lado bajo la luz de aquella luna en forma de hoz que iluminaba las aguas. Kassandra contempló el anillo que formaban la luz de las antorchas de las galeras atenienses y el brillo anaranjado en el acantilado donde habían acampado los espartanos. Allí estaba ella, en aquella especie de playa del inframundo, en una cubierta de barco rodeada de marineros que no dejaban de roncar y de los cadáveres inmóviles y apestosos de los atenienses que yacían sobre la arena a tiro de piedra. Los habían despojado de sus armaduras, pero no los habían enterrado.

Se le heló el corazón al escuchar el sonido de unos remos al chocar contra el agua. ¿Un ataque nocturno? Pero lo único que vio fue un pequeño bote de remos que se aproximaba a la *costa* procedente del bloqueo.

Observó con intensidad cómo dos atenienses carentes de armadura desembarcaban y se dirigían hacia el campamento espartano. «Son hombres valientes, sí, pero también son hombres muertos», pensó. Sin embargo, regresaron al cabo de un rato, y poco después un grupo numeroso de atenienses desarmados remó hasta la costa, se les unió y los ayudó a cavar tumbas en la arena para enterrar a sus muertos. Aquellos fieros enemigos les habían dado permiso para hacerlo.

Kassandra contempló el campamento espartano. El Lobo, enmarcado por un cielo tintado de oscuro y moteado de estrellas plateadas, estaba de nuevo sobre el borde del acantilado y miraba hacia abajo, hacia los entierros. «No me cabe duda de que estarás felicitándote por haber mostrado una pizca de honor. —Articuló con odio, sin llegar a pronunciar las palabras—. Y, sin embargo, ¿dónde estuvo tu honor aquella noche en las montañas?».

La *Adrestia* permaneció varada cerca de Pegas la siguiente luna, durante la cual Kassandra comenzó a ganarse la confianza de los espartanos. Durante el día seguía las hileras de soldados que marchaban de un lado para otro y ayudaba a defender las pocas bahías buenas o los lugares de fondeo en los que los atenienses intentaban atracar, o bien ayudaba a repeler los asaltos de la infantería procedentes del norte. En dos ocasiones, su intervención cambió las tornas de la lucha. La primera vez fue porque se subió a una roca cercana a la costa y disparó flechas en llamas por encima de las cabezas de los espartanos que aguardaban preparados para la batalla. Arrojó sus flechas contra las velas de los trirremes atenienses que se aproximaban, y los barcos estallaron en llamas antes de alcanzar la costa. Esténtor la había mirado como un buitre al que acabaran de robarle el cadáver de su presa. Y luego, días más tarde, se había adentrado de nuevo en el límite de la batalla y había emergido del bosque para derrotar a un campeón ateniense. Esténtor la había recompensado con una salva de improperios, y hasta había desenvainado una cuarta parte de su espada.

—Aléjate de mis soldados. Aléjate de mi padre. —Había escupido.

Pero ella podía ver las sombras oscuras bajo sus ojos y los andares

agotados de los soldados espartanos. A pesar de su orgullo y de la reputación de reírse ante el hambre, los carromatos con provisiones desaparecidos significaban que muchos no habían comido nada sólido desde hacía media luna.

La confianza de los espartanos era como un grueso candado de hierro. Kassandra se percató de que el grano era la llave. Se irguió, abandonó el barco en silencio y puso rumbo tierra adentro.

El campamento de los espartanos en la cima del acantilado estaba delineado por un círculo de antorchas. Los centinelas permanecían en pie y observaban los alrededores, atentos y carentes de expresión; el extremo inferior de sus lanzas estaba hundido en el suelo para que el mango permaneciera enhiesto como si fuera una estaca. Un puñado de esquiritas, expertos lanzadores de jabalinas, vigilaban el perímetro exterior. No eran espartanos de pura cepa, pero aun así se los tenía en alta estima. Estaban subidos a los árboles o situados sobre terrenos elevados que rodeaban los alrededores. En el interior del campamento los soldados espartanos se sentaban junto a las hogueras, soltaban carcajadas profundas y estruendosas, sorbían un caldo oscuro preocupantemente aguado de sus jarras *kothon* o se dedicaban a afilar sus lanzas. Algunos estaban desnudos, y sus esclavos ilotas les cubrían de aceite el cuerpo demacrado y luego se lo limpiaban con un estrígilo.

Esténtor estaba sentado junto al fuego en el centro del campamento. Se sentía cansado, famélico e irritable. No podía dormir, así que se había levantado en plena oscuridad y había traído consigo a otros guerreros insomnes junto al fuego, para pasar en compañía las horas hasta el alba.

—Cantadme los versos de Tirteo —gruñó—, una de sus elegías de guerra.

Dos hómoioi demacrados sentados frente a él tosieron y se removieron. Luego comenzaron a entonar una versión espantosa de una canción escrita hacía unos trescientos años por la mano del poeta más grande de Esparta. La consternación inundó el rostro de Esténtor.

—Parad ya, antes de que el espíritu de aquel gran hombre se levante y

os arranque la lengua de la boca.

Bajó la mirada y contempló la *Adrestia*, pegada a la costa como si fuera un molusco. La irritante *misthios* llevaba allí casi dos lunas; había pasado ahí varada todo el asqueroso calor del verano. Su interferencia en las batallas recientes había menoscabado sus victorias, y en una ocasión había sido gracias a su arco. ¡Un arma tan poco espartana! Cierto día, Esténtor había bajado a la bahía para observar cómo sus hombres entrenaban en la arena. Se habían alineado en dos falanges opuestas y marchaban los unos contra los otros simulando una batalla. Esténtor había reído con voz ronca y había aplaudido mientras, una a una, las hileras se abrían camino entre sus oponentes, tumbándolos y anotándose muertes falsas. Al final solo había quedado un soldado en pie tras una demostración arrogante de sus facultades, mientras el resto gemía aturdido. Había rugido una ovación al acercarse al campeón… hasta que había visto que bajo aquella túnica espartana de color rojo y bajo aquel casco de bronce no había un hombre de Laconia, sino que estaba ella. ¡Ella!

Había reprendido a sus hombres con la ira de un titán vengativo por permitir que entrenara con ellos y por entregarle una lanza y un escudo espartanos. «Pero señor, se los merece. —Había replicado un soldado—. Ha sido entrenada a la perfección en las costumbres espartanas, pero se niega a decir por quién».

Uno de los hombres que había derrotado trató de seducirla luego. Intentó agarrarla para darle un beso. Aquel hombre se sentaba ahora en una esquina del campamento, con la mandíbula rota y los testículos amoratados. Y lo que resultaba más extraño era que, durante la pasada luna, los esquiritas habían declarado que la habían visto realizar extraños movimientos en mitad de la noche: la habían visto adentrarse en el interior de la isla bajo el abrigo de la oscuridad. «Qué eres, *Misthios?»*, se preguntó.

En cualquier caso, había problemas más preocupantes que los acuciaban. Lo que había dicho la *misthios* había sido cierto: Pericles de Atenas estaba movilizando a una gran fuerza de hoplitas hacia el sur en un intento de romper el dominio espartano sobre aquella tierra, por lo que los *lochos* espartanos no tardarían en marchar al norte para interceptarlos. De hecho, ya habían convocado a sus aliados. Se pasó los dedos por el pelo: las

conversaciones sobre los héroes atenienses, los números ingentes de las tropas del enemigo y los numerosos susurros acerca de la inminente y célebre derrota de los espartanos contribuía a minarle la moral, al igual que el hambre que le arañaba el estómago vacío.

Las hojas crujieron y reconoció unas pisadas apresuradas que se acercaban provenientes de las tiendas. Alzó la cabeza.

—¡Guardias! —Ladró.

Una sombra apareció cerca del fuego y caminó con decisión hacia él. Esténtor se puso en pie. Iba a echar mano de su espada corta cuando la sombra se detuvo y arrojó un objeto pesado en su dirección. El objeto cayó cerca del fuego y se abrió de golpe. Un chorro de preciado grano se derramó del saco. Todos los ojos se posaron sobre el grano como si fuera oro. Esténtor levantó la mirada cuando la sombra se perfiló. Kassandra tenía aspecto de cazadora. Su ceño fruncido y sus ojos estaban fijos en él.

—¿*Misthios*? —Gruñó.

—Hyrkanos está muerto. Me he pasado la última luna rastreándolo. Esta noche me he infiltrado en su campamento y lo he matado a él y a sus hombres. Allí sigue habiendo una docena de carromatos llenos de grano robado. Tú y tus hombres podréis comer para recuperar las fuerzas a tiempo para la llegada del último asalto de los atenienses.

Esténtor se puso en pie, eufórico y a la vez encolerizado.

—¿Así que nos has vuelto a traer la salvación? —preguntó, echando humo—. ¿Quieres que nos arrodillemos y te colmemos de alabanzas?

—Lo único que pido es una audiencia con el Lobo —dijo con voz calmada.

La ira de Esténtor se esfumó y en su lugar empezó a formarse una idea tan brillante como una gema. Necesitaban todas las lanzas que pudieran reunir.

—Muy bien. Hay una manera de que consigas esa reunión. Cuando marchemos al norte para enfrentarnos con las falanges atenienses. —Apuntó en su dirección con un dedo—. Tú, *Misthios*, marcharás en mi *enomotia*, en mi grupo juramentado. Responderé por ti. Te manejaste bien en la bahía, pero una pelea falsa en la arena no es manera de medir a un guerrero. Tienes que demostrar tu valía como hoplita, como parte del muro

de acero, en una batalla de verdad.

Dos espartanos sentados junto al fuego rompieron a reír ante la idea.

Esténtor deseó que se derrumbase ante la perspectiva de una batalla de verdad. «¡Huye, *Misthios*, lárgate de aquí!».

Kassandra le sostuvo la mirada.

—Dadme una lanza y un escudo y pelearé igual que un espartano.

La mueca burlona de Esténtor se transformó en una mirada gélida.

Cuando los dos grandes ejércitos marcharon hacia la batalla, las nubes de polvo se levantaron sobre la provincia de Megáride cual serpientes rivales que se aproximasen la una a la otra. Aquella mañana, Barnabás se había comportado como una gallina vieja; no dejaba de darle pan extra a Kassandra y de asegurarse de que tenía suficiente agua.

Ahora, tras una marcha de media luna al norte de la bahía de Pegas, Kassandra se preguntaba si volvería a verlo. En el interior de su yelmo, la sangre le rugía a través de las orejas, su aliento chocaba en oleadas contra el metal y la peste a sudor atravesaba el aire. Los hombros musculosos del espartano a su izquierda le rozaban el brazo a cada paso, el escudo atado a su espalda se le clavaba en los hombros y el mango de la espada hoplita le raspaba la palma. Había dejado la lanza de Leónidas en la *Adrestia*, sabía que no podían verla con ella si no quería que el Lobo reconociera tanto el arma como a ella. Lanzó una mirada a la vanguardia de los *enomotia* de Esténtor: treinta y dos hombres barbudos de rostros inamovibles. El Lobo también marchaba con ellos. El resto de las bandas los seguía como si fueran la cola carmesí de una serpiente gigantesca. Habían pedido refuerzos a sus aliados peloponesios: tebanos, corintios, megarenses, focenses y locrios, todos engrosaban las fuerzas del Lobo, que contaban casi con siete mil hombres. Los esquiritas marchaban más hacia delante, como vanguardia, junto a un contingente de jinetes beocios. La campiña de ondulaciones suaves que tenían delante fue desapareciendo con cada milla que avanzaban y se convirtió en colinas rocosas y tierras altas y boscosas.

Y entonces vieron el muro de hierro que los esperaba en la gigantesca extensión polvorienta de más adelante.

Divisaron el acero y el bronce, el blanco y el azul de las túnicas y los estandartes. Las brigadas de Atenas se extendían hasta fundirse con el horizonte. «Hay casi diez mil», calculó Kassandra. El ejército prorrumpió en un estruendo de gritos y canciones burlonas.

Los sucintos comandantes corearon junto a las tropas espartanas. La cola de la columna avanzó hasta formar un frente de batalla que igualase a la línea ateniense, lo que dejó a los espartanos del Lobo a la derecha, a los aliados en el centro y a los esquiritas defendiendo el flanco izquierdo. El estruendo de las sandalias se desvaneció y fue sustituido por el tenue sonido de la madera y el metal cuando todos los hombres alzaron sus escudos para formar un muro de bronce pintado con brillantes emblemas: los aliados del Peloponeso llevaban un blasón con rayos, serpientes y escorpiones. Kassandra también cogió el escudo que llevaba a la espalda, dejó pasar el antebrazo izquierdo por el brazal de bronce, llamado *porpax*, y asió la tira de cuero a un extremo del escudo. Era como una prolongación de su cuerpo.

De repente, se hizo el silencio y solo se escuchó el suave susurrar del viento. A continuación, resonó un fuerte balido. Un sacerdote espartano de cabellos blancos arrastraba una cabra a través de las líneas de batalla. Se detuvo frente al Lobo. Kassandra observó al débil anciano: llevaba una corona de laurel alrededor de la cabeza y los huesudos hombros desnudos. En seguida le vinieron los recuerdos de aquella noche. El hombre cantó, con la mirada puesta en el cielo. Sostuvo una espada contra el cuello del animal asustado, pidió a los dioses que les fueran propicios, y justo después hizo un movimiento con el brazo hacia un lado. La cabra se revolvió y cayó; la sangre le salía a borbotones del cuello abierto.

Cuando el animal quedó inmóvil, el sacerdote anunció que los dioses se sentían complacidos. El Lobo levantó la mano y todas y cada una de las lanzas bajaron, como dedos de hierro que señalasen a los atenienses.

Un espartano sin coraza situado a la espalda de Kassandra levantó un par de *auloi*, dos flautas que salían de su boca como los colmillos de un elefante, tomó aire y sopló.

Un quejido grave y terrible salió del instrumento y atravesó la llanura. A Kassandra se le puso la piel de gallina, pues el sonido del Himno de Cástor desenterró recuerdos que había olvidado hacía mucho tiempo: recuerdos de

su feliz infancia, de tiempos mejores. Cuando contempló el campo de batalla y el frente ateniense, se percató de que se le había secado completamente la boca y de que tenía la vejiga hinchada como un melón demasiado maduro. Sabía que podía enfrentarse y derrotar a cualquier hombre de los allí presentes, uno a uno. Además, ¿acaso el Lobo no le había enseñado de pequeña el arte de luchar en formación de falange? ¿No le había enseñado cómo ponerse en posición, cómo ser fuerte e inconmovible, cuándo atacar y cuándo golpear? ¿No les había demostrado a aquellos espartanos en su entrenamiento que era muy habilidosa y de respetar? No obstante, la guerra real, como en la que se encontraba metida en aquel momento, era algo nuevo para ella, algo extraño…, perturbador.

—¿Tienes miedo, *Misthios*? —preguntó Esténtor, que se encontraba a su lado.

Kassandra no le miró.

—Ir a la guerra es como correr con cadenas en los tobillos, no puedes dar media vuelta y huir, a no ser que desees la humillación. No puedes escabullirte y agacharte como cuando luchas contra un único enemigo. Eres parte de un muro, de la máquina espartana, y seguirás siéndolo. Esto no es un simple entrenamiento de combate. O luchas y ganas en este campo de batalla… o luchas y mueres. —Suspiró y rio—. Pero deberías alegrarte por ello, pues son aquellos que viven al borde de la muerte los que más viven.

—Quieres que me vaya corriendo —le contestó—, pero no lo voy a hacer.

—Puede que no, pero quizás aprendas algo viéndome, pues hoy conseguiré la gloria para el Lobo. Seré su campeón, ¡yo seré al que solicitará audiencia al acabar este día!

Kassandra lo miró de soslayo y se preguntó si no sería mejor callarse. Tampoco pudo evitar preguntarse qué habría pasado si aquella noche en la montaña jamás hubiera sucedido, ¿estaría Esténtor allí en aquel momento? ¿Y si hubiera sido ella? ¿O Alexios? Las siguientes palabras se le escaparon antes de que pudiera reprimirlas:

—El Lobo… Si hoy caigo en combate, jamás podré hablar con él. Cuéntame algo de él.

Esténtor le lanzó una mirada de férrea amenaza.

—¿De sus guardias? ¿De sus rutinas? Eso es lo que quieres que te cuente, ¿verdad? ¿Te piensas que acaso he olvidado que eres una *misthios*?

Ella suspiró y volvió la cabeza en dirección a Esténtor.

—No, me refería a… cómo es como padre.

El caparazón de hierro de Esténtor se quebró. Por primera vez, Kassandra descubrió un niño en los ojos de aquel hombre. Con aquella única mirada le entendió. Esténtor no dijo nada. En cuanto su rostro cambió, volvió a comportarse de una manera fría y llena de odio. Los *auloi* sonaron con fuerza y Kassandra supo que la conversación se había terminado. Por eso casi dio un salto cuando el hombre finalmente le respondió.

—Es fuerte. Y amable. Se podría decir que es un buen padre. Aunque hay veces en las que parece que él no piensa lo mismo. En ocasiones, un semblante distante se apodera de él, como si la tristeza lo cubriera como una fría niebla. —Rio otra vez, de nuevo se le escapó aquella conducta tan espartana—. Pero supongo que todos tenemos nuestros remordimientos.

—Sí —respondió Kassandra. Su corazón se endureció al ver al Lobo. «Y algunos van a aparecer muy pronto».

El terrible quejido de los *auloi* se disipó. Los abucheos y los gritos obscenos de los atenienses también cesaron.

Varios cientos de soldados de ambos bandos gritaron, ansiosos por avanzar. Como si fueran un brazo gigante limpiando una mesa, los espartanos y sus aliados echaron a andar a un ritmo que sorprendió a Kassandra. Avanzaban al unísono, sí, pero veloces, y en profundo silencio. Mientras que los aliados cantaban o gritaban, los espartanos estaban completamente callados, mirando al frente y llenos de odio. La distancia entre los dos frentes disminuyó rápidamente. Kassandra vio la taxiarquía ateniense ir directa a por ellos: era un conjunto de hoplitas vestidos con túnicas de un blanco nube con tonos de azul zafiro en los hombros derechos. Su *taxiarcos* lucía un casco ático empenachado, un antiguo *thorax* de bronce y unas sandalias de cuero blanco con grabados dorados. El *taxiarcos* profirió un potente grito de guerra al acercarse a los espartanos:

—¡*Elelelelef*! ¡*Elelelelef*!

Los latidos de Kassandra se aceleraron como un caballo desenfrenado.

En aquel momento, la respuesta a la pregunta de Esténtor de si tenía miedo era, definitivamente, «sí». La *misthios* pisaba fuerte, decidida a no dejarse llevar por el terror mientras las puntas de las lanzas atenienses se acercaban cada vez más, y más, y entonces…

¡Zas!

Aquellas letales puntas alcanzaron su escudo; quedó sin aliento. Algunos lancearon cerca de su cabeza, otros fueron a por sus piernas. A lo largo de los frentes se escuchó el sonido del hierro y el bronce como si se tratara de rechinantes colmillos metálicos. Algunos hombres empujaban con las lanzas para desplazar el escudo de sus oponentes y así permitir que sus camaradas a su lado introdujesen sus armas en el costillar del enemigo. Así, cientos de ellos cayeron entre gritos en los primeros minutos; se escuchó el sonido de sus tripas al caer sobre el suelo por encima del ruido ensordecedor del combate. Una lanza alcanzó la mejilla de Kassandra y le cortó un mechón de pelo. Sintió como su propia sangre, caliente, le corría por la cara, así como su olor y su sabor en los labios. El *taxiarchos* ateniense dirigió la lanza con celeridad en su dirección, pues la veía como un punto débil. Todo lo que ella podía hacer mientras formaba parte del muro de hoplitas espartanos era permanecer detrás de su escudo y devolver las estocadas a su adversario.

—¡Mirad, los espartanos se han traído a una zorra a la batalla! —se regodeó el militar, mientras una peste inaguantable a esfínteres sueltos inundaba las líneas de batalla, acompañada de una llovizna de sangre caliente. La lanza del hombre se quebró debido al empuje, como también lo hicieron cientos de lanzas más en ambos lados. Con los colmillos rotos, los enemigos avanzaron hasta que los escudos chocaron con un sonido sordo, como el de un trueno. Kassandra se encontró cara a cara con el *taxiarchos* ateniense. Tanto ella como los espartanos quedaron trabados en una lucha de empujones contra su enemigo, el cual los superaba en número.

—Te voy a cortar las tetas, zorra espartana. —El gruñido del *taxiarchos* vino acompañado de un esputo en la cara—. Y luego voy a arrastrar tu cadáver atado a mi caballo durante un kilómetro.

Esténtor estaba a su lado, con la cara negra por la sangre.

—Desenvaina tu espada, *Misthios* —rugió, y él sacó su espada corta. Se

la clavó en el cuello al ateniense al que estaba empujando.

Kassandra vio cómo el *taxiarchos* se movió para atacarla, pero con su reacción, veloz como un relámpago, salió triunfante: desenvainó la espada curva que le habían dado aquella misma mañana y se la clavó con fuerza en el ojo al pendenciero ateniense. La fanfarronería del hombre se convirtió en un grito de dolor, y después desapareció de su vista. En seguida otro ateniense tomó su relevo y ambos bandos quedaron bloqueados al empujar por sus vidas hasta que, en medio de fuertes chillidos agonizantes, llegó el momento. Los atenienses retrocedieron un paso, luego dos. Las desafiantes canciones de guerra se convirtieron en gritos de desesperación. A pesar de que les ganaban en número, no lograron doblegar la famosa fuerza de voluntad de los espartanos. Las líneas de combate se desintegraron y una gran cantidad de atenienses tiraron sus escudos y salieron corriendo. Kassandra sintió cómo la intensa presión desaparecía. Esténtor rio cuando la caballería beocia salió a galope de un flanco para escapar mientras la infantería salía por el otro flanco. A los pocos regimientos atenienses que mantuvieron la posición les cayó una lluvia de jabalinas.

—La danza de la guerra está a punto de acabar —bramó Esténtor, victorioso—. ¿Has visto cómo nos temen los atenienses? Pericles ha huido como un cobarde a resguardarse en su Partenón, donde le acompañarán dramaturgos y sofistas. Sabe que los días de Atenas en la Megáride están contados. ¡Y la misma Atenas será la siguiente!

Sin embargo, nada más proferir tan atrevido pronóstico, Kassandra vio algo en el frente espartano: el Lobo estaba herido, pues se había separado de sus hombres y había acabado rodeado por cuatro robustos atenienses. «¡No, es mío!», gritó ella en su interior. Sin dudarlo ni un solo instante, embistió contra ellos, golpeó a uno de los hombres en la parte de atrás de la cabeza con su escudo y le clavó la espada a otro en el costado. Se desplomó como una roca. El tercer ateniense dio un brinco y se preparó para lanzar su arma al Lobo. Sin embargo, la lanza jamás llegó a despegarse de su mano, pues Kassandra le asestó un golpe en las costillas con su espada que le rompió el *exomis*, lo que provocó que su piel y sus cartílagos y huesos se hundieran en uno de sus pulmones. Cayó junto a la espada entre espasmos del dolor. Por otro lado, el Lobo acabó con el último ateniense que quedaba

de un golpe con el umbo de su escudo en la cara que le rompió la nariz. Luego, con un movimiento veloz y experto de su lanza, se la hundió en la garganta. El ateniense cayó al suelo sacudiendo la cabeza y con la lengua fuera.

Kassandra, sin dejar de resollar, con las manos desprovistas de armas y con el Lobo justo en frente de ella, se dejó caer de rodillas. Él la observó durante un instante antes de que sus hombres lo rodearan. Volvieron a levantar sus lanzas de aquella manera solemne y escalofriante. El polvoriento campo de batalla tembló con un potente «*¡Auu!*».

Mientras que los aliados estallaron en continuas celebraciones, los espartanos guardaron silencio. Aquel grito fue su única extravagancia. Se limitaron a clavar el asta de sus lanzas en la tierra y bebieron de sus odres en silencio; apenas unos pocos hablaban en voz baja.

Nikolaos le dijo una vez: «Matar o morir por nuestra patria, ese es nuestro cometido. Y lo hacemos sin pomposidades ni espectáculos».

Un grupo despojó a algunos atenienses de sus armaduras con tranquilidad, clavaron sus lanzas formando una «X» con ellas y las decoraron con las corazas, cascos y escudos de los enemigos. Cuando terminaron, el resultado recordaba a un hoplita ateniense de cuatro cabezas. Un simple y silencioso homenaje a su victoria. Las moscas se acumulaban sobre una alfombra de cadáveres despedazados con un zumbido creciente y las aves carroñeras empezaron a descender.

Del círculo de hombres del Lobo se adelantó un soldado.

—¿Eres la *Misthios*?

Ella asintió mirándolo.

—Tu trabajo hoy ha impresionado al Lobo. Ha pedido que te reúnas con él cuando volvamos al campamento de Pegas —enunció.

Por el rabillo del ojo pudo ver cómo Esténtor los observaba con el rostro lívido de ira.

Al caer la noche, el aire se enrareció con ese olor sulfúrico que precede a la tormenta. Los cielos comenzaron a restallar y rugir, ansiosos por explotar. Kassandra apenas pronunció palabra al volver de la batalla y subió

a bordo de la *Adrestia*, aún encallada. Ignoró los intentos de Barnabás de revisar sus cortes y hematomas y se limitó a guardarse la lanza quebrada en el cinturón. Se volvió para observar los riscos, el campamento espartano y el promontorio cercano al que la habían invitado.

—Volveré pronto —gruñó—. Prepárate para zarpar rápidamente; nuestras vidas dependerán de ello.

Con estas palabras, se bajó del barco y fue hacia el escarpado camino que subía hasta el risco. El creciente viento azotaba su manto negro y el cabello recogido la golpeaba. Una vez arriba, en los acantilados, alcanzó el promontorio… y se quedó paralizada.

Allí estaba, erguido, dándole la espalda mientras oteaba con expresión huraña el oscuro y embravecido mar como si se tratara de su peor enemigo. Se acercó a él con el corazón latiéndole a gran velocidad. La visión de aquel manto color rojo sangre revuelto por el viento le trajo recuerdos. «Recuerdos de aquella subida», pensó. «Al monte Taigeto…».

Se percató de los mechones blancos que surcaban los rizos negros que se veían bajo el casco, y la pequeña porción de las espinillas que se divisaba bajo el manto revelaba unas rodillas nudosas y maltratadas por la edad. Fuerte, pero cansado.

«Claro que me ha oído», se dijo a sí misma. «Es un espartano, lo entrenaron para el sigilo desde que nació».

Kassandra se detuvo. Él se volvió lentamente. Sobre ellos resonó un trueno.

La analizó tras la visera de su casco con la misma mirada lacónica que Esténtor había aprendido de él. Su cuerpo, desnudo bajo el manto, estaba surcado de cicatrices, incluyendo una recién abierta en la polvorienta batalla contra los atenienses. Los años no lo habían tratado bien. «Y yo tampoco lo haré», rabió mentalmente.

—Así que tú eres la sombra que ha estado siguiendo a mi ejército estos meses —comentó—. Háblame de ti y cuéntame por qué luchas tan fieramente sin recibir pago alguno.

Su voz era tan profunda como recordaba, pero los años la habían suavizado.

Lo miró a los ojos, brillantes bajo el primer relámpago que iluminó la

bahía como una rama luminosa. «¿Cómo puedes no acordarte de mí después de lo que hiciste?», pensó iracunda.

—No es fácil ganarse mi confianza, como ya te habrás percatado. Pero ahora que la tienes podrás ganar bastante más dinero y…

El viento aulló con fuerza y alzó el manto de Kassandra como si de un estandarte de guerra se tratara, lo que reveló su cinturón… y la lanza rota de Leónidas.

El Lobo quedó en silencio y otro relámpago brilló tras Kassandra, desvelando sus ojos por completo: abiertos, fijos e incrédulos. «Tú…», pronunció con voz quebrada.

La mano de Kassandra se lanzó sobre la vieja lanza rota y, nada más tocarla, el pasado la atrapó entre sus garras.

Clavé los ojos en aquel abismo negro como la tinta, deseando contra toda esperanza que nada de esto fuera cierto. Sin embargo, el frío granizo que golpeaba mi cuerpo demostraba lo contrario. Alexios estaba muerto.

—Ha empujado al éforo… —El chillido agudo del sacerdote atravesó el tormentoso viento como una guadaña—. ¡Asesina!

—Ha maldecido a Esparta, nos ha condenado al desastre que predijo el Oráculo —farfulló otro.

Y el silencio… pero entonces:

—Debe morir para compensarlo. Nikolaos, tírala al vacío con los otros, que pague por la deshonra.

Pude sentir unos dedos gélidos en mi espalda. Aparté la mirada del abismo, vi cómo se revolvía mi madre, sujeta desde atrás por un hombre mayor; y a Padre, con los hombros hundidos y el rostro desdibujado por el horror.

—Debe morir —sentenció el sacerdote de rostro cadavérico—. Si vive, serás enviado al exilio, Nikolaos. La vergüenza recaerá sobre ti y te seguirá como tu sombra. Incluso tu esposa te odiará.

—¡No! —gritó Mirrina—. ¡No les escuches, Nikolaos!

—Incluso los ilotas escupirán al oír tu nombre —seguía diciendo el sacerdote—. Actúa como un auténtico espartano.

—¡Por Esparta! —gritaron algunos de los presentes.

—¡No! —insistió Madre a voz en grito.

En aquel momento lo único que deseaba era estar con todos ellos a la lumbre de mi hogar y que todo esto no fuera más que un mal sueño. Padre se acercó bajo el peso de todas aquellas demandas y la única defensa de Madre. Abrí los brazos para abrazarlo, porque él me protegería; él me escudaría de todo. Lo sabía, igual que sabía que Apolo, dios del sol, se alzaba en el este cada mañana. Se detuvo al llegar a mi lado y suspiró profundamente, sin mirarme, sino observando a través de mí, hacia el infinito. Juro que en ese momento pude ver la luz de sus ojos apagarse hasta morir.

Me agarró por la muñeca, su mano era como un grillete y jadeé al sentir cómo me alzaba. Me acercó más al barranco, mis pies arrastrándose por el borde hasta no encontrar dónde posarse.

—¡No, no! Nikolaos, mírame —rogaba Madre—. No es demasiado tarde, ¡mírame!

—¿Padre? —sollocé.

—Perdóname —musitó.

Y me soltó. Mi padre, mi héroe, decidió soltarme.

Intenté aferrarme al aire. Me hundí en la negrura, con su rostro desvaneciéndose y el grito desgarrador de Madre de fondo. Durante algunos segundos me sentí ingrávida mientras caía, parte del granizo, con el viento rugiendo a mi alrededor y, de pronto, todo terminó.

Desperté de la oscuridad, un chillido agudo me espabiló justo antes de unos débiles toques en el rostro. Abrí los ojos y lo primero que vi fue la tormenta, los pequeños copos de granizo cayendo sobre mí. En el sueño al final del barranco todo era inquietantemente silencioso. ¿Sería aquel el comienzo de mi vida como espíritu?

Entonces la cabecita de un pájaro apareció ante mí, de plumaje blanco con ojos grisáceos. Un ejemplar lamentable. Me aparté en cuanto intentó volver a picarme. Un ruido sordo a mi espalda y el terrible dolor que me sacudió desde el hombro hasta la pierna me convencieron de que no era ningún espíritu. Seguía viva. De algún modo, había sobrevivido. Me senté y el pájaro me trepó torpemente por el muslo. Un polluelo de águila moteada,

pensé. Tomé el pajarillo con cuidado, acunándolo con las manos mientras lloraba, deseando despertar de esa pesadilla. Mis ojos se acostumbraron a la oscuridad y vi los pequeños escombros sobre los que yacía como lo que realmente eran: una alfombra de huesos. Calaveras sonrientes y destrozadas, torcidas cajas torácicas que colgaban de los salientes y jirones de ropa. Con gélido horror me percaté de que casi todos eran restos de niños. La progenie indeseada de Esparta, considerados demasiado débiles o imperfectos por los Ancianos.

—¿Alexios? —sollocé sabiendo que él también debía estar allí. Incluso acunar su cuerpo habría significado algo—. ¿Alexios?

Nada.

Dejé el polluelo en el suelo y me giré sobre las rodillas con cuidado de no cargar el peso en la pierna herida. Gateé por el osario, palpando con las manos lo que la oscuridad no me permitía ver. Entonces lo sentí: algo blando y todavía caliente.

—¿Alexios? —Lloré, y un rayo de luz me mostró el cadáver destrozado y con la mirada fija del éforo. Su rostro era una mueca y la parte de atrás de su cráneo parecía un huevo reventado. Retrocedí asustada y me aferré a un hueso, como si fuera a necesitar defenderme de aquel despreciable cadáver. Sin embargo, lo que encontraron mis manos no fue ningún hueso, sino la lanza rota de Leónidas.

Clavé los ojos en la hoja con odio, perdida, sin sentido. Aturdida, me desplacé por la montaña de huesos buscando el cuerpo de Alexios hasta que oí el sonido de un claqueteo de huesos por un pasadizo cercano y atisbé una sombra de gran estatura. Alguien se acercaba. Si me encontraban allí, viva después de todo lo que había ocurrido, acabarían conmigo… así que tomé el polluelo y salí huyendo de Esparta, del pasado y del horror.

El Lobo de Esparta se preparó, los brazos alzados para detener el ataque de su hija.

—¿Cómo es posible? —susurró.

Kassandra respondió con un ataque rápido, la lanza hizo un movimiento

para cortarle la garganta. Solo se salvó gracias a su instinto de espartano. Sacó una espada corta de la correa que llevaba en el brazo para bloquear el ataque. Se balanceó, con los talones pegados al borde del precipicio. Lanzó una mirada al campamento espartano tras Kassandra mientras los truenos retumbaban sobre ellos.

—Zeus ruge para mí —gruñó—. Nadie te oirá si gritas pidiendo ayuda.

Los brazos del Lobo se agitaron para mantener el equilibrio. Ícaro descendió e intentó arrebatarle la espada. Él contuvo el aliento, inclinado hacia la muerte que le esperaba abajo, en la bahía.

Kassandra alargó la mano para agarrarlo por la garganta, con la punta de la lanza apuntando a un costado. Estaba atrapado entre dos alternativas igual de mortales.

—Y ahora, Lobo… —le espetó, obligándolo a pegarse más al borde—, podremos hacer justicia.

—Entonces mátame —resonó su voz quebrada—, pero antes hay algo que debes saber: os amé a tu hermano y a ti como si fuerais mis hijos, pero nunca lo fuisteis.

La tormenta rugió a su alrededor y la tempestad arreció.

—¿A qué te refieres? —Apretó la lanza contra su cuerpo. Un poco de sangre brotó de su costado.

—Eso es algo que deberías preguntarle a tu madre.

Kassandra se quedó helada.

—Madre… ¿sigue viva?

Nikolaos asintió como pudo.

—Yo la he perdido y ella a mí, pero vive. Se fue de Esparta esa misma noche, no sé a dónde. Encuéntrala, Kassandra, y asegúrate de decirle que jamás me perdoné por lo que pasó, pero con cada paso, ten cuidado… —graznó, con la mirada enloquecida—. Ten cuidado con las serpientes que se esconden en la hierba. —Entonces aferró la mano de Kassandra y tiró de ella hasta hundirse la lanza más profundamente en el cuerpo—. Ahora, pon fin a todo esto.

Finalmente, un rayo iluminó el cielo y pudo ver su propio rostro reflejado en el casco corintio de bronce de Nikolaos. Su corazón se cubrió con una capa de hielo. Aflojó la mano que había cerrado alrededor de su

garganta para dejarlo caer, tensando el brazo de la lanza para atravesarlo con ella. Por fin tenía en su mano la clave para desvelar veinte años de injusticia.

5

El sofocante calor de principios de verano inundaba la ciudad portuaria de Cirra; el sol arrancaba destellos cegadores en el mar, y las pálidas montañas que se alzaban detrás de las aguas refulgían por el calor. Los caminos que atravesaban las colinas estaban llenos de peregrinos que subían hacia las cumbres para visitar Delfos y a su residente más famoso: el Oráculo, la Pitia, la guardiana de la sabiduría de Apolo, la pitonisa de toda Hellas.

El puerto de Cirra era todo un derroche de hedores y colores estridentes. Era imposible entrever ni un solo resquicio del agua que bañaba el puerto, a causa de los cientos de balsas, esquifes y pequeños barcos privados que se mecían con las olas y que se apelotonaban en el puerto. Un grupo de marineros corría por las cubiertas y se acercaron a toda prisa al mástil de uno de los barcos, atracado en un amarradero privado, y desmontaron la vela con la horrible cabeza de la Gorgona en ella. Los peregrinos se arremolinaban por las pasarelas hacia el embarcadero, entre parloteos y cantos, mirando con gran asombro todo lo que los rodeaba. Los mercaderes charlaban y vociferaban para vender sus figurillas *sagradas* y sus baratijas a los transeúntes. Los niños de la ciudad saltaban de balsa en balsa y se afanaban por vender bebidas frías a los sedientos visitantes. Unas columnas de humo se elevaban en el aire y las campanas repicaban sin cesar mientras las muchedumbres de personas caminaban por las atestadas calles hacia el camino de peregrinaje.

Desde el amarradero privado, una litera cubierta de oro se abría paso a

través de la multitud como una nave que avanza contra la corriente.

Su ocupante, Elperon, era un hombre cruel, la clase de hombre que disfrutaba viendo cómo sus amigos fracasaban. Sopesó el saquito de monedas que viajaba a su lado en la litera. Quizá invertiría esos fondos en el negocio relacionado con la pesca que estaba montando.

—Podría comprar tres barcos nuevos para mi flota —susurró—, o… podría pagarles a esos sinvergüenzas desdentados del puerto para que barrenen doce de las naves de Draco.

Draco y él habían sido amigos íntimos desde niños, e incluso su esposa e hijas se dirigían a él como «tío Elpenor». Años atrás, la familia de Draco había sido pobre (casi mendigos) y Elpenor disfrutaba al darles un par de las monedas que conseguía con sus negocios. Mas no encontraba placer alguno en ayudarles, sino en el sentimiento de control que le daba la situación. Sin sus pequeños donativos, la familia no podría comer aquel día. En aquellos días, la situación le placía sobremanera. Sin embargo, Draco había anunciado casi a voz en grito la mejora en sus finanzas: había encontrado en alta mar una zona con gran proliferación de pargos y había utilizado su patético esquife, que era más bien pequeño, para recoger sin descanso grandes cantidades de peces durante meses. Todos los días, Draco no dejaba de hablar de su nuevo barco, después de su flota, que iba en aumento, y de las riquezas que había conseguido gracias a ella, y dejó de necesitar la caridad de Elpenor.

—Pues ya está, decidido —dijo Elpenor, esbozando una sonrisa maliciosa—. Draco, espero que sepas nadar.

Se le ensancharon los orificios de la nariz de puro asco cuando le llegó una ráfaga de olor a cebolla y a partes pudientes sin lavar, proveniente de los peregrinos que esperaban a las puertas de la taberna con el pecho descubierto, riéndose a carcajadas de forma ordinaria de sus propios chistes sin gracia. «Id a las colinas, pagad vuestras deudas y marchaos», los maldijo Elpenor. Dio una palmada para que sus portadores acelerasen el paso.

—Moveos. Quiero regresar a mi villa antes del mediodía, antes de que la peste se vuelva insoportable.

Se abrieron paso a través de un laberinto de estrechas callejuelas y por

fin llegaron a las afueras de la ciudad y atravesaron las verjas de hierro de su propiedad. Los porteadores bajaron la litera y Elpenor se levantó. Percibió el suave borboteo de la fuente y paladeó el dulce aroma a camomila de sus jardines. Ya en el interior, se quitó sus caros *sykchos* de cuero y disfrutó de la gélida sensación de los blancos suelos de mármol en la planta de los pies. Oyó cómo los dos esclavos que porteaban su litera se marchaban arrastrando los pies. Se volvió hacia uno de ellos y chasqueó los dedos.

—Tú, vierte un par de aceites aromáticos en la piscina natural. —La mirada que le brillaba en los ojos adquirió un tono carnal—. Y espérame dentro. Más te vale complacerme esta vez. No quiero tener que hacerte daño de nuevo.

El esclavo se quedó mirando a la nada, asintió una vez e hizo lo que le había ordenado.

Elpenor entró en su despacho, bien amueblado con bustos y butacas lujosas, una chimenea en un lado y una columnata en el otro. La estancia se abría a los jardines, para que la maravillosa melodía de la naturaleza pudiese entrar en sus aposentos. Se acercó a la crátera que tenía encima de la mesa, de color negro y naranja oscuro, y se sirvió una copa de vino mezclado con agua fría. Lo desilusionó un poco que la crátera no estuviese vacía, pues ya no tenía ninguna razón para azotar a la joven encargada de mantener su hogar siempre bien surtido de comida y bebida.

—Ahora, a ver qué negocios tenemos para hoy. —Pensativo, dio un sorbo del frío líquido con un suspiro de satisfacción. Elpenor se volvió hacia el escritorio de madera de fresno pulida, donde le esperaban sus monedas simbólicas y las tablillas. Pero apenas había dado una zancada cuando se detuvo y se quedó inmóvil en el sitio.

El casco de un oficial espartano yacía sobre el escritorio, mirándolo, con el penacho transversal color carmesí extendido como la cola de un pavo real. Una de las mitades era de bronce y relucía, mientras que la otra estaba semicubierta con sangre seca.

—Primero, vas a pagarme —afirmó una voz de entre las sombras tras la columnata.

A Elpenor se le cortó la respiración al verla. Kassandra salió de entre las

sombras, con el rostro ensombrecido. No parecía la misma persona con la que había hablado en Cefalonia la primavera anterior. Estaba más delgada, más alta, más segura de sí misma.

—Y, después, me explicarás por qué —continuó con la voz entrecortada.

—¿Por qué? —repitió Elpenor.

—No me tomes el pelo. Cuando me encargaste esta misión, ya lo sabías. Sabías muy bien que me habías pedido que regresara con la cabeza de mi padre.

Elpenor la miró con los ojos entrecerrados y una sonrisa escalofriante en el rostro.

—Si lo hubieses sabido, *Misthios*, ¿habrías aceptado el trato? —preguntó; abrió un cajón que había debajo de la mesa y sacó una bolsita llena de monedas, sin desviar la mirada de Kassandra. La arrojó sobre el escritorio con desdén.

—Creo que hay ciertos males que es mejor no remover —respondió Kassandra. Se acercó al escritorio con cuidado, como si desconfiase de que fuese una trampa.

—Pero una vez que ya se ha zarandeado el nido de avispones, uno tiene que enfrentarse al enjambre —susurró Elpenor con un tono de conspiración —. Pero Nikolaos no era tu verdadero padre, ¿no?

Los labios de Kassandra se crisparon en una mueca salvaje.

—Me lo vas a contar todo, víbora. ¿Por qué me encargaste que lo matara?

Elpenor se encogió de hombros y se dejó caer en un banco acolchado, con un suspiro molesto. Bebió un poco de vino y acarició una estatua de mármol de Ares que había al lado del extremo del banco; el dios de la guerra portaba entre las manos una lanza de bronce.

—El Lobo era un general brillante. Poco habría tardado en desbaratar las estrategias atenienses… y una guerra breve no beneficia a nadie, ¿no?

—¿Cómo te has enterado de su pasado y del mío? —Kassandra tomó la bolsita de monedas y dio un paso hacia él.

—Me encanta el teatro. Un gran general que lanza a sus propios hijos por un precipicio por orden del Oráculo… Es una tragedia para todas las

edades. —Se rio.

—Te divierten las cosas más extrañas —respondió Kassandra—. Quizá te rías una última vez más cuando te hunda la lanza en el pecho.

—Venga, venga, *Misthios*, deja que te lo explique. —Elpenor levantó la copa para dar otro trago de vino. Por un momento, se le oscureció la mirada y la desvió hacia la columnata. Los ojos del hombre se cruzaron con los de un guardia y este comprendió en seguida qué estaba sucediendo. «Excelente», pensó, mientras el bruto vestido de cuero se acercaba con sigilo al despacho desde los jardines, directo hacia Kassandra sin que ella lo viese, como un leopardo que acecha a una gacela—. Supongo que el Lobo te habló de tus padres biológicos, ¿no? —La mujer asintió y lo miró de frente mientras se acercaba—. Entonces es bien simple —dijo él—. Ellos serán tus próximos objetivos.

Ella retrocedió.

—¿Qué has dicho?

—Ya me has oído, *Misthios*. Ya has demostrado que eres capaz de cometer parricidio. ¿A qué vienen esas dudas ahora?

—Te había tomado por un perro miserable, pero ahora sé que eres mucho peor —gruñó—. ¿Se puede saber por qué tendría que hacer lo que me pides?

—¿Entonces tu respuesta es que no? —dijo Elpenor, y se inclinó hacia delante en el banco, con los ojos muy abiertos, como si aguardase algún tipo de revelación.

—Nunca —respondió con los dientes apretados.

—Qué pena, podrías haberme sido de utilidad —comentó él, y asintió con la cabeza al guarda que se aproximaba lentamente hacia ella.

En un solo movimiento fluido, Kassandra se dobló a la altura de las caderas, desenvainó su arco, apuntó y disparó. La flecha acertó al guardia en el ojo *justo* en el instante en el que se abalanzaba para atacarla. El hombre dio una sacudida y se estrelló de cabeza en el hogar, cuyo fuego estaba apagado. Se quedó allí tumbado mientras se le agitaban los pies.

Elpenor arrebató la lanza de bronce de las manos marmóreas de Ares y la blandió en su dirección. Oyó el sonido de algo al ser cortado limpiamente, y vio sus dos manos y su arma dando vueltas por los aires. La

lanza partida de Kassandra destelló bajo un rayo de sol. Contempló sus dos muñones seccionados a la perfección por debajo de las muñecas: vio el hueso blanco, el tuétano, la sangre… y luego cayó de rodillas y empezó a llorar.

—¿Qué has hecho?

Le puso una mano sobre la boca y lo empujó contra el banco.

—Vas a morir desangrado en cuestión de segundos. Puedo salvarte, pero quiero respuestas.

Elpenor sintió una agonía salvaje en los antebrazos y, a continuación, la cálida humedad de la sangre que lo empapaba. Y luego… un frío que se fue haciendo cada vez más intenso. Asintió con debilidad y la mujer le retiró la mano de los labios.

—Eres una estúpida, Kassandra. Solo saliste viva de Cefalonia gracias a mí. El Culto te quería muerta. Yo les dije que nos serías más útil viva.

El rostro de Kassandra se contrajo por el odio.

—El Culto… ¿quién son?

Elpenor sintió una victoria final ante la proximidad de su muerte. Al ridiculizarla con su último aliento supondría su dominio absoluto sobre ella.

—Debes ir, igual que hizo el Lobo… a preguntar al Oráculo. —Rio a carcajadas antes de deslizarse hacia la infinidad de fría oscuridad.

Kassandra, entumecida, se alejó a trompicones del pálido cadáver. A pesar de tener la mente abstraída, cogió más bolsas de monedas de un cajón de su escritorio. Abrió un cofre de madera y descubrió una túnica de seda que sin duda alcanzaría un buen precio y una máscara de teatro de aspecto terrorífico pero que seguramente era valiosa, así que tomó ambas. Cuando se agachó para huir antes de que llegaran más guardias divisó al esclavo arrodillado junto a la piscina interior. Estaba blanco de miedo y la miraba; lo había visto todo. Le lanzó una de las bolsas de monedas.

—Huye —le dijo—. Huye lejos de este sitio.

Oyó cómo el esclavo y el resto de pobres desgraciados de la casa escapaban hacia los muelles. Ella, no obstante, puso rumbo tierra adentro, en dirección a las altas montañas y los ríos de peregrinos que inundaban sus

laderas. Los muslos no tardaron en dolerle por culpa de la escalada. Ascendió con la cabeza inclinada por el peso de los misterios que vagaban por su mente y la caricia abrasadora del sol en el cuello. Se había pasado el invierno anterior escondida es las islas junto a Barnabás y su tripulación, ensayando su confrontación con Elpenor. Ahora ya se había enfrentado a él y no tenía más que un par de sacos de monedas y unas pocas vestimentas lujosas, todo ello carente de valor si se comparaba con las respuestas que necesitaba.

Miró por encima del hombro en dirección a la villa de aquel ser despreciable, situada detrás de ella y mucho más abajo. La ciudad de Cirra se había transformado en un hervidero de actividad; las calles y callejones eran un mosaico laberíntico que abrazaba las aguas verdosas del golfo de Corintio. Allí arriba el calor era seco y asfixiante; el polvo se le pegaba a la garganta y hacía que le escocieran los ojos. Se sentía como una estúpida por subir hacia Delfos y el templo de Apolo con su maldito Oráculo, como si fuera a encontrar respuestas de verdad allí arriba. Pero era la única manera. El Lobo no le había dicho el paradero de sus verdaderos padres, y ahora solo podía contar con la burla del moribundo Elpenor y con una pitonisa que era célebre por sus palabras enigmáticas.

Ícaro chilló, volando en círculos en lo alto. Kassandra miró hacia arriba. El águila giró y surcó con rapidez la roca pálida y la vegetación que se extendían más hacia delante. Un jirón de una nube oscureció las partes más altas y el calor comenzó a diluirse en cierto frescor. Allí en lo alto se abría un extenso valle verde salpicado de pinos y cipreses y cuyos costados estaban surcados de arroyuelos.

El templo de Apolo estaba posado, cual águila sobre su nido, en la meseta que miraba al lecho del valle. El hogar del Oráculo. Unas columnas dóricas plateadas sostenían un techo de tejas rojas, y los estorninos revoloteaban de un lado para otro en sus nidos construidos en los arquitrabes pintados de vivos colores. Algunos aseguraban que aquel lugar era el centro del mundo, el corazón neutral de toda Hellas. El santuario de los dioses, donde tanto espartanos como atenienses no eran nada más que hombres.

La gigantesca cola de peregrinos rodeaba los templos y altares menores

y serpenteaba hacia la gigantesca entrada. Los vendedores sostenían placas de marfil y collares de cuentas y se pegaban contra los costados de la hilera de peregrinos como olas que azotasen un arrecife.

Kassandra ignoró a los vendedores ambulantes que la circundaron y contempló en su lugar el antiguo templo. Le vino a la mente lo que había sucedido en el monte Taigeto tantos años atrás. «Todo por culpa de tus designios», articuló con desagrado, pensando en las palabras envenenadas del Oráculo por culpa del cual se había llevado a cabo aquello. «Hoy me darás respuestas, pitonisa, o hundiré mi lanza en tu corazón».

La ira que iba creciendo en su interior se esfumó al chocar con el hombre frente a ella.

—Perdón —murmuró, y se percató de que la cola se había detenido. Miró la fila ondulante que daba tres vueltas a la meseta. Transcurrió una hora y la parte de delante solo se movió un poco.

Aquellos que esperaban cerca de ella no paraban de proferir quejas y compartir rumores conspiratorios.

—Este sitio ha cambiado —se quejó uno.

—Dicen que están rechazando a algunos sin darles ninguna explicación —protestó otro.

—Y también hay guardias por todos lados. Está pasando algo —maldijo un tercero.

Justo en aquel momento oyó una voz animada y familiar en lo alto de la meseta, cerca del principio de la cola. Inclinó la cabeza para mirar hacia arriba.

—¡Díselo! ¡Díselo! —exclamó Barnabás con voz aguda. El capitán había acudido allí mientras ella se dirigía a casa de Elpenor y, al parecer, se había encontrado con un amigo, alguien de su propia edad. Vestía un *exomis* que le llegaba hasta los tobillos y llevaba su maraña de pelo castaño echada hacia atrás por una diadema azul. Parecía espantado por las peticiones de Barnabás.

—¿Quieres bajar la voz? —Gruñó el hombre.

—Pero si tú has viajado más que yo —insistió Barnabás—. Por toda Jonia. Incluso has visto un fénix, ¿verdad?

—No —respondió el otro hombre, y movió las manos para rebajar las

esperanzas de aquellos en la cola que estaban escuchando—, solo era una gaviota con la cola en llamas.

Barnabás pareció decepcionado y, a continuación, se subió a un banco de piedra para dirigirse a las personas de la cola y se golpeó el pecho con el dedo gordo de la mano:

—Pues yo sí he visto un fénix, os lo juro. Apareció en una ciudad en llamas, alzó el vuelo bien alto y…

—¿Se te cagó encima? —Rio un corpulento peregrino con voz de corneta—. ¿Y qué más? ¿Te persiguió la Esfinge? ¿O un apasionado minotauro se enamoró de ti?

Barnabás abrió mucho los ojos y, tras chasquear los dedos, señaló al hombre, emocionado.

—¡Sí, el minotauro! Estaba buscando un tesoro en unas cuevas…

Pero sus explicaciones fueron acalladas cuando el hombre que se burlaba de él se puso los dedos en la cabeza como si fueran unos cuernos y empezó a correr alrededor del banco y a mugir. La gente rompió a reír. Barnabás se puso colorado y su nuevo amigo le hizo bajar del banco para ahorrarle mayores bochornos.

Kassandra atravesó la retorcida cola, a pesar de los insultos y gritos que recibió, y se acercó a Barnabás. Estaba como a un par de docenas de personas de entrar en el gran templo.

—*Misthios* —llamó, e hizo una reverencia; varios mechones de su sudado pelo se le pegaban a la cara, que aún seguía de color rojo—, creía que habías ido a ver a alguien.

—Ya he ido y lo he visto.

—Pero no esperaba verte antes de volver al barco. Cuando te pregunté si querías venir conmigo a ver al Oráculo, me dijiste que viajara una distancia corta y que me hiciera el amor a mí mismo… o algo así.

—Las cosas han cambiado. Tengo que hablar con el Oráculo. —Levantó el brazo cuando Ícaro planeó para apoyarse en su brazal.

—Entonces puedes ocupar conmigo mi lugar en la cola, faltaría más —comentó Barnabás, que se movió hacia un lado para hacer sitio a la mujer —. Siempre que a mi amigo le parezca bien, claro.

El otro hombre la saludó con la mano y, moviéndose lo mínimo, le hizo

señas para que se acercara.

—Kassandra, Heródoto —les presentó Barnabás.

Cuando Heródoto miró fijamente a Kassandra, el capitán de la *Adrestia* aclaró:

—¿Recuerdas la *misthios* de la que te hablaba?

—Ya veo —dijo Heródoto con cautela.

—Mientras que yo soy un viajero, Heródoto es historiador —explicó Barnabás—. Menuda vida ha tenido: lideró la rebelión contra el tirano de Halicarnaso y ha navegado hasta prácticamente todos los rincones del mundo antes de hacer de Atenas su hogar. Además, de alguna manera, encuentra tiempo para escribir todas sus aventuras, y a cada una la llama con el nombre de una de las nueve musas, ni más ni menos.

—No me dijiste que era espartana —declaró Heródoto.

Kassandra levantó una ceja.

—Me he dado cuenta por esa actitud tan orgullosa y esa arrogante mirada de hierro.

El historiador esbozó una media sonrisa.

Kassandra no pudo evitar fijarse en que el historiador había abierto mucho los ojos al examinarla. Sus pupilas se habían dilatado cuando vio la lanza rota que tenía medio escondida bajo el pliegue de la capa. De pronto palideció como un hombre que acabara de ver su propio fantasma. Kassandra tiró de la prenda para esconder el arma.

—Yo no soy de ningún lado —explicó, y no dijo nada más.

—Todos hemos nacido en algún lugar, señorita —dijo. Al alargar la cara se le notaron mucho más las arrugas—. No tengo prejuicios en contra de los espartanos. Hay mucho de admirable en ellos… y de detestable, en las formas de los orgullosos guerreros de Laconia y de los atenienses. Lo que más me molesta es que sus diferencias han dado pie a una guerra, que ambos bandos hayan acabado así, cuando, en sus días de gloria, lucharon unidos y ganaron la guerra contra los innumerables persas.

Heródoto observó el sombrío pórtico del templo y la imponente entrada, ante la cual se encontraban dos guardias vestidos con sendas corazas de cuero negro, escudos pintados de negro y cascos a juego.

—Al menos aquí tenemos un resquicio de neutralidad —comentó.

Kassandra entrecerró los ojos. Le pareció que había sonado como una pregunta.

Justo entonces, Reza, el timonel, gritó desde el fondo del valle:

—Trierarca —llamó a Barnabás, e hizo gestos con la mano—, hay problemas en el puerto de Cirra. Quieren cobrarnos por atracar la galera. Necesitamos que vuelvas.

Barnabás suspiró.

—¿Después de haberme pasado todo el día haciendo cola? ¿En serio? —Se tiró despatarrado al suelo y volvió a suspirar.

Kassandra le dio un puñado de dracmas del saco de monedas de Elpenor.

—Eres muy generosa, *Misthios*. —Agachó la cabeza, agradecido—. Nos vemos a bordo —dijo, y se alejó de la cola, pesaroso.

La mujer dejó que Ícaro fuera junto a él.

Se quedó a solas con Heródoto. La cola avanzaba.

—Los reyes viajan hasta aquí para consultar al Oráculo. Ella puede empezar guerras o terminarlas —reflexionó el viejo historiador—. ¿Qué es lo que buscas tú?

—Resolución —respondió y posó una mano sobre el pecho.

El anciano sonrió con tristeza y asintió con la cabeza.

—Yo busco… la verdad. Aunque me temo que querré no haberla conocido cuando al fin la posea.

—Siguiente —gritó de malas maneras uno de los guardias.

Heródoto hizo media reverencia.

—Deberías ir antes que yo, mi señora.

Kassandra ladeó levemente la cabeza, agradecida, y se dio cuenta de que el hombre volvía a mirar el pliegue de su capa en el que escondía la lanza de Leónidas. Luego dio un paso adelante. Los ojos de los dos guardias de negro la siguieron. La mujer entró en el sombrío interior del templo, donde se encontró un ambiente cargado con un empalagoso olor dulzón. De los bajos y anchos candeleros de cobre colocados sobre unos trípodes salían, como fantasmas, hilos de humo de mirra e incienso.

Cuando llegó al ádyton, en el centro del templo, estaba tan oscuro que parecía que fuera de noche. Unas estatuas de mármol de Poseidón, Zeus, las

Moiras y el mismo Apolo, iluminadas por la sobrenatural y triste luz de los candeleras, la miraron. Kassandra casi se estremeció al ver dos «estatuas» que en realidad eran más centinelas vestidos de negro. No obstante, más desconcertante le resultó la persona que estaba sentada en un trípode en el centro de la cámara. Tras los hilos del humo aromatizado que salía de los recipientes colocados en el suelo de mosaico a su alrededor, se veía que iba vestida con una larga túnica blanca. Unas cuerdas llenas de cuentas le rodeaban la cabeza agachada.

Kassandra observó al Oráculo y el odio creció en su corazón. Es posible que no recibiera respuestas, pero quizás podría cumplir su propósito, ya que los guardias habían sido lo suficientemente necios como para dejarla pasar con sus armas. La pitonisa iba a pagar por aquellas palabras malditas que destrozaron su vida y… El huracán de pensamientos se detuvo cuando la mujer levantó la cabeza. La pitonisa era joven, bastante más joven que ella, no una vieja arpía como era tradicional. De hecho le recordaba como a una Febe adolescente. El odio que sentía se disipó. Al parecer, el Oráculo que dictó aquellas terribles palabras años atrás había muerto hace tiempo.

—Adéntrate en la luz de Apolo, la luz que ilumina las sombras —susurró con una voz casi gutural y señaló hacia la luz que emanaban los recipientes humeantes—. ¿Qué deseas saber, viajera?

—Quiero… quiero conocer la verdad sobre mi pasado. Y quizás mi futuro también. Quiero saber dónde se encuentran mis padres.

El Oráculo empezó a mover más lentamente la cabeza.

—¿Quién pregunta a Apolo por tales conocimientos? —La pregunta resonó en la cámara, más de lo que se esperaría de alguien tan menudo.

Kassandra miró fijamente a la pitonisa y se dio cuenta de lo absurdo de la situación. Sintió rabia, pues sabía que no iba a recibir respuesta alguna ni tampoco la satisfacción de vengarse.

—Nací en Esparta. Mi hermano fue arrojado por un precipicio, al igual que yo. Ahora no tengo nada ni a nadie.

El Oráculo dejó de moverse y sus ojos se clavaron en los de Kassandra. Su disposición había cambiado, como si acabase de despertarse, pero en cuanto sus ojos se toparon con el guarda volvió a su estado de trance. Su cabeza se balanceó.

—Encontrarás a tus padres… al otro lado del río.

Los sentidos de Kassandra se pusieron alerta. En su cabeza daba vueltas al limitado conocimiento que poseía de aquella región. El río Pleistos estaba cerca. ¿Se encontraban allí sus padres?

—Cuando tus días lleguen a su fin y pagues al barquero Caronte para cruzar Estigia, lograrás reunirte con ellos al otro lado.

El corazón de Kassandra se hizo trizas. Toda esperanza estaba perdida. Se hizo el silencio y los guardas se movieron impacientes.

—Tu tiempo ha terminado.

—Me despido entonces —dijo al Oráculo.

Cuando iba a marcharse escucharon un grito desde fuera del templo, seguido del estallido de un recipiente al romperse.

—¡Problemas! —Resonó la voz de un guardia desde el otro lado, y los dos que estaban allí se miraron y echaron a correr a su encuentro.

Kassandra iba a seguirlos cuando una voz la detuvo.

—Aguarda —susurró el Oráculo.

Por un momento no llegó a reconocer aquella voz débil y asustada, tan diferente al tono afectado y teatral que había usado momentos antes.

—Quieren dar caza a la que cayó de las montañas —dijo la pitonisa entre susurros.

Kassandra sintió un escalofrío y se acercó unos pasos al Oráculo.

—¿Qué has dicho?

—El Culto da caza a la niña que cayó.

La mente de Kassandra estaba sumida en el caos. Agarró al Oráculo por los hombros y la zarandeó.

—¿Quién? ¿Quiénes son? —Se percató de que había lágrimas en los ojos de la chica, y que algo en su cabeza no funcionaba bien del todo. La soltó—. Podemos ayudarnos mutuamente.

—A mí nadie puede ayudarme —sentenció con la voz rota, y sus ojos se tornaron blancos. Casi al instante, resonaron pasos tras Kassandra—. Y debes marcharte, vienen a por ti.

—Tú, retrocede —gruñó uno de los guardias.

—El Culto se reunirá esta noche en la cueva de Gaia —advirtió el Oráculo antes de que Kassandra huyese—. Allí encontrarás las respuestas

que buscas.

—¡He dicho que retrocedas! —Uno de los guardias asió a Kassandra por los hombros y la arrastró hasta la entrada, sin resistencia alguna por su parte. Otro tomó al Oráculo y se la llevó entre las sombras a la parte trasera del templo. Kassandra hizo una mueca al sentir la luz del sol.

—El Oráculo ha terminado por hoy. —Resonó la voz del guardia mientras la echaba del templo. Un rugido recorrió la multitud. Mientras se aplacaba, Kassandra escuchó un chillido rítmico y vio al hombre alto con voz de corneta que se había burlado de Barnabás en la fila. Uno de los guardias lo tenía inmovilizado en el suelo mientras otro lo golpeaba incansablemente en la entrepierna una y otra vez. El pobre tenía los ojos desorbitados, y la lengua le colgaba de la boca.

—Reviéntale el otro y habremos acabado. —Rio con crueldad el guardia que lo sujetaba.

—Parece que el pobre idiota ha roto un ánfora votiva. —Heródoto se deslizó junto a Kassandra y la apartó de allí—. ¡Ja! —Se burló con un brillo maligno en la mirada.

Ella miró de Heródoto al hombre en el suelo, al ánfora rota y de nuevo a Heródoto.

—Él… no, tú…

—Sí, sí, baja la voz. Se me permite alguna mentira ocasional, no es que sea persa o algo así. Rompí el ánfora porque esperaba que te diese la oportunidad de hablar a solas con el Oráculo.

Se percató de que volvía a contemplar su lanza, y la ocultó con su manto.

—Los sacerdotes y protectores de este lugar son conocidos por interferir con sus cantos y, en general, por meterse donde no deberían —reveló Heródoto.

Kassandra frunció el ceño.

—¿Sacerdotes y protectores? No había ninguno, solo los guardias vestidos de negro.

El rostro de Heródoto palideció al oír aquello.

—¿Cómo?

—El Oráculo no hacía más que hablar sin pensar, dando respuestas

ambiguas y tópicos trillados hasta que los guardias se alejaron al oír el escándalo. Solo entonces empezó a decirme algo relevante.

—¿Empezó?

—Antes de que pudiera decir más aparecieron los guardias y la arrancaron del trípode. Se la llevaron a la parte trasera del templo, a rastras, como si fuera una esclava.

El rostro de Heródoto pareció envejecer por momentos hasta tomar la apariencia del de un anciano de setenta veranos.

—Entonces los rumores son ciertos. Tienen controlado al Oráculo.

—¿Quiénes? —preguntó.

—Te dije que había venido buscando la verdad —explicó—, y parece que ya la he encontrado, y no es muy halagüeña. ¿No te das cuenta? Toda Hellas gira alrededor de la palabra del Oráculo. Esparta y sus cientos de aliados de la Liga del Peloponeso. Atenas y sus partidarios de la Liga de Delos. Las ciudades neutrales. Todos actúan según dicta el Oráculo. La guerra se puede librar entre dos grandes potencias, pero si *ellos* controlan al Oráculo, resultarán vencedores. ¡Qué poder no tendrán si consiguen dictar las palabras que salen de su boca!

—¡Por todos los dioses, Heródoto! ¡Dime quiénes son!

Heródoto se volvió para cerciorarse de que nadie lo escuchaba.

—El Culto de Cosmos —respondió con un suave murmullo.

Un escalofrío recorrió la espalda de Kassandra, como si la acariciaran unos dedos helados.

—El Culto.

—Son como sombras, nadie sabe quiénes son realmente porque se reúnen en secreto y llevan máscaras para proteger su identidad. Solo llegué a ver a uno de sus miembros en una ocasión, por la noche. Con la máscara, parecía un ser maligno y… —Se quedó boquiabierto cuando Kassandra sacó de su bolsa la terrorífica máscara teatral de Elpenor, con la nariz ganchuda y afilada, el ceño fruncido y una sonrisa siniestra—. ¡Por Apolo! —siseó, y la obligó a guardar la máscara. Miró una vez más a su alrededor —. ¿De dónde has sacado eso?

—Creo que ya me he encontrado con un miembro del Culto antes — dijo Kassandra—. Y necesito conocer a los demás. La información que me

ha dado el Oráculo estaba incompleta. —La cabeza le daba vueltas; chasqueó los dedos—. Dijo que el Culto se reuniría esta noche en la cueva de Gaia. ¿Dónde se supone que está eso?

Heródoto le rodeó los hombros con un brazo y la apartó del templo. Descendieron con cuidado la escalinata que lo alzaba sobre la ciudad.

—La cueva de Gaia está en algún punto debajo de este mismo templo, que está construido sobre un enorme laberinto subterráneo de cuevas naturales.

—Entonces volveré esta noche —decidió. Ojeó la docena de pequeñas aperturas, o quizá más, que cubrían aquel monte—. Solo te pido que montes guardia aquí mientras esté ahí abajo.

Heródoto suspiró con pesar.

—Está bien, pero solo si me prometes que saldrás de allí con vida. Me caes bien, Hija de Ningún Lugar. No hagas que me arrepienta.

6

El canto de los grillos resonaba en la fría brisa nocturna. En alguna parte entre las zonas arboladas del gran valle, los osos gruñían y los jabalís buscaban alimento. El fondo del valle estaba desierto. Los varios miles de peregrinos se habían dispersado y solo permanecían unos pocos; habían acampado y ahora cantaban suavemente alrededor de las hogueras. Arriba, en el templo, los esclavos y los sirvientes se movían de aquí para allá en silencio, barriendo y ordenando el lugar bajo la luz de las antorchas. Docenas de guardias vestidos con armaduras negras patrullaban a grandes zancadas.

Kassandra se impulsó hacia un pequeño saliente de la roca y, después, le lanzó una cuerda a Heródoto. Antes, el hombre había fingido que sufría una grave lesión en la espalda que le impedía escalar hasta el saliente junto a Kassandra. Ambos se volvieron hacia la baja entrada a la cueva en la cara de la roca. El interior estaba sumergido en la oscuridad más profunda.

—Seguro que por aquí llego hasta ellos —susurró Kassandra y se volvió hacia Heródoto—. ¿No?

El historiador se encogió de hombros.

—Todo lo que sé, *Misthios*, es que es un laberinto.

Kassandra sopesó la bolsa de cuero en la que guardaba la túnica y la máscara. Si ese túnel de verdad llevaba hasta la cueva de Gaia, entonces tendría que ponérselas para que no la descubriesen. Se percató de que el arco, la lanza y los brazales llamarían demasiado la atención. De mala gana, se quitó los brazales, el cinturón y se desprendió del arco y la aljaba que

llevaba a la espalda. Sin su equipo, se sentía desnuda. Heródoto cogió el arco sin mayor reparo, pero cuando Kassandra le tendió la lanza, el hombre tragó saliva y se negó a tocarla. En cambio, le ofreció su propia bolsa de cuero para que Kassandra la metiera allí.

Kassandra no hizo ningún comentario al respecto.

—Si no he vuelto para cuando anochezca, te marchas, ¿entendido? Y le dices a Barnabás que se marche también, y que se olvide de mí.

Heródoto asintió y Kassandra se agachó para adentrarse por el túnel. Apenas tenía espacio para moverse, así que tuvo que encorvarse. Incluso así, las estalactitas que colgaban de la parte superior de la cueva le rozaban la espalda. Poco después, el túnel se convirtió en una madriguera, así que Kassandra se vio obligada a arrastrarse boca abajo para poder avanzar. No podía dar media vuelta y regresar. Había muy poco aire. Por un momento, se imaginó a Heródoto paseando de camino de vuelta a Cirra, alegre, para vender su lanza mientras ella se adentraba en una tumba oscura. Entonces, sin previo aviso, el suelo se vino abajo. Kassandra cayó sobre una pila de escombros. Se descubrió a sí misma al filo de un círculo de luz anaranjada y escuchó los ecos fuertes y guturales de una gran cantidad de voces llenas de seguridad. Las sombras se movían por algún lugar más allá de la columna de piedra natural. Kassandra se colocó la capa de Elpenor sobre los hombros a toda prisa y se puso la máscara justo cuando dos figuras pasaban por delante de ella. La longitud de sus túnicas hacía que diese la sensación de que, en lugar de caminar, flotaban.

—No te entretengas —dijo uno, cuya máscara (idéntica a la de Elpenor) la miró de forma asquerosa—. Han sacado el artefacto. Date prisa o te perderás la oportunidad de tocarlo.

—No me perdería esta oportunidad por nada del mundo —respondió su voz amortiguada al salir por la rendija en la boca de la máscara.

La pareja se deslizó lejos de ella, enzarzada en una conversación sobre contratar ejércitos y colocar mercenarios para la tarea que se avecinaba. Kassandra esperó un poco antes de seguirlos a través del pasillo de piedra. Las antorchas chisporroteaban y, cada cierto tiempo, la *misthios* pasaba por delante de cámaras excavadas en el lecho de roca; algunas de aquellas salas albergaban camas o muebles, pero casi todas estaban vacías. Entonces,

desde la entrada de una estancia a un par de pasos de ella, emergió una ráfaga de vapor junto con un grito. A Kassandra se le hizo un nudo en el estómago al oírlo. Aminoró el paso, convencida de que no quería ver qué había sido lo que había causado semejante chillido, pero cuando bordeó la entrada no pudo evitar mirar hacia el interior. Había allí un bruto, miembro del Culto, jadeando tras la máscara: los hombros le sobresalían de la túnica sin mangas y tenía los brazos llenos de pelos rizados, negros como la noche. En una mano rolliza sostenía un atizador sobre un brasero que crepitaba hasta que la punta emitió un resplandor blanco. Ante él, atado a una estructura vertical, se hallaba un pobre miserable hecho trizas: la cabeza le colgaba hacia delante y un hilo de fluidos le caía, gota a gota, por la cara, tapada por el pelo.

—Te contratamos para matar a Fidias de Atenas —dijo el enmascarado, el ceño fruncido—. Y te pagamos muy bien. Pero has hecho una chapuza y casi acabas en la asquerosa prisión ateniense. Aunque quizás te habría ido mejor allí dentro, estúpido.

Cogió al hombre por el pelo y tiró de él hacia atrás; su rostro quedó a la vista. Media cara estaba destrozada: la parte derecha era un caos de ríos de sangre, y la cuenca del ojo no era más que un agujero negro, abierto. El bruto levantó el atizador y acercó la punta candente al otro ojo del hombre, que casi se le salió de la cuenca y empezó a moverse a toda velocidad, como si intentase escapar de la cabeza y del atizador. Mas no había escapatoria posible. Con un chisporroteo y una súbita peste a carne chamuscada, el ojo reventó en una salpicadura de líquido blanco y sangre que roció la sala y salpicó a Kassandra, todavía en la entrada. Tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no retroceder o vomitar. La máscara del bruto se volvió para mirarla y el hombre levantó la voz por encima de los gritos torturados de su víctima:

—Os pido disculpas. Voy a cortarle la cabeza a este bastardo y luego haré que uno de mis esclavos os limpie la túnica.

—Muy bien —dijo ella—. Pero que sea rápido, están mostrando el artefacto.

Kassandra se alegró de la compostura que había mostrado y siguió recorriendo el corredor hasta que desembocó a una cámara de gran tamaño

cuyo suelo de piedra pulida tenía símbolos grabados. Allí ya había algunos miembros del Culto; todos ellos portaban las mismas máscaras de teatro de aspecto amenazador y se hallaban sumidos en una profunda discusión. Kassandra no se atrevió a interrumpirlos, pero frente al altar de piedra divisó arrodillada a una mujer de pelo largo y negro surcado por un distintivo mechón blanco.

Se aproximó sin apartar la mirada y casi se le subió el corazón por la garganta cuando oyó una voz detrás de su hombro.

—No seas tímida, ve a rezar con Crisis —dijo un enmascarado larguirucho—. No le importa tener compañía.

Kassandra asintió en agradecimiento e imitó los gestos de la mujer: se arrodilló frente al altar a su lado y se inclinó, abrazándose el pecho con las manos.

—Ah, sí, ¿tú también lo notas? —dijo la mujer con voz ronca desde detrás de su máscara—. Todo lo que hemos logrado es del agrado de los dioses. Hemos conseguido mucho control. Rezar es una tradición, y la tradición es control. Las masas inclinan la cabeza al rezar a un poder superior, y nosotros somos ese poder superior. ¿No te hace sentirte orgullosa?

Mientras Crisis hablaba, a lo lejos sonaron procedentes de la cámara de tortura del bruto el rechinar de una sierra y un último lamento, seguidos del golpe sordo de un cuerpo al caer al suelo.

—No soy más que una novicia, mas me embarga un gran orgullo —murmuró Kassandra. Supo que la única manera de esperar que la creyeran era actuar igual que ellos. Tenía que fingir que los horrores que estaban teniendo lugar en la cámara de tortura no eran reales.

—Entonces, deja que te instruya, niña. El Oráculo es el secreto de nuestra grandeza —continuó Crisis—. Desde hace generaciones su voz ha sido la nuestra.

Las palabras repicaron a través de la mente de Kassandra como si fueran la melodía de una campana golpeada por un martillo. «La orden de lanzar a mi hermano desde lo alto de la montaña no vino de la pitonisa… sino de estos bastardos».

—Gracias a ella hemos adquirido mucho poder. —Crisis seguía

hablando—, y pronto controlaremos toda Hellas. Que ambos bandos sigan con su guerra mientras los gobernamos. Y, sin embargo, el Oráculo no es nada comparado con… —Hizo una pausa y se estremeció como si la hubiera tocado la mano invisible de un amante—. El artefacto.

—El artefacto sagrado —dijeron tres miembros del Culto enmascarados que la habían oído.

—El artefacto sagrado —entonó Kassandra con diligencia.

—Y nuestro campeón, aquel capaz de liberar su poder, de ver el pasado, el presente y el futuro, no tardará en llegar —dijo otro.

—Será un gran momento —dijo Kassandra. Se levantó y atravesó la sala con paso lento, intentando discernir algo con sentido entre el parloteo del grupo de siete u ocho voces. Dos de ellas, un hombre y una mujer, estaban enzarzados en una acalorada discusión. Se quedó con sus nombres rápidamente: Silano y Diona.

—Olvida a la madre —dijo Diona, barriendo la mano por el aire—, ahora es vieja y no nos sirve.

—Pero casi he atrapado a la madre —protestó Silano—. Ahora debemos centrarnos en ella. —La máscara de Silano se giró y se fijó en Kassandra—. Tú. ¿Qué opinas? ¿Deberíamos centrarnos en atrapar a la madre del campeón o a su hermana?

La garganta de Kassandra se tornó tan seca y áspera como la arena.

—Pues… —carraspeó.

—Bah, la respuesta es que en ninguna —dijo un tercero detrás de ella —. Ambas son escurridizas. Pericles de Atenas, por el contrario, va por ahí caminando con un casco emplumado que parece la diana de un arquero. Rajémosle el corazón y mutilaremos a los atenienses y a sus costumbres caóticas y desordenadas. O a lo mejor podemos instaurar en su lugar a un líder que se ajuste más a nuestros objetivos.

Aquellos tres empezaron a discutir entre ellos y Kassandra se escurrió y se alejó de allí.

Continuó avanzando y pasó por el umbral de una puerta que conducía a una antecámara. La roca de la pared más lejana había sido tallada para esculpir la silueta gloriosa y terrorífica de una serpiente con cuernos y una capucha. Emergía del suelo con la boca abierta y los colmillos al

descubierto. El hueco horadado de sus ojos sostenía dos velas llameantes. Frente a ella había un enmascarado. Kassandra se aproximó para contemplar lo que hacía y contuvo un respingo al ver que levantaba las muñecas hacia los colmillos y pasaba la piel por la punta. La sangre se derramó por sus brazos y goteó al suelo desde los incisivos de la serpiente. El hombre echó la cabeza hacia atrás y jadeó de placer. Su euforia disminuyó y volvió la cabeza en dirección a Kassandra. Sus ojos, uno de ellos oscuro y el otro brumoso, la recorrieron a gran velocidad tras su máscara.

—No permitas que se le sequen los colmillos. Venga, hazle una ofrenda —dijo, y dio un paso atrás mientras se vendaba los dos cortes afilados de las muñecas.

—Hoy no —dijo ella con firmeza.

—Vamos, y da gracias de que solo sea sangre lo que debemos ofrecer. Lo siguiente que pedirá Deimos será que nos cortemos las manos. Cuanto antes demos con el resto de su linaje, antes podremos olvidarnos de él y sus caóticas y violentas maneras de hacer las cosas.

El silencio de Kassandra pareció despertar sus sospechas.

—Espero que no estés pensando en decírselo a Deimos —dijo, y se acercó a ella—. Como se entere, sacará su lado más animal. Es un arma viviente, un corcel enfurecido imposible de amansar, energía y caos en un mismo cuerpo. Es todo lo que el Culto necesita y todo contra lo que ha de luchar. Si se entera de que estuvimos a punto de capturar a su madre… —calló y soltó una risa profunda—. En fin, dejémoslo en que no quiero que mis pesadillas se hagan realidad.

—Yo tampoco. —Kassandra estuvo de acuerdo.

De repente, notó que el aire de la cámara bajo tierra se estaba empezando a helar. Dejó la antecámara y siguió a Crisis, Silano y Diona, que se adentraron aún más en el profundo complejo. Dentro de la cabeza de Kassandra gritaron un millón de voces: hablaban del Culto de Cosmos y su control sobre ciertas tierras, de hombres que ofrecían su sangre, del mismísimo Oráculo de Delfos en la palma de la mano de aquellas criaturas. Aturdida, entró en una cámara enorme y sintió que un profundo y resonante zumbido la sacudía hasta los tuétanos. Era la misma sensación que tenía

cuando tocaba la antigua (y ausente) lanza de Leónidas, pero diferente, y más potente, mucho más potente.

De la parte superior de la cueva colgaban unas enormes estalactitas. En el centro de aquella elevada cámara, en un círculo de roca pulida, se hallaba un grupo bastante numeroso de personas enmascaradas envueltas en sus capas: el torturador, de forma brusca, fue junto a ellos, tal y como también hicieron la que se llamaba Crisis y el de las vendas en las muñecas. Detrás de Kassandra, tres más se apresuraron a unirse al círculo. Todos ellos entonaron unas largas y profundas notas que crearon un zumbido constante. Al ver que el canto se entrecortaba levemente y algunos de ellos la miraban, se percató de que estaban esperando a que se uniera a ellos. Completó el círculo al plantarse de una zancada en un hueco libre. El incesante canto llenó la cueva con su sonido y un escalofrío recorrió a Kassandra. En el centro del círculo vio un pedestal de mármol con vetas rojas en el cual había colocada una pequeña pirámide de oro.

El artefacto.

La *misthios* calculó al instante el valor de aquella pieza e imaginó qué cosas podría comprar con ella. La guerrera que había en ella quería dar un paso adelante y retar a una pelea a muerte a todos aquellos hijos de puta enmascarados, asesinos de su hermano, que habían destruido su vida. Apretó los puños bajo los ropajes y maldijo a Heródoto por haberla convencido de dejar atrás sus armas. No obstante, luego se dio cuenta de que era la propia pirámide la que resonaba y hacía que la cámara temblara y le produjera aquellas sensaciones tan extrañas.

Uno de los miembros del Culto dio un paso adelante y, con gran solemnidad, posó la mano sobre la pirámide. Los demás empezaron a murmurar y a resoplar de envidia; algunos se movían inquietos, ansiosos por que llegara su turno.

Kassandra estaba segura de que debía tener una vela o candil dentro, ya que brillaba con una tenue luz dorada.

—Lo puedo ver: cadenas invisibles alrededor de los cuellos y tobillos de cada hombre y mujer. La muerte de la caótica luz. La estrecha línea de pensamiento, de pura devoción, de puro orden.

Los demás profirieron murmullos de apreciación. Se acercaron otros

tres y, uno tras otro, dijeron qué veían, antes de que Crisis le susurrase a Kassandra:

—Solo funciona en totalidad cuando el campeón lo toca al mismo tiempo que uno de nosotros. Él ve nuestros pensamientos y a nosotros nos permite ver más allá. Sin embargo, aunque pongas la mano tú sola sobre la pirámide, es una experiencia maravillosa. Ve, es tu turno.

Kassandra tragó saliva, agradecida por llevar una máscara. Fue hasta el centro del círculo. Estiró el brazo y colocó la mano sobre la punta de la pirámide. El corazón le latía con fuerza, el alboroto que provocaban las voces retumbaba a su alrededor, el sudor le caía por la espalda a pesar del frío y, entonces…

¡Crac!

Algo colisionó contra la puerta que había al fondo: los goznes, pasadores y clavos se soltaron y la puerta rota quedó combada. Un hombre alto y robusto entró en la cámara, se agachó y se estremeció como un animal furioso. Sus extremidades eran todo músculo y llevaba una coraza blanca de la que colgaban unos pteruges dorados y una capa blanca. Llevaba los espesos mechones de su melena de ondas oscuras atados en un copete. No portaba máscara, y su apuesto rostro mostraba un semblante de ira desatada. Un guerrero. Un campeón. «¿Deimos?».

—Hay un traidor entre nosotros —gruñó—. Somos cuarenta y dos en número, y cuarenta y dos se encuentran aquí. Entonces, ¿cómo puede ser que uno de nuestros cuarenta y dos yazga en Cirra, frío y muerto?

Levantó una cabeza cercenada y la tiró al otro lado de la habitación.

Kassandra contempló cómo rodaba la cabeza hasta que se detuvo. El horror se desparramó por todo su cuerpo como agua helada. «¿Elpenor?». Pero, ella no le había cortado la cabeza. Aquella bestia debía de haber masacrado su cadáver para demostrar algo.

—¿Quién es? —rugió como un tambor de guerra—. ¡Quitaos las máscaras!

Kassandra necesitaba pensar rápido. El terror la atenazaba.

—Esa no es nuestra forma de proceder, Deimos. Preferimos mantener el anonimato —dijo uno de los miembros.

El temor de Kassandra se apaciguó un poco, pero entonces Crisis dio un

paso adelante.

—Mostremos nuestra devoción al Culto posando la mano en el artefacto con nuestro campeón, como siempre hemos hecho. Deimos verá lo que vemos y le serán revelados los secretos que poseamos.

Deimos bajó con pesadez las escaleras desde la puerta y se adentró en el círculo.

—Muy bien —rezongó, con una mirada de arriba abajo a Kassandra, que ya estaba junto a la pirámide—. Tú, empieza. Tócalo y dime lo que ves. No mientas, porque yo veré lo mismo. —Colocó una mano en una de las caras de la pirámide.

Kassandra fijó la vista en el campeón. Sus leoninos ojos dorados brillaban con odio. En ellos, por un momento, vio su final, pero ¿qué podía hacer? Posó la palma en la cara opuesta de la pirámide. No ocurrió nada. Por un momento sintió la necesidad de reírse de todos aquellos idiotas. Lo siguiente que ocurrió fue como si una mula le pateara el cráneo.

Se le arqueó el cuello y una luz blanca le atravesó la mente. No era como esos momentos en los que la lanza conjuraba imágenes de su pasado: aquello era real. Podía saborear el aire otoñal, sentir el olor de los helechos húmedos, oír el canto de los pájaros en el bosque de Eurotas. Estaba en Esparta.

Repté por los helechos bajo el cielo vespertino. Contemplé al grueso jabalí frente a mí. Pensé en lo deliciosa que sería su carne y lo fuerte que dirían que era, con solo siete años, si consiguiera cazarlo yo misma. Me arrodillé y eché la lanza hacia atrás. Contuve el aliento, la alineé con el flanco del jabalí. Pero entonces surgieron las dudas: debería esperar, o relajar el brazo, o quizá…

Como un relámpago de plata, otra lanza voló sobre mi cabeza y se clavó en el suelo junto al jabalí, asustándolo. El animal emitió un quejido y huyó a toda velocidad.

—¿Quién está ahí? —pregunté a gritos—. ¡Sal ya!

Madre apareció entre los árboles, con el bebé, Alexios, en brazos.

—La duda solo hace que te precipites… —empezó a decir Madre.

—... Hacia la tumba —gimoteé, al entender que no había aprendido la lección—. Lo sé —repliqué—. Padre se sentirá decepcionado cuando se entere de que no estoy lista.

—Estás mejorando y eres tenaz. Pero la mayor habilidad consiste en saber cuándo actuar. —Caminó a mi alrededor y dejó a Alexios sobre un árbol caído. Recogió la lanza que había tirado al suelo—. Puede que sea el momento de que tengas esto.

Cogí la lanza y la luz de su reflejo me cegó. Era un arma notable. La empuñadura estaba rota, pero era del tamaño perfecto para mí. Cuando toqué la punta en forma de hoja sentí un extraño estremecimiento en mi interior.

—He sentido… algo.

—¿Sí? —preguntó Madre con una sonrisa.

La toqué de nuevo y volví a sentir esa extraña sensación recorriéndome.

—No es una lanza normal.

—No, no lo es. Lleva con ella un largo linaje de poder. La sangre de héroes, la misma sangre que corre por tus venas y las mías, de nuestra familia. Y tiempo atrás, en las del rey Leónidas.

—¿Es la lanza de Leónidas? —pregunté.

Ella me sonrió y acarició mi rostro.

—Leónidas era muy valiente e hizo un gran sacrificio en las Termópilas. Tú tienes su sangre y posees su fuerza. Podemos sentir ciertas cosas que ocurren a nuestro alrededor, somos rápidas como leones cuando acecha el peligro. Ese es el don de nuestra familia, pero no todo el mundo es capaz de entenderlo. Algunos se dan cuenta del poder que poseemos y lo desean para sí mismos. Tratarán de arrebatárnoslo.

—No se lo permitiré —sentencié con el valor descuidado de los niños.

—Lo sé —dijo Madre—, tú eres una guerrera.

Envolví cuidadosamente la lanza en una tela de cuero, sabiendo que debía tratarla con delicadeza, y la coloqué en mi carcaj. Entonces el cielo tronó y alcé la vista.

—Se acerca una tormenta —comentó Madre, y recogió a Alexios.

Resultaba extraño, lo había sido desde que Madre y Padre volvieron de su visita al Oráculo aquel otoño. Madre sintió mi inquietud y colocó al

bebé Alexios en mis brazos. Me calmé al instante; besé su frente y fijé la mirada en aquellos ojos leoninos de color dorado…

De repente, apartó la mano de la pirámide y gritó. El recuerdo se desvaneció. Kassandra clavó la mirada en Deimos. Él la miró a su vez, con los ojos leoninos de color dorado abiertos de par en par. No había duda…

—¿Alexios? —Movió los labios sin voz, estupefacta.

—¿Kassandra? —preguntó él sin apenas mover la boca. Sacudió la cabeza con incredulidad.

Ella retrocedió un paso; tenía las piernas paralizadas.

—¿Y bien? —gritó uno de los miembros del Culto—. ¿Qué has visto, Deimos? ¿Podemos fiamos de esta?

Silencio.

—Responde, Deimos —espetó otro de los miembros.

Nada.

Un segundo después, otro miembro del Culto se acercó afanoso, con un suspiro.

—Entonces es mi turno, no tengo nada que ocultar.

Las palabras del hombre parecieron sacar a Deimos de su trance. Con un rugido, lo cogió por la nuca y le clavó el rostro enmascarado en la punta de la pirámide. Resonó un fuerte crujido metálico y la máscara se partió. La sangre brotó del cuerpo, que se sacudió un par de veces y, después, se desplomó. La dorada pirámide estaba impoluta, sin un solo daño, pero el rostro del miembro del Culto había quedado hecho trizas. Algunos retrocedieron, entre gemidos, pero un puñado de ellos se acercó en tropel al campeón.

—Deimos, ¿qué haces? —gritaron y se arremolinaron a su alrededor.

Kassandra se tambaleó hacia atrás. Fue hasta la entrada de la cámara, se volvió y… salió corriendo como un ciervo, aturdida y temblorosa. Se precipitó hacia el túnel secreto, incapaz de sentir nada, y lo atravesó a gatas como un torbellino.

Cuando salió a la superficie bajo la luz de la luna y sobre el rocoso saliente, apenas escuchó las palabras de Heródoto. Kassandra jadeaba, se

dobló y se desplomó con la espalda contra la cara del risco.

—¿Qué ha pasado, querida?

Kassandra miró al historiador con los ojos como platos.

—Está aquí. Es su campeón.

—¿Quién, querida?

—Mi hermano. Alexios.

La Adrestia zarpó de Cirra envuelta en la oscuridad de la noche. Reza y el resto de los miembros de la tripulación manejaban las velas y el timón de espadilla. Barnabás se encontraba en la proa, con un pie en la barandilla. Observaba la oscuridad como si fuese un antiguo enemigo. Cada cierto tiempo volvía la mirada hacia la parte de atrás de la nave, en busca de una decisión en los ojos de Kassandra, pero ella seguía perdida en sus pensamientos.

Estaba sentada junto al pequeño camarote. Se agarraba con fuerza la mano que había tocado la pirámide, con la mirada perdida. Toda su realidad se había desmoronado y se había hecho añicos.

Heródoto, sentado a su lado, cortaba una manzana en trozos con cuidado y se introducía cada trozo en la boca despacio y metódicamente. De nuevo, le ofreció un trozo, que Kassandra volvió a rechazar. El historiador se lo lanzó a Ícaro. El águila lo empujó con el pico y luego lo atrapó con cierto desdén.

—Había muchos, todos con máscaras cubriéndoles la cara —dijo Kassandra en voz baja—. El Oráculo es suyo, y los dioses hablan con las personas a través de ella. La pirámide es la raíz de todo. Tienen un ejército de espías y de guerreros. Controlan casi todo el territorio. Todo.

—Entonces es peor de lo que pensaba —dijo Heródoto pensativo. Por un momento, contempló la noche, sin decir nada—: Si, tal y como has dicho, Pericles está en peligro, tenemos que poner rumbo a Atenas.

—De todo lo que he visto y escuchado en ese sitio, ¿por qué debería preocuparme por él? Mi hermano está vivo, pero el Culto lo ha convertido en algo… horrible. Su objetivo es matar a mi madre. Esta es mi nave y Pericles no es nadie para mí… no es más que otro general codicioso y sanguinario.

—¿Sanguinario? No lo conoces —la reprendió Heródoto—. Se vio

obligado a entrar en guerra.

Kassandra le lanzó a Heródoto una mirada llena de amargura.

—¿Un general que no disfruta de la guerra? Lo dudo. —Recordó los rumores y las habladurías que había escuchado en las asquerosas tabernas cerca de Sami—: Hay quien dice que orquestó todo el conflicto bajo el pretexto de conseguir paz para poder reunir la invencible armada de Atenas, pavonearse con ella y disfrutar de toda su gloria. La patética armada espartana no tiene nada que hacer contra las naves atenienses, pero los hoplitas espartanos controlan la tierra, sin nadie que pueda hacerles sombra, impertérritos ante la infantería ateniense. Pero, mientras a Pericles le lluevan los halagos por lo que sucede en el mar, ¿a quién le importa esta interminable guerra?

—Quizá. O, quizás, Pericles se percatase de que era imposible evitar esta guerra y orientó la situación para sacar el mayor provecho posible. —Heródoto se encogió de hombros.

—No vas a convencerme. ¿Por qué tendría que importarme el lejano rey de Atenas?

Heródoto dejó escapar una larga y sonora carcajada.

—Atenas no tiene rey. Pericles sirve a su pueblo. Y su cargo poco tiene de magnífico: hay un montón de personas acechando entre las sombras de Atenas, ansiosas por ocupar su lugar. Si el Culto confabula contra él, podrían convertir lo que hasta ahora ha sido una guerra tensa pero noble en un sangriento desastre lleno de caos para todos nosotros.

Kassandra lo miró con fijeza, poco convencida.

—Está bien —continuó Heródoto—. Plantéate esto: si estás huyendo de tu hermano, entonces tendrás que buscar a tu madre, ¿no? —Kassandra asintió—. ¿Y dónde vas a encontrarla? Hellas es muy grande.

—Supongo que tienes una sugerencia —dijo con sequedad.

—Y tú sabes cuál es —respondió él—. Atenas es el centro del mundo, querida. Los atenienses buscan comerciantes, mercaderes y viajeros como yo, a diferencia de los espartanos, que siguen con sus fronteras cerradas y sus costumbres anticuadas. En Atenas, las grandes mentes se ocupan de los asuntos de la ciudad. Unas mentes que poseen muchos conocimientos. Si hay alguna pista del paradero de tu madre, esa pista estará en las calles de…

—Atenas —espetó Kassandra con brusquedad, y lo dijo lo suficientemente alto para que Barnabás pudiera oírlo.

El capitán hizo un saludo y gritó la orden a su tripulación. La vela de la *Adrestia* emitió un quejido. El barco viró en redondo, alterando su curso para dirigirse a mar abierto. Les esperaba una larga travesía alrededor de la península del Peloponeso en dirección a Ática.

Heródoto se tumbó a dormir. Kassandra se levantó y se quedó de pie en la popa, contemplando cómo las aguas agitadas que el trirreme iba dejando a su paso volvían a calmarse. A la luz plateada de la luna, el resto del mar era una extensión ininterrumpida de ondulaciones suaves, y el cielo una bóveda salpicada de una miríada de estrellas. Lo contempló durante lo que se le antojó una eternidad. Cuando se le cansaban los ojos, parpadeaba. Una de las olas parecía más grande, más alta, diferente, como si allí a lo lejos algo estuviera cortando las aguas. «¿Otro barco?». El cántico distante de una ballena atrajo su mirada hacia otra dirección. Cuando volvió a mirar hacia la estela de la *Adrestia*, el «barco» fantasma había desaparecido. Sacudió la cabeza, consciente de que su cansancio le jugaba malas pasadas.

Cuando regresó de la popa, Heródoto volvía a estar despierto y en pie. Contemplaba el arco y la lanza de Kassandra, apoyados contra la pared del camarote.

—Miras mi lanza como si fuera un espectro. —Rio.

El historiador fijó sus ojos en ella sin rastro de su mismo humor.

—La Lanza de Leónidas. En cuanto te vi con ella en la cola del templo, supe que algo te había atraído hasta allí, igual que a mí.

Kassandra se sentó frente a él y dejó escapar un profundo suspiro.

—Soy descendiente de Leónidas. Algunos dicen que he traído la vergüenza a su estirpe. —En aquel instante el recuerdo de las voces de los miembros del Culto reptó por su mente. «Cuanto antes demos con el resto de su linaje, antes podremos olvidarnos de él y sus caóticas y violentas maneras de hacer las cosas». Alzó su lanza y la examinó—. En ocasiones me habla, no me había pasado nunca con nada más… hasta esta noche.

—Eso que viste en la cueva de Gaia, el artefacto dorado —alzó la vista al cielo nocturno, como si buscase fantasmas que los espiasen.

Ella asintió.

—Me aprisionó la mente y el corazón y me llevó a momentos del pasado de una manera que no había experimentado nunca. Fue algo definido, visceral. —Volvió a dejar la lanza en el suelo y se encogió de hombros—. ¿Qué es lo que hace que la pirámide dorada y mi lanza sean tan especiales?

El rostro del hombre se alargó y palideció.

—La lanza y la pirámide son especiales, Kassandra… pero no tanto como tú.

—No lo entiendo.

Miró hacia la proa e hizo una señal a Barnabás para que se acercara.

—Pronto lo harás.

La *Adrestia* se acercó bajo aquel cielo veraniego surcado de nubes a un antiguo paso costero, bordeado por imponentes montañas de rocas oscuras surcadas de bosques verdes. La voluntad de Kassandra flaqueó al contemplar aquellas cimas. «Las Termopilas. Hogar de los antiguos héroes».

—¿Te parece bien esta parada adicional, *Misthios*? —preguntó Barnabás.

—Tú confías en Heródoto, por lo que yo también. Seguiremos hacia Atenas pronto. —Sonrió y, a continuación, saltó hacia la arena mojada. Heródoto descendió con la ayuda de una escalera de cuerda.

Kassandra y el historiador recorrieron la costa y ascendieron por el camino sinuoso de una colina que conducía a las montañas.

—Este es el camino por el que Efialtes condujo a los persas —reflexionó Heródoto, con los ojos entrecerrados y húmedos. La condujo hacia un pequeño saliente que daba hacia la bahía. Un poco más hacia arriba, en la ladera de la montaña, ascendían unas débiles columnas de vapor sulfúrico procedentes de entradas de diversas cuevas. Las Puertas del Hades, las llamaban algunos. Las Puertas Calientes, las denominaban otros —. Aquí fue donde los persas cayeron sobre los espartanos y sus aliados. Aquí fue donde cayó tu gran antecesor.

Llegaron hasta la desgastada estatua de un león cubierta de un musgo de

color crema y amarillo. Las facciones de la bestia se habían alisado por las embestidas de los vientos costeros. El nombre del rey espartano, tallado en el pedestal de roca de debajo, seguía visible.

—Coge tu lanza, sostenía y deja que te hable —le dijo.

Kassandra alzó su media lanza y la sostuvo con ambas manos. No sucedió nada.

—Esto es una estupidez. Solo me habla cuando quiere, es inútil forzar…

Un silbido cortó el aire.

El cielo estaba oscurecido por flechas que llovían como si fueran granizo. A mi alrededor los hoplitas se doblaban entre gritos, acribillados por las astas. Unos guerreros de capas rojas luchaban cual lobos y gritaban a sus aliados para que continuaran peleando, para que resistieran. Eran muy pocos, y los hombres de piel oscura que los presionaban por todos los costados eran muchos. Los enemigos catan sobre ellos desde el camino de la colina y se esparcían por la bahía formando un muro móvil de escudos de mimbre y lanzas afiladas. El flautista espartano que llamaba con su canto a la última batalla cayó al ser atravesado por una lanza persa.

—¡Traed al frente a los Inmortales! —Se escuchó un extraño y desagradable grito desde los comandos persas.

Llegaron cientos de ellos. Rajaron y atravesaron a sus oponentes y abrieron paso al estrecho camino del sur que llevaba justo al corazón de Hellas. Al final solo quedó un grupo de espartanos de capas rojas que siguió luchando, a pesar de haber perdido la danza de la guerra. Fue entonces cuando lo vi: era más mayor de lo que pensaba, su cuerpo estaba lleno de cortes y embadurnado de sangre, llevaba el peso de una nación en sus agotados hombros… y la lanza intacta en sus manos.

—¿Leónidas? —susurré.

En los últimos momentos de la batalla, el heroico rey se me quedó mirando fijamente a través del éter. Me clavó la vista. Una nueva tormenta de flechas cayó; tres le dieron, y aun así siguió luchando, empujando y abatiendo a un grupo de Inmortales; así se partió en dos su lanza. Recibió otras dos heridas en el cuello que le hicieron hincar una rodilla en el suelo. Entonces, un último golpe le reventó el esternón. El campo de batalla se

sumió en el silencio y el rey Leónidas de Esparta cayó de costado al suelo, muerto.

Parpadeó y ante ella apareció la desierta e irregular costa, calmada y desprovista de aquellos cuerpos, de toda la sangre que había visto. Solamente se encontraba allí con ella el viejo Heródoto, que le sonrió con tristeza.

Kassandra soltó la lanza.

—¿Por qué me trajiste aquí?

Heródoto suspiró.

—Porque dijiste que eras una vergüenza para tu linaje y que no merecías formar parte de él, y eso no es verdad, Kassandra. Da igual lo que haya ocurrido en el pasado, es evidente que eres su heredera.

El historiador se agachó, cogió la lanza utilizando de nuevo la bolsa de cuero para así no tocarla con sus manos y se la devolvió.

—Tanto esta lanza como el objeto que viste bajo el templo del Oráculo… no fueron creados por nuestra especie.

—¿La crearon los persas?

Heródoto rio bajito.

—¿Por los dioses? —preguntó ella.

El historiador dejó de reír.

—No exactamente. Los diseñaron aquellos que estuvieron antes aquí. Antes que Hellas, antes que Persia, antes que la guerra de Troya, antes que la inundación… antes incluso que los hombres.

Kassandra lo miró sin comprender.

Heródoto hizo un gesto para que se sentara. Después sacó una rebanada de pan, la partió en dos y le tendió una mitad.

—No he escrito acerca de esto en mis historias por temor a que pensaran que estoy loco (aunque algunos ya lo hacen), pero he descubierto cosas, Kassandra, cosas que nadie sabe —explicó mientras comía y observaba el antiguo desfiladero—. Un verano, me encontré con un viajero errante. Era un tipo rechoncho y bajito llamado Meliton que se pasaba los días viajando en un pequeño bote por el Egeo, sin destino al que ir y sin

hogar al que volver. Me habló de sus aventuras, ¡algunas incluso más increíbles que las de los cuentos de Barnabás! A la mayoría de aquellas historias no les di importancia, pero hubo una que captó mi atención, ya que, a diferencia de las otras, la contó sin que se reflejara la pillería en sus ojos y en voz baja, como con miedo.

Kassandra dejó de masticar y asintió para que continuara.

—Cuando era joven, naufragó y acabó en las costas de Tera, una isla que parece una cáscara rota desde que un volcán en erupción la dejó así hace mucho, mucho tiempo. Ahora esa isla tiene un aspecto desolador y su tierra es yerma; no hay nada aparte de cenizas y decadencia. No obstante, él se las apañó para sobrevivir allí durante muchos meses a base de comer bichos y moluscos. Una noche, sin embargo, se despertó porque la tierra temblaba de forma extraña.

—¿Por el volcán? —preguntó en voz muy baja Kassandra.

—No, el volcán había muerto hacía mucho tiempo, como todo en aquella isla. Era mucho más extraño, *Misthios* —le respondió Heródoto con una mirada sombría—. Mientras la tierra se estremecía, él vio una luz brillante que resplandecía en la noche, en algún lugar en las partes más altas de la isla. No podía ser el fuego del volcán, ya que la luz era pura y dorada. A través de la oscuridad, se dirigió a trompicones hacia la luz, pero amaneció antes de que pudiera llegar al lugar y, cuando lo alcanzó, lo único que encontró allí fue una simple pared de roca negra. Tardó un rato en descubrir las marcas.

—¿Las marcas?

—Sobre la negra roca habían grabado con gran precisión unos extraños símbolos y secuencias. Le pedí a Meliton que me los describiera lo mejor que pudiera, así que me los dibujó en la tierra.

Mientras hablaba, Heródoto se puso a dibujar con el dedo formas geométricas en la tierra, al lado de donde se encontraba sentado.

—Esta es la sabiduría de Pitágoras —dijo dando golpecitos en el suelo.

Un escalofrío recorrió la espalda de Kassandra.

—Así es —confirmó el historiador al comprobar que la *misthios* había comprendido la magnitud de lo que le estaba contando—, el filósofo, el teórico político, el geómetra…, una de las mentes más brillantes que jamás

han bendecido la Hélade. Él fue uno de los pocos que entendieron las cosas que precedieron a los hombres.

—Pero se dice que la sabiduría de Pitágoras se perdió —dijo Kassandra al recordar una conversación que tuvo sobre el tema, borracha en una taberna de Cefalonia—, que murió con él hace más de sesenta años.

—Yo también creía que se había perdido. —Heródoto señaló la lanza—, pero estos grabados no son sino un fragmento. ¿Tienes idea de lo que ocurriría si se recuperara toda su sabiduría? ¿Qué pasaría si hoy en día fuéramos capaces de crear armas como tu lanza o el artefacto que encontraste en la Cueva? ¿Y si te dijera que el Culto ha estado buscando la sabiduría perdida de Pitágoras?

La emoción que embargaba a Kassandra se convirtió en un escalofrío.

—¡Por los dioses, no podemos permitirlo!

—Eso mismo pensaba Leónidas. Él solo tenía parte de la información, pero más que suficiente para entender que había que luchar contra aquellos que buscaban el conocimiento antiguo para usarlo como una espada. Tú perteneces a su linaje, Kassandra, por eso tú y tu familia debéis manteneros a salvo. En este juego tenebroso que tan pocos entienden, todo nuestro mundo corre peligro. —Se alejó para volver a la *Adrestia* y, cuando ella intentó seguirlo, él le hizo un gesto para detenerla—. Tómate tu tiempo para pensar en lo que hemos hablado.

Kassandra se quedó allí una hora, sentada junto al león y observando la bahía, preguntándose cuántos huesos descansarían bajo aquellas arenas. Comió distraída algunas migas de pan, que compartió con Ícaro. Un sentimiento de inquietud y asombro se apoderó de ella, mientras intentaba comprender las palabras de Heródoto. «Maldito historiador, tus respuestas son igual que mil preguntas», pensó, con una risa cansada.

—Es hora de ir a Atenas y encontrar las respuestas que buscamos.

Un sonido cortó el aire junto a ella y tuvo que apartarse rápidamente. Cayó en cuclillas, mirando fijamente la flecha clavada en el suelo junto a sus pies. Buscó con la mirada por las cumbres frente a ella. Nada. Pero entonces lo vio. La contemplaba como un dios desde el risco.

—¿Deimos? —dijo con voz ronca. Aquella sensación extraña en el barco, las cumbres disparejas en la noche. Sus instintos habían estado en lo

cierto: los habían seguido.

Él no dijo nada. Se limitó a darse la vuelta y alejarse del saliente. Ella se quedó mirando aquel lugar y sin pensarlo se lanzó hacia las rocas. En un segundo estaba a medio camino y escalaba hacia el saliente. Dudó apenas un instante antes de impulsarse sobre él. Aterrizó de rodillas. Allí la esperaba Deimos, de espaldas.

—¿Me has seguido hasta aquí?

—Te recuerdo… —le dijo—. Yo era solo un bebé entonces, pero recuerdo estar en tus brazos.

La llama que creía muerta hace tiempo volvió a cobrar vida en su pecho, como una luz dentro de una cárcel de acero.

—Y yo recuerdo cómo era tenerte…

—Mis padres me condenaron a morir en el barranco —la cortó en tono desapasionado—, pero fuiste tú la que nos empujó al éforo y a mí a la muerte. Lo vi. El artefacto dorado me lo mostró.

—¡No! Intenté salvarte, Alexios, tienes que creerme. No sabía que habías sobrevivid…

Él se dio la vuelta para mirarla a la cara, el viento marino arrojaba sus bucles oscuros contra su maligno rostro.

—Alexios murió aquella noche. Deimos fue el nombre que me dio mi verdadera familia.

Kassandra ladeó la cabeza en un gesto de desdén. Al oírlo, la llama que había resurgido en su pecho se extinguió.

—Por lo que vi en aquella retorcida reunión en la Cueva, los dos estamos haciendo lo mismo. Buscamos a nuestra madre.

La cabeza de Deimos se ladeó ligeramente hacia un lado.

—Si la buscas es porque a ti también te abandonó.

—Aunque nos abandonaran, sobrevivimos. Las cosas pueden volver a ser como antes, solo tenemos que encontrarla.

—No la necesito.

—Los miembros de tu Culto no piensan lo mismo —replicó con naturalidad—. Mirrina es su siguiente objetivo.

Se mantuvo en silencio un buen rato.

—El Culto nos necesita porque somos especiales, pero tú eso ya lo

sabes, ¿verdad? —preguntó, y señaló al león.

—Entonces, ¿me ayudarás a encontrarla? —Kassandra retrocedió un paso.

—¿Me ayudarás tú a mí? —replicó.

—No quiero ser parte de vuestro… Culto —espetó. Hubo un silencio tenso entre ambos.

—Pero no puedes huir de ellos, vas rumbo a Atenas —acabó por comentar—. O al menos eso parece. El Culto ya está allí. Cuando llegues diles a Pericles y a su corte de elitistas de mierda que serán los siguientes.

Dicho esto, se introdujo en una cueva oculta en la roca y desapareció en una vaharada de vapor sulfúrico.

—¿Alexios? —llamó.

—No me sigas, hermana —resonó su voz desde la caverna—. Y agradece que te haya dejado con vida por esta vez.

7

El aire del puerto del Pireo estaba cargado del hedor de los sudorosos marineros y del estiércol, del aroma del pan recién horneado y del besugo en la parrilla y de la embriagadora fragancia del vino. «Tantísima gente», pensó Kassandra. Las voces resonaban por todas partes; los perros ladraban y las gaviotas graznaban; la gente negociaba con los mercaderes y charlaba. Los soldados vestidos de azul y blanco marchaban hacia las apelotonadas galeras de guerra y regresaban de ellas, mientras los carros llenos de sacos de trigo se balanceaban al bajar rodando de los lugares de abastecimiento hacia el embarcadero en el que ondeaba una bandera blanca.

Kassandra descendió de la *Adrestia* y puso un pie en el muelle; su mirada reflejaba la de una persona hechizada por la vista de un tesoro, a través de cientos de cabezas, podía ver las vistas hasta casi unos tres kilómetros de distancia: la famosa ciudad de Atenas. Un mar de tejas rojas, del que la acrópolis emergía como una isla de mármol, rematada con unos templos y unos monumentos que cortaban la respiración: una clase de construcciones que Kassandra no había visto jamás, ni en Cefalonia ni en ninguno de sus viajes ni, sobre todo, en Esparta.

El Partenón relucía, y su plateada mampostería y la brillante pintura deslumbraban bajo los rayos del sol. La alta estatua de bronce de Atenea refulgía como una llama, con el rostro adusto y autoritario y la lanza sujeta como un guardia.

El camino que llevaba a la ciudad desde el puerto era bastante extraño: un paseo estrecho que se extendía por esos casi tres kilómetros, como un

brazo que se alargaba desde los límites de la ciudad para aferrar y sujetar esa zona de costa, la más cercana, y su embarcadero. Los trabajadores y los esclavos pululaban como insectos, colocando los últimos bloques de piedra sobre los extraños muros que bordeaban ambos lados del camino. Sus cinceles repicaban a un ritmo constante.

—*Misthios*, vamos —la llamó Heródoto y emprendió la marcha por el camino hacia la ciudad.

Kassandra se volvió y vio que Barnabás, Reza y los marineros de otro barco se habían enzarzado en una especie de apuesta: que Ícaro no podría robarle un anillo del dedo al capitán del otro barco. Ícaro daba saltitos a los pies de los hombres, como si estuviese muy motivado para ganar la apuesta para los tripulantes de la *Adrestia*.

Kassandra sonrió y los dejó con sus quehaceres. Ella y Heródoto avanzaron por el camino, sobre el que los largos muros proyectaban una agradable sombra para sus transeúntes. Una anciana mendiga canturreaba en voz baja para cualquiera que pudiese escucharla:

—¿Acaso no hemos aprendido nada de la vieja Troya y de los hititas y de los asirios? Las grandes murallas solo atraen a poderosos destructores.

En ese momento, Kassandra se dio cuenta de lo toscos que eran los muros que bordaban el camino: construidos a toda prisa y destartalados, compuestos de losas de piedra, escombros, partes rotas de arquitrabe y materiales semejantes, lo que contrastaba mucho con el brillante esplendor del mármol y las magníficas almenas de los límites de la ciudad que les esperaban al final del camino.

Heródoto notó la mirada de Kassandra.

—Los llaman los Muros Largos y son desagradables a la vista, pero son de una conveniencia preciosa —explicó—. Mantienen a los espartanos, tan poco duchos en el arte del asedio, fuera de la ciudad y permiten que el trigo siga llegando desde las naves. ¿Creías que Pericles era astuto? Bueno, en este sentido, lo es. Esparta no puede atacar y adentrarse en Atenas, ni tampoco dejar que sus habitantes se mueran de hambre.

—¿Esa es la estrategia de Pericles? —dijo, pensativa—. ¿Y qué gloria hay en una estrategia como esa?

—¿Gloria? Ay, tan espartana como siempre —respondió Heródoto entre

risas.

Llegaron a un tramo del camino en el que se apelotonaban, a ambos lados, unas aldeas de casuchas y tiendas, atestadas de gente con el rostro mugriento que los miraba fijamente mientras pasaban. Un par de pasos después, tuvieron que empezar a esquivar a hombres que estaban durmiendo por el camino y a atravesar multitud de familias y comunidades enteras.

—Nunca antes había visto tanta gente apiñada entre dos muros —dijo Kassandra entre dientes.

—Es la gente que vivía en las zonas rurales —susurró Heródoto—. A ellos es a quienes más esfuerzo les cuesta acatar la sabiduría en las decisiones de Pericles. Tuvieron que abandonar sus hogares en los campos y los valles y venir aquí a vivir, como indigentes.

El camino se empinaba a medida que llegaba a los límites de la ciudad de Atenas, y se dividía hacia unas villas cuyas fachadas estaban pintadas con colores vivos, que se erigían alrededor de la acrópolis como si fuesen sus fieles adoradores. Se extendía la creciente ágora, en cuyo centro se alzaba una estatua de Irene y de Pluto: la Paz y la Riqueza, un sueño poco realista tal y como estaba la situación. El centro del mercado estaba atestado de puestos, de ganado, de vendedores ambulantes que ofrecían huevos de avestruz pintados o especias, e incluso uno de ellos sostenía el hígado ensangrentado de una vaca como si fuese un trofeo. Las calles estaban abarrotadas con cuerpos sudorosos por doquier, el aire cargado con el hedor de la suciedad y la algarabía general sonaba tensa, al borde de la disputa. Kassandra vio a los guardias encima de las magníficas almenas de gran altura del muro de cerramiento de la ciudad: eran hoplitas atenienses, como aquellos a quienes se había enfrentado y derrotado en la Megáride. Parecían ocupados, señalando y comentando los tejemanejes que tenían lugar en el campo. «¿Qué ocurre allí fuera que les preocupa tanto?».

Sin darse cuenta, se había alejado hacia uno de los lados del ágora. Heródoto la detuvo con una mano firme.

—Por ahí no, *Misthios* —dijo, mirando hacia donde Kassandra se dirigía con una expresión de asco en el rostro. Kassandra vio el tenebroso recinto que se hallaba al otro extremo del ágora. Desde el interior sonaban

unos gemidos desesperados y melancólicos. El llanto de un hombre que había perdido la esperanza—. Esa es la prisión. Allí es donde envían a los hombres para que su recuerdo se borre de la historia.

La mirada en su rostro mientras contemplaba el lugar hizo que un escalofrío recorriese el cuerpo de Kassandra. Pero Heródoto en seguida la guio en otra dirección, con una fingida sonrisa jovial en el rostro.

—Venga, es por aquí. Hacia arriba, hacia la famosa Pnyx, *Misthios*. —Heródoto la condujo hacia unas blancas escaleras de mármol que llevaban a las alturas de la acrópolis—. Allí encontraremos las respuestas que buscamos.

Las escaleras también estaban flanqueadas por guardias y llenas de personas que discutían y se peleaban. Las riñas resonaban cada vez con más fuerza (como un zumbido de avispones) a medida que subían hasta llegar a la meseta en la cima de la colina. La primera bienvenida se la dio el resplandor silencioso y deslumbrante de la estatua de bronce de Atenea; a Kassandra casi le dio una tortícolis al alzar la mirada, estupefacta, hacia el gigantesco monumento a la diosa. Después, encontraron a la Asamblea en todo su esplendor en una plaza abierta a la sombra parcial del Partenón. Toda la situación parecía tan poco espartana, ajena del todo a Kassandra: miles de hombres vestidos con caras túnicas, muchas cabezas sin un solo cabello en ellas brillando bajo la luz del sol, agitando los brazos en el aire, lanzando gritos de protesta los unos a los otros. No… no se gritaban entre sí, solo le gritaban a un hombre. Un pobre hombre de pie sobre un plinto.

—Ese es nuestro hombre —dijo Heródoto—. Pericles, general de Atenas.

Kassandra miró al hombre. Sin duda, no era un rey, pues vestía una sencilla túnica sin ningún tipo de lujo, tenía el pelo cano, una barba muy bien recortada y una nariz ancha. Tendría la edad de Heródoto, pero se comportaba como un hombre que no ha permitido que su cuerpo se eche a perder con tanta rapidez.

—¿Durante cuánto tiempo más vamos a seguir con esta farsa? —Manifestó a gritos el opositor a quien más se escuchaba, un joven pelirrojo con los ojos oscuros y una barba puntiaguda. Daba zancadas alrededor de la base del plinto, chocaba el puño contra la palma de la otra mano con cada

paso que daba y, de vez en cuando, señalaba a Pericles con un dedo acusador—. Justo como con el alejamiento de Córcira, una vez más Pericles destaca como el maestro de la prudencia, la duda, del compromiso poco convincente. Considera un mérito herir a los aliados y envalentonar a los enemigos.

Heródoto señaló al alborotador.

—Ese que camina de aquí para allá a su alrededor como un gato escaldado es Cleón, el demagogo. Le dice a la gente lo que quiere oír, aunque sea una fantasía. A pesar de todos los enemigos a los que Pericles se ha enfrentado en el campo de batalla y en los debates, nunca se las ha tenido que ver con un adversario como él.

Cleón siguió con su colérica intervención.

—Ha despojado a todas las ciudades isleñas de sus flotas, les ha arrebatado todas sus monedas de plata y ahora… ¡utiliza el erario que hay en este monte como si fuese suyo! Fijaos que prefiere la construcción del templo de Atenea Niké antes que el bienestar de su pueblo. ¿Acaso ese no es el comportamiento de un rey? —Escupió la palabra como si fuese venenosa. Cuando las personas estallaron de acuerdo con las afirmaciones de Cleón, este movió las manos como para apaciguar las llamas, asintiendo y animándose.

—No quiero detener la construcción del tempo porque quiero mantener la moral de la gente —respondió Pericles con calma cuando los asistentes dejaron de vociferar—. No me interesa construir ningún palacio digno de un rey. ¿He o no he ordenado que extraigan todo el oro de las villas (incluida la mía) y de los lugares sagrados para financiar nuestra flota?

La respuesta de Cleón no fue más que un bufido burlón mientras buscaba un cambio de estrategia en su discurso.

—¿Nuestra flota? Nuestra *poderosa* flota que consume el erario de la ciudad con sus lamentables esfuerzos… ¿por poco más que un par de migajas de la costa del Peloponeso? Después de tus desastrosos intentos en la Megáride, evitas la batalla noble y verdadera en tierra firme, mientras nuestras granjas y nuestras casas solariegas se ven reducidas a la nada. Nosotros, hijos de la tierra, tenemos que verla convertida en cenizas.

—¿Cenizas? —Kassandra frunció el ceño. Heródoto se percató de su

expresión, le puso una mano sobre el hombro y le indicó que mirase a su alrededor, que mirase más allá de la acrópolis por encima de la bochornosa calima de la campiña del Ática. Allí, bajo el sofocante calor, vio las escarpadas montañas plateadas que predominaban en la mayor parte de la tierra, pero en los valiosos trechos de terreno llano, en el que se podía cultivar, vio cosas terribles. Parpadeó dos veces, porque no creía lo que veían sus ojos y quería asegurarse de que era real. Pero lo que tenía ante ella era la pura realidad. Allí donde antaño había habido grandes casas de campo y de labranza de trigo, huertos de limoneros y olivos, ya solo quedaban manchas negras de ceniza y restos de mármol y ladrillo reducidos a escombros no hacía mucho tiempo. El terreno estaba salpicado con borrones rojos, como pequeños charcos de sangre. Entonces, Kassandra se dio cuenta de qué eran esas manchas en realidad.

Espartanos con sus rojas capas, acampados y bloqueando el acceso por tierra a la ciudad. Vigilaban, aguardaban, las lanzas brillantes bajo el resplandor del sol. Los conquistadores del campo buscaban una manera de superar los muros e invadir la ciudad.

—¿Esténtor? —pronunció sin emitir sonido alguno, preguntándose si el espartano estaría allí abajo, liderando el asedio ocupando el lugar del Lobo.

—No disfruto viendo cómo hacen estragos en nuestros campos —espetó Pericles a modo de respuesta—. Es un sacrificio necesario. ¿No lo veis? No podemos hacerles a los espartanos una oferta para firmar la paz, pues tomarían semejante decisión como el balido de un cordero arrinconado. ¿No han demostrado una y otra vez que su falange posee una fuerza sin par? La clave es la piedra. Los Muros Largos nos salvarán: las naves transportarán el pescado del mar del norte y el trigo de los reinos costeros hasta la ciudad. Dejemos que Esparta se deje los puños contra nuestros muros. No podrán ganar.

El rostro de Cleón se ensanchó de pura satisfacción y acompañó cada una de sus palabras con un golpe del dorso de una mano sobre la palma de la otra.

—Ni. Nosotros. ¡Tampoco!

La asamblea estalló en un coro de voces dándole la razón. Pericles lo soportó todo como si fuera una estatua.

—Cleón tiene razón —abucheó un hombre—. Nuestra ciudad está sumida en una miseria asquerosa, y aún no se puede vislumbrar el final de esta maldita guerra.

—Exacto —convino Cleón—. ¿Y acaso no es esta la primera ocasión desde hace meses… ¡meses! En la que el poderoso Pericles se digna a asistir a nuestra asamblea sagrada? ¿Acaso cree que no está sujeto a nuestros escrutinios? —Ante estas palabras resonaron más gritos ofensivos.

Cleón se subió al pedestal sin haber sido invitado. Se pasó un pliegue suelto de su túnica color zafiro por encima del brazo y continuó con su diatriba mientras cortaba el aire al hablar con su mano libre, como si fuera un hacha. Pericles se bajó en silencio para permitir que su rival pudiera despotricar. La perorata duró una eternidad, y fue solo cuando la multitud se cansó del asunto cuando la Asamblea dirigió su atención hacia el siguiente tema a debatir: un ostracismo.

—Anaxágoras, un amigo de Pericles, está hoy aquí entre nosotros porque ha sido acusado de blasfemia —dijo Cleón, señalando a un anciano de la multitud, lo que provocó que resonaran murmullos indignados—. Ha asegurado que el sol no era el propio Apolo, sino… ¡una bola ardiente de materia!

Ahora los murmullos se habían elevado hasta convertirse en abucheos estridentes.

Anaxágoras chasqueó la lengua y agitó una mano por los aires como quien espanta una abeja, y a continuación gesticuló hacia el sol como si la verdad fuera evidente para cualquiera que tuviera ojos.

Apareció un hombre que portaba un saco y cada miembro de la asamblea dejó caer en su interior un pedazo de jarrón roto para señalizar su voto. Pericles depositó su pieza justo en el momento en que Heródoto condujo a Kassandra hacia él. Al acercarse se percató de que el semblante marmóreo que había tenido en el pedestal había desaparecido y había sido reemplazado por una expresión cansada y abatida.

—¿Viejo amigo? —saludó Heródoto.

Pericles levantó los ojos y su rostro volvió a animarse, como si fuera un hombre contemplando el sol tras días de lluvia. Heródoto y él se abrazaron, y Kassandra se percató de que el historiador le susurraba algo a la oreja. El

rostro de Pericles se ensombreció durante un instante antes de asentir y darle las gracias a su amigo. Al separarse miró a Kassandra.

—¿Y esta es?

—Kassandra, una amiga —explicó Heródoto—. He oído decir a los hombres de los muelles que tienes la intención de celebrar un simposio esta noche. Ella busca el conocimiento de tus camaradas más cercanos. ¿Crees que podría asistir?

—Después de lo que acabas de contarme, viejo amigo. —Lo detuvo Pericles—. Sería estúpido por mi parte invitar a una desconocida, a una *misthios*, nada menos, a mi hogar.

Heródoto se inclinó para susurrar de nuevo en su oído. Pericles contempló a Kassandra durante un rato. Lo que quiera que le hubiera dicho Heródoto había cambiado las tornas a su favor.

—Puedes asistir —accedió—. No puedes traer tus armas… pero sería aconsejable que vinieras armada con tu ingenio.

El andrón era un bosque de pulidas columnas marmóreas adornadas con bandas de un color rojo ardiente. Vides color esmeralda colgaban cual cortinas de los pilares y del techo, y en los rincones habían colocado macetas de limoneros y buganvillas. El suelo era un colorido alboroto: había un mosaico de una escena en la que Poseidón emergía de un mar turquesa acompañado de un grupo de criaturas marinas de color plateado, y estaba salpicado de un archipiélago de alfombras de seda persas teñidas de un color dorado como la miel, un tono lapislázuli y otro rojo como el de un atardecer. El aire estaba cargado de un aroma a pescado al horno, carne asada y, sobre todo, a vinos de gran calidad.

Los ciudadanos permanecían de pie, reunidos en grupos sumidos en discusiones y debates acalorados. Las risas y los jadeos de sorpresa azotaban la sala en oleadas. Los hombres, con los rostros enrojecidos por el vino, se apoyaban en las columnas o en los balcones y se balanceaban gritando de la risa. Una lira y una pandura se combinaban para llenar la sala con una melodía dulce pero rítmica, y cada coro de la pieza parecía marcado por la risa escandalosa de los grupos y parejas que iban de una

habitación secundaria a otra, por el sonido de una ánfora al caer o por unos fuertes vítores.

Cuando Kassandra oyó uno estrépito inesperado detrás de ella, su mano voló por puro instinto a su cinturón, en busca de su lanza… y alisó el costado del muslo de su estola ateniense de color azur, maldiciendo la ausencia de sus armas y sus prendas curtidas de mercenaria.

—Se supone que tú eres el simposiarca, ¿no? —preguntó con una mirada llena de picardía—. ¿El encargado de evitar que no beban demasiado?

Heródoto, sentado a su costado, se encogió de hombros.

—En teoría. En la práctica resulta una tarea similar a coger a un lobo rabioso por las orejas. —Inclinó su copa, que seguía vacía, en su dirección, y le mostró la criatura horrible y llena de pústulas que había pintada en su interior, al fondo de la copa—. La idea es que así beberán más despacio para no ser los primeros en ver a la monstruosidad al fondo de su copa. Al parecer da mala suerte.

Kassandra paseó la mirada por los alrededores. Todo el mundo parecía bastante decidido a lograr esa mala suerte. Vio que un tipo inclinaba su copa hacia arriba para vaciarla y luego fruncía el ceño al ver la cosa pintada en el fondo de su recipiente.

—¿Eso es un…?

—¿Un pene gigantesco, hinchado y enrojecido? —Heródoto terminó la pregunta por ella—. Sí, Príapo estaría orgulloso. En teoría, los hombres en ese estado deberían tener la suficiente precaución y contención como para no empinar sus copas lo suficiente para revelar la imagen, no obstante…

No tuvo necesidad de decir nada más, ya que el hombre que había estado bebiendo sostuvo su copa sobre su entrepierna y fingió que el pene de la imagen era el suyo propio. El hombre empezó a bailar y una docena de espectadores se echaron a reír.

—No parece correcto, ¿verdad? —observó Heródoto—. Los campos están ardiendo, las calles están repletas de refugiados… ¿Y los hombres que deberían estar velando por la seguridad de la ciudad están aquí, atiborrándose a vino y librando batallitas de ingenio? Pero tú ya has visto cómo está la cosa fuera de la ciudad. Los espartanos están aquí y estamos

atrapados como ratas entre estos muros. ¿Quién puede decirle a uno cómo ha de comportarse cuando llega el fin del mundo? —dijo, y echó la cabeza hacia atrás para dejar escapar una risa gutural—. Sé que bordeo el dramatismo, algo que es mejor dejar a los expertos en el tema —dijo, e hizo un gesto hacia algunos de los asistentes—. Lo cierto es que Pericles celebra estas reuniones no porque le agraden las multitudes, sino para conseguir que las voces con más fuerza de Atenas hablen en su favor. Y no todas las mentes aquí presentes están embriagadas por el vino. Ve a hablar con aquellos que no estén tambaleándose o vomitando. Esos son aquellos en los que Pericles confía de verdad, aquellos sobre cuyos hombros descansa el destino de Atenas. —Le tendió una crátera de vino y una de agua—. Coge esto y, antes de pedir información a nadie, llénales la copa. Si piden una buena cantidad de agua para rebajar el vino es que vale la pena hablar con ellos.

Heródoto se alejó para hablar con un grupo de hombres ancianos y canosos. Kassandra de pronto sintió que los muros de la villa se contraían a su alrededor. Todos los hombres presentes parecían unos estafadores intimidatorios. Todos estaban entrados en años y destilaban experiencia. Se sentía fuera de lugar, como si fuera una niña. Había sido una estúpida al creer que podía exprimir información a aquellos tipos arrogantes. Algunos le lanzaban miradas de reojo y apartaban la vista de inmediato cuando ella los captaba. Respiró hondo y se sumergió en el mar de desconocidos.

La vio llegar cuando el ocaso cubrió a Atenas con un velo oscuro. Aquel lamentable historiador le hacía de carabina. Un giro de los acontecimientos maravilloso e inesperado, reflexionó, y recorrió con los dedos los contornos de su máscara. Ahora no tendría que darle caza a través de las sórdidas calles de la ciudad. Podría lidiar con ella y con aquel maldito historiador allí mismo, en la villa de Pericles. Chasqueó los dedos y cuatro sombras se alejaron para tomar posiciones.

Kassandra vio a un tipo bajo, de nariz chata y con una barba oscura e

increíblemente poblada que sonreía en su dirección. Se alejó de él. Divisó a otro, un hombre de rostro aguileño, que tenía aspecto de desbordar conocimiento y que aparentaba ser de fiar, y se acercó.

—¿Vino? —preguntó. El hombre se la quedó mirando y a continuación, sin decir ni mu, se deslizó con suavidad por la pared hasta acabar sentado. Echó la cabeza hacia delante y un ronquido estridente, fruto del vino, brotó de sus fosas nasales.

—Las apariencias pueden resultar engañosas —dijo una voz justo al lado de su hombro. Kassandra se volvió sorprendida pero no vio a nadie, y al bajar la vista descubrió al tipejo peludo de corta estatura que había visto momentos antes y que ahora se había situado furtivamente junto a ella. Vestía un himatión, una antigua vestimenta que dejaba la parte izquierda del pecho al aire, y caminaba con la ayuda de un bastón.

Lo miró con recelo, pero el hombre sonrió, se irguió y dejó el bastón a un lado.

—Sí, soy joven para necesitar este bastón, pero me gusta jugar con la percepción de la gente. Las asunciones se basan en la ignorancia y son como cadenas para la mente. Si las rompemos se abre un camino maravilloso: parte de la ilusión, atraviesa la creencia y sobrepasa la razón. ¿Y acaso el conocimiento no es la única cosa verdaderamente buena en este mundo?

Kassandra se lo quedó mirando durante largo rato.

—¿Y tú eres…? —preguntó, y extendió la crátera de vino para rellenarle la copa. El hombre asintió en dirección a la crátera de agua.

—Pregúntale a cualquiera y te dirán que soy Sócrates, pero un nombre no dice nada de una persona. Nuestras acciones determinan quienes somos, y cada acción tiene sus recompensas y sus precios. Y dicho esto, ¿quién dices ser tú?

Ella entrecerró los ojos.

—Kass…

—Kassandra —terminó él por ella—. Pericles explicó que estarías aquí esta noche.

Kassandra se percató de que Heródoto y Sócrates intercambiaban una mirada sincera y cariñosa desde sus lados de la sala. Su recelo se redujo un

poco.

—¿Dónde está Pericles?

Sócrates rio.

—No suele asistir a sus propias fiestas.

—Supongo que estará molesto por el destierro de su amigo —dijo ella. El resultado se había anunciado antes de la puesta de sol. El pobre Anaxágoras había sido exiliado diez años.

Sócrates volvió a reír.

—Al contrario. Lo vi antes y estaba feliz como una perdiz.

Kassandra dirigió la crátera de vino hacia su propia copa, la llenó y dio un gran sorbo. El vino era amargo y fuerte.

—No lo comprendo. ¿Por qué desearía que exilien a su amigo?

—Las cosas pocas veces son como parecen, Kassandra. Anaxágoras también es mi amigo. De hecho, él fue mi tutor, el que plantó las primeras semillas de luz aquí. —Se dio unos golpecitos en la sien y tomó un sorbo a su vino—. Sin embargo, yo también recé en voz baja a los dioses y les di las gracias cuando se anunció el resultado. Entiendo que te sientas confusa, pero pregúntate una cosa: ¿qué sentido tiene buscar socorro y refugio… en un nido de víboras? —Se acercó un poco más a ella—. Anaxágoras estaba en peligro aquí, en grave peligro, como casi todos los que nos encontramos en este lugar.

A continuación, señaló a un hombre vestido de amarillo lleno de polvo blanco que se dedicaba a hacer una torre de objetos de adorno sobre una mesa mientras describía con gran entusiasmo las proporciones de su «construcción» a un círculo de personas reunidas a su alrededor.

—El que está ahí es Fidias, el principal escultor y arquitecto de la ciudad, el creador de la maravillosa estatua de bronce de Atenea y del templo que aún está inacabado. Él tampoco está a salvo y espera ser el siguiente en tener un salvoconducto para salir de la ciudad.

—¿Para huir… de quién? —preguntó Kassandra con cautela.

La mirada divertida de Sócrates se desvaneció.

—Mires donde mires, esta ciudad es un nido de serpientes, Kassandra.

Cuando el filósofo se fijó en que a la *misthios* se le había descompuesto la cara y había adoptado una actitud vigilante, este le puso una mano en el

hombro y se lo apretó.

—Pero también hay buena gente, sobre todo aquí. Mira a tu alrededor, entre todos estos borrachos puedes encontrar algunas de las mentes más brillantes de Atenas, como Tucídides, gran soldado y mejor líder… aunque envidia a Heródoto y algún día quiere escribir historias como él.

Señaló al joven parcialmente calvo de semblante adusto que se encontraba rodeado de tipos que, por las cicatrices en sus cuerpos, parecían soldados. Después señaló a un trío que parecía estar enzarzado en un acalorado debate.

—Los dos vejestorios que están allí son Eurípides y Sófocles, los maestros de la tragedia, y Aristófanes, al que le encanta meterle un toque cómico a sus obras, y me apuesto lo que sea a que también le gustaría meterle otra cosa a Eurípides.

Un tipo de cara enjuta y cabellos oscuros alrededor de una coronilla calva pasó al lado de Sócrates y le dio un golpe con la mano de forma desdeñosa.

—Échale un poco de vino y lárgate —advirtió a Kassandra—, no sea que esta vejiga llena de aire empiece a decir sandeces sin sentido, como suele ser habitual, y nos diga que la noche es el día y el día la noche, ¡y que encima estamos ciegos porque no vemos que es así!

—Ay, Trasímaco, mi viejo compañero de debates sobre cuestiones mentales —comentó Sócrates en un tono completamente diferente.

Trasímaco se detuvo y miró fijamente a Sócrates. Apretó los puños y movió los labios como si dijera «supéralo». Seguidamente, miró a Kassandra y le dijo:

—Si buscas sabiduría, habla con cualquier otro.

—Pues sí. —Estuvo de acuerdo Sócrates—. En esta sala se encuentran muchas mentes maravillosas. Sófocles es muy sabio, Eurípides lo es todavía más…

—¡Pero Sócrates es el más sabio de todos! —exclamó un hombre borracho que se encontraba cerca.

La cara de Trasímaco era un cuadro. Este fulminó al borracho con la mirada.

—Vamos, Trasímaco, ¿o acaso ahora eres tú el más sabio? ¿Al fin has

visto la luz en lo que a asuntos de justicia se refiere?

El sofista se puso al otro lado de Sócrates como si fuera a montar un escándalo… pero se detuvo, negó levemente con la cabeza y volvió a mirarlo, inquieto.

—¿Otra vez con eso?

Kassandra intentó ahogar la risa tomando otro trago de vino.

—Estábamos hablando de la naturaleza de los gobernantes y de la administración de la justicia —le explicó Sócrates—. No hay mejor lugar para debatir eso que en casa de Pericles, ¿no te parece? Me he limitado a preguntarle a mi amigo, y se lo volveré a preguntar: ¿estás de acuerdo con que el acto de gobernar es un arte?

Trasímaco resopló por lo ridícula que le pareció la pregunta.

—Sí, es un arte, como todo lo que hace el hombre. No hay lugar a dudas.

—Muy bien. —Calló durante unos instantes, el tiempo suficiente para que Trasímaco bajara la guardia—. Sin embargo, la medicina ayuda a mejorar al paciente, no al médico, y la carpintería mejora el edificio, no al constructor. Así pues, ¿no ayuda el arte de gobernar a mejorar a los gobernados, más que a los que gobiernan?

Trasímaco observó a Sócrates, este último expectante por una contestación.

—¿Qué? ¡No! ¿Acaso has escuchado algo de lo que he dicho?

Sócrates respondió a la enorme ira de su amigo con una tranquila media sonrisa. Kassandra volvió a beber y dijo, segura de sí misma…, o puede que un poco borracha:

—La justicia solo es buena si procura la libertad para las personas.

—No obstante, ¿no es la justicia un conjunto de normas que todos debemos acatar? —preguntó Sócrates a los dos—. Por definición, ¿no es eso todo lo contrario a la libertad?

—No, porque sin reglas viviríamos en una anarquía, y entonces solo los poderosos serían libres —respondió primero Trasímaco.

—¿Y deberíamos creer que eso es diferente a como está el mundo en el que vivimos?

—¡Claro que no! —Se enfadó Trasímaco.

—Un momento…, ¿qué intentas decir? —preguntó Kassandra, que estaba hecha un lío. En aquel momento entendió que el amigo de Sócrates sintiera tanta frustración.

—Nunca pretendo decir nada.

—No, nunca lo hace. —Trasímaco le dio la razón, malhumorado.

—Solo quiero analizar tus ideas —concluyó Sócrates.

Trasímaco se estrujó los cabellos entre los dedos, profirió una grosería entre dientes, dio media vuelta y se fue echando chispas.

Sócrates soltó una risita infantil.

—Lo siento, no puedo evitar fastidiarle, pero es que en vez de preguntas, él solo busca respuestas.

—Como yo —dijo Kassandra con firmeza—. Estoy buscando a una mujer que huyó de Esparta.

El filósofo miró un espejo de bronce pulido que colgaba en la pared que tenía al lado; con ello consiguió que Kassandra mirara en la misma dirección y viera su propio reflejo.

—Ahí está. —Sonrió el hombre.

—Muy perspicaz, pero estoy buscando a otra mujer, una que huyó de allí hace veinte años.

—¿Sabes la cantidad de forasteros que han venido a Atenas durante la última luna? Pues desde hace veinte años ya ni te digo.

Kassandra suspiró.

—Y ni siquiera sé si vino aquí.

Sócrates negó con la cabeza y se mordió el labio inferior al pensar.

—Si fue hacia el norte por tierra, debió utilizar algún paso para atravesar la Argólida.

A la *misthios* se le cayó el alma a los pies. No sabía siquiera si su madre había ido a pie.

—La Argólida es muy grande.

—Sí —Sócrates le dio la razón—, pero también es un terreno muy montañoso y plagado de bandidos. Los viajeros rara vez se desvían del camino que todo el mundo usa, el cual pasa por Epidauro y su santuario de Asclepio. Los sacerdotes de allí son conocidos por dar refugio a vagabundos y demás personas necesitadas.

—¿Sacerdotes? Después de lo que pasó esa mujer, no creo que se hubiera llevado muy bien con ellos.

—Ah —dijo Sócrates en un susurro—, hay uno de nosotros allí: mi amigo Hipócrates, que trabaja en el santuario como médico. No tiene nada que ver con el sacerdocio, y además tiene muy buena memoria para los detalles y las caras. Una vez casi hizo llorar a Trasímaco al poner en ridículo sus argumentos con total facilidad gracias a su fantástica memoria. Seguro que se acuerda mejor que cualquier otra persona de aquellas personas que fueron al norte desde Esparta, sobre todo tratándose de una mujer… ¿que viajaba sola?

Kassandra asintió en silencio.

—Entonces buscaré a Hipócrates —dijo, agradecida, aunque también confusa por la vaguedad de la información recibida.

Sócrates se disculpó aludiendo a la necesidad de tener que ir a las letrinas y se marchó… para ir de nuevo junto a Trasímaco, que parecía tranquilo otra vez, y volver a torturarlo con sus preguntas.

Kassandra, que se quedó sola una vez más, se paseó entre la gente. El tipo de la cara aguileña estaba empapado de su propio vómito, otros dos bebían directamente de unas ánforas y otro discutía con una pared. Se detuvo junto al trío que Sócrates había señalado antes: Eurípides y Sófocles, los poetas amantes, y Aristófanes, el comediógrafo, que parecía un hacha clavada entre los otros dos hombres, los cuales se sentían incómodos por los cotorreos de este último, mientras la gente de alrededor reía a carcajadas.

—¿Habéis visto mi representación de Cleón? La he titulado *El simio naranja*. Decidme, ¿qué pensáis de ella?

Los que estaban alrededor estallaron en risas y elogios cuando Aristófanes empezó dar saltitos sobre un pie y sobre el otro a la vez que gruñía y movía los brazos. Después todos callaron y miraron a Eurípides, que aún no había dado su veredicto, sino que, en cambio, se dedicó a mirar hacia sus pies enfundados en sandalias.

Aristófanes le dio una fuerte palmada en el hombro.

—A los hombres buenos les gusta llevar vidas tranquilas, como el viejo Eurípides suele decir, ¿verdad, Eurípides?

El poeta abrió la boca pero no dijo nada, simplemente se limitó a asentir

con timidez.

Aristófanes empezó a vociferar de forma exuberante y a repasar con entusiasmo sus propias obras. Mientras tanto, Sófocles se puso detrás de él y se movió para ver si podía tener contacto visual con su amante. Sin embargo, parecía que el comediógrafo quería a Eurípides para él solito.

—En realidad, los tres se aman entre ellos —pronunció una tenue voz tras Kassandra.

Ella miró a su alrededor, pero no había nadie.

—Aquí abajo —dijo la voz.

Kassandra bajó la mirada hasta el nivel de su cintura. Una niña de ojos saltones la miraba con el ceño fruncido, como entre culpable y desafiante, a la vez que se mordía el labio.

—¿Febe?

Febe se abrazó a la cadera de Kassandra.

—Te he echado muchísimo de menos —gimoteó contra la estola de la *misthios*—. Después de que te fueras, Markos cuidó de mí bastante bien, pero luego se enteró de que tenía el ojo. Entonces me convenció de que se lo dejara para invertirlo y me prometió que conseguiría el doble de lo que costaba —resopló.

—Febe, no…

—Lo ha perdido todo.

Kassandra apretó los dientes.

—Era de esperar.

—Estaba desconsolado. Lo único que le hizo volver a la normalidad fueron las nuevas y peores ideas de negocios que se le ocurrieron. Quería robar el ganado de una hacienda que se encontraba al norte del monte Enos: ese era su estúpido plan, en el que encima yo tenía que disfrazarme de vaca. —Negó con la cabeza—. De todas formas, ha pasado un año desde que te fuiste, y sabía que debía ir a buscarte, así que me metí sin que nadie me viera en una las naves mercantes que llevaban yesca al puerto del Pireo. Ahora trabajo para Aspasia, la mujer de Pericles. Sí, soy una sirviente, pero al menos no tengo que vestirme de vaca. Yo ya sabía que algún día vendrías aquí, dicen que todo el mundo lo hace. Anoche, cuando te vi… —Febe, con lágrimas en los ojos, calló.

Kassandra intentó tapar los chorros de emoción que le brotaban del corazón. La estrechó entre sus brazos, la besó en la cabeza y disfrutó del tan familiar aroma de su cabello.

—Dime, ¿por qué no volviste a Cefalonia, aunque fuera para hacerme saber que estabas bien? —preguntó Febe.

—Porque a la misión que se me encomendó le han crecido cuernos, tentáculos y garras —respondió Kassandra con un suspiro—. Mi madre sigue viva, Febe.

Febe abrió los ojos como platos.

—¿Está viva? Pero me dijiste…

Kassandra posó un dedo sobre sus labios. Febe era una de las pocas personas que sabía la verdad.

—Te dije lo que yo creía, pero me equivoqué. Está viva, pero no sé dónde. Por eso he venido, alguien que estará aquí esta noche podría saberlo.

—Aspasia te ayudará —dijo en confidencia, irguiéndose—. Aquí todos saben algo, pero ella lo sabe casi todo. Es tan inteligente y astuta como el propio Pericles. Incluso más inteligente, según dicen algunos.

—¿Dónde está? —preguntó al no ver a ninguna mujer por allí.

—Está por aquí. —Le sonrió con complicidad.

Tucídides y sus soldados hicieron aspavientos con sus copas de vino vacías hacia Febe. Ella entornó los ojos y se apresuró a atenderlos.

Kassandra se dirigió a un extremo, descansó con un hombro sobre el marco de una puerta y trató de pensar a quién abordaría ahora. Tras la puerta cerrada se escuchaban voces amortiguadas. Cada palabra a medias que conseguía comprender era como una moneda radiante que se ganaba y trató de aguzar el oído. «Cualquier cosa podría ser una pista».

—Venga, un poco más, ¡sí, así! —Sonó un grito de deleite y un sonido de succión seguido de un jadeo de placer y un grito unánime producido por un grupo de voces. Se incorporó instintivamente, como si la propia pared fuera parte de aquel depravado encuentro, y la puerta traqueteó con su movimiento.

Se oyeron pasos y la puerta se abrió, dejando ver a un hermoso muchacho de cabellos dorados de cuerpo perfectamente esculpido que se erguía con orgullo. Tenía la piel pálida y los ojos azules, vestía solo con un

cordel al cuello y un pañuelo de seda alrededor de la cintura. «Erguido con orgullo en todos los sentidos» se percató Kassandra, que ladeó la cabeza y volvió la vista arriba. Tras él, la habitación estaba iluminada con lámparas de aceite. El humo del incienso dulzón se confundía con el vapor de un baño y el calor de los cuerpos desnudos. Hombres y mujeres se retorcían en camas y divanes, sobre el suelo y bajo las mesas. Traseros brillantes y pechos que rebotaban, de todas las formas y tamaños, gemidos de placer y miembros entrelazados.

—¿Una nueva participante? —preguntó el muchacho con una sonrisa.

—Puede —respondió; aquella era la oportunidad que esperaba.

—Soy Alcibíades, nieto de Pericles —se presentó y, con una reverencia, tomó su mano para besarla, recorriendo cada detalle de su cuerpo con la mirada.

—Estoy buscando a una mujer —dijo Kassandra.

La sonrisa de Alcibíades se acentuó y extendió la mano en dirección a una mujer madura y voluptuosa que estaba sentada junto a una bañera. La mujer miró a Kassandra con lujuria, pasando la lengua por su dentadura perfecta, la melena oscura cayendo en bucles sobre los hombros mientras se abría de piernas.

Kassandra arqueó una ceja.

—No me refería a eso.

—¿Mejor un hombre? —sugirió con un meneo del paño alrededor de la cintura.

—Depende de lo que el hombre pueda decirme.

—Puedo decirte cualquier cosa que desees oír. Vamos, ven conmigo. —La animó a entrar.

Kassandra dejó a un lado su crátera de agua y vino antes de entrar.

—Estoy buscando a una mujer llamada…

Alcibíades colocó una mano delante de su cuerpo, como una barrera destinada a detenerla, y cerró la puerta tras ella. Con la mano que tenía sobre ella empezó a palpar sus pechos. Kassandra cerró un puño, intentando contenerse para no romperle la mandíbula igual que al oportunista espartano del campamento de Esténtor; pero se dio cuenta de que aquella era su oportunidad.

Relajó el puño y dio un paso hacia él. Presionó sus labios contra los suyos. Él emitió una suave risa y comenzaron a besarse, los labios del hombre eran cálidos y húmedos e introdujo la lengua en la boca de ella. La abrazó con sus brazos musculosos y la llevó a un diván oportunamente vacío, pero ella lo detuvo con una mano en el amplio pecho, sabiendo que lo tenía atrapado.

—Estoy buscando a una mujer que huyó de Esparta hace mucho, mucho tiempo.

Alcibíades gimió. Tenía los ojos semicerrados y el rostro contraído en busca de más besos. Cuando se dio cuenta de que no sucedería nada más hasta que contestara, sacudió su cabellera para despejarse del abotargamiemo del deseo.

—¿Que huyó de la mismísima Esparta? Nadie sale de allí y menos sola —resopló ligeramente—. Pero imaginemos que así fuera. Si hubiera venido a Atenas sin un hombre que velara por ella, la habrían detenido, al igual que en Tebas, Beocia o cualquier otro lugar. Si fuera lista, habría ido al único lugar en el que las mujeres son libres e independientes.

Kassandra le sostuvo la mirada, esperando que prosiguiera.

—Corinto —respondió—. Las heteras de los templos son el corazón de la ciudad. Sí, yacen con hombres a cambio de dinero y regalos, pero solo porque ese es el deseo de los dioses. Son fuertes, libres… —Sus ojos parecieron perderse en algún recuerdo lejano que le hizo sonreír con picardía—. E imaginativas.

Kassandra tuvo que chasquear los dedos delante de él para que se recompusiera.

—Habla con Antusa; Corinto está a su cuidado al igual que Atenas está al de Pericles. —Suspiró, mirando hacia la puerta—. Al menos por ahora.

Desde fuera les llegaba una voz ahogada que hablaba con tono cansado y asustado. «¿Heródoto?».

Se separó de Alcibíades, rozando deliberadamente el paño que cubría su entrepierna.

—Gracias, Alcibíades. Quizá la próxima vez que nos encontremos te enseñe un par de cosas.

El joven la miró de nuevo con un suspiro al darse cuenta de que no la

conquistaría.

—Si ves a Sócrates ahí fuera dile que entre, por favor. Hace mucho que le tengo echado el ojo y sigue eludiéndome con sus palabras, como un gato escurridizo.

Kassandra se escabulló de la habitación y volvió al andrón, pero Heródoto no estaba allí. Giró la cabeza en todas las direcciones posibles, pero en su lugar se encontró con… él. No se diferenciaba de los demás físicamente; bien vestido, pero de forma sencilla, con un *exomis* y sandalias de cuero, charlando en voz baja con los compañeros de Tucídides. Lucía una barba cuadrada y el cabello oscuro, fino y grasiento peinado hacia atrás sin ninguna raya. No le habría llamado la atención si no se hubiera fijado en aquel ojo neblinoso y las rosadas cicatrices aún frescas en las muñecas. En su mente aparecieron imágenes de la última reunión a la que había acudido, un encuentro mucho más sombrío que el de aquella noche, y la rata enmascarada que se había abierto las venas ante la estatua de la serpiente para ofrendar su sangre.

No permitas que se le sequen los colmillos, vamos, haz una ofrenda…

Se quedó en el sitio, indecisa durante un buen rato, mirándolo. ¿Sabría que ella estaba allí? ¿Habría venido para atentar contra Pericles? ¿Y qué había sido de Febe? El corazón le galopaba como un caballo de carreras. Se retrajo a una esquina de la habitación y se echó vino en la crátera. «Que se escandalicen todo lo que quieran por no beberlo aguado, lo necesito», pensó con desdén. Alzó la copa hacia sus labios, pero una mano la detuvo.

—Haz como si bebieras, pero no dejes pasar una gota —dijo una voz suave, pero firme—. Hermipo ha envenenado ese vino, si lo bebes te quedarás inconsciente en segundos. Después, solo hay dos opciones: o no vuelves a despertar y, posiblemente, sea lo mejor que te pueda pasar; o despertarás en una caverna oscura a merced de Hermipo y sus alimañas.

Sintió un escalofrío e hizo tal y como la voz le decía, fingiendo beber del vino. Las extrañas miradas que Hermipo le dirigía no se interrumpieron. Sonrió al verla beber y los hoyuelos de sus mejillas se hicieron más pronunciados, con expresión satisfecha.

Kassandra se ocultó tras una columna de mármol veteado de rojo, refugiándose en la sombra que le proporcionaba.

Una vez allí, se volvió hacia la voz y vio a una mujer vestida con una estola púrpura y un pesado collar de oro. Era mayor que Kassandra, además de ser una belleza. Se peinaba las trenzas oscuras en un recogido y llevaba el rostro empolvado y maquillado. Aunque una sonrisa asomaba a los labios pintados de ocre, se percató de que estaban tensos, sin rastro de alegría. Sus ojos negros como pozos de tinta sondeaban a Kassandra.

—¿Aspasia? —dijo en un susurro.

La dama asintió despacio.

—Febe me ha contado que necesitas ayuda. Cuenta con ella. Hermipo está aquí y, como ya sabrás, con él hay muchos otros. No tardará en darse cuenta de que su veneno no ha funcionado y pronto pasarán al plan de emergencia. Tienes que alejarte de esta villa, sal de Atenas ahora mismo. —Sus palabras eran suaves y amables, pero al mismo tiempo firmes como los martillazos de un herrero.

—Pero vine hasta aquí porque necesito hablar con toda esta gente. Estoy buscando a mi madre y apenas he conseguido un par de consejos vagos: que hable con un curandero de Argólida y con una prostituta del templo de Corinto. Podría irme mañana, pero esta noche tengo que… —Sus palabras se desvanecieron cuando vio que un par de sombras se movían en la oscuridad de un pasillo cercano para bloquearlo.

—Si mueres esta noche, tu misión llegará a su fin —siseó Aspasia. La agarró del brazo—. Vete con lo que tienes, descubre lo que puedas y vuelve en un mejor momento.

Kassandra echó un vistazo al pasillo contrario, donde otras dos sombras estaban aguardando.

—Ven conmigo —susurró Aspasia. La llevó a toda prisa a una pequeña antesala y cerró la puerta. Fue hacia un panel de la pared y lo empujó para accionar un mecanismo tras él. El panel se deslizó y reveló una escalinata cubierta de telarañas que bajaba hasta la base de la acrópolis—. Estas escaleras te conducirán a la zona baja de la ciudad. Allí te espera un hombre que te llevará a salvo al puerto del Pireo.

—Pero Heródoto…

—Ya está con él.

—Y Febe…

—Estará a salvo aquí. —Rugió Aspasia. La metió en el túnel de un empujón—. ¡Súbete al barco y vete!

8

El círculo de máscaras hablaba en voz baja. El único candil en el centro de la sala proyectaba las sombras de los presentes en los muros de la cámara: titánicas, encorvadas, inhumanas.

—Deimos nos ha sido muy útil. Es fuerte, sí, pero se revuelve como si fuese un toro amarrado. ¿Dónde está? Nadie lo ha visto desde que se marchó de la cueva de Gaia, tras destrozarle la cara a uno de los nuestros y dejarlo hecho papilla.

—Para nosotros, Deimos es mucho más valioso que el muerto —espetó otro miembro del Culto—. Cuando lo llamemos, acudirá.

Unas pisadas resonaron por la cueva. Todos se miraron. Si bien las máscaras que portaban ya tenían dibujadas unas inquietantes sonrisas con aires de burla, cuando el anciano mensajero llegó a la sala y se arrodilló ante ellos, cada uno de los miembros del Culto esbozó una sonrisa realmente sardónica.

—¿Ya está? —preguntó un miembro del Culto entre susurros—. Noticias de Atenas. ¿La hermana se ha unido a nosotros o… está muerta?

El mensajero alzó la mirada, y los ojos, abiertos de par en par y llenos de arrugas, revelaron la respuesta.

—Ha logrado escapar —contestó el anciano con voz ronca—. Ha huido de Atenas en su barco. Hermipo y los cuatro miembros que se presentaron en la fiesta de Pericles para apresarla la persiguieron abordo de dos galeras atenienses, pero… —Se detuvo para tragar saliva antes de continuar—: La galera de la hermana era como un tiburón, partió en dos una de las naves y

prendió fuego a la segunda.

El miembro del Culto que había hablado antes clavó la mirada en la chica durante un par de minutos. Todas las cabezas se volvieron hacia los huecos del círculo.

—¿Así que ha enviado a cinco de nuestros miembros al Hades? —preguntó con un deje de respeto en la voz.

—Todos aquellos a bordo de las galeras han perecido en el naufragio —respondió el mensajero con un asentimiento.

El miembro del Culto dio un paso hacia delante. Cabeceó y se dio ligeros golpecitos sobre la boca de la máscara, con un dedo, como si cavilase.

—Has hecho lo que se te había ordenado, sin errores de ningún tipo. ¿Podemos confiar en que no has dicho ni una sola palabra de para quién trabajas, verdad?

El anciano asintió, lleno de orgullo.

—Muy buen trabajo.

Con delicadeza, el miembro del Culto colocó la mano sobre la nuca del anciano mensajero y, después, la deslizó rápidamente hacia la derecha… y luego más hacia la derecha todavía. El mensajero no podía mover la cabeza. Empezó a gritar:

—¿Qué… qué hace?

Pero las manos del miembro del Culto palidecieron y se sacudieron del esfuerzo. El anciano mensajero comenzó a dar manotazos y a arañar las manos del enmascarado, pero este ejerció más y más presión hasta que, con un crac, la cabeza del mensajero dio un chasquido y quedó del revés, mirando hacia atrás. El asesino retrocedió un paso. La cabeza del mensajero se recolocó sin apenas fuerza, la mirada de nuevo hacia el frente. Luego cayó hacia delante y colgó sin vida: el cuello quedó en una posición espeluznante en la que se podía vislumbrar un fragmento de una vértebra rota bajo la piel. El cadáver del anciano se desplomó mientras el hombre regresaba al círculo de máscaras.

—La captura de la hermana solo se ha retrasado. ¿Hacia dónde se dirige?

El interior de Argólida resplandecía bajo el calor del verano. Todos los

argivos con dos dedos de frente habían huido del exterior y se habían refugiado en la sombra de sus casas o bajo los árboles. Sin embargo, algunos no podían darse el lujo de dejar pasar la oportunidad de estar en la amplia bahía, no si *él* estaba allí. Un hombre joven, menudo y calvo, con un único mechón de pelo rizado que había conseguido sobrevivir arraigado en la coronilla, pasaba a través de los cientos de personas sentadas o tumbadas sobre el suelo: gente de campo sencilla, que apoyaban las cabezas sobre sus propias túnicas o en las rocas del camino, llorando, gimoteando. Soldados de Atenas y de Esparta que se apretaban con fuerza las graves heridas que los aquejaban, sin preocuparse de estar rodeados por sus enemigos; madres que acunaban a bebés silenciosos mientras rezaban y no dejaban de llorar. El hombre se subió los bajos de su *exomis* morado, dejó la cesta de mimbre que portaba con él sobre el suelo y se agachó junto a un joven: se imaginó que sería aprendiz de carpintero, por los cortes y las callosas yemas de las manos. El muchacho alzó la mirada hacia los cielos, pálido y con la mirada perdida, y movió los labios despacio, entre temblores. Tenía el rostro lleno de llagas rojas.

—Mi madre y mi perro me esperan en mi hogar, en la isla de Cea. Dicen que tú puedes curarme —susurró—. Me dijeron que viajara a Argólida y a la bahía cerca de Epidauro. Que el gran Hipócrates estaba allí. Que él puede curar a quien sea; incluso resucitar a los muertos.

Hipócrates esbozó una sonrisa torcida en una mueca atormentada. El muchacho presentaba todos los síntomas.

—En mi viaje hasta aquí, solo he soñado una cosa: poder regresar a mi hogar con mi familia, abrazar de nuevo a mi madre, darle un beso en la cabeza a mi perro y dejarle que me lama el rostro.

Las lágrimas se agolparon en los ojos de Hipócrates y le enturbiaron la vista. El muchacho no iba a poder cumplir su sueño, no en esa fase de la enfermedad. Todo lo que le esperaba era un horrible viaje lento hacia las manos de Caronte.

—Toma, muchacho —dijo Hipócrates, pasando las manos por el pelo del joven con suavidad, y le acercó un frasquito a los labios—. Bebe, es el remedio.

El joven empezó a temblar por el esfuerzo de mantener la cabeza alzada

y se bebió el líquido de buena gana. Hipócrates se quedó con él, mesando sus cabellos, susurrándole palabras de consuelo sobre su viaje de regreso a casa, sobre su madre y su perro. Las horas pasaron, y el beleño relajó el cuerpo del muchacho y se llevó mucho de su sufrimiento. Pero no era el remedio para su enfermedad. Al final, los ojos del muchacho, que rebosaban de cariño, se cerraron para siempre.

Hipócrates se puso en pie, sumando otra vida a la carga invisible que llevaba sobre los hombros. A su alrededor, se extendían docenas de personas que gemían lastimeramente por su atención, muchos con los mismos síntomas que el joven. Se dio cuenta de que podría salvar solo a unos pocos. «Pero tengo que intentarlo. Por favor…», pensó, con ira, mirando hacia los cielos, «dejad que encuentre el remedio a esta enfermedad». Sin embargo, los dioses no le contestaron.

Se volvió hacia una mujer cuyos huesos se marcaban bajo la piel flácida, pero, cuando emprendió el camino para acercarse a ella, dos hombres se cruzaron en su camino y se detuvieron ante él, como dos puertas. Al momento supo que no eran pacientes, ni soldados heridos por la guerra, ni tampoco habitantes del campo que padecían la extraña enfermedad para la que no tenía cura. En los ojos de los desconocidos, que relucían como dos piedras preciosas, no vio ni rastro de esperanza por la salvación, sino una fría maldad. Uno de ellos, con el pelo a la altura de los hombros apartado de la frente gracias a una diadema de bronce, sonrió; aunque la expresión no se correspondía en absoluto con lo que reflejaba su mirada.

—Hipócrates —dijo alegremente—. Nos llevamos una gran sorpresa cuando no te encontramos en el santuario del interior de la ciudad. ¿No es allí donde todos los sanadores deben ejercer?

—Los sanadores deben ejercer allí donde haya enfermos a los que sanar —respondió Hipócrates con tranquilidad.

Los dos hombres cruzaron una mirada. En ese momento supo quiénes eran, antes incluso de ver la solitaria figura que los observaba desde una ladera del interior. Una mujer de semblante frío, con el pelo negro y un mechón de pelo blanco cerca de la sien.

—¿Por qué no nos acompañas, Hipócrates? —dijo el otro hombre, que

tenía una cabeza deformada casi en forma de berza.

La mirada dura que siguió a sus palabras dejó claro que no era una pregunta.

Lo condujeron lejos de la bahía, tierra adentro, hacia una colina. El camino los llevó a través de un valle poco profundo rodeado de álamos y teñido del olor mohoso a helechos y hongos. Por allí por donde pasaban, croaban las ranas. La soberbia lo había llevado a desatender las advertencias de Pericles sobre regresar solo a aquel lugar. Sócrates también se lo había implorado: «¡Llévate una escolta!». Pero llevar siquiera un puñado de hoplitas atenienses en activo a aquel lugar habría significado traer la guerra a aquella tierra. Bien sabido era que la Argólida era enemigo viejo y traicionero, en guerra con todos. Estaba situada sobre las tierras espartanas, y si se cruzaba el golfo Sarónico, quedaba a tiro de piedra de Atenas.

Vio las formas de las máscaras bajo las capas de la pareja, y también atisbo espadas. «Contrata a algún matón, aunque sea», le había rogado Tucídides. Pero él sabía que no debía.

—¿Cuál será mi final? —preguntó, molesto por el temblor fruto del miedo que afloraba en su voz.

—Crisis lo decidirá —dijo el hombre con cabeza de berza.

—Hay una colmena de avispones en la cima de la colina donde nos está esperando. ¿Alguna vez has visto a un hombre morir por los aguijonazos de un enjambre rabioso? —añadió el hombre del pelo largo, y soltó una risa.

Las manos de Hipócrates se apretaron hasta convertirse en puños. Luchó contra su miedo desbocado. Sentiría un breve periodo de dolor, y luego la liberación de la muerte. Eso sería todo. O… bajó la mirada hacia su cesta. Ahí dentro tenía un vial de cicuta, sería suficiente para poner fin a todo en sus propios términos. Su corazón latió con fuerza cuando lo cogió, rompió el sello de arcilla, se lo llevó hacia los labios…

Y una gruesa salpicadura de un líquido color rojo oscuro lo cegó.

Soltó un grito, se tambaleó hacia atrás y le cayeron al suelo el vial y la cesta. Se restregó las manos por los ojos para deshacerse de las salpicaduras y se percató de que también tenía cubiertos el rostro y los ropajes. Contempló el bamboleo del cuerpo que había pertenecido al hombre de pelo

largo: su cuello estaba empapado, era un tocón rojo, y la cabeza había desaparecido. El cabezaberza estaba agachado como si fuera un gato. Su cabeza giró de un lado hacia otro hasta que localizó a una figura entre los árboles, oyó el zumbido de una honda y se lanzó hacia un lado para esquivar el próximo proyectil de plomo.

El hombre de cabeza con forma de berza gruñó y alzó un brazo al que llevaba atado un pequeño escudo de bronce.

—Vas a morir, bandido —gritó en dirección al bosque. Otro proyectil salió disparado, pero el hombre era rápido e inclinó su brazo para interceptar el misil con su escudo.

—¡No tardarás en quedarte sin munición, y yo no pienso irme a ningún lado!

Y entonces apareció ella. Era como una leona emergiendo con andares furtivos de su guarida. Iba vestida con prendas curtidas y gastadas, llevaba un arco cruzado a la espalda y una honda en una mano, cuya cuerda colgaba floja. Soltó el arma, sacó una extraña lanza partida y se colocó en una posición a la altura de la cabeza de berza del hombre.

Kassandra vio cómo el hombre describía un círculo, y supo que antes de ser un miembro de la secta había sido un guerrero de una agilidad comparable a su fealdad. Hizo un par de amagos y se rio al ver su reacción.

—¿Tú? —susurró—. En fin, vine a por el sanador, pero es posible que hoy acabe consiguiendo un premio aún mayor.

—¿El mismo premio sobre el que se jactaba Hermipo antes de que su barco se convirtiera en dos barcos más pequeños? —replicó ella—. ¿Antes de que se ahogara entre gritos?

—Hermipo era un zopenco, un pato mareado. Yo soy un escorpión —siseó. Se encorvó y salió disparado a la velocidad del rayo. Kassandra, que había visto las intenciones de su atacante en el último momento, plantó un pie sobre una roca y saltó por encima de él. Al pasar volando sobre su cabeza, hizo descender su lanza. El arma de Leónidas le partió la coronilla y se clavó en lo más profundo de su cerebro. Un mejunje espeso de sangre oscura y materia rosácea brotó del cráneo hendido, y el hombre se

desplomó contra el suelo del valle con un último suspiro.

Kassandra aterrizó con un giro lateral y se irguió frente al cadáver. Solo se convenció de que estaba muerto cuando vio por sí misma su cabeza destrozada. El ruido de unos helechos a su espalda la hizo darse la vuelta y encarar al sanador. El hombre echó a correr a trompicones.

—¡Espera! ¡Me envía Sócrates! —dijo para llamar su atención.

Él se detuvo y giró sobre sus talones.

—¿Sócrates? ¿Te envía mi amigo? —comenzó a decir, pero de pronto abrió mucho los ojos y miró por encima del hombro de Kassandra.

Ella también giró la cabeza y vio a Ícaro en la ladera de la colina sobre el valle bajando en picado a toda velocidad. La mujer con el mechón blanco de pelo consiguió golpearlo mientras el águila la atacaba, y luego logró echar a correr.

—¿Crisis?

—¿Sabes quién es? —preguntó Hipócrates con cautela.

El labio superior de Kassandra tembló al recordar la cueva de Gaia y a la mujer enmascarada que rezaba.

—Sé que debe morir. ¿A dónde ha huido?

Hipócrates alzó ambas manos como si estuviera intentando calmar a un caballo desbocado.

—Te lo diré, pero primero deberíamos hablar. Ven conmigo.

Regresaron a la bahía y caminaron entre los heridos y los enfermos. Ella bañó y vendó las piernas destrozadas y los hombros de los soldados e Hipócrates se ocupó de las dolencias menos obvias. Kassandra tuvo que atender a una niña de la edad de Febe que tenía una herida infectada en una pierna, producida por la mordedura de un animal. Anudó el vendaje, apretó el brazo de la pequeña y le pellizcó la mejilla. La niña soltó una risita que consiguió hacerla sonreír brevemente, pero luego recordó a Febe, sola en Atenas, y sintió un ramalazo de preocupación y la chispa de una llama en su corazón. Borró la sonrisa y enjauló aquellas emociones; eran debilidades que podían costarle su misión. Se volvió hacia su próximo paciente: un hombre demacrado que no paraba de gemir, estaba repleto de úlceras y carecía de fuerzas. No había ninguna herida que limpiar ni ningún hueso roto que entablillar. Le sostuvo la mano durante un rato y escuchó sus

débiles murmullos sobre su vida como fabricante de flechas. Tras un rato, el enfermo se sumió en una ligera duermevela.

—Hay algo extraño en Hellas que está cobrando fuerza —murmuró Hipócrates mientras acariciaba la frente del hombre.

—El Culto —coincidió Kassandra.

Hipócrates se rio con sequedad.

—Algo más. Esta enfermedad. Antes no había nada parecido. Parece haber surgido en lugares muy abarrotados, en asentamientos con demasiados cuerpos. Y de ahí se ha expandido por los puertos e incluso hasta campo abierto.

—Si existe una cura, la encontrarás —dijo ella con firmeza.

—Porque soy el gran Hipócrates —suspiró.

Se tomaron un descanso cuando el sol bajó y cayó la tarde, y se sentaron en una loma a contemplar a los dolientes repartidos por la playa cual peces arrastrados por las olas. La brisa marina les acariciaba la piel mientras Hipócrates partía una rebanada de pan en dos que luego compartió con Kassandra, junto con un trozo de carne de carnero y un huevo duro. La *misthios* comió con rapidez. Se dio cuenta entonces de lo mucho que había desatendido una necesidad básica como aquella desde que salió de Atenas, pues solo había comido restos de comida aquí y allá. Le echó un poco de carnero a Ícaro. Después comieron manzana y, a continuación, para bajar la comida, bebieron de un odre agua fresca del arroyo. Hipócrates señaló en dirección a la pequeña forma anclada en la costa.

—Ah, ya veo tu nave. ¿Mi amigo Heródoto se encuentra a bordo?

—Muy a su pesar, sí —asintió—. Resulta que mi capitán, Barnabás, está entusiasmado con él. Me suplicó que le dejara venir, pero no podía arriesgarme, ya que no sabía exactamente qué era lo que iba a encontrar aquí.

—No has venido para matar a Crisis, ¿verdad? —le preguntó el sanador, que buscó la mirada de Kassandra con la suya.

—No, pero lo haré —respondió—. He venido para pedirte un favor. Estoy buscando a alguien.

Hipócrates torció una de las comisuras de su boca.

—Recuerdo a tu madre.

A Kassandra le recorrió un escalofrío.

—¿Cómo… cómo lo has sabido?

El médico levantó el corazón de su manzana.

—Las manzanas nunca caen lejos del árbol. La vi en ti en cuanto saliste de entre aquellos árboles.

—Entonces ¿ella estuvo aquí?

Hipócrates hundió la mirada entre sus pies.

—Yo era muy joven entonces, y no supe cómo ayudarla. Le di la espalda. Aun así, no he podido olvidar su mirada de determinación, que todavía sigue ardiendo en mi mente: esa mirada nunca me ha abandonado y jamás lo hará. ¡Mirrina era fuego con forma de mujer!

—¿Sabes a dónde fue?

Volvió a suspirar.

—No. Pero hay un hombre que quizás sí lo sepa. —Señaló por encima de su hombro, en dirección al interior—. El santuario de Asclepio, donde antes trabajaba, ya no es lo que era. Se podría decir que sus estándares y los míos… han ido divergiendo cada vez más, y ahora parece que creen que los enfermos se pueden curar simplemente pasando tiempo en sus templos y bibliotecas, lo cual puede que sea bueno para el alma, pero no te va a valer de nada si tienes un brazo colgando.

Hipócrates negó con la cabeza para detener la diatriba que de lo contrario seguiría soltando.

—Ve allí y habla con el sacerdote Dolopión, que vive al lado de la biblioteca. Dile que vas de mi parte. Él y sus antepasados llevan un registro de todas las personas que han pasado por allí. El nombre de Mirrina tiene que aparecer, así como sus dolencias, dónde se dirigió después…

Cuando Hipócrates le dijo a Kassandra dónde podría encontrar a Dolopión, sintió cómo la llama en su interior volvía a arder solo de pensar en Madre. Intentó apagarla y, seguidamente, posó una mano sobre el hombro del médico, se levantó y le dijo:

—Gracias.

—Que vaya bien, Kassandra. —Le deseó una vez que la mujer empezó a ir tierra adentro—. Y ten cuidado. Ya empieza a oscurecer y…

—Y la Argólida no es un lugar seguro por el que viajar —concluyó por

él.

—Sí, pero aún hay algo más que no te he dicho: Dolopión… es el hijo de Crisis.

Se hizo de noche y Kassandra siguió atravesando el bosque acompañada del canto de los grillos, el ulular de los búhos y el aullido de un lobo solitario. También vio las huellas de un león y, desde algún lugar entre los árboles, escuchó el rugido de la bestia. Con mucho cuidado de permanecer en la dirección del viento, prosiguió hasta llegar al final del bosque.

Cortó una pared de helechos y al fin pudo ver el magnífico pero envejecido santuario; aun de noche, el paisaje era asombroso. Tres montañas no muy altas se alzaban como centinelas alrededor de la zona. Sobre una de ellas se encontraba el templo de Apolo y, sobre otra, el lugar en el que nació el mismo Asclepio. En el claro que había entre las montañas se veían unas casas de mármol dispersas, conectadas por unas anchas avenidas y unos maravillosos y tranquilos jardines. También había un enorme y majestuoso atrio, en el cual se encontraban los encorvados y ancianos sacerdotes, un gimnasio, un templo pequeño, una biblioteca y el abaton en el que se trataba a los enfermos, el cual estaba iluminado por el leve chisporroteo de varias antorchas. Asimismo, había un teatro en la ladera y algunas de las sencillas residencias de los sacerdotes. Además, el aire nocturno transportaba de aquí para allá el sonido de un canto orfeico que salía de dentro de uno de los templos.

Kassandra, con sigilo, salió al claro y se encaminó hacia la casa del sacerdote al lado de la biblioteca. Cuando entró, Dolopión casi se cayó de silla en la que se sentaba. La *misthios* había esperado que se pusiera a gritar, pero no emitió sonido alguno. En vez de eso, la miró fijamente. La cara del hombre se veía envejecida y demacrada y el poco pelo que tenía estaba despeinado. Observó el cuarto del sacerdote y vio que había algo extraño escrito a pincel de forma tosca en las paredes, una palabras que se repetían una y otra vez: «¿Por qué, Madre, por qué? ¡Déjales vivir!». Sin embargo, no había señales de Crisis.

Kassandra, a quien aún le recorría una sensación de desasosiego, se sentó en frente de él. Le explicó por qué había ido allí y quién la enviaba. Al escuchar las palabras de la mujer, sobre todo cuando mencionó el

nombre de Hipócrates, Dolopión se tranquilizó un poco.

—Por favor, estoy buscando cualquier tipo de pista sobre el paradero de una mujer llamada Mirrina —le repitió.

Al cabo de un rato, Dolopión, que tenía un bulto en la garganta, como si se hubiera tragado un hueso de ciruela, se levantó. Asió una antorcha y, en completo silencio, le hizo un gesto a Kassandra para que lo siguiera en la noche. Llegaron entonces a una dependencia al aire libre que se encontraba junto al atrio y en la que unas tablillas de piedra formaban altas pilas o se apretaban en estrechas filas como si de hoplitas se tratase. La mujer frunció el ceño, horrorizada, cuando el sacerdote señaló hacia una de las tablillas. ¿Qué era aquello, una tumba? No obstante, Dolopión le tendió su antorcha y, con señas, la animó a agacharse. Kassandra se puso en cuclillas e iluminó la superficie de la piedra con la antorcha: no era una lápida, sino el registro de una paciente, tal y como le había dicho Hipócrates. La *misthios* examinó las palabras allí inscritas:

«Diodoris vino aquí en primavera con solo un ojo. Por la noche, cuando dormía en el abaton, los dioses se le acercaron y le aplicaron un ungüento en la cuenca vacía. Debido a esto, ¡a la mañana siguiente tenía dos ojos sanos!».

Kassandra levantó una ceja y reprimió una risotada de incredulidad. A continuación, leyó otra losa:

«¡Ay! Thyson, de Hermíone, estaba ciego de los dos ojos… hasta que el sabueso del templo lamió sus órganos y se sintió feliz de nuevo al recibir la bendición de volver a ver».

—¿Órganos? —Kassandra se preguntó a qué órganos se referiría.

Siguió leyendo las inscripciones en las coloridas losas: unos hombres que se tragaron unas sanguijuelas para que estas se comieran sus enfermedades internas, un hombre al que le mordió un lobo y se curó gracias a los colmillos de una víbora, el ingenioso tratamiento de Asclepio para la hidropesía, el cual consistía en cortar la cabeza del paciente, sacar todo el líquido acumulado y, por último, volver a colocar la cabeza en su sitio.

Sentía cómo se le secaban los ojos y se le cansaba la vista cuanto más leía aquellos ridículos registros de remedios.

Más tarde, se percató de que una luz se alzaba al este en el cielo nocturno. ¿Tanto tiempo había pasado leyendo? Estaba a punto de levantarse cuando vio de reojo una palabra tallada en una tablilla cercana que lo cambió todo.

«Esparta».

Se hincó de rodillas, con los ojos fijos en la piedra. Habían rayado la mayor parte de la superficie con bastante prisa.

«… de Esparta. Acudió al lugar con su vástago… buscaba… la piedad de los dioses».

—¿Quién ha dañado esta piedra? —preguntó levantándose.

Dolopión palideció de terror igual que la primera vez que la vio entrar en su hogar.

Kassandra estaba demasiado cansada y se le había agotado la paciencia.

—Por todos los dioses, dímelo de una vez. He viajado por toda Hellas y lo único que tengo es esta piedra destrozada. Por lo que más quieras, ¡dímelo!

El hombre abrió la boca y ella sintió que se quedaba sin aire al comprender por qué no podía hablar. De lo que antes era una lengua ahora solo quedaba un despojo arrugado de color gris negruzco. Algo reciente, pudo notar, a juzgar por el nivel de cauterización de la herida.

—Lo lamento, no… no lo sabía. Pero necesito algo, algo aparte de este mensaje incompleto. Ayúdame, por favor.

Él la miró con los ojos llenos de lágrimas. Su mirada se desvió a algún punto por encima de su hombro. Kassandra se volvió, con el corazón al galope. Nada. Solo la frontera sur del valle de Asclepio. Pero entonces fuera, en la lejanía… lo vio. Una luz minúscula que brillaba en la oscuridad del bosque.

—¿Allí está la respuesta? —preguntó.

El hombre asintió, apesadumbrado.

Kassandra se alejó de Dolopión a toda velocidad. Ícaro descendió desde el pórtico para volar a su lado. Se adentró entre los árboles y matorrales sin apenas parpadear, por miedo de perder de vista el pequeño resquicio de luz. Finalmente pudo ver lo que era: un santuario diminuto y redondo, abandonado, dedicado al sanador Apolo Maleatas. La parte superior estaba

rematada por un cono de mosaicos rojos rodeado por un círculo de columnas en las que crecían musgo y liquenes, algunas de ellas inclinadas y rotas. En su interior se escuchaba el llanto de un bebé. Confusa, se dirigió a la entrada del santuario y sintió la calidez de luz de las velas en su piel. Allí dentro se encontraba una mujer agazapada, de espaldas, con un bebé que lloraba en sus brazos frente a un altar de piedra con un viejo trozo de tela. Había pétalos de flores repartidos por el suelo. Por un segundo, Kassandra sintió que una llama se expandía por todo su cuerpo. No podía ser… ¿verdad?

—¿M-Madre? —preguntó, vacilante.

La mujer se levantó y se volvió hacia ella.

—No exactamente. —Crisis enseñó los dientes en una sonrisa amenazadora. Blandía una daga sobre el pecho del bebé. Kassandra se quedó helada.

—Pero podría ser tu madre, si quisieras. Mi verdadero hijo, Dolopión, es un auténtico idiota. Imagino que me ha delatado él.

Kassandra no pronunció palabra alguna.

—Tu verdadera madre vino aquí, aunque estoy segura de que ya te has enterado de eso —dijo Crisis.

—Con un bebé —resopló Kassandra al ver a Crisis, el bebé y la daga a la lúgubre luz del lugar—. ¿Qué hiciste con ellos? ¡Dímelo!

—El bebé sobrevivió, eso también lo sabías —ronroneó, y dio un paso hacia ella—. Deimos es mi hijo ahora, por mucho que algunos del grupo se quejen de su comportamiento salvaje.

—¿Y mi madre?

La sonrisa de Crisis se agrandó.

—Aún recuerdo la noche que me trajo al niño, tan triste y patética, llorando bajo la lluvia. Si tan solo hubiera sabido que Mirrina tenía dos vástagos… pero ahora estás aquí. Mi familia está completa.

Kassandra la miró con la cabeza baja como un toro a punto de embestir.

—¿Dónde está mi madre?

—La dejé marchar, estaba desolada al saber que no se podía hacer nada por el pequeño Alexios.

—Pero dijiste que… ¿le mentiste? ¿Le dijiste que Alexios había

muerto?

—Ella lo dejó a mi cargo, como ves. Alexios es un niño extraordinario. Los espartanos intentaron matarlo y yo lo salvé, lo crie. Le procuré los mejores maestros en las artes y la guerra. Es mío, al igual que todos los niños que Hera me procura.

Kassandra sintió como la sangre se le helaba.

—¿Qué eres?

Crisis dejó al bebé en el altar junto a las velas y se acercó un paso más a ella.

—Ya sabes lo que soy, sabes lo que es el Culto. Ahora, para completar el rompecabezas, solo necesitamos que te unas a nosotros, como Deimos. Así que, Kassandra… —Se inclinó para susurrarle al oído, su aliento era cálido y húmedo—. ¿Me dejarás ser tu madre?

El cuerpo de Kassandra se descompuso de terror y empujó a Crisis, que se agitó y le apuntó con la daga, pero cuando esta alzó la lanza sus ojos destellaron y se apartó. Con un rugido, arrastró el brazo por el altar, tirando las velas y al bebé al suelo. El pequeño gritó. La tela que lo cubría se prendió, así como los pétalos y helechos secos del suelo. Crisis corrió a la salida, con una risotada.

—No podrás alcanzarme, Kassandra, a menos que estés dispuesta a dejar que el bebé muera calcinado. No querrás condenar la vida de otro niño con tus malas elecciones, ¿no?

Kassandra se quedó clavada en el lugar, dividida, pero un segundo bastó para decidir lo que debía hacer. Crisis, aquel monstruo, podría esperar. Buscó al bebé entre las llamas. Lo cubrió con los jirones de su *exomis* antes de alcanzar la salida. Tosiendo y sin resuello, cayó de rodillas. Los ojos le picaban y estaban llenos de lágrimas a causa del humo negro. Se dio cuenta de que la mujer ya había tenido tiempo más que suficiente para huir, por eso cuando alzó la vista y vio su cuerpo a un paso de ella, de pie y dándole la espalda, se quedó petrificada.

En ese momento Crisis cayó hacia atrás, con el rostro desfigurado por el golpe de un hacha.

Dolopión se acercó al cuerpo azotado por espasmos de su madre y extrajo el hacha sin hacer ruido, moviendo los labios para hablarle una

última vez.

—Lo siento Madre, pero sin ti, los pequeños podrán vivir.

Y así, tomó el bebé de los brazos de Kassandra con su mano libre y marchó por el bosque camino al santuario de Asclepio.

9

El hombre con el rostro oculto tras la máscara cruzó la cámara como un huracán, y el traje ceremonial que sostenía ondeó con el aire que levantaban sus zancadas. Llegó al centro del círculo y dejó caer la prenda de vestir al suelo. Todos la miraron fijamente: estaba completamente destrozada y en ella podían verse manchas oscuras de sangre seca.

—Han encontrado a Crisis en el bosque. Los lobos han hecho trizas el cadáver, le han arrancado gran parte de la carne, así que no podemos saber cómo murió. Sin embargo, a los dos hombres que la acompañaban… —Señaló los huecos que había en el círculo del Culto—. Los han matado con una lanza y una honda.

—La hermana —murmuraron los presentes.

—Deberíamos contactar con uno de nuestros regimientos silenciosos y enviarlos a Argólida a por ella. Puede que sea rápida y fuerte, pero nadie puede luchar contra mil lanzas.

—Ya no está en Argólida —espetó el hombre en el centro del círculo—. Su nave sigue atracada allí, pero se ha marchado por tierra, sola.

—Entonces, ¿dónde…?

El hombre levantó un dedo, en señal de silencio, y, después, se acercó a una zona teselada, que formaba un mapa de Hellas. Con la punta de sus *sykchos* de cuero, trazó una línea, desde Argólida hacia el norte por todo el terreno rural hacia la clavícula de tierra que bordeaba la Megáride, y se detuvo en la oscura baldosa de la costa, bajo la que aparecía una única palabra.

Corinto.

Uno de los miembros del Culto dejó escapar una risa sardónica. Un minuto después, otros dos miembros se unieron a sus carcajadas y pronto todos estallaron en risas. Uno de ellos (fornido como un buey, y con resoplidos análogos al animal) dio un paso hacia el centro del círculo y empezó dar vueltas sobre sí mismo, con los brazos extendidos de gloria.

—Allí acabará su viaje. Ha llegado el momento de que regrese a mi hogar.

Mientras avanzaba a zancadas por las calles de Corinto, Kassandra sintió que le costaba respirar. La ciudad estaba envuelta por una calima amarillenta formada por el humo del templo y de polvo, y las viviendas y villas pintadas con colores chillones, con una altura excesiva, se alzaban imponentes por la calle. Mucho había oído hablar de la ciudad: llena de movimiento, aliada de los espartanos y acaudalada. Pero, ese día, las calles estaban desiertas.

El mercado no era más que un cuerpo vacío de puestos desatendidos, carros sin sus dueños y montones de los famosos tiestos y jarrones de la región: algunos sin decoración alguna, y otros grabados con dibujos negros y naranjas de dioses y de antiguos héroes. Las tabernas no eran más que un mar de bancos y taburetes vacíos. No había ciudadanos, ni mercaderes, ni niños jugando en las calles, ni siquiera se encontraban las voluptuosas y dulces *pórnai* (unas prostitutas por las que Corinto era famosa) en los estrechos callejones. Los escalones que llevaban hasta el gran templo de Afrodita también estaban desiertos. Cada cierto tiempo, Kassandra oía el chirrido de las contraventanas o un susurro entrecortado; movía la cabeza de un lado a otro, intentando atisbar los rostros pálidos que se ocultaban. Allí había gente, sí, pero estaban escondidos. Aterrorizados, como si temiesen la llegada de una tormenta. «¿La guerra?», se preguntó Kassandra. La guerra todavía no había asolado la ciudad: Corinto era la superpotencia naval de la que Esparta dependía en gran medida para repeler los ataques del ejército marítimo ateniense pero, hasta el momento, los altos muros de la ciudad, llenos de suciedad, permanecían intactos. Entonces, atisbo al

dueño de una taberna, al que se le abrieron los ojos como platos y se agachó detrás de un tonel. Por desgracia para el hombre, era casi tres veces más ancho que el tonel. Kassandra se acercó a él y le dio una patada al contenedor.

—Sal —exigió.

El rechoncho tabernero se puso en pie, fingiendo que acababa de percatarse de su presencia y comenzó a limpiar la superficie del barril con un trozo de tela.

—Ah, vaya, buenas. ¿Vino, comida?

—Antusa —respondió Kassandra.

El hombre se estremeció y volvió a bajar la mirada, como si considerase esconderse de nuevo tras el barril.

Kassandra rodeó el tonel, cogió al hombre por el cuello de su túnica y lo levantó hasta que sus narices quedaron a la misma altura. Apestaba a cebollas y tenía la piel llena de grasientas manchas negras.

—He caminado un día y una noche desde Argólida para llegar hasta aquí. ¿Dónde está Antusa, la hetera?

Justo en aquel momento, Ícaro descendió en picado y entró por la puerta abierta de la taberna. Aterrizó sobre la barra con un chillido y comenzó a caminar de un lado para otro, volcando algunas copas vacías.

El hombre soltó otro lloriqueo, y luego contestó por fin.

—Las heteras se han ido. Han abandonado el Gran Templo. No podían arriesgarse a seguir aquí.

Kassandra frunció el ceño. Las heteras eran muy apreciadas en aquella ciudad. Las damas de compañía gozaban del respaldo del templo, habían sido bendecidas por los dioses, habían recibido educación y a menudo llevaban una vida llena de lujos. Las heteras deberían de haber sido las últimas en huir de aquella ciudad.

—¿Dónde están? —preguntó, apretándole el cuello.

—Están en la Fuente Pirene —carraspeó, y señaló hacia el sur.

—¿Por qué?

—Porque él… se supone que él volverá hoy a la ciudad.

—¿Quién?

—El gigante, el Mercader. Ahora es él el que controla las calles en lugar

de Antusa. Ella era fría y despiadada en ocasiones, pero no era nada comparada con… él. Son muchos los que han sentido su ira. Se llevó hasta la última moneda que tenía guardada aquí y estaba seguro de que también se llevaría mi cabeza.

Kassandra desvió la mirada «Me da igual quién sea ese tal Mercader. Tengo que encontrar a Antusa».

Soltó al hombre y chasqueó los dedos para llamar a Ícaro. El águila derribó una última copa y levantó la cabeza con osadía en dirección al tabernero. El hombre se hizo una bola, lloroso, cubriéndose la cabeza, antes de que el águila saltara de la barra y alzara el vuelo.

Kassandra cruzó las puertas de la ciudad. A través de la luz brumosa le pareció divisar a dos guardias en la caseta de la vía que la miraban con cautela. ¿O habría sido un truco de la luz? No le dio importancia. Dirigió su mirada hacia los acantilados altos y polvorientos que se extendían por el interior de la isla a lo largo de cuatro millas y el imponente monte rocoso que se alzaba entre ellos. La antigua Fuente Pirene se encontraba allí, si es que se podía fiar de las direcciones del tabernero. Kassandra e Ícaro atravesaron las llanuras. Los primeros vientos otoñales azotaban el camino y soplaba polvo contra su piel empapada de sudor mientras rodeaba los múltiples fosos que surcaban aquella extensión.

Cuando alcanzó los acantilados, ascendió por el camino que subía al monte. La cabeza le martilleaba por el esfuerzo que le ocasionaba la ascensión, en ocasiones traicionera. Una sección era pura escalada y tenía una caída mortal, y sintió cómo la arañaban los fuertes vientos, como si intentaran soltarla de aquellos salientes estrechos como la punta de sus dedos. Cuando alcanzó la cima, apoyó un brazo agradecido contra el suelo plano y comenzó a levantarse… y se encontró frente al extremo de una espada muy afilada.

—Da un paso más sin que yo te lo diga y te rajaré del cuello a la entrepierna —escupió una mujer de rostro duro. A su otro costado oyó el quejido de arcos al tensarse y vio a dos mujeres más apuntando sus flechas cargadas en su dirección.

Kassandra se puso en pie lentamente, con las manos alzadas y las palmas hacia arriba para mostrar que no llevaba ninguna arma.

La mujer hizo un gesto con la cabeza hacia la derecha y Kassandra bordeó la meseta de la montaña en esa dirección a punta de la espada. Ícaro chilló. Parecía dispuesto a bajar en picado, pero ella le lanzó una mirada y el animal reculó. Miró alrededor de las cumbres barridas por el viento; estaban salpicadas por unos pocos cipreses y abetos, pero por lo demás era un erial. A continuación, sus ojos se detuvieron sobre el antiguo edificio de baja altura y pintado de dorado que había cerca del centro. Las piedras labradas y los pilares de cariátides conformaban una pequeña plaza en su interior. A la sombra de las columnas, varias mujeres remendaban ropas, tallaban madera o jugueteaban entre las columnas. Al ver a Kassandra muchas se quedaron inmóviles o retrocedieron. La miraron igual que lo habían hecho los corintios. Vio a una niña pequeña agachada junto a un gato, acariciándole la tripa. Aquella estola mugrienta, el pelo alborotado… A punto estuvo de decir «¿Febe?», pero la niña se volvió, la vio y se fue a la carrera. Las rejas espartanas que rodeaban el corazón de Kassandra se estremecieron cuando sus miedos acerca de Febe intentaron salir de nuevo. Se clavó las uñas en las palmas de las manos para sofocar aquel sentimiento de debilidad.

La mujer guio a Kassandra hasta el interior del edificio dorado. El viento dejó de correr y, durante un instante, se hizo la oscuridad, justo antes de llegar al interior del edificio. El elemento más llamativo del lugar eran unos magníficos patos que se encontraban en la taza de suave mármol blanco de una fuente. El agua borboteaba por un conducto natural del suelo del estanque. Algunos decían que la antigua fuente nació de las lágrimas derramadas de su fundador, otros, que apareció cuando los cascos de Pegaso golpearon el suelo. Las paredes a su alrededor mostraban escenas de los viajes de Odiseo; algunas mujeres repintaban la partes que se habían desconchado.

La que guiaba a Kassandra se detuvo junto al estanque.

—Precioso, ¿no te parece? Los últimos mercenarios suyos que vinieron aquí murieron ahogados.

—¿Suyos? ¿Los del Mercader?

—No te hagas la tonta —dijo la mujer, que pinchó a Kassandra con su espada en la espalda.

—No conozco al Mercader, ni quiero conocerlo. He venido a hablar con Antusa.

—Ya lo estás haciendo.

A Kassandra se le secó la boca.

—Estoy… estoy buscando a mi madre —dijo mientras intentaba darse la vuelta para mirar a Antusa a la cara, pero otro pinchazo con la espada la mantuvo mirando hacia el estanque.

—¿Quién te envía? —bramó.

—Alcibíades.

La espada dejó de apretar un poco.

—¿Ha conseguido dejar de fornicar el tiempo suficiente para hablar? Increíble.

—Mi madre se marchó de Esparta hace mucho tiempo, posiblemente se la conociera como Mirrina.

—¿Mirrina? —Antusa retiró la espada de la espalda de la *misthios*.

Kassandra se atrevió a mirar a su captora. El semblante férreo de Antusa se suavizó, y hasta vio un tenue brillo de aprecio reflejado en sus ojos.

—Estuvo aquí, ¿verdad?

—Sí —afirmó Antusa en voz baja—, aunque se marchó demasiado pronto.

Todo cambió en un abrir y cerrar de ojos y Antusa volvió a levantar la espada.

—Ella fue la que me enseñó a ser quien soy ahora: una mujer forjada en las llamas, que no se deja aplacar. Una mujer de negocios que ya no sentía emociones. Imagino que querrás saber a dónde fue, ¿no?

Kassandra asintió.

—A cambio debes hacer algo por mí. —Miró hacia la puerta y al punto difuso y distante que era Corinto—. El Mercader ha vuelto hoy al almacén que tiene en el puerto. Libera a mi hogar y mata al Mercader.

Kassandra también miró en dirección a la distante ciudad.

—Haré lo que sea por encontrar a mi madre, pero antes dime: ¿quién es el Mercader?

—Es un demonio sediento de sangre tan grande como un toro e incluso más fuerte. —Antusa puso cara de asco al hablar. Las mujeres a su

alrededor se alejaron al escuchar las palabras—. Ya ha matado a tres de mis chicas y ha secuestrado a dos más, Roxana y Erinna. ¿Sabes qué les hace a sus víctimas? Les derrite la piel, poco a poco, con un atizador al rojo. Solo una de mis chicas ha logrado huir de su guarida.

Antusa miró hacia el estanque. Allí se encontraba sentada una chica con la cabeza gacha. Entonces Kassandra vio las cicatrices por toda su cara y sus cuencas vacías.

Los pensamientos de Kassandra volvieron a la cueva de Gaia y recordó al bruto alterado que quemó los ojos a un pobre desgraciado con un hierro ardiente. Entonces comprendió quién y qué era el Mercader.

—Lo mataré, o moriré intentándolo.

Erinna alargó la mano y tomó la de Roxana. Las dos se apretujaron cuando escucharon las fuertes pisadas que se acercaban. Miraron al demacrado hombre que se sentó frente a ellas. Estaba tan sucio, magullado y asustado como ellas dos. Los pasos venían acompañados de una pesada respiración que cada vez se intensificaba más… hasta que se detuvo. La puerta de la celda se abrió y las dos chicas se abrazaron y cerraron los ojos, tratando de sacar el máximo partido de los últimos momentos juntas antes de que las rollizas manos del Mercader las apartara.

Sin embargo, el grito que se escuchó fue el del hombre. Abrieron los ojos y miraron a su alrededor justo a tiempo para verlo bocabajo arañando el suelo, aterrorizado con la resbaladiza mano del Mercader aferrándose a su tobillo y arrastrándolo como un juguete.

—Hora de arder… —Gruñó el gigantesco bárbaro mientras tiraba del hombre a la cámara principal del silo.

La puerta de la celda se cerró.

—No queda nadie más —murmuró Roxana mientras revisaba la celda y los lugares que los demás habían ocupado antes de que se los llevaran uno a uno—. La próxima será una de nosotras. Nunca volveremos a ver a Antusa.

Ambas se sobresaltaron cuando la celda se abrió de nuevo. Se quedaron mirando el tope que estaba colocado en el mecanismo de seguridad de la puerta para evitar que se cerrara por completo y que ahora yacía en el suelo.

Inmediatamente después volvieron la vista hacia la mujer que se alzaba al otro lado, armada y vestida de cuero. La mujer se acercó a ellas y se agachó para fijar su pétrea mirada en ellas y ayudarlas a levantarse.

—Marchad, procurad no llamar la atención y salid por la puerta principal. Corred hasta llegar al manantial de las montañas.

—¿Nos llevarás allí?

—No puedo —respondió la mujer—, aún me queda trabajo por hacer.

La cámara central del silo era un lugar oscuro; el aire se deformaba con el calor, las chispas anaranjadas saltaban y apestaba a humo. El Mercader avivó el fuego del crisol y de allí mismo sacó una vara de hierro candente, deleitándose con las gotas humeantes que brillaban en la punta. Atado a una mesa, el hombrecillo escuálido gritaba y se sacudía. El hierro se acercaba a su rostro. Una única gota de hierro fundido le cayó sobre la mejilla, le abrasó la carne y se abrió paso hasta el hueso. Los gritos que emitía eran inhumanos. El Mercader se vio obligado a sujetarle la cabeza.

—Cállate, cerdo. Tengo jaqueca con tanto lloriqueo.

—Por favor, para, por favor. Haré lo que quieras, te…

—¿Me dirás en qué parte de esas malditas colinas se esconden Antusa y sus chicas? —Terminó por él.

Se hizo el silencio.

El hombre encadenado emitió un sollozo.

—No puedo, es lo único que no puedo hacer, ni yo ni nadie de la ciudad. Traicionarla sería traicionar a Afrodita, ofendería a los dio… —Su voz se convirtió en un grito cuando el Mercader levantó la vara como un garrote y golpeó con ella los grilletes que lo mantenían sujeto a la mesa. Por un segundo, el hombre fue libre y jadeó con incredulidad.

Pero entonces el Mercader agarró la mesa por un extremo y la inclinó.

—No… no, ¡no!

Kassandra, agazapada tras una montaña de sacos de grano, contemplaba el terrorífico espectáculo. El gigantón sudoroso giró la mesa hacia el crisol.

El hombre escuálido arañó la superficie como un gato desesperado antes de caer en el líquido candente con un chillido penetrante y mortal. El gigante observaba con semblante animado, iluminado por el fuego. Era una suerte que llevara máscara durante las reuniones con el Culto, pensó, porque sin ella parecía un ogro: tenía la mandíbula prominente y le faltaban los dientes frontales, el labio inferior era grueso y la barba estaba empapada de saliva. De repente, el gigante fijó su atención en la montaña de sacos. Un escalofrío le recorrió el cuerpo y, antes de que el gigante pudiese percatarse de su presencia, Kassandra se metió por un agujerito que había en la montaña de sacos y acabó en un agujero oscuro y poco profundo. Encontró un hueco entre los sacos que le permitía observar el crisol y qué ocurría en la sala. Observó como el Mercader se volvía otra vez para avivar el crisol, dándole la espalda. Kassandra vio la oportunidad de saltar por el hueco que había entre los sacos y asestarle un corte limpio, justo entre los omóplatos. Agarró con fuerza la lanza. Entre ella y el gigante había un grupo de doce matones en total, de pie frente a los sacos de trigo. Llevaban porras y mazas. «Puedo enfrentarme a ellos», se dijo a sí misma. «No seas tonta», pensó momentos después.

—La diversión se ha acabado pronto. ¿A quién quemo ahora, eh? ¿A una de las putas? —Gruñó el Mercader, y clavó la mirada en uno de sus hombres—. ¡O quizás a alguno de vosotros!

El hombre dejó escapar un agudo chillido y, después, señaló a uno de sus compañeros, que se quedó boquiabierto y horrorizado. El Mercader cogió al otro y lo arrastró hasta el crisol; empujó la cara del hombre hacia la bullente superficie, pero se detuvo en el último momento y soltó al guardia.

—¡Ja! —Se carcajeó el Mercader de su propia broma.

Kassandra observó mientras el Mercader informaba a sus hombres de cuáles serían sus tareas del día siguiente: las rondas de extorsión por la ciudad, la fuerza que tendrían que demostrar contra aquellos que no habían soltado bastante dinero… y otra partida de búsqueda por las colinas, para encontrar a Antusa, líder de las heteras. Durante lo que parecieron horas, el Mercader no hizo más que vociferar órdenes a sus hombres. Kassandra sintió que los ojos le pesaban cada vez más. La noche anterior no había dormido nada por la prisa que tenía por llegar a Corinto. Le dolían los

brazos y las piernas y tenía el estómago vacío. Se clavó las uñas en la palma de la mano para mantenerse despierta. La voz de su madre resonó de sus recuerdos: «¡La duda solo hace que te precipites a la tumba! Tienes que actuar, cada vez estarás más débil. Ya sean doce guardias o no, es ahora o nunca».

Kassandra se puso en cuclillas, como el corredor de una maratón antes de que diese comienzo la carrera, meneó un poco las caderas y fijó la mirada en la espalda del Mercader. Era su objetivo. Si le mataba, el resto de guardias huiría. «Quizá». Apretó los dientes para ahuyentar las dudas que la asaltaban y, después, se puso tensa, lista para salir entre tumbos de la montaña de sacos…

Cuando, de repente, sintió la fría hoja de una espada en la región lumbar.

Kassandra ahogó un grito.

—No seas idiota. Muévete y moriremos los dos —gruñó la voz de un hombre.

Por el rabillo del ojo vio a un hombre joven que se escondía en el hueco entre los sacos, justo detrás de ella. Poseía una belleza melancólica, tenía barba y el pelo largo. Kassandra se dio cuenta de que llevaba una capa roja. No trabajaba para el Mercader.

—Sí, soy espartano y enemigo del Mercader, como tú —siseó el hombre, leyéndole la mente.

—¿Quién rayos eres tú?

—Soy Brásidas —susurró.

Kassandra ya había oído ese nombre antes, en conversaciones sobre la guerra que había escuchado por casualidad durante sus viajes.

—¿El consejero, el general?

—De momento, soy espía. Cuando dejaron de llegar a Esparta los mensajeros que teníamos en esta ciudad, los éforos me enviaron para ser sus ojos y sus oídos, para descubrir qué estaba pasando. Y ya he descubierto qué pasa: ese enorme hijo de Ares se ha hecho con la ciudad. Antusa era una desgraciada maquinadora, pero el Mercader es mucho más peligroso de lo que ella fue. Ni siquiera he podido avisar a los éforos de la situación en la ciudad.

—¿Por qué no? —susurró Kassandra, como si fuese un éforo regañándolo.

Brásidas frunció el ceño, enfadado.

—Porque llevo seis días escondido entre estas bolsas de trigo… —dijo con la voz entrecortada, justo cuando esta estaba a punto de dejar de ser un susurro—, esperando el momento de poder pillar a solas a ese saco de estiércol. Esto es lo más cerca que he estado, y ahora vienes tú y me lo fastidias.

Kassandra se percató del ligero tufo que despedía el hombre.

—¿Has dicho que llevas aquí escondido seis días?

—Me he hecho este hueco entre el montón de sacos. Hay un agujero en el suelo que he estado utilizando como letrina, y he conservado las fuerzas gracias a un saco de carne en salazón y a unos pocos odres de agua.

—¿Y has conservado el olfato? —Olisqueó el aire de nuevo.

Brásidas no respondió, sino que se quedó mirando la lanza de Leónidas, como si acabara de reparar en ella.

—Por tu acento supuse que eras de mi tierra, pero ahora sé quién eres… no eres una espartana cualquiera —dijo, y bajó la espada que le apuntaba a la espalda mientras hablaba.

—No soy espartana, ya no —respondió ella en un susurro.

El hombre emitió un sonido gutural de indignación.

—¿Cómo puedes decir eso? ¿Sabes cuánta gente tiene a tu familia en alta estima? —dijo, y gesticuló hacia la lanza.

—Tenía —replicó ella—. Mi familia está rota, igual que mi lanza, y además está repartida por toda Hellas.

La mirada taciturna de Brásidas adquirió un nuevo cariz, se mordió el labio inferior, pensativo, y negó con la cabeza.

—Nunca me he creído lo que se decía sobre esa noche… en el monte Taigeto.

—¿Entonces crees en mí, en la famosa sangre que corre por mis venas?

El hombre vaciló un instante y luego se envaró.

—Sí.

—Entonces vamos a trabajar juntos. Esperamos a que sus guardias se dispersen y entonces atacamos y matamos a ese monstruo.

Se acomodaron para la espera en silencio. Transcurrieron las horas, y llegó el momento en el que el Mercader ordenó que se retiraran todos sus hombres excepto tres. Sacó una tabla de planificación y, junto a los tres restantes, empezó a repasar el plan que debían seguir al día siguiente en la montaña.

—Cruzaremos los acantilados e iremos de un extremo a otro, ¿está claro? —preguntó al hombre que tenía más cerca para confirmarlo.

—Sí, señor —dijo el guardia.

—¿Está claro? —preguntó mirando al de al lado.

—Encontraremos a Antusa y a esas zorras heteras. Trabajarán para ti o arderán.

—¿Está claro? —le preguntó al tercero.

—Sí, así se hará.

Entonces el Mercader alzó la mirada hacia los sacos de grano.

—¿Está claro?

Se hizo el silencio. Kassandra sintió que se le encogía el estómago.

—Te he hecho una pregunta, Brásidas. ¿Estás de acuerdo con mi plan?

Una capa de hielo cubrió la piel de Kassandra. Brásidas y ella intercambiaron una mirada justo antes de que los sacos que conformaban el techo de su pequeño escondrijo fueran apartados y aparecieran los otros nueve hombres del Mercader, sonrientes, con los arcos cargados y fijados.

—Mira tú por dónde —gruñó el Mercader al ver a Kassandra allí junto a Brásidas—, me parece que acabo de conseguir el premio doble.

Los grilletes eran pesados y lo suficientemente fuertes como para retener a un oso. El Mercader los apretó con fuerza, tensando la última extremidad libre de Kassandra. La sujetó a la mesa, atada del mismo modo que lo había estado aquel pobre hombre hacía poco. La proximidad del calor que desprendía el crisol al costado de la mesa le abrasó la piel.

Brásidas estaba cerca de allí. Los guardias del Mercader lo mantenían arrodillado, con las muñecas atadas, entre un círculo de lanzas.

—¿Creías que no sabía que estabas ahí, Brásidas? —Rio el Artífice, apuntando con un dedo a la desmantelada pila de sacos—. Podía olerte,

podía oírte. ¿Que por qué no te maté antes? Verás, es que me gusta dejar que mis víctimas alberguen cierta esperanza antes de su horrible final. Hace que todo sea más angustioso. Esta noche te ataré los tobillos y te meteré la cabeza en el baño de fundición. Por todos los dioses, estoy deseando escuchar cómo suplicas piedad —dijo, luego juntó los labios y empezó a reír de forma sonora.

A continuación, con una sonrisa burlona, se volvió hacia Kassandra con el atizador que acababa de sacar del crisol.

—A ti te lo voy a hacer muchísimo más despacio. Sabía que ibas a venir aquí, aunque creía que iba a tener que salir a cazarte, pero no, tú misma has venido a mi guarida. Te voy a quemar y a despellejar hasta que grites, pero no para pedir piedad, sino para jurar que me servirás a mí y a mis hombres.

—Que te jodan —profirió Kassandra de forma rotunda.

Al Mercader se le descompuso la cara y bajó el atizador al rojo hasta el muslo de la *misthios*. El dolor que sintió era indescriptible. La recorrió un candente sufrimiento. Escuchó un chillido agudo que apenas pudo reconocer como propio. El ruido de los grilletes sonó más fuerte con sus convulsiones, olió el horrible hedor de su piel al quemarse y probó el sabor de su sangre cuando se mordió con fuerza la lengua.

El almacén se sacudió de nuevo cuando esta vez el Mercader le presionó la barra contra el costado. Kassandra notó cómo empezaba a aparecer la negrura de la inconsciencia para salvarla. Movió la cabeza para mantenerse despierta, pues sabía que, si se desmayaba, posiblemente acabaría despertando en la guarida del Culto o directamente no despertaría nunca más. Mientras su cuerpo se sacudía, vio cómo el Mercader sacaba un ardiente pincho de un caldero fundido y se lo acercaba a la cara. El calor del pincho hizo que le ardieran las mejillas y la nariz, incluso a un palmo de distancia. Cuando lo acercó a solo un dedo de su ojo, Kassandra sintió cómo se le secaba. Un dolor cegador le atravesó la cabeza.

—Escucha, escucha: ¡ahora es cuando revienta! —se regocijó el Mercader.

Entonces Kassandra vio algo que se movía entre la blanca niebla del calor, justo detrás de los hombres del Mercader. Dos personas se arrastraban con sigilo: Erinna y Roxana. Las dos tenían la cara llena de cicatrices y

lágrimas. Se levantaron y atacaron, veloces como leopardos: una golpeó a un guardia por la espalda, la otra atizó a otro con una porra. Luego golpearon a dos guardias más antes de que el resto empezara a reaccionar, lo cual bastó para que Brásidas viera un rayo de esperanza. El espartano dio un salto fuera del círculo de lanzas y aprovechó para cortar las cuerdas que le ataban las muñecas. Echó mano de una de las armas de asta y atravesó con ella la garganta de su portador. Justo después, asestó otro golpe a otro de los guardias.

La blancura cegadora se desvaneció, así como el calor, cuando el Mercader se apartó de Kassandra para enfrentarse a la amenaza. Medio ciega, la *misthios* escuchó la pelea, oyó cómo el Mercader gritaba furioso y, seguidamente, sintió que las cadenas que la ataban se rompían.

—¡Arriba! —le gritó Brásidas mientras la levantaba de la mesa por la muñeca y le ponía la lanza rota en las manos.

Kassandra se dio cuenta en seguida de lo que pasaba: Roxana y Erinna no habían escapado como les dijo, sino que estaban luchando con una ardiente desesperación nacida del sufrimiento. Aún quedaban seis guardias junto al Mercader. La mujer saltó al lado de uno que estaba enzarzado en un combate contra una de las chicas y le clavó la lanza en el costado. Justo después, dio media vuelta y le cortó la canilla de un tajo a otro.

—¡Marchaos! —gritó a las chicas mientras señalaba en dirección a las puertas del almacén—. Volved junto a Antusa.

Las chicas, con los ojos llenos de lágrimas, asintieron y se fueron de allí con la boca llena de palabras de gratitud.

Brásidas mató a dos guardias más y apoyó su espalda contra la de Kassandra para encarar a los cuatro esbirros que quedaban y al enfurecido Mercader.

—Mi espada está rota —jadeó Brásidas.

—Un arma contra cinco de nosotros —bramó el Mercader—. Esto os va a doler, hacedme caso.

Entonces señaló con el dedo a sus cuatro hombres y les dijo:

—Matadlos.

Justo cuando los cuatro se abalanzaron hacia ellos, Roxana, que ya corría hacia las puertas principales y la libertad, tiró de una cuerda. Sobre

dos de los guardias que se aproximaban estalló una carga de grano de un silo elevado. Ambos desaparecieron bajo la enorme avalancha. Kassandra bloqueó el golpe de uno de los guardias de la pareja que seguía en pie, para después clavarle la lanza en el vientre. Se volvió hacia el último, que arrojó sus armas y salió corriendo.

Entonces Brásidas y Kassandra se volvieron hacia el Mercader. El salvaje se puso de pie como un toro listo para embestir, con una lanza en cada mano y el brillo de la muerte danzando en los ojos. Kassandra miró a Brásidas y alzó la muñeca con una cadena colgando del grillete. Brásidas comprendió al instante lo que se proponía y agarró el extremo roto de la cadena. El Mercader cargó. Juntos, los dos corrieron hacia él. Saltaron antes de que pudiera golpearles y la cadena se cerró alrededor de su cuello, tirando de él. El Mercader se tambaleó hacia atrás dos, tres, cuatro pasos. Su talón chocó contra la base del rebosante crisol. Cayó en el metal fundido y emitió un grito ahogado que se tornó en un rugido salvaje que impregnó la noche junto con el hedor a carne abrasada y pelo quemado. El desastroso amasijo de carne y metal derretido intentó reflotar dos veces, como un hombre que se ahoga en el mar, antes de que el ruido se desvaneciera en la nada.

Los ciudadanos de Corinto despertaron con una oscura capa de humo. Salieron de sus casas por primera vez en meses, nerviosos y atemorizados al principio, y luego confusos al escuchar los rumores: el silo del puerto se había incendiado la noche anterior. Y, además, los habían convocado a todos en el teatro aquel mismo día, aunque aquel lugar estaba cerrado desde que el Mercader se hizo con el control de la ciudad. Poco a poco empezaron a confiar en los heraldos que repetían la llamada. Al mediodía el teatro estaba lleno y había todavía más gente apelotonada en los tejados y las calles más cercanas. Todos contemplaban el escenario.

Kassandra estaba entre la muchedumbre, agotada, con el costado y el muslo envueltos en vendas de lino blanco, la carne chamuscada cubierta con ungüento refrescante. Brásidas se marchó en cuanto se incendió el almacén, rumbo a Esparta para llevar noticias de todo el asunto a los dos

reyes.

Solo le pidió una cosa: «arroja el cuerpo del Mercader al agua. Que ese sea el final de todo esto».

Ella le había sonreído sin ganas. «Me caes bien, Brásidas, pero tanta valentía es una debilidad. No conoces todo el horror del Mercader y su Culto».

En ese momento, un orador apareció en el escenario y anunció que la ciudad era libre de nuevo. Se multiplicaron las voces confundidas e incrédulas. Muchos miraron a su alrededor para asegurarse de que no se tratase de una estratagema elaborada por el salvaje para eliminar a los disidentes.

Kassandra esperó, y esperó hasta que…

Hubo un silbido y un crujido. Todos los presentes aguantaron la respiración de puro horror, y volvieron a expirar en mitad de un renovado silencio. Todos miraban al grotesco amasijo de hombre y metal que había caído del dintel sobre el escenario. Se tambaleó por un tiempo antes de disminuir la velocidad y quedar suspendido en un punto muerto.

En ese momento la multitud se deshizo en gritos de alegría, llantos, oraciones y muestras de gratitud para su desconocido libertador. Kassandra no sintió ni una pizca de orgullo. Se percató de una forma que se movía hacia ella a través de la muchedumbre.

—Tu madre se fue en barco, en el *Canto de Sirena* —dijo Antusa—. Es un barco pintado como una llama viviente. Marchó a las Cicladas.

10

El hombre enmascarado arrojó al suelo un atizador de acero, frío y doblado:

—El Mercader ha fracasado en su misión.

El resto de los presentes en la oscura cámara clavaron la vista en la barra de acero.

—Era el más fuerte de todos nosotros —dijo uno, atreviéndose a hablar.

—Quizá el más fuerte físicamente, pero mentalmente, no —respondió otro.

—¿Nos hemos olvidado de que contamos con otro aliado, más violento que el Mercader, y además dotado con una inteligencia muy aguda?

—Pero Deimos en realidad no es uno de los nuestros, ¿no? Y sus reacciones son demasiado imprevisibles. Deambula por ahí como un perro rabioso que aúlla e intenta morder a cualquiera que se acerque.

—Exacto —dijo el primero de los miembros del Culto que había hablado—, así que esta es nuestra oportunidad de oro para utilizarlo y conseguir el mejor resultado o… reemplazarlo. Al parecer, la hermana ha conseguido cierta información en Corinto. Se ha pasado todo el invierno navegando por las Cicladas, buscando por el archipiélago a su madre, pero no la ha encontrado. Una miríada de islotes, incontables ciudades, estados aliados, piratas… Todavía no sabe el paradero de Mirrina… ni que la tenemos encerrada. En estos momentos se dirige otra vez a Atenas en busca de la información que Pericles y su séquito puedan darle sobre ella.

—¿Atenas? —preguntó otro de los miembros del Culto, mientras el

resto permanecía en silencio.

—Sí —respondió el primero—. ¿Coincidimos en que ha llegado la hora de un cambio de guardia en la celebérrima ciudad?

—Sí —entonaron los demás al unísono.

—Pues enviemos a Deimos a cambiar el destino de Atenas. Mientras esté allí, podrá saludar a su hermana. Kassandra no podrá vencerle. Nadie puede. Se unirá a nosotros como su reemplazo, o exhalará un último suspiro…

Durante el invierno, la queda nevada caía sobre el mar Egeo mientras la *Adrestia* surcaba las Cicladas en busca de Mirrina. Se pasaron noches enteras tiritando en bahías inhóspitas, días preguntando a los isleños (que desconocían el paradero de Mirrina) y dejando atrás a piratas. Pero el invierno se había acabado y, en esos momentos, en pleno verano y de regreso a Atenas, toda la tripulación de la *Adrestia* se sorprendió al despertarse y encontrarse las aguas rodeadas por un espeso banco de niebla, como una mortaja bochornosa y húmeda. Kassandra se inclinó sobre la barandilla de la nave, que navegaba a gran velocidad por las aguas del mar Egeo, para escudriñar la gris neblina que los rodeaba, con los ojos tan entrecerrados que parecían dos rendijas.

—*Misthios*, no estés mucho tiempo con la mirada fija en la niebla —le aconsejó Barnabás—. Una vez, estuve bastante rato sin desviar los ojos de la neblina, temeroso de chocarnos con las rocas. Me pasé tres días y tres noches despierto. No dormí ni un segundo. Entonces, las vi: recostadas sobre las mismas rocas que tanto temía. Pero vaya si eran hermosas… y me cantaron: sus voces eran tan dulces como la miel. Casi pierdo la cabeza y dirijo mi barco hacia las malditas rocas… solo para oír su dulce canto de cerca y beber ante sus ojos… —Mientras hablaba, desvió la mirada soñadora hacia el éter, con los ojos llenos de lágrimas.

Justo en ese momento, Reza pasó a su lado:

—¡Ja! Me acuerdo de ese día. ¡Casi nos envías contra las rocas porque te habías quedado dormido!

Barnabás le lanzó una mirada llena de amargura, pero Reza ya se había

escabullido y trepaba por el mástil.

Kassandra sonrió y se volvió hacia la bruma. Por un momento, la neblina grisácea se abrió y pudieron vislumbrar las zonas rurales del Ática. Observó el lugar: tal y como había percibido antes de partir de Atenas, pudo ver los terrenos de ceniza y montones de rocas donde los espartanos habían asolado las granjas y las casas de campo… pero las capas de color carmesí habían desaparecido del mapa.

—El asedio espartano se ha acabado —susurró Heródoto.

—Por el momento —respondió Kassandra, pensativa, a sabiendas de que Esténtor no se daría por vencido.

Poco después, Reza gritó desde las alturas neblinosas del mástil. Barnabás transmitió el grito al resto de su tripulación y la galera se sacudió y se detuvo.

Por un momento, Kassandra se preguntó si no habrían caído en las garras de uno de los demonios marinos apócrifos de Barnabás, pero la fría niebla que se había acumulado se abrió para revelar las pétreas torres y el embarcadero del puerto del Pireo. Kassandra, Barnabás y Heródoto lo examinaron con gran atención. Por lo poco que podían ver, estaba casi desierto: no había ni un solo mercader ni esclavos afanosos; tampoco se oía un solo ruido, salvo el triste repicar de una campana lejana. Los carros yacían tirados en cualquier posición, como si los hubiesen abandonado a toda prisa. Algunos estaban volcados, con la carga desparramada y a medio saquear. Entonces, les llegó el olor… un hedor que los golpeó como una bofetada, la insidiosa peste de la putrefacción.

—¡Por todos los dioses! —exclamó Barnabás con voz ronca. Se cubrió la nariz y la boca con un trozo de tela—. ¿Qué ha pasado aquí?

Kassandra fue la primera en bajar por la plancha y paseó la mirada por todo el puerto. No podía ver a nadie entre la bruma. Alzó los ojos hacia los muros. Los pocos centinelas que estaban allí también llevaban el rostro tapado.

—Id a la ciudad —gritó uno de ellos desde arriba, señalando con gestos el camino que se extendía por el interior de los Muros Largos—. No toquéis nada ni a nadie.

A Kassandra se le puso la carne de gallina. «¿Febe?», pensó, con la

imperiosa necesidad de asegurarse de que Febe estaba a salvo entre toda esa extraña situación. La jaula espartana en la que había encerrado a su corazón empezó a temblar, y la llama de su interior se avivó.

—Quedaos en el barco —le gritó a Barnabás, que lo observaba todo desde la barandilla de la *Adrestia* con Ícaro posado a su lado.

Heródoto bajó por la plancha y se detuvo junto a ella:

—Llevo demasiado tiempo a bordo de ese barco. Te acompaño. Además… aquí ha tenido que pasar algo muy malo.

—Hablamos con Pericles y Aspasia y nos marchamos de aquí —coincidió Kassandra y ambos emprendieron la marcha a través de la niebla por el camino hasta la ciudad. En la densa neblina, a Kassandra le pareció que podía ver el etéreo contorno de unas siluetas de gran tamaño que ocupaban los lados del camino, más adelante. Supuso que serían las miserables chozas de los refugiados. Desde allí les llegaba una extraña mezcla de sonidos: el zumbido de las moscas, un cántico lastimero, sollozos —. Uno de ellos debe de saber dónde puedo buscar a mi madre en las Cicladas. Me llevaría años registrar todas y cada una de las islas del archipiélago. No puedo pedirles a Barnabás y a su tripulación que…

Kassandra se calló y se detuvo. Heródoto la imitó. Un poco más adelante, la niebla se desvanecía: las siluetas que había visto a los lados del camino no eran las chozas destartaladas de los refugiados. En su lugar, se apelotonaban montones de cadáveres y se extendían tan lejos como la bruma les permitía ver. Cientos… no, miles de cadáveres. Algunos eran soldados, pero la mayoría eran civiles y animales: niños, ancianos, madres, perros y hasta caballos. Los rostros grisáceos, sin movimiento; los ojos vacíos o picoteados por los cuervos y las mandíbulas colgando; la piel destrozada, medio podrida o plagada de llagas purulentas e inflamadas; un detritus que caía formado por extremidades, pelos, gotas de pus, sangre y restos de excrementos. Cuanto más avanzaban, más altas eran las pilas de cadáveres, como terraplenes (casi tan altas como los propios muros entre los que se alzaban), y ocupaban ambos lados del camino hasta donde alcanzaba la vista. El zumbido de las moscas se volvió ensordecedor. Las aves carroñeras se daban un gran festín, picoteando y desgarrando trozos de carne apestosa y putrefacta de los cadáveres que yacían en la parte superior

de las pilas.

—¿Los espartanos han conseguido atravesar los muros? —preguntó Heródoto con voz ronca.

—No —contestó Kassandra al ver las llagas en varios de los cadáveres —. Es mucho peor. Es la enfermedad. Hipócrates lo previo.

Avanzaron por el camino con sumo cuidado, vigilando cada brazo o pierna podrida que estuviese extendida a su paso.

—Una enfermedad, sí, eso tiene sentido —dijo Heródoto con tristeza—. Los espartanos no han podido derribar los poderosos muros de Pericles, pero esta pestilencia creció tras ellos. Demasiada gente apretujada en un espacio tan pequeño durante tanto tiempo. Los espartanos se han ido, pero ahora el verdadero enemigo campa por las calles.

Al llegar a la ciudad propiamente dicha se encontraron con más tristes pilas de cadáveres en cada esquina del ágora. Los hombres y las mujeres pasaban por su lado cubriéndose el rostro con un paño y llevaban nuevos cuerpos que añadir a los montones. La peste en aquel lugar era abrumadora, Kassandra tuvo que coger su capa para cubrirse la nariz y la boca, al igual que Heródoto.

Una mujer encorvada dejó caer el cuerpo de una niña pequeña en un montón y se alejó entre trompicones y lágrimas.

«¡Febe!», jadeó Kassandra para sus adentros al confundir por un momento el rostro del cadáver con el de su querida amiga.

—¿Cuántos? —Gruñó Heródoto en dirección a la mujer encorvada, e hizo gesto hacia las pilas.

—Casi una de cada tres personas descansa ahora en estas torres de hueso —respondió—. Soy la última de mi familia… Y siento que la fiebre sube en mi interior. Le he pedido a mi vecino que me deposite en los montones cuando llegue mi hora, pero está demasiado débil; los delirios lo consumen. Nuestros ejércitos están incapacitados por la enfermedad, y ahora incluso nuestros mercenarios y aliados se niegan a venir aquí a reunirse con nosotros. Esta plaga no perdona a nadie —suspiró.

Una tropa de hoplitas urbanos pasó corriendo y atajó por la plaza del mercado.

—¿Problemas? —preguntó Kassandra a la mujer.

—Siempre. Cleón quiere aprovechar esta plaga para adueñarse de la colina de la acrópolis. Mientras su gente muere a su alrededor él reúne milicias y compra la lealtad de los soldados de la ciudad.

La mención a la acrópolis hizo que Kassandra y Heródoto levantaran la vista hacia la colina de Pnyx, resaltada por un triste haz de luz grisácea que apenas traspasaba la niebla. El poderoso Partenón y la imponente estatua de bronce de Atenea se veían contrarrestados por los muros inacabados del templo de Atenea Niké. Y lo que era peor: allí arriba divisaron nubes de moscas y buitres que surcaban los aires en busca de más cadáveres. Desearon buena suerte a la mujer y subieron las escaleras talladas en roca que conducían a la acrópolis, rumbo a la villa de Pericles.

—¿No hay guardas? —observó Kassandra.

—Además de los pocos que había en el muelle y del puñado que patrulla los muros de la ciudad no he visto a ningún hombre armado —coincidió Heródoto.

«Y aún no hay rastro de Febe», se inquietó Kassandra.

Dejaron atrás la bruma sobre la ciudad y entraron en la villa. Todo era distinto a la noche del simposio. El lugar carecía de vida, el aire estaba cargado del olor empalagoso a cera dulce que se derretía en los quemadores para ocultar la peste a muerte. Sus pisadas levantaron un eco al atravesar el andrón y, a continuación, subieron al segundo piso. Una vez allí oyeron por fin el murmullo de alguien con vida, aunque cada vez más mortecino. Procedía de un dormitorio.

—Los muros deberían de haber sido nuestra… salvación —susurró débilmente una voz.

Kassandra localizó a quien había hablado: un saco de huesos macilento yacía en la cama. La bruma se colaba por los postigos abiertos del balcón, y a través de la pálida luz vio que el hombre tenía un revoltijo de pelo ralo y desigual y una barba desaliñada. Se preguntó qué hacía Sócrates junto a aquel extraño, y por qué Aspasia estaba sentada junto a ese hombre enfermo y le acariciaba la cabeza con cariño.

Entonces la revelación la alcanzó como si fuera el hacha de un carnicero.

—¿Pericles? —preguntó con desconcierto.

Aspasia se sobresaltó y Sócrates dio un grito. Los ojos de Pericles, que sobresalían sobre su rostro demacrado, se movieron basta hallarla a ella y a Heródoto.

—Ah… *misthios*, Heródoto —carraspeó—. Lamento que tengáis que verme en este estado. Que me haya visto afectado por esta dolencia es una vergüenza. La gente… me eligió para que los guiara. Mi manifiesto era bien claro: decirle con claridad a la gente lo que debía hacer por el bien de todos, amar a mi patria y permanecer incorruptible. Hice todas estas cosas, pero los defensores de la paz acabaron por odiarme. Cleón y sus partidarios a favor de la guerra me detestan. Y aquí yazco yo… roto e inservible. —Su cuerpo se convulsionó presa de un violento ataque de tos. Aspasia sostuvo un paño sobre sus labios. Cuando lo retiró, estaba manchado de sangre—. La verdad yace en las calles en macabros montones: Atenea ha abandonado Atenas y me ha abandonado a mí también. He fracasado.

—Eso no es cierto, viejo amigo —repuso Sócrates con calma—. Si un hombre enferma por culpa de sus esfuerzos por salvar algo que ama… ¿es prueba de su fracaso o una muestra de la fuerza de su amor?

—Echaré de menos nuestras charlas cuando se me lleve esta maldita plaga —dijo Pericles, palmeando la mano de Sócrates.

Aspasia se levantó, dispuesta a abandonar la habitación. Al salir, sus ojos se cruzaron con los de Kassandra, que leyó en ellos una señal y la siguió. Salieron al pasillo, donde podían estar solas.

—Dime que Febe no ha sucumbido a la enfermedad —espetó Kassandra.

La mujer colocó una mano tranquilizadora sobre su hombro.

—Febe está bien. Está jugando en los terrenos de la villa.

Kassandra sintió que la invadía una enorme oleada de alivio similar a una brisa refrescante.

—Me alegro —dijo, y volvió a adoptar de nuevo la actitud serena de una *misthios*.

—¿Encontraste a Hipócrates? —preguntó Aspasia, y Kassandra asintió —. ¿Habló acerca de alguna cura para esta enfermedad?

La respuesta no verbal de Kassandra fue suficiente. Había esperado ver lágrimas en los ojos de Aspasia, pero la mujer la contempló de manera

impasible. «Algunas personas contienen su pena de maneras muy extrañas», pensó Kassandra.

—¿Y qué hay de tu madre? ¿La encontraste?

La pregunta sorprendió a Kassandra, que no había estado segura de si Aspasia, dadas sus circunstancias, apreciaría que sacara el tema de sus problemas personales. Pero se percató de que probablemente la mujer agradecería la distracción.

—No. Lo único que saqué de mi viaje a la Argólida fue una pelea con una zorra de un culto. Bueno, y otra batalla en Corinto, pero al menos ahí encontré una pista sólida. Al parecer mi madre se hizo al mar desde allí en un barco llamado *Canto de Sirena*, una nave pintada con llamas, y partió hacia las Cicladas.

Aspasia entrecerró los ojos.

—¿Las Cicladas? Un barco podría navegar sin parar durante años por ese archipiélago y no dejaría de toparse con nuevas islas.

—Exacto, y por eso he vuelto aquí a verte tal y como me pediste. He pensado que a lo mejor podías ayudarme a que me oriente.

La mujer negó suavemente con la cabeza.

—Me temo que no. Pero hay una mujer que vive en las laderas de Pnyx que en otro tiempo navegó por esa zona. Se llama Xenia. A lo mejor conoce la embarcación de la que hablas. Hablaré con ella.

Kassandra asintió en señal de agradecimiento. La inteligencia de Pericles era bien conocida, mas era obvio que Aspasia era tan sabia y astuta como él. «¿Quizá incluso más sabia?», reflexionó.

Se oyeron unas pisadas suaves y un esclavo se acercó portando una jofaina de agua humeante y una pila de paños. El esclavo hizo un cuarto de reverencia hacia Aspasia y entró en el dormitorio. Heródoto y Sócrates se apresuraron a excusarse y salieron de allí.

—¿La hora del baño? —Adivinó Kassandra.

—Sí. Yo ayudaré a bañarlo. Es una de las pocas cosas que puedo hacer por él. Tú deberías descansar. La mayoría de nuestros sirvientes han fallecido y por tanto la villa está destartalada y sucia, pero haced como si estuvierais en vuestra casa y servios vino y pan de la despensa. Haré que preparen una buena cena para esta noche, nos acompañarás, ¿verdad?

Kassandra asintió. Aspasia entró en la alcoba y cerró la puerta con un «clic». La *misthios*, que se acababa de quedar sola, dio una vuelta por la villa, aturdida. Encontró una habitación vacía en el piso superior, se dejó caer sobre un banco con cojines y agachó la cabeza. Pasó un buen rato pensando en todo lo que había sucedido en aquellos dos últimos años. Entonces, desde algún lugar en el exterior, escuchó el agradable sonido de unas risas. Corrió hasta el balcón del cuarto y miró entre la niebla en dirección a los descuidados jardines. Febe corría junto a una espiral de setos.

—¡Febe!

La niña se detuvo y miró a Kassandra emocionada.

—¿Kass?

—Espérame ahí —le dijo—, ¡espérame ahí!

Dio media vuelta, salió corriendo de la habitación, escaleras abajo, y luego fue afuera, en dirección a los jardines. Llegó a trompicones hasta Febe, y tartamudeó:

—Te… te…

Su corazón gritaba palabras bonitas de amor, pero las rejas forjadas hacía ya mucho tiempo de la jaula espartana que lo rodeaba las mantuvo prisioneras dentro.

Dejó de hacer el esfuerzo cuando Febe se abalanzó hacia ella y la abrazó. Las dos rieron y Kassandra levantó a la niña y la hizo dar vueltas a su alrededor.

—Chara ha cuidado de mí —dijo la mujer cuando se separaron, y sacó el juguete con forma de águila de madera de su bolsa.

—Puede que ya no la necesites… si tu viaje ha terminado —comentó Febe, esperanzada.

Kassandra le acarició el pelo con cariño.

—Aún no ha terminado —le dijo a la niña, que puso cara triste—, pero no pensemos en el futuro, ¡vayamos a jugar!

El rostro de Febe se volvió a iluminar.

Jugaron por los jardines: Febe se escondía entre los setos o detrás de ellos y Kassandra la pillaba rugiendo como si fuera una leona. Las dos compartieron risas rodando por la lúgubre acrópolis.

Una vez se hizo de noche, acudieron a la alcoba de Pericles y allí cenaron pan, aceitunas y besugo al horno junto a Sócrates, Heródoto y Aspasia, que alimentaba con una sopa aguada a un Pericles postrado en la cama. A la luz de las velas, Heródoto contó las historias de sus viajes con Kassandra mientras Febe, acurrucada contra ella, absorbía cada detalle que explicaba. La *misthios* besó a la niña en la cabeza cuando al fin se acostaron en la cama de uno de los cuartos para los esclavos.

—¿Podemos volver a jugar mañana? —preguntó Febe, cuya voz se vio amortiguada por la almohada—. Podemos jugar a que luchamos contra el ejército de ovejas en la Argólida, como hiciste tú.

Kassandra sonrió; Heródoto había añadido algunos detalles inventados a la historia para tener a la niña entretenida. Sin embargo, su sonrisa de pronto se desvaneció y se quedó mirando a la oscuridad. Aspasia iba a hablar con su amiga Xenia por la mañana y, con un poco de suerte, no tardaría en obtener sus respuestas. «Mañana debo marchar». Aunque podía jugar con la niña antes de zarpar.

—Sí —se respondió a sí misma, y estrechó a Febe entre sus brazos.

—Te quiero, Kass —susurró la niña junto a ella.

En la oscuridad, Kassandra movió los labios para responder, pero las palabras, encadenadas en su interior, no llegaron a salir.

Despertaron a la mañana siguiente con una bruma todavía más espesa que la del día anterior. Después de un desayuno ligero con yogur y miel, Febe fue a los jardines mientras Kassandra se sentaba una vez más con los otros alrededor de la cama de Pericles. Este habló del trabajo que le quedaba por hacer y sus amigos intentaron consolarlo y tranquilizarlo, pero se mostró inflexible respecto a cierto asunto:

—Hay algo que debo hacer: llevadme al templo inacabado. Quizá allí pueda hablar con Atenea y pedirle que me guíe.

—Estás muy débil —espetó Aspasia.

—Atenea me dará fuerzas.

Heródoto y Sócrates ayudaron a Pericles a levantarse. Estaba hecho un saco de huesos: su camisón le colgaba como si llevara puesta la vela de un barco y sus suaves *sykchos* le venían demasiado grandes. Pericles salió de la alcoba arrastrando los pies gracias a la ayuda de los otros dos hombres, que

lo cogían por los hombros. Aspasia se puso su capa y miró a Kassandra a los ojos.

—Voy a hablar con Xenia. Espérame aquí. Si hay respuestas, las obtendré.

Sola de nuevo, la *misthios* se sentó y dio un suspiro. Sintió cómo la melancólica niebla y el estado de Pericles tiraban de su corazón como unas pesas de plomo que también arrastraban sus ánimos. No obstante, escuchó unas ligeras pisadas afuera, igual que el día anterior. Oyó unas risitas, el sonido de los setos y a Febe decir:

—Esta vez no me encontrarás, Kass.

Solo con escuchar aquello, las cuerdas que sostenían las pesas se rompieron. El corazón de Kassandra dejó de hundirse gracias a la promesa de poder dejarse llevar por la diversión durante un rato. Se levantó, bajó las escaleras y, una vez fuera, corrió por los jardines envueltos en la niebla. Se adentró en el laberinto de setos y empezó a agacharse y a rugir en voz baja como hizo el día anterior, ya que a Febe le hacía mucha gracia. Sin embargo, aquella vez no la oyó reír. «Debe estar bien escondida», pensó Kass. Siguió buscándola con sigilo. En cierto momento cogió una rama bastante grande y la sacudió, pues de normal esto provocaba que Febe rompiera a reír y se cayera del lugar en el que se escondía, pero… no sucedió nada.

Vio algo entre la niebla más adelante: una silueta alta.

—¿Febe? —preguntó Kassandra, que se puso derecha en ese momento y se dirigió hacia lo que había visto.

No obstante, la silueta desapareció entre la niebla al acercarse. Kassandra se detuvo al ver el pequeño cuerpo tirado en el suelo. Había mucha sangre; esta brotaba de la grave herida en el pecho de Febe. Los ojos sin vida la niña la miraban. Tenía una mano extendida.

Kassandra cayó de rodillas. Su alma se partió en dos, las rejas de alrededor de su corazón se doblaron y quebraron, y el amor antes enjaulado palideció, se agrió y se transformó en un terrible dolor.

—No. No. No… No… ¡No!

Envolvió el cuerpo de Febe con sus temblorosas manos, como desesperada por acariciarla, pero con miedo de que el hecho de tocarla hiciera realidad aquella horrible visión.

—¿Quién te ha hecho esto? —Lloró y, seguidamente, cogió a Febe de la mano.

Notó con extrañeza la calidez de las lágrimas que corrían por sus mejillas: era la primera vez que lloraba desde que era pequeña.

Un poco más allá, la silueta volvió a aparecer. Un miembro del culto le clavó la mirada tras su sonriente máscara. Llevaba un hacha manchada con la sangre fresca de Febe. Dos enmascarados más aparecieron de detrás de unos setos y se pusieron a los lados del primero.

—Has de saldar tu deuda, *Misthios* —exclamó el del centro—. Has matado a muchos de los nuestros y ahora has de pagar por ello con tu servicio… o con tu vida.

Se acercaron a Kassandra con la confianza de quien sabe que la victoria es suya. Ella los miró fijamente y dejó de llorar. Se levantó y corrió hacia ellos con el corazón ardiendo de ira. Estiró un brazo y de su brazal sacó un pequeño cuchillo que proyectó hacia la ranura de uno de los ojos en la máscara del que se encontraba a la izquierda. El hombre se estremeció y se desplomó como una roca. Kassandra dio un salto para quitarle el hacha de una patada al asesino de Febe y le hundió la lanza de Leónidas en la clavícula hasta el fondo. El hombre cayó de rodillas entre espasmos y vomitando sangre negruzca. Luego, la *misthios* se desplazó hacia un lado para detener con su brazal el golpe de la maza del tercero. Hundió la lanza bajo su mandíbula. La punta del arma le sobresalió por la cabeza con una lluvia de sesos. A continuación, Kassandra sacó la lanza de la cabeza y pateó el cuerpo para esconderlo entre los setos. Fue hasta Febe y se arrodilló junto a su cadáver. Jadeando, levantó el cuerpo y lo acunó entre sus brazos. Hurgando en el bolso, sacó a Chara y presionó el águila de madera contra la fría palma de Febe, cerrando los pequeños dedos a su alrededor.

—Lamento tanto no haber estado aquí para protegerte. —Se agachó para besar la frente de la niña. Se lamió los labios secos y, con gran dificultad, conjuró las palabras que durante mucho tiempo se había negado

a pronunciar—. Te… te quier…

Un grito cruzó la sombría niebla y ahogó sus palabras. Era el gorgoteo húmedo de un hombre asesinado en algún lugar a su misma altura. Todos los sentidos de Kassandra se agudizaron. Dejó a Febe al suelo, la cubrió con su capa y se levantó.

—¡Pericles está en el templo! —siseó una voz con rapacidad. La voz de un asesino. ¿Más miembros del Culto? Resonó un ruido sordo de botas y Kassandra sintió que se le helaba el corazón. Atravesó la acrópolis a toda velocidad y vio a uno de los pocos guardias hoplitas del lugar tumbado sobre el costado, retorciéndose con las tripas abiertas. Luego había otro con una cuerda que lo estrangulaba todavía alrededor del cuello amoratado. Alcanzó el inconcluso templo de Atenea Niké. A través de la pared trasera de un sillar a medio construir y de los esqueléticos andamios de madera pudo ver las tres paredes acabadas, pintadas de azul, y los braseros crepitantes que mantenían la bruma a raya. Sócrates, Heródoto y Aspasia estaban de pie alrededor de un arrodillado Pericles. El líder ateniense alzó la vista hacia la estatua de la diosa, que había sido despojada del oro para poder financiar la guerra. Dos robustos guardias hoplitas aguardaban en la entrada principal del templo. Kassandra suspiró con alivio.

—¿*Misthios*^ —preguntó Sócrates al verla. Todos se volvieron para contemplarla y entró por la pared sin terminar.

—Hay asesinos sueltos. Han asesinado a Febe y…

Dos jadeos de dolor resonaron en la entrada principal. Todas las cabezas se giraron en aquella dirección. Los dos guardias hoplitas se retorcían. Habían atravesado sus cuerpos con lanzas, que ahora extrajeron de un violento tirón. Ambos cayeron al suelo con un sonido gorgojeante.

Entonces, Deimos pasó sobre sus cuerpos y entró al templo, brillante de blanco y dorado. Tenía una expresión maligna en el rostro. Hizo girar sus lanzas gemelas antes de tirarlas al suelo y desenvainar la espada corta. El hierro siseó contra el cuero. Se encaminó hacia Pericles, con la hoja apuntándolo como un dedo acusador. Sócrates, Heródoto y Aspasia retrocedieron. Un grupo de hombres enmascarados se apostaron tras Deimos, blandiendo lanzas como apoyo. Deimos se puso en cuclillas y cerró su poderoso brazo alrededor del cuello de Pericles. Alzó la mirada

para encontrarse con los ojos de Heródoto y Sócrates, Aspasia y, finalmente, Kassandra.

—Voy a destruir todo lo que hayas creado —le susurró al oído a Pericles, y colocó el filo de su espada sobre el cuello del general ateniense.

—¡Alexios, no! —gritó Kassandra, dando un paso adelante.

Deimos movió el brazo. La sangre salió a borbotones y empapó los ropajes de Pericles. Su delgado cuerpo se tornó grisáceo a una velocidad alarmante. Deimos dejó caer el cadáver y se puso en pie, con la armadura blanca y dorada manchada de sangre.

Heródoto y Sócrates gritaron horrorizados. Aspasia lo contemplaba con incredulidad.

—Ahora, hermana, voy a encargarme de ti como debería haber hecho la última vez que nos vimos —dijo Deimos—. Has estado muy ocupada desde entonces, pero es hora de que te tomes un descanso muy, muy largo.

Se abalanzó sobre ella con una velocidad temible. Kassandra solo consiguió esquivar el golpe arrojándose hacia atrás. Se levantó a tiempo de apartarse de una cuchillada.

—¡Rápido, marchaos! —gritó a Sócrates, Aspasia y Heródoto. Se interpuso entre ellos y Deimos y el Culto. Mientras huían por la brecha en la pared del templo inacabado, ella y Deimos tanteaban, trazando un círculo.

—Siempre fuiste la más débil de los dos, hermana —gruñó mientras ella intentaba sacar la lanza del cinturón—. Ha llegado tu final.

Su espada atacó y la alcanzó en el hombro y la parte baja de la espalda, lo que le cortó el cuero y le rasgó el tríceps. Kassandra sintió cómo la sangre le resbalaba por un costado. Se tambaleó hacia atrás con un grito, pero al fin consiguió interponer la lanza.

—No puedes vencer —replicó Deimos, y atacó de nuevo.

Le lanzó una ráfaga de espadazos. No hubo mucho que pudiera hacer para bloquearlos. En cuanto vislumbró un hueco en su defensa, lo apuñaló en la pantorrilla; con un buen corte podría derribarlo.

Pero su espada la bloqueó como un colmillo. Deimos se giró y le hizo un corte en la frente. Los ojos le ardieron cuando la sangre cayó sobre ellos. Sus fuerzas languidecían a medida que se desangraba.

Kassandra sabía que Deimos tenía razón. No podía vencer. Se retiró de la pared a medio construir. Deimos le seguía el ritmo a grandes zancadas, y arrojó la lanza con todas sus fuerzas contra uno de los postes de madera que sostenían el andamio. Con un crujido de madera y un estruendo, toda la estructura de plataformas y soportes se derrumbó. Cayeron grandes trozos de piedra. Se alzó una nube de polvo gris aún más espesa que la niebla. Kassandra aprovechó para girar sobre sus talones y echar a correr. Oyó el rugido de ira de Deimos. Fue una carrera vertiginosa; descendió por los escalones del Pnyx, saltó de una pared alta hacia la azotea de un edificio del mercado, cayó sobre el ágora plagada de cadáveres y luego corrió a lo largo del camino hacia el Pireo. Logró subir a bordo de la *Adrestia* con la ayuda de Heródoto. Junto a él se encontraba Aspasia.

—¡Tenemos que zarpar! —le imploró a Barnabás—. ¡Ya!

La nave lanzó un quejido cuando se alejó del puerto con los remos. Cuando ya se marchaban, una extraña apertura en la niebla le proporcionó a Kassandra una breve vista de la colina del Pnyx. Un contingente de hombres subía por los escalones de mármol; un regimiento de plata y blanco. Su líder era visible incluso desde aquella distancia, los cabellos llameantes como una antorcha.

—¿Un nuevo gobierno ha tomado Atenas? —se sorprendió Reza, con los ojos entrecerrados para ver mejor.

—Cleón… —gimió Heródoto cuando los hombres se extendieron por toda la acrópolis—. De todas las personas que podían tomar las riendas tras la muerte de Pericles, ¿por qué precisamente ha tenido que ser ese simio beligerante de ojos rojos?

La mente de Kassandra bullía con todo lo que había sucedido. Vio una figura solitaria en el embarcadero.

—¿Sócrates? —Se volvió hacia Barnabás—. Tenemos que dar la vuelta.

—Continúa tu camino, *Misthios* —gritó Sócrates desde el puerto—. Atenas me necesita ahora más que nunca. Me aseguraré de que entierren a la joven Febe y trataré de minimizar en lo posible el daño que cause el gobierno de Cleón.

Kassandra lo miró por un momento.

—Prométeme una cosa: ¡mantente con vida!

Sócrates alzó una mano en señal de despedida.

—¿Qué es la vida si no una ilusión? —respondió, breve por una vez antes de que la distancia y la niebla se lo tragaran.

Durante un tiempo Kassandra permaneció en la barandilla del barco con la mirada perdida en el éter. Solo tras un rato se dio cuenta de que Aspasia hacía lo mismo, observando la forma cada vez más borrosa de su antiguo hogar. Sin lágrimas, solo una mirada fría y solemne. Aguantaba el dolor con fortaleza. Kassandra se acercó a la viuda, ensayando palabras de consuelo en su cabeza, pero Aspasia habló primero, sin volverse hacia ella ni mirarla.

—He descubierto lo que querías saber. Sé exactamente dónde está tu madre.

11

Kassandra se encaramó junto a Ícaro en la berlinga de la *Adrestia*, con la piel bañada por el sol y los labios agrietados. Las maromas y las cuadernas de la nave chirriaban y crujían y el viento le alborotaba el pelo suelto. Había pasado un año desde que habían huido de Atenas; un año durante el que habían vivido como presas: la *Adrestia* era una liebre y las galeras del Culto que la perseguían eran los lobos. Durante meses, el Culto había perseguido a la *Adrestia* con gran empeño, obligando a la embarcación a navegar hacia el norte, a aguas lejanas, por la costa tesalia y casi hasta los lejanos Dardanelos. No fue hasta que llegó el invierno cuando los miembros del Culto de Cosmos se dieron cuenta de que jamás podrían superar a la nave de Barnabás. Fue entonces cuando cambiaron de táctica e intentaron tenderle una emboscada a la *Adrestia*: una vez, cuando vararon en la costa en busca de agua dulce para beber, y en otra ocasión en un estrecho cerca de la isla de Skópelos. Sin embargo, ambas emboscadas fallaron. Para cuando llegó la primavera, siete de las naves del Culto yacían en el fondo de las aguas, junto con, al menos, otros ocho demonios y sus máscaras. En esos momentos, otra vez en pleno verano, parecía que al fin, *al fin*, habían cesado en sus intentos. Por eso, la *Adrestia* había cambiado su rumbo hacia el sur, hacia aguas más conocidas para la tripulación. Las Cicladas…

La isla de Naxos.

Kassandra observó la isla: un paraíso de bosques y de piedras plateadas bañado por los rayos del sol, una piedra preciosa contra el sedoso mar de

color zafiro. A Aspasia no le cabía ni la menor duda de que Mirrina había elegido Naxos como su destino tras su marcha de Corinto. Kassandra acababa con cada halo de esperanza que intentaba formarse en su interior. Ya había seguido demasiadas pistas falsas, había tenido demasiadas sorpresas desagradables… y otra de ellas se alzaba ante sus ojos a medida que se acercaban a la isla.

Naves. No, galeras. Veintenas de galeras de velas verdes rodeaban la isla, vigilantes. Se deslizó por la berlinga y, a toda prisa, bajó por el mástil.

—¿Otro bloqueo? —preguntó Reza cuando Kassandra llegó a proa y se colocó a su lado—. Esas naves son de la isla de Paros —comentó, señalando la isla vecina que estaba al oeste, a poca distancia de Naxos. Las tierras de Paros contrastaban de forma brutal con las de Naxos, pues estaban despojadas de la mayoría de sus árboles y las desnudas colinas estaban llenas de canteras, grandes boquetes de color blanco que parecían los mordiscos de un titán.

—¿Por qué iba Paros a bloquear a Naxos? —preguntó otro miembro de la tripulación—. Naxos y Paros forman parte de la Liga de Delos, son aliadas y ambas están bajo la protección de Atenas.

—El comercio del mármol abre una brecha entre las dos orgullosas islas —suspiró Heródoto—. ¿Veis las canteras? El mármol que sale de ellas es famoso. Fidias pidió que extrajesen de allí los materiales para las obras de la acrópolis. Pero cuando una de las dos islas devora sus existencias y estas empiezan a agotarse… —Señaló los numerosos hoyos blanquecinos en las inhóspitas colinas de Paros y, después, hizo un gesto con la cabeza hacia las copiosas tierras de Naxos—. Los ojos envidiosos se vuelven hacia las islas vecinas.

—Bueno —refunfuñó Barnabás—, no me he pasado todo este tiempo jugando al gato y al ratón con esas sabandijas del Culto de Cosmos y trayéndote hasta aquí solo para dar media vuelta ante un maldito bloqueo. —Cruzó una mirada con Reza y con los tripulantes a su alrededor.

Kassandra los observó mientras ocupaban sus posiciones de un salto, mientras izaban las velas y los remos se zambullían en el agua; el *keleustes* empezó a entonar el cántico que Kassandra había escuchado por primera vez cuando habían llegado a la Megáride.

—*O opop, o opop, o opop*… —Resonaba la voz del *keleustes* mientras se paseaba arriba y abajo por toda la longitud del barco. Chocaba el puño de una mano contra la palma de la otra, con vehemencia. Sus babas salpicaban todo alrededor.

La *Adrestia* alcanzó una velocidad tremenda, la espuma del mar llovió sobre la figura de Kassandra y la proa que apuntaba a la galera de Paros.

—Agarraos —les gritó a Aspasia y a Heródoto.

Ambos le hicieron caso: los nudillos palidecieron por el esfuerzo y se les abrieron los ojos como platos. Y, entonces…

Nada.

La nave hacia la que se dirigían a toda velocidad se desvió de su rumbo y la galera que estaba detrás se detuvo y dejó una amplia brecha en el círculo por la que la *Adrestia* pudo pasar.

Kassandra vio un hombre en la barandilla de la galera que se había detenido. Llevaba una capa blanca sobre los hombros y tenía una melena de pelo rubio. El hombre, con la cara rechoncha, le sonrió mientras *la Adrestia* pasó por su lado, aunque no era una expresión de bienvenida lo que se dibujaba en su rostro.

—Es un hombre sensato. —Barnabás soltó una sonrisa arrogante entre dientes. La *Adrestia* disminuyó su velocidad y se dirigió hacia la costa.

Kassandra, sin tenerlas todas consigo, se miró al hombre durante largo rato. Cuando se acercaron más a la costa, la *misthios* escudriñó las arenosas playas de la isla. En la costa, un poco más lejos de su posición, Kassandra descubrió un par de las naves del bloque que se acercaban a tierra firme. Fascinada, observó cómo los soldados de Paros saltaban del barco hacia la bahía. Atravesaron como hormigas el pórtico de mármol de un templo sin acabar de construir que había en la bahía y se dirigieron a un viejo fortín de piedra encaramado en un cabo pedregoso. Heródoto, Barnabás, Reza y el resto de la tripulación se unieron a ella para observar la rápida toma de lo que sin duda era una propiedad costera clave de la isla de Naxos. De repente, la arboleda de algarrobos en la parte más alta de la costa tembló. Los invasores parios dudaron, echando un vistazo hacia atrás, hacia los bosques… justo en el momento en el que un grupo de naxianos montados a caballo emergió de ellos. Los naxianos se reclinaban casi en horizontal

sobre las sillas de montar, cubiertos con cascos de cuero marrón oscuro y petos, con largas picas en las manos. Estallaron en un vibrante grito de guerra. Apenas eran unos veinte naxianos frente a casi cien parios. El líder de los naxianos era rápido y majestuoso; portaba una lanza en alto como si fuese un ejemplo para el resto de sus compatriotas, y llevaba un casco de cuero y un armazón rígido de hierro que le cubría la cara. Se agachó y esquivó una lanza arrojada por uno de los soldados parios y arrojó una jabalina en dirección al cuello de su enemigo. Un segundo después, la caballería naxiana se abalanzó, en formación de cuña, contra el grupo de invasores parios. Los hombres gritaban y caían. Kassandra y todos aquellos que observaban junto a ella la batalla sabían que el contraataque de la caballería naxiana vencería aquel asalto, incluso cuando, al acercarse a la costa de la isla, perdieron de vista el combate entre los isleños.

El mar adquirió un tono turquesa claro cuando llegaron a los bajíos. Pasaron por encima de un intenso mosaico de color en el fondo del mar: un coral en forma de medialuna, en el que se mezclaban el naranja, el dorado, el azul oscuro y el rosa.

El casco de la galera varó en la blanca arena y la nave se detuvo. Kassandra escudriñó las colinas del interior de la isla, que estaban pobladas por una gran cantidad de árboles.

—Villa Fénix. —Aspasia señaló con precisión una colonia que se alzaba en un promontorio.

—Venga, ve a por ella. —Barnabás le apretó el hombro con una mano, los ojos llenos de lágrimas.

—Sí, *Misthios*, llevas mucho tiempo luchando para llegar hasta aquí —coincidió Heródoto—. No pierdas más tiempo.

Kassandra se movía como si llevase a cabo uno de aquellos viejos encargos que solía hacer para Markos. Con mucho sigilo se deslizó colina arriba hacia el interior de la isla, a través de exuberantes bosques de moreras y enebros. En un momento, oyó el estampido de unas pezuñas y se agachó entre los matorrales, alerta. La veintena de soldados naxianos que habían participado en la batalla de la bahía galopaba por el ancho camino

desde la playa, con las armaduras marrones relucientes de manchas de sangre casi seca. Habían vencido a los parios. Cuando Kassandra llegó a los alrededores de Villa Fénix, descubrió un pueblo sin muros que la protegiesen, cuyo centro era la misma villa. De hecho, el *pueblo* casi formaba parte de los bosques: los árboles y las flores se alzaban junto a los hogares, unos puentes de cuerdas unían las zonas del poblado que se extendía por un estrecho barranco, y una cascada caía con fuerza sobre un lago cuyas aguas eran del azul del ópalo. Bajo los magníficos rayos de sol, las mujeres transportaban jarras de leche de cabra, los hombres recogían con mucho cuidado fragmentos de los panales de abejas y los niños y los perros llevaban en manada a las ovejas, las cabras y los bueyes. Kassandra lanzó un palo contra los árboles más cercanos para distraer a los dos hombres que vigilaban la entrada principal y, después, se deslizó hacia el interior de la antigua villa; en pocos minutos ya estaba avanzando a paso de tortuga y con mucho sigilo por la ancha entrada del piso superior. Fue entonces cuando oyó las voces.

—Arconte, los parios han incapacitado nuestra flota, nos han robado nuestras rutas de comercio, han silenciado a nuestros mensajeros y capturado al *navarchos* Eneas. Quieren suprimirnos —dijo una voz masculina.

Kassandra asomó la cabeza por el umbral de la puerta y contempló la sala del consejo, de paredes anchas y techos altos, con un suelo de madera oscura y pulida cubierto por alfombras viejas. Las ventanas que adornaban uno de los muros tenían los postigos abiertos y permitían que el aire caluroso y la luz solar bañaran la estancia. En el centro de la cámara había una amplia mesa sobre la que descansaba un mapa de piel de las islas y las aguas cercanas. Dos oficiales estaban frente al mapa. Vestían la armadura de caballería marrón, la misma de los veinte que habían peleado en la costa, y la llevaban manchada de sangre. Se habían quitado los cascos para dirigirse a alguien al otro lado de la habitación, fuera del campo de visión de Kassandra. Ambos eran desconcertantemente jóvenes, uno de ellos era casi un adolescente.

—Aun así, hoy hemos conseguido espantarlos, Arconte —añadió el mayor de los dos—, contigo cabalgando al frente, como siempre. La atalaya

situada en los Dedos del Barquero sigue siendo nuestra, y a pesar del círculo de barcos parios, no tienen ningún punto seguro en nuestras playas. Desde que llegaste a estas costas y ahuyentaste al rey tirano has sido nuestra líder y escudo. —Su voz destilaba orgullo y veneración, y se golpeó el puño contra el pecho en forma de saludo.

—No perdáis la esperanza —respondió la arconte—. Encontraremos la manera de romper el cerco, volveremos a conseguir la libertad.

Su voz sonó como el sonido de una nota emitida por una lira de oro, y revolvió un millar de recuerdos en el corazón de Kassandra, que comenzó a temblar. Cuando la arconte apareció en su campo de visión, armada igual que los dos oficiales y sosteniendo el casco de visor enrejado bajo el brazo, Kassandra se agarró al marco de la puerta y contuvo un jadeo, incapaz de parpadear o de apartar la mirada.

«¿Madre?», articuló. No había duda: su cabello oscuro estaba salpicado de hebras plateadas y lo llevaba recogido en un anillo alrededor de su corona; unas líneas causadas por la edad le rodeaban los ojos, y su cuerpo estaba cubierto por una armadura repleta de marcas. Incapaz de reaccionar, Kassandra contempló cómo Mirrina dirigía la atención de los dos oficiales hacia el mapa y les daba instrucciones claras y concisas sobre dónde debían apostar a los soldados de la isla, qué lugares de desembarque había que vigilar y qué recursos necesitaban reunir para las nuevas embarcaciones, armas y armaduras.

Un rato después, Mirrina despachó a los dos soldados. Kassandra se escondió entre las sombras cuando abandonaron la habitación, y luego se acercó furtivamente otra vez hasta la puerta. Mirrina, ahora sola, salió al balcón resguardado del sol por un toldo a rayas. Ahora. Aquel era el momento. Kassandra entró en la habitación con paso suave y se dirigió a la puerta del balcón de detrás. Un tablón traicionero crujió en el suelo y Mirrina se volvió como buena guerrera para enfrentarse a ella.

Sus miradas se cruzaron por primera vez en más de veintitrés años. Mirrina se la quedó mirando durante una eternidad, incrédula, y luego sus ojos bajaron hasta la cadera de Kassandra… y la lanza de Leónidas.

—¿Cómo… cómo es posible? —susurró, y dejó caer su casco.

Kassandra absorbió la visión de la mujer que tenía ante ella.

—Madre —susurró ella también por toda respuesta.

Se estrecharon como si fueran dos manos que volvían a juntarse y permanecieron unidas, la una aferrada a la otra, durante lo que se les antojó una gloriosa eternidad. Kassandra sintió oleadas de emoción en su interior. Aquella era la primera vez que había abrazado a otra persona desde que había acunado el cuerpo de la pobre Febe, la primera vez que había permitido que su corazón se hinchara de aquella manera desde que casi había estallado de pena aquel día.

—¿Cómo? ¿Cómo es posible? —farfulló Mirrina—. Todas las noches desde hace más de dos décadas, cada vez que cierro los ojos vuelvo a verte caer.

Se separaron apenas un ápice, con las narices a solo un dedo de distancia, ambas con el rostro húmedo por las lágrimas.

—Tengo tantas cosas que contarte, Madre. Esa noche…

Mirrina colocó un dedo sobre sus labios.

—No. Ahora solo quiero sostenerte otra vez en mis brazos —dijo en un sollozo, y abrazó a Kassandra incluso con más fuerza que antes.

Transcurrió otra eternidad, se sentaron juntas y Kassandra comenzó a contarle a Mirrina todo: le habló de aquella noche en el monte Taigeto, de Cefalonia, de la dulce Febe, de la misión a la Megáride, de su enfrentamiento con Nikolaos… y de sus devastadores encontronazos con el Culto desde entonces.

—Han estado presentes durante todas nuestras vidas, Madre. Aquella noche, el que estuvo detrás de la orden de lanzar al pequeño Alexios desde la montaña fue el Culto de Cosmos, y no el Oráculo.

La expresión dura e impertérrita de Mirrina le dijo que aquello no era una sorpresa para ella. Fue en ese momento cuando se percató de que no se lo había contado todo. Aún no le había dicho lo más difícil.

—En la Argólida descubrí un oscuro secreto. —Comenzó, y su cuerpo se tensó—. Sé que visitaste el santuario de los sanadores.

—Llevé allí a Alexios —dijo Mirrina en voz baja—. No murió en la montaña, ¿sabes?

Kassandra sonrió con tristeza.

—Me di cuenta, sí. Y también de que fuiste tú la persona a la que oí

abriéndose paso entre los huesos aquella noche. Al oír el sonido eché a correr porque pensé que había venido alguien a rematarme. Ojalá hubiera tenido el coraje suficiente como para esperar.

Mirrina la agarró del antebrazo y se lo apretó.

—Estás aquí, después de todo por lo que has pasado. El coraje corre por tus venas, Kassandra. A lo mejor, si los sanadores cerca del santuario de Asclepio hubieran conseguido salvar a Alexios, él también habría crecido para ser como…

—Madre —la interrumpió, cerró los ojos y sintió que las lágrimas comenzaban a formarse—. Alexios está vivo. —Silencio—. ¿Madre? —dijo, y al abrir los ojos descubrió que Mirrina la miraba con angustia.

—He reconstruido mi vida a partir de las cenizas… He vivido con tu sombra y la de tu hermano sobre mis hombros. ¿Y ahora me dices que sigue caminando sobre esta tierra? —Kassandra asintió con tristeza—. ¿Dónde está? —preguntó, pero su última palabra salió estrangulada, como si fuera un secreto. Su rostro palideció todavía más y comenzó a temblar—. Lo tienen… ellos, ¿verdad?

Kassandra encaró a Mirrina y la tomó por las manos.

—El Culto lo emplea como su «campeón». Lo llaman Deimos.

—¿Deimos? ¿Han llamado a mi niño igual que al Dios del Terror? —Los ojos de Mirrina recorrieron cada palmo del balcón.

—Madre, no es el niño que podría haber sido si lo hubieras criado tú. Esa zorra del Culto, Crisis, le envenenó la mente y lo alimentó de odio y de mentiras.

—Entonces lo pagará —sentenció Mirrina, arrastrando las palabras.

—Ya lo hizo. Se llevó un hachazo en la cara como castigo.

—Me alegro —espetó Mirrina, y su rostro se contrajo con malicia. Su labio superior se curvó hacia arriba, como si fuera un perro satisfecho por haber ahuyentado a un rival… y luego se hundió cuando un profundo sollozo salió de su interior—. Pero mi niño…

Kassandra la guio hacia dentro y le susurró palabras amables al oído.

Pasaron los meses. Kassandra y Mirrina comieron juntas, durmieron en la misma cama y caminaron en pareja a todas partes. Kassandra sentía que la revelación sobre Alexios estaba carcomiendo la conciencia de su madre,

pero no pudo evitar disfrutar de aquel preciado tiempo junto a ella. Descubrió los problemas que afrontaba Naxos y ayudó allí donde pudo. Barnabás, Heródoto y la tripulación acudieron al poblado y se les otorgaron unos buenos hogares en aquel paraíso frondoso. Barnabás incluso se encariñó con una de las mujeres del lugar, Photina, y le permitió que le tatuara la espalda y le trenzara el pelo. Reza y los miembros de la tripulación más cercanos a él salían a pescar a la costa todos los días, atrapaban ejemplares de besugos. A veces dedicaban gestos obscenos a las naves del bloqueo pario o bien se sumergían en las aguas hasta las rodillas y gritaban y agitaban sus genitales en dirección a los barcos enemigos. Heródoto se sumergió en sus escritos y catalogó la flora y la fauna de aquella isla maravillosa, anotó los cuentos populares del lugar e hizo dibujos de las antiguas ruinas. Ícaro pasó los días volando por el bosque, donde podía encontrar una gran cantidad de presas entre la densidad de los árboles. Aspasia se retrajo en sí misma, de forma que pasó mucho tiempo sola, aunque Kassandra iba a verla con frecuencia para asegurarse de que se encontraba bien. La mujer estaba taciturna, pero no triste, y parecía perdida en sus propios pensamientos; su mente estaba abstraída en algo, y eso se reflejaba en su brillante mirada.

Un día, Kassandra y Mirrina volvieron a sentarse en el balcón, vestidas con prendas de suave lino, y desde allí recorrieron el paisaje con sus miradas, desde la verde colina llena de árboles hasta la costa y las brillantes aguas. El sol les daba en las piernas y pies desnudos y el toldo dejaba caer su sombra sobre los rostros de ambas mujeres.

Ninguna de las dos habló durante un buen rato, pero el silencio que reinaba era maravilloso. Sin embargo, pronto se rompió:

—Tenemos que encontrarlo y liberarlo —dijo Mirrina.

Kassandra miró a su madre.

—Sea lo que sea en lo que se ha convertido Alexios —continuó su madre—, tenemos que salvarlo.

Lo cierto es que Kassandra sabía que aquel momento iba a llegar, que Mirrina querría pronunciar aquellas palabras tarde o temprano, al igual que ella, y que la tranquilidad de aquellos meses solo era algo pasajero. Respiró hondo y se preparó para volver a ser una *misthios*.

—No obstante —profirió Mirrina a la vez que miraba hacia la costa y el mar—, no existe manera alguna de salir de esta condenada isla.

Kassandra observó el círculo de naves parias que se apiñaban en silencio como un grupo de tiburones.

—Nosotros entramos con mucha facilidad.

Mirrina entrecerró los ojos.

—Os dejaron entrar, Kassandra, pero nadie puede salir. Es por eso que he venido hoy aquí, para ver si los mejores marineros que me quedan pueden demostrar que me equivoco.

Kassandra siguió con la mirada el dedo de su madre que apuntaba hacia una elegante galera que zarpaba desde una pequeña atalaya de piedra en el Dedo del Barquero. El casco de la nave estaba decorado con unas llamas de color amarillo, naranja y rojo intenso. Kassandra se dio cuenta de que ya había visto aquella magnífica embarcación en el puerto de Naxos: era la *Canto de Sirena*. A bordo de la galera había un grupo de naxianos ataviados con corazas marrones.

—¿Has mandado tu mejor embarcación a su encuentro?

—No queda más remedio, todas mis demás naves han fracasado.

La vela de la galera se hinchó al acercarse a toda velocidad al bloqueo de embarcaciones parias. Mientras observaba la escena, Mirrina arañó con sus uñas la balaustrada del balcón a la que estaba aferrada. La nave naxiana no tardó nada en llegar al círculo e intentó atravesar el hueco que había entre dos de las embarcaciones, pero entonces los dos verdes trirremes parias más cercanos, que habían olido su sangre, fueron a su encuentro. Cuando llegaron junto a la *Canto ele Sirena*, una embistió con fuerza su popa y desde la otra dispararon flechas a los tripulantes. La nave naxiana empezó a virar por la parte de atrás, con un borboteo de agua y espuma. Los naxianos, junto con algunos trozos de madera sueltos de la nave, acabaron desperdigados por el agua, y allí volvieron a ser atacados por los arqueros parios. El lejano sonido de los gritos poco a poco fue atenuándose hasta desaparecer.

Mirrina se sentó de golpe.

—Otros cincuenta buenos soldados que se van a pique, hombres que no podía permitirme perder. Ahora solo me queda menos de un centenar de

lanceros en la isla.

Kassandra observó cómo los parios atrapaban a un naxiano que se revolvía. Vio a una persona a bordo de la nave de los arqueros, vestida con una capa blanca, y entonces se percató de que era el mismo hombre sonriente que vieron el día que llegaron allí. Parecía ser el que dirigía a la tripulación. Despojó al superviviente naxiano de todas sus ropas y luego le empezó a hacer tajos con unos cuchillos. El hombre, que tenía el pálido cuerpo envuelto de líneas rojas, gritó. A continuación, le ataron los tobillos y lo tiraron al agua. La nave de los arqueros volvió a formar en silencio el círculo del bloqueo y dejó atrás al hombre en medio de un rastro de color rojo. Un poco después, unas aletas surgieron del agua y el hombre volvió a gritar cuando los tiburones lo despedazaron.

—¿Quién es ese bastardo del barco? —preguntó Kassandra.

—El arconte de Paros —respondió su madre con frialdad—, Silano.

«¿Silano?». Su nombre le sonó como una campana golpeando un gong. Kassandra recordó la espeluznante reunión en la cueva de Gaia, entonces las palabras del enmascarado con aquel mismo nombre resonaron en su cabeza: «Casi cojo a la madre, debemos centrarnos en ella».

Mirrina asintió.

—Madre, Silano es un miembro del Culto. —La cogió por los hombros —. ¿No te das cuenta? Este bloqueo no tiene nada que ver con el mármol o el dinero, sino contigo: el Culto quiere darte caza.

La *misthios*, respirando con rapidez, miró en dirección al mar.

—Debemos salir de esta isla.

—Ya has visto lo que les ha pasado a los últimos que lo han intentado —dijo Mirrina—. Nuestra única esperanza está en Eneas, mi *navarchos*, que tiene la teoría de que debe de haber algún punto flaco en el bloqueo.

—Entonces llámalo —le pidió Kassandra.

—Desapareció en el mar hace meses, antes de que tú llegaras.

—¿Dónde?

—Salió a hacer una exploración para comprobar la teoría del punto flaco. Navegó por el estrecho de Paros, el angosto canal que hay entre las islas.

—¿Y nadie ha encontrado restos de su nave o su cuerpo?

—No se ha encontrado nada.

Kassandra se levantó.

—Si él es la única esperanza que nos queda, debemos encontrarle.

—*Misthios*, esto me parece un poco humillante —se quejó Barnabás mientras remaba en el pequeño esquife.

Le sudaban los brazos y la cara, y un oscuro círculo húmedo se marcaba en el trozo de túnica que le cubría la espalda.

—Si sigues teniendo aire suficiente como para quejarte, es que no te estás esforzando lo suficiente —jadeó Kassandra, que llevaba el otro remo.

La mujer miró por encima de su hombro en dirección a donde se dirigía el bote. Allí estaba, tal y como habían podido apreciar desde la montaña al suroeste de la isla: en el trozo de costa junto a las marismas se encontraba una galera solitaria con las velas izadas. Uno de los hombres de Mirrina le confirmó que se trataba de la nave de Eneas.

Las aguas turquesas a su alrededor les salpicaron cuando se acercaron.

Kassandra soltó el remo y se levantó para ver la embarcación.

—¡*Navarchos* Eneas! —llamó con las manos alrededor de la boca.

La galera se meció en silencio. No hubo respuesta.

—Acerquémonos más —pidió a Barnabás.

—¡*Navarchos*! —volvió a llamar.

Con un chillido, Ícaro descendió y se posó sobre la barandilla de la galera con un fuerte batir de alas. Pareció que se encogía de hombros para confirmar las sospechas de Kassandra: el barco estaba abandonado.

La *misthios* subió a la nave para comprobarlo y no encontró indicios de que hubiera habido ninguna lucha, ni sangre, ni objetos caídos o marcas en la madera, solo era un barco olvidado que silenciosamente se movía por aquellas aguas entre la costa naxiana y el bloqueo parió. Dentro encontró sacos de trigo, jarrones llenos de aceite y vinagre, flechas y herramientas; todo bien apilado.

Kassandra volvió al pequeño esquife.

—¿Por qué traería Eneas la nave aquí? Madre dijo que era un hombre valiente —reflexionó mientras recorría con la mirada la costa de Naxos.

Luego observó los acantilados parios al otro lado del estrecho—. Quizá se acercó demasiado a la isla enemiga.

—Puede que tengas razón, *Misthios* —dijo Barnabás, que se inclinó hacia delante para poder ver la parte superior de los acantilados—. ¿Tú también ves cómo algo refleja el sol ahí arriba?

Kassandra entrecerró los ojos y vio el destello de algo metálico. ¿Una coraza? ¿Armas? Fuera lo que fuera, se movía. Colocó una mano junto a su oreja en dirección al reflejo y escuchó la tenue voz de un hombre que lanzaba una súplica desesperada y atormentada.

—Durante nuestra estancia en Naxos —explicó Barnabás con un tono lúgubre—, escuché historias terribles sobre cómo ejecutan los parios a sus prisioneros…

Eneas tosió y escupió el polvo que tenía en la boca justo antes de que le volvieran a acercar la espada a su rostro lleno de ampollas por las quemaduras del sol. El *navarchos*, que tenía aspecto de estar desnutrido desde hacía muchos meses, intentó mover las extremidades sin éxito, pues lo habían enterrado casi hasta el cuello.

—Dinero, os puedo dar dinero —dijo con voz ronca.

Los dos parios rieron a carcajadas como cada vez que intentaba llegar a un acuerdo con ellos para quedar en libertad.

—Cuanto antes mueras —dijo uno—, antes caerá Naxos y nos haremos con esa zorra a la que llamáis vuestra líder… y entonces no habrá nada que Silano no pueda conseguir. ¿Por qué íbamos a rechazar eso por un insignificante soborno?

El segundo hombre alisó con una pala la tierra alrededor del cuello de Eneas. Luego abrió una tinaja y vertió su contenido sobre su cabeza. Eneas se sobresaltó cuando la densa miel le salpicó el pelo y cayó por su cara en pesarlos regueros.

—Delicioso —dijo un guardia. El otro se acercó a un protuberante nido de tierra y lo pateó. Eneas miró el terrario por un momento. La repentina explosión de hormigas negras y brillantes que brotaron de él lo dejó aturdido. Se movían con furiosa rapidez. Los dos guardias saltaron sobre

una roca, riendo entre dientes. Las hormigas se acercaban a Eneas, embriagadas por el aroma de la miel. Él gritó, y no pudo dejar de hacerlo y cerrar la boca cuando las hormigas ya corrían sobre él. Le subían por la cara a la boca, las orejas, sobre los abultados globos oculares, por la nariz y a través de su pelo. Cada mordisco era abrasador. «Dioses, no, por favor, es una manera demasiado horrible de morir…».

¡Plof!

De repente los furiosos mordiscos cesaron. Un hedor a vinagre inundó las fosas nasales de Eneas y los fragmentos de un ánfora rota cayeron delante de él; el líquido hacía retroceder a las hormigas como las olas ahuyentan a los bañistas de los bajíos. Frente a él, una ágil muchacha se encaró con los dos guardias. Uno se abalanzó sobre ella y de pronto cayó, la mandíbula desgarrada por su extraña lanza. El segundo se derrumbó aturdido tras un buen golpe en el costado de la cabeza.

Mirrina aceptó las amables palabras de devoción de los aldeanos de Naxos mientras paseaba por los Jardines de Fénix. El aroma del jazmín, el tomillo y el limón se mezclaba en el aire sofocante mientras la gente charlaba y disfrutaba del juego, las frutas y el vino que ella había proporcionado para la fiesta. Era lo único que podía hacer, en aquellos tiempos oscuros, para distraerlos del hecho de que su maravillosa isla era una prisión dirigida por Silano… por el Culto.

—Kassandra tiene razón —susurró Aspasia, caminando a su lado. En el rostro de la hermosa ateniense veía reflejada su propia expresión: una sonrisa de dientes impolutos, que intentaba apartar toda atención de la preocupación reflejada en sus ojos—. El Culto ha venido a por ti. Cada día que permaneces en este lugar estás más en peligro, y tu gente también.

—Anoche estuve rezando —dijo Mirrina—, por primera vez en varios años. Rogué a los dioses que me alejaran de este lugar junto a Kassandra.

—No —susurró Aspasia—. ¿No te das cuenta? Eso allanaría el camino al Culto, pasaríais a ser un único objetivo conjunto. —Entrelazó su brazo con el de Mirrina y tiró de ella para acercarla, como dos viejas amigas que se pierden en un mar de agradables recuerdos compartidos—. Debes venir

conmigo.

Mirrina frunció el ceño.

—He estado sola veintitrés años, creyendo que mi hija está muerta. No puedo, no lo haré, no pienso volver a separarme de ella.

El ruido de copas y una risa melodiosa surgieron de los que estaban alrededor del borboteo de la fuente. El curtidor y su familia levantaron las bebidas ante ella mientras pasaba.

—¡Arconte! —La aclamaban. Era gente alegre, confiada, buena. La culpabilidad atravesó su corazón como unas garras—. Pensar en irme sería demasiado caprichoso. Esta gente me necesita. No podría soportar abandonarlos. Han sido mi familia durante todos estos años.

Sonó un jadeo, cayó una copa y las cabezas se volvieron hacia las puertas bajas de los jardines de la villa.

Mirrina y Aspasia miraron hacia allí. Los dos guardias de coraza marrón se separaron y dejaron caer sus lanzas para ayudar al trío que entraba. Mirrina se liberó de Aspasia y corrió hacia ellos.

—¿Cómo…? ¿Dónde…? —gimió al contemplar la hinchada cara roja del pobre Eneas mientras Kassandra y Barnabás lo acostaban en un banco de mármol junto a una estatua de Apolo.

—Traté de… explorar los acantilados… parios… —jadeó cuando llegaron los ayudantes y empezaron a tratar sus heridas con trapos húmedos y ungüentos—. Me golpearon, me dejaron sin comer, me desollaron durante meses. Hoy iba a morir: las hormigas me iban a despellejar la cabeza. Ella mató a uno de mis torturadores. Y el otro…

Kassandra apoyó las manos en las caderas y echó un vistazo atrás, a las extensiones occidentales de la isla y el estrecho de Paros.

—Las hormigas no se han quedado con hambre.

Mirrina la tomó por los hombros, orgullosa y eufórica, pero los ojos de Kassandra denotaban preocupación.

—¿Hija?

Kassandra la llevó aparte de la multitud alrededor de Eneas y le entregó un pergamino.

—Uno de los guardias tenía esto.

Mirrina frunció el ceño. Desplegó el documento oculto y contempló el

peculiar cifrado. Sus ojos se desorbitaron. No era en absoluto como el léxico griego. Una nube de oscuridad cubrió su corazón cuando se dio cuenta de que ya había visto eso antes.

—La escritura del Culto. Tenías razón acerca de Silano.

—De eso no me cabía ninguna duda —dijo Kassandra—. Pero cuando enterré al segundo guardia en el suelo, le pregunté quién le daba órdenes a Silano. Dijo que el pergamino provenía de uno de los reyes.

—No lo entiendo. ¿Reyes? ¿Qué reyes?

Los ojos de Kassandra se clavaron en los de ella.

—Uno de los dos reyes espartanos.

Los ojos de Mirrina se volvieron distantes.

—Antes controlaban a los éforos y ahora a un rey. Pero… ¿a cuál?

Kassandra negó con aire ausente.

—Apenas recuerdo al rey Arquídamo. Y el rey Pausanias subió al poder después de aquella noche; no lo conozco más que en nombre. Desde luego, el guardia no lo sabía: pensé que iba a confesar cuando las hormigas fueron hacia él, pero dijo que todos los miembros del Culto mantienen el anonimato. El rey traidor tiene un apodo: el León de Ojos Rojos.

Mirrina enrolló el pergamino y volvió a unir las dos mitades del sello roto de cera roja.

El disco de cera tenía estampada la imagen de un rostro de león.

—A pesar de todo lo que nos sucedió en Esparta, no podemos permitir que ese rey perverso permanezca en el trono —dijo Mirrina entre dientes, temblando. Luego levantó las manos en dirección a la costa—. Y, sin embargo, no podemos salir de esta isla.

—Arconte —dijo Eneas mientras se inclinaba hacia ellos, su cara ahora era un mosaico de ungüentos blancos—, Kassandra me contó lo que había pasado. No desesperes, porque justo antes de que me capturaran confirmé mis sospechas sobre el patrón de bloqueo de los parios. Hay una salida. En realidad hay pocas posibilidades, pero si hacemos las cosas bien…

El curtidor, los leñadores, los guardias, los pastores y todas sus familias estaban ahora reunidos a su alrededor. Ella miró a los ojos de cada uno de ellos. Finalmente les sonrió con tristeza.

—No importa. No me marcharé de esta isla.

—¿Mirrina? —Aspasia quedó sin aliento.

—¿Madre? —añadió Kassandra—. La Tierra Hueca nos llama. ¿No la oyes? Es hora de regresar a Esparta.

Mirrina se enderezó y alzó el mentón con aire desafiante.

—No voy a huir y abandonar a mi gente a merced de Silano. Incluso si escapara, tarde o temprano se daría cuenta y estas personas pagarían por ello.

Kassandra miró a Eneas y se volvió hacia Mirrina.

—Díselo.

—¿Decirme el qué?

Eneas le dedicó una leve sonrisa.

—¿Te acuerdas de cuando cacé dos zarapitos con una sola flecha, arconte?

12

Silano se agarró con fuerza al borde de la barandilla de la nave, con los ojos abiertos de pura alegría.

—Por todos los dioses, se acercan a nosotros —gritó lleno de entusiasmo, mientras una veloz galera surcaba los mares en su dirección, desde la costa de Naxos. Era la *Adrestia*, esa nave a la que habían permitido entrar en aguas naxianas unos meses antes; la galera en la que viajaba la hermana. Miró fijamente las cubiertas de la embarcación que se aproximaba hacia ellos, seguro de que podría verla de nuevo a bordo de la nave, sentada en la barandilla y sujetando una de las cuerdas. Y acaso esa era… ¡La madre va a bordo también! —dijo con voz entrecortada. Sería la mejor proeza imaginable: capturarlas a ambas y entregarlas en la próxima reunión del Culto.

—Están aumentando la velocidad, quieren embestirnos con el espolón —dijo uno de los miembros de su tripulación, con un deje de miedo en la voz.

—Dejemos que se acerquen a nosotros —respondió Silano. Observó que, en efecto, la nave se dirigía hacia el costado de su nave a toda velocidad. El espolón relucía bajo la luz del sol—. Después, comunicaos con señas con nuestras naves a proa y a popa. Que se reúnan con nosotros en una maniobra envolvente que haga trizas ese casco.

—Así se hará, arconte —dijo el miembro de la tripulación.

—Cuando apresemos a la madre y a la hermana, las encadenaremos —le dijo entusiasmado a uno de los marineros de cubierta que se encontraba a

su lado—. En cuanto al resto de supervivientes, los ataremos con cuerdas a lingotes de plomo y los arrojaremos al agua, no sin antes asegurarnos de que las cuerdas miden lo suficiente como para que les permita llegar casi a la superficie. Que puedan arañar el aire con la punta de los dedos pero que, al mismo tiempo, sean incapaces de alcanzarlo y respirar. Ah, contemplar cómo se ahoga un hombre es muy divertido. Verlo ahogarse con una pizca de esperanza al alcance de las manos lo hace incluso mejor… ¡esos últimos latidos antes de deslizarse en la oscuridad de la muerte deben de parecer eternos!

Las voces de los marineros y guerreros a su espalda se alzaron en un barullo de confusión.

—¿Qué pasa? —Silano se volvió. Pero, antes de que pudiesen contestarle, lo vio con sus propios ojos. ¿Dónde estaban las embarcaciones de popa y de proa? Detrás de su nave, las aguas estaban desiertas. El barco que los seguía se había quedado rezagado en algún lugar detrás del cabo de acantilados. Y, delante de ellos, nada; la nave que avanzaba por delante de la suya ya había cambiado de bordada por delante del montañoso litoral y estaba fuera del alcance de su vista. Se habían quedado solos. La confianza que tenía se derrumbó, como una columna de arena húmeda arrasada por una ola, cuando visualizó en su mente el círculo de naves que bloqueaban el paso y se dio cuenta de qué era en realidad el tramo de la costa naxiana.

—Un ángulo muerto… —Gruñó.

Alzó la vista justo cuando la nave naxiana que se dirigía hacia ellos surcaba las aguas a una velocidad increíble, partiéndolas como si fuese un hacha, con el costado de su nave insignia como objetivo. Pudo ver las mezquinas miradas llenas de odio de la tripulación, el capitán con la piel brillante por el sol, la hermana sentada en la barandilla de la galera con la mirada fija en él, y escuchó el frenético cántico del *keleustes*. ¡O opop, O opop, O opop! Cada vez más y más rápido.

—¡Preparaos! —gritó uno de los miembros de su tripulación por encima del estruendo de las espumosas aguas.

De poco sirvió el grito del marinero. La embestida de la *Adrestia* chocó de pleno con las cuadernas de la nave insignia y atravesó la barandilla. Silano lanzó un gemido mientras la cubierta se hacía pedazos bajo sus pies.

Se revolvió como un loco mientras caía de golpe contra el espolón de bronce de la *Adrestia*: el afilado borde del espolón le perforó la barriga y su cuerpo se dobló. Sintió un chasquido sordo y una repentina sensación de ingravidez. Un segundo después, se zambulló en las frías aguas revueltas. En la oscuridad y a través de un torrente de burbujas, movió las piernas en un intento por subir hasta la superficie. Curiosamente, su cuerpo no se impulsó hacia arriba. Entonces, vio unas cintas de color rojo que emergían desde las profundidades: miró hacia abajo para encontrarse con el confuso desastre de piel e intestinos (que se movían como los tentáculos de un pulpo) y con la ausencia total de la parte inferior de su cuerpo. Aturdido, vio la mitad de cuerpo que le faltaba a pocos metros de él: las piernas no dejaban de sacudirse mientras se hundían hacia las profundidades. Arriba, las grandes sombras de las dos naves se separaban: la *Adrestia* se dirigía hacia mar abierto, y tras ella quedaban los restos destrozados de su nave insignia.

Sintió un tirón brusco en los restos de piel y tripas que le quedaban y miró hacia abajo: un banco de peces se alimentaba hasta saciarse con el sangriento festín. De repente, desapareció el entumecimiento y sintió las primeras oleadas del profundo dolor que subió por su cuerpo partido. Entonces se dio cuenta de que tenía razón: los últimos latidos de un hombre mientras se ahoga, antes de deslizarse en la oscuridad de la muerte, parecían eternos.

Durante unos minutos, los presentes enmascarados permanecieron de pie en silencio, contando con la mirada los muchos huecos que había en el círculo.

La puerta de la oscura cámara se abrió de golpe y otro miembro del Culto de Cosmos, con el rostro cubierto por la máscara, entró como un huracán. Las fuertes pisadas y las sacudidas de sus hombros no indicaban nada bueno.

—Ha logrado escapar. La maldita furcia ha conseguido escapar otra vez. Y la madre también.

—¿Y Silano?

—¡El cuerpo de Silano descansa en el fondo del mar!

Todos estallaron en un estruendo de consternación, antes de que uno de ellos preguntase:

—¿Hacia dónde se dirige ahora?

—Hacia el nido de las serpientes —dijo el mensajero—. Esparta.

La consternación dio paso a un rumor de entusiasmo.

—Entonces, tendremos que informar al León de Ojos Rojos…

La *Adrestia* surcaba las olas y la espuma flotaba en la fresca brisa otoñal. Reza colgaba de la proa de la nave con un arnés de cuerdas atado a la cintura, arrancando los restos de astillas de la galera de Silano de las cuadernas de la *Adrestia* y quitando trozos resecos de la tripulación enemiga que había perecido por la embestida.

Kassandra se encontraba junto a Mirrina en la popa de la nave, bajo la sombra de la cola del escorpión. Podía notar la tensión que se acumulaba en el cuerpo de su madre.

—Silano está muerto, el bloqueo parió se desmoronará. Además, Aspasia es una mujer sabia y fuerte. Se ocupará muy bien de los naxianos.

Mirrina asintió despacio, de una forma que parecía indicar que en realidad no quería hablar del tema. Aspasia (una refugiada que huía de la Atenas de Cleón) se había ofrecido voluntaria para ocupar su lugar como arconte, para gobernar Naxos.

—Nunca dejaré de preocuparme por los naxianos, Kassandra, pero no es en ellos en quien estoy pensando ahora mismo, sino en lo que se avecina. —Escudriñó el oscuro contorno de tierra que cada vez se hacía más grande: la primera de las tres lenguas rocosas que sobresalían del litoral—: Los mapas indican que lo que tenemos enfrente es Laconia. Pero mi corazón solo ve una tierra de fantasmas.

Un fuerte escalofrío recorrió a Kassandra de pies a cabeza. Le recordó el único asunto que su madre y ella todavía no habían tratado: la revelación de Nikolaos.

—Antes de que lleguemos a tierra, hay algo que tengo que saber —dijo Kassandra.

Mirrina se puso tensa.

—¿Quién soy? Aquel que pensaba que era mi padre no era más que un guardián.

A Mirrina le tembló el labio inferior. Intentó hablar, pero entonces algo se rompió en ella y empezó a sollozar.

Kassandra la abrazó, con fuerza, y le dio un beso en la cabeza.

—Te he hecho la pregunta, pero no tienes por qué contestarme ahora. Cuando llegue el momento oportuno, podrás contármelo.

Mirrina asintió, envuelta por el abrazo de Kassandra.

Unas pisadas interrumpieron el momento entre madre e hija.

—La costa está muy bien vigilada —informó Barnabás, mientras caminaba alrededor del borde de la nave para conseguir la mejor perspectiva—. ¿Veis esas torrecillas y las almenaras en las colinas? Será mejor que no intentemos acercarnos a ninguna de ellas: en el caso de que no nos lancen una lluvia de proyectiles, los capas rojas pronto caerán sobre nosotros como hicieron con aquellos atenienses en Megáride.

—¿Quieres decir que no podemos llegar a tierra firme? —preguntó Kassandra.

—No hay nada que la *Adrestia* no pueda hacer —contestó Barnabás, guiñándole un ojo.

Ese mismo día, un poco más tarde, doblaban el segundo de los tres cabos dentados. Se levantó un vendaval, y el fuerte viento que silbaba y se revolvía hizo del mar una caldera agitada de aguas turbias. Heródoto se pasó toda la tarde en la barandilla, con arcadas, profiriendo gritos de piedad entre cada purga. Llegaron a un tramo de acantilados negros, que brillaban húmedos y escarpados; el cielo cargado de nubes adquirió un tono morado. Las olas de la costa se estrellaban sobre las rocas con un terrible estruendo, enviando espumosos chorros de agua hacia el aire. No había ni una sola atalaya espartana en la zona; comprensible, dado que ningún barco desearía atracar en aquel lugar. Sin embargo, Barnabás dio la orden de virar hacia la «costa».

—¿Nos has traído a atracar a la zona más siniestra del reino más siniestro? —gritó Kassandra, haciéndose oír por encima de los huracanados vientos.

Barnabás tiró de las cuerdas mientras sus hombres remaban y Reza guiaba los timones de espadilla, y se echó a reír:

—Espera y verás.

La *Adrestia* se dirigió hacia el negro muro que tenían delante. Heródoto emitió unos gemidos agudos y tanto Kassandra como Mirrina retrocedieron por la cubierta, temiendo que iban a acabar destrozadas contra los riscos hacia los que se aproximaban… Hasta que el muro de oscuridad empezó a abrirse.

De repente, el fuerte vendaval amainó. Las cuerdas sueltas de la galera, que se agitaban con el viento, cayeron sin fuerzas. La embarcación, que no dejaba de tambalearse, empezó a desplazarse a la deriva, con calma y sin dar tumbos. Entonces, Kassandra lo vio: una grieta en el oscuro muro, apenas un poco más ancha que la nave. Conducía hasta una ensenada ovalada de la anchura de un disparo de flecha, rodeada por oscuras cumbres.

—Pocos conocen la existencia de esta cala —explicó Barnabás. Su mirada se volvió ausente y el tono de su voz descendió hasta convertirse en un susurro que resonó por el lugar. Alzó la mirada hacia el amplio óculo de cielo borrascoso, elevó las manos y las separó despacio, con una mirada de maravilla en el rostro—. Me gusta llamarla «el ojo de los dioses».

Kassandra, Mirrina y Heródoto observaron todo el lugar alrededor.

Reza pasó caminando por al lado con andares distendidos, mientras enrollaba una cuerda.

—Yo lo llamo el ano de Cronos.

Barnabás, desanimado, dijo a la tripulación que se preparara para atracar. Desembarcaron en una extensión alargada de roca negra que hacía la función de un embarcadero natural. Al caer la noche, encendieron un fuego en el refugio que les ofreció un saliente mientras el vendaval arreciaba en lo alto y el mar azotaba y borboteaba en la entrada de la cala.

Kassandra masticaba un pedazo de pan y lo mojaba de vez en cuando en un pote de miel naxiana. Barnabás y Heródoto estaban enzarzados en un debate, del que oyó algunas partes.

—¡Es falso! —se mofó Heródoto.

Barnabás resolló con indignación.

—¡No lo es! ¡Mira! —Acercó el medallón a la luz del fuego, se lo descolgó del cuello y lo aplastó contra las narices de Heródoto—. ¡Es una pieza auténtica del conocimiento de Pitágoras!

Ahora Kassandra empezó a escuchar con más atención, recordando la charla que había tenido con Heródoto cerca de la estatua del león en las Termópilas sobre aquel hombre muerto, que era una leyenda, y sobre su conocimiento perdido.

—¿Y lo conseguiste en Naxos? —interrogó Heródoto.

—Sí.

—¿Y cuánto te cobró el vendedor por él? ¿Cuál es el precio de la ingenuidad hoy en día?

Barnabás se echó hacia atrás y gruñó una palabrota por lo bajo.

—No lo compré —dijo—. Me lo dio Photina.

—Ah, tu amante naxiana. —Rio Heródoto.

—Sí. Fue un símbolo de nuestro breve amor. Perteneció a su esposo, Meliton, antes de que este desapareciera.

A Kassandra le zumbaron los oídos, aquel nombre desencadenó más recuerdos de su conversación en las Termópilas: «Un verano me encontré con un hombre errante. Era un tipo rechoncho y bajito llamado Meliton que se pasaba los días viajando en un pequeño bote por el Egeo… Naufragó y acabó en las costas de Tera…».

Heródoto se sentó más erguido, frunció el ceño y le arrebató la pieza para estudiarla con atención.

En esta ocasión Kassandra pudo captar un destello del medallón: era una esquirla de roca negra que tenía tallado un extraño símbolo. Los ojos de Heródoto, que estudiaban la pieza, se alzaron y se encontraron con los de ella. Kassandra pudo leer un millar de preguntas en su mirada, y un millar más se formaron en la mente de ella.

—¿Cuánto tiempo vamos a estar aquí? —le preguntó un miembro de la tripulación, rompiendo el momento.

Kassandra se volvió hacia el hombre e intentó recordar lo mejor que pudo la extensión de tierra entre el lugar donde se encontraban y su antiguo hogar. De pequeña había viajado desde Esparta hasta la costa con Nikolaos para aprender a nadar en los mares embravecidos.

Por aquel entonces le había parecido un viaje colosal, aunque probablemente habrían tardado un día o poco más.

—Partiremos mañana. Mi madre y *yo* iremos solas.

Heródoto, Barnabás y el resto de la tripulación la miraron con preocupación.

—Al menos permite que te acompañemos algunos de nosotros en calidad de escoltas —imploró Barnabás.

—No, debemos ir solo mi madre y yo. Nadie más. Es posible que estemos fuera bastante tiempo.

Ya estaban acostumbrados a ese tono de voz y sabían que insistir sería inútil.

—En ese caso debemos ocultar el bote mientras vosotras estáis fuera —cedió Barnabás. Levantó la vista—. A pesar de que esta cala está bien escondida, los espartanos envían patrullas por estos acantilados de vez en cuando. Si miran aquí abajo y ven el barco nos masacrarán.

—¿Y cómo exactamente se esconde una galera? —Rio Heródoto.

Barnabás enarcó dos veces las cejas y asintió en dirección a Reza. El timonel y dos hombres más se levantaron y se pusieron a trabajar. Primero bajaron el mástil y ataron todos los elementos que no estaban fijos. A continuación, uno de los hombres colocó un pilote de hierro contra el casco. Reza cogió una maza gigantesca y la descargó sobre el extremo del pilote. Un fuerte crujido de madera resonó por toda la cala. Cuando el sonido comenzó a desvanecerse, fue sustituido por un borboteo.

—¡Por los dioses! —jadeó Heródoto. Su trozo de pan se le cayó de la boca al contemplar cómo la *Adrestia* se hundía apaciblemente bajo la superficie del mar hasta que todo excepto la borda del barco estuvo sumergido. Los dos hombres que acompañaban a Reza se turnaron para zambullirse en las aguas de la cala portando cuerdas. Poco a poco, la galera se hundió por completo en las oscuras aguas hasta dejar de ser visible.

—Atan rocas al casco para hacer que la nave se hunda firmemente en lecho de la cala. Ahí abajo la madera se podrá conservar y nadie la verá desde arriba. Siempre y cuando nos mantengamos ocultos, nadie sabrá que estamos aquí. Y cuando volvamos a necesitarla podemos cortar las cuerdas y sellar el casco.

Heródoto ya había sacado una tablilla de cera y su estilete se movía a toda velocidad por su superficie, intentando capturar aquella práctica extraña e intrigante. Reza y sus dos compañeros regresaron al fuego y se sentaron para secarse. A continuación, sacaron una jarra de vino y la tripulación, acalorada y con las mejillas enrojecidas, no tardó en embarcarse a contar historias picantonas de pasadas aventuras.

Kassandra se sentó con un brazo alrededor de Mirrina y se empapó de la visión que era su variopinta banda. Cuando un soplo de viento se coló en la cala y le rozó el cuello, levantó la mirada hacia el oscuro retazo de cielo nocturno que asomaba entre las rápidas nubes y pensó en los días que estaban por venir.

Compraron dos alazanes de pelaje rojizo de un establo en Mesenia y pagaron el doble para asegurarse el silencio del hombre en cuanto comenzó a hacer preguntas. El cielo encapotado se despejó y viajaron bajo una bóveda invernal de un azul inmaculado. Trotaron a través de colinas rocosas y se envolvieron en mantas de lana para hacer frente al aire frío y al tenaz viento del este.

Tras un rato viajando las colinas desaparecieron y revelaron la colosal grieta que se extendía más allá: la Tierra Hueca, una extensa región llana cercada por las montañas Parnonas en el este… y la cordillera del Taigeto al oeste. Kassandra sintió que sus emociones crecían en su interior cual enfermedad cuando contempló la cumbre acechante del monte Taigeto y pudo oír de nuevo los gritos y las maldiciones de aquella desgraciada noche. Ícaro, que surcaba los cielos, empezó a proferir una serie de chillidos aparentemente dirigidos a la cordillera. Lo único capaz de dispersar los espantosos recuerdos fue la mano de Mirrina en su pierna.

Kassandra posó la mirada en la llanura entre las crestas de las montañas, surcada de riachuelos y afluentes que corrían hasta confluir en la arteria plateada que era el río Eurotas. Entre la capa verde y dorada conformada por el frondoso bosque y el trigo mecido por el viento descansaban algunas aldeas pequeñas de casas de madera y ladrillo. Las cinco aldeas más grandes estaban agrupadas cerca del corazón de la llanura y destellaban gracias al famoso mármol de vetas azules de aquella tierra.

«Esparta», articuló sin llegar a pronunciar la palabra.

Mirrina y ella pasaron un buen rato mientras cabalgaban, pero ambas sentían una presión en el estómago, y ninguna pudo evitar retroceder ante la creciente proximidad de su antiguo hogar, de su pasado. Se adentraron en el bosque de Eurotas a media tarde, se dejaron caer sobre la sombra de un olivo y un roble retorcido. A su alrededor las ramas doradas crujieron en un susurro conspirador, y el viento esparció el rumor de su regreso. Los montones de hojas caídas crujían y se arremolinaban bajo el azote de la brisa, y cada reducto de sombra que se extendía frente a ellas parecía estar infestado de espías. Pero siguieron avanzando y no hallaron a ningún hombre o bestia.

Al menos hasta que oyeron el aullido profundo y amenazador de un lobo y los gritos de terror de unos niños.

Kassandra puso una mano sobre el pecho de Mirrina e hizo que ambas se detuvieran. Su mirada se tornó afilada como una espada y oteó el bosque de sombras que se extendía frente a ella. Vio movimiento. Vio niños. Eran tres niños jóvenes, llevaban las cabezas rapadas e iban desnudos salvo por sus capas rojas. Saltaron, rodaron y esquivaron por poco las mandíbulas rechinantes del lobo gris más inmenso que jamás había visto. No eran rivales para la criatura. La bestia agitó la cabeza, lanzó a dos de ellos hacia atrás y después saltó hacia el tercero y lo agarró por la garganta.

Se sintió a sí misma desmontar de la silla y oyó a Mirrina siseándole para que se detuviera.

—Kassandra, ¿qué estás haciendo? Estamos en Esparta, y esta es la zona de entrenamiento agogé.

Pero ella siguió avanzando hasta que llegó al borde del claro. El lobo sacudía al niño como si fuera un juguete. Su rostro se tornaba gris, y sus ojos se encontraron con los de Kassandra…

Entró en el claro, lanza en ristre, y atravesó el costado del lobo. La criatura, herida, aulló de terror. Soltó al niño, dio media vuelta y echó a correr.

Kassandra hincó una rodilla y acunó al joven caído. Su cuello estaba roto, no había duda.

—¿Madre? —farfulló el niño mientras se le dilataban ¡as pupilas.

—No soy tu madre —dijo Kassandra con voz suave.

—Dile que… que debe estar orgullosa de mí. Me enfrenté al lobo. No tuve miedo.

Kassandra lo comprendió demasiado bien.

—Tengo mucho frío —gimoteó el niño.

Kassandra le echó por encima un pliegue de su capa. El joven emitió unas últimas respiraciones dificultosas. La luz de sus ojos se apagó y ella volvió a depositarlo en el suelo.

Justo entonces habló una nueva voz.

—¿Qué haces aquí, extranjera?

Kassandra se volvió y vio a un hómoioi adulto vestido con una capa roja. Era un hombre barbudo que llevaba el pelo recogido en largas tiras oscuras. Su mirada era dura como las varas de cobre.

—Pasaba por aquí. Vi que los niños tenían problemas y traté de ayudar.

—¡Miente! —chilló con regocijo uno de los otros dos niños—. Intentó matar al lobo para quedarse ella con la gloria.

—¿Has interferido con el entrenamiento espartano y has mentido al respecto? —siseó el espartano adulto—. Hay más honor en el corazón de ese chico muerto.

Profirió un sonido gutural, que puso en marcha a los dos supervivientes. Uno de ellos cogió el cadáver y, junto al otro, mascullaron al unísono:

—Nunca hay que dejar el cuerpo de un compañero sin sepultura.

Los chicos pasaron arrastrando los pies por delante del hombre, que amenazó a Kassandra para que se marchara:

—Deberías volver al lugar de donde quiera que hayas venido o pronto descubrirás lo despiadados que somos los espartanos…

Kassandra volvió al bosque, donde Mirrina la esperaba montada en su caballo. Su madre la miró con el ceño fruncido y la hizo sentirse como si volviera a tener siete años.

—No deberías haberte entrometido. Este bosque se utiliza para fortalecer a esos chicos y hacer de ellos unos hombres, como bien ya sabes.

—Pero a Esparta no le van servir de nada si acaban en el estómago de un lobo —espetó.

—¡A Esparta no le van a servir de nada si son demasiado débiles como para matar a un lobo! —exclamó Mirrina, con enfado.

Cabalgaron en incómodo silencio durante una hora. Finalmente, Mirrina volvió a hablar:

—Es este lugar —dijo, y soltó un suspiro de arrepentimiento—. El aire, el olor, los colores, todo. Siento la opresión, las exigencias de lo que significaba ser una espartana cuando este era mi hogar.

—Aun así, tenías razón, no debería haber intentado salvar a aquel chico —le contestó Kassandra.

—¿Por qué? ¿Qué eres? —le preguntó su madre con un suspiro de agotamiento—. ¿Espartana? ¿Griega? ¿Una mujer errante?

—No soy de ningún lado —concluyó la *misthios*, y miró a Mirrina a los ojos—. Hay una parte de mí que es espartana, y eso es algo que jamás podré cambiar, pero ¿qué hay del resto? ¿Quién soy yo para negarme a mí misma los sentimientos de amor, compasión o pena?

Los labios de Mirrina esbozaron una sonrisa reservada y triste.

—Las dos pensamos de una forma parecida. Ambas dejamos nuestro hogar como espartanas —dijo al cabo—, y ambas hemos vuelto como personas completamente distintas.

Madre e hija siguieron cabalgando.

Finalmente, la espesura del bosque disminuyó y llegaron a Pitana, una de las cinco principales aldeas de las que se componía Esparta y el lugar en el que Kassandra nació. Aquella aldea, como era habitual en las polis espartanas, carecía de muros.

«Esparta son sus muros, y las puntas de las lanzas, sus fronteras», recordó uno de los antiguos dichos de Nikolaos.

Salieron del bosque y se metieron por un amplio camino señalizado que pasaba al lado de casas y talleres de paredes blancas y tejas rojas. Les llegó el dulce aroma a leña mezclado con el hedor cobreño del caldo negro espartano y el martilleo del herrero que daba ritmo al tenue canto de los sacerdotes del templo situado en el centro de la aldea. Kassandra lo reconoció todo: el lugar en el que ahumaban costillares junto al pozo en el que solía jugar de pequeña, la armería con la puerta con detalles de bronce, la taberna con la estatuilla del caballo alado sobre el dintel de la entrada… Apenas había cambiado nada.

Mientras cabalgaban, guardaron en su interior el flujo de recuerdos y

emociones y miraron al frente con semblante inexpresivo. Los ilotas que iban de aquí para allá, doblados por las cargas que transportaban, llevaban unos gorros de piel de perro que denotaban su baja posición social. Los hómoioi de capas rojas que se encontraban sentados junto a los largos barracones afilaban sus lanzas. No había ni uno que no llevara su arma consigo.

Una mujer molía trigo, sentada junto al portal de su casa. Vestía un peplo oscuro que le cubría el cuerpo desde el cuello hasta los tobillos… a excepción de la raja que llevaba a un lado de la túnica, la cual mostraba su pierna hasta la altura del muslo. Un chico (su hijo, a juzgar por sus rasgos) apareció silenciosamente por detrás de la mujer y cogió una de las pequeñas bolsas de harina que esta tenía a su lado. Cuando dio media vuelta con una sonrisa picara en la cara, la madre se levantó, se volvió en su dirección en un solo movimiento (lo cual provocó la caída del molino, del grano y de las plantas de trigo). Agarró al chico por el cuello, lo levantó y le dio un revés en toda la cara. Kassandra escuchó el crujido de su nariz al romperse. A continuación, la madre dejó al chico de nuevo en el suelo.

—¡Serás torpe, pedazo de zoquete! Ni siquiera eres capaz de robar una bolsa de harina. ¡Jamás conseguirás ser lo suficientemente fuerte o habilidoso!

Mientras el chico recibía aquella lluvia de insultos, otro muchacho (su hermano, según pudo ver Kassandra) se llevó dos bolsas de harina y escapó con ellas sin que nadie lo viera.

Un grupo de hómoioi empezó a reír en voz baja al darse cuenta y a golpearse los muslos con las palmas de las manos a modo de aplauso.

Más tarde, las dos mujeres llegaron a una bifurcación del camino. El de la derecha llevaba al marmóreo centro de Esparta: una ciudadela sin muros que se alzaba sobre una colina en la que convergían las cinco aldeas más antiguas y donde vivían los reyes…, incluido el traidor «León de Ojos Rojos». No obstante, tenían la mirada puesta en el camino de la izquierda, que llevaba a su triste y abandonado hogar a las afueras de Pitana.

Sin decir nada, condujeron sus caballos por ese camino hasta llegar ante una cancela de hierro, cerrada con cadenas desde hacía mucho tiempo. Kassandra recordó el inocente comienzo de aquella noche: estaba sentada

junto al fuego con Padre, Madre y Alexios.

Aunque Ícaro nunca había estado allí antes, pareció percibir la tristeza de Kassandra y chilló como lastimosamente en dirección a la cancela y a la puerta de la casa.

—Por derecho, es nuestra. Volverá a ser nuestra —dijo Mirrina—, cuando hayamos librado a Esparta del parásito que tiene como rey.

—Esta finca le pertenece a Esténtor —pronunció una voz detrás de ellas.

Kassandra dio media vuelta y vio la figura de un hómoioi de alta estatura. Por un momento se preguntó si tendría que luchar contra él, pero luego vio su semblante taciturno y su lisa melena a la altura de los hombros.

—¿Brásidas? —preguntó en voz baja.

Mirrina le puso la mano sobre el pecho a su hija cuando esta se acercó al hombre.

—No, Madre, Brásidas es mi amigo. Me ayudó a matar al Mercader.

Brásidas frunció el ceño.

—Bueno, prefiero pensar que tú me ayudaste a mí a matarlo, pero, en fin… —Asintió al observar la villa abandonada que se encontraba a espaldas de las dos mujeres—. La polis ha dado la casa a Esténtor. Se encuentra lejos de aquí, en la guerra, y por eso está así desde que el Lobo desapareció.

Mirrina y Kassandra no hicieron movimiento alguno; ni siquiera se miraron entre ellas.

—Pero sé quiénes sois. Sé que este lugar es tan vuestro como de Esténtor. El problema está en que no es a mí a quien debéis convencer. —Y echó un vistazo rápido a la ciudadela de mármol que tenía a sus espaldas.

—De todas formas, íbamos a ver a los reyes —dijo Kassandra.

Brásidas, durante un momento, intentó leer su rostro, y luego hizo una leve inclinación.

—En ese caso, puede que lo mejor sea que os presente. Después de todo, ha pasado bastante tiempo…

La ciudadela no se parecía en nada a la acrópolis de Atenas. La colina tenía la altura de un edificio de un piso y las cuestas, pavimentadas o cubiertas de césped y con algunos grupos de cipreses, no tenían mucha

inclinación.

Pasaron al lado de un gimnasio al aire libre en el que unos hombres desnudos corrían por una pista. En un lateral del gimnasio, unas mujeres insultaban a los más lentos y les escupían al pasar. Cuando uno de ellos se tropezó y cayó al suelo, una mujer empezó a burlarse de él, saltó la valla de madera que los separaba, se quitó las ropas y se puso a correr a toda velocidad. Se le desfiguró la cara del esfuerzo de alcanzar a los hombres, que, por un momento, parecieron avergonzados e intentaron buscar más velocidad en sus agotadas extremidades. Las espectadoras gritaron encantadas y aclamaron a la mujer cuando se puso al mismo nivel que los hombres, cerca de liderar la carrera.

En uno de los extremos de aquel lugar, unos ilotas embadurnaban a unos hombres con aceite mientras un par con el cuerpo ya oleoso estaban enzarzados en un combate de pancracio.

Luego, pasaron junto a un teatro cuyas gradas de piedra blanca estaban llenas de hómoioi que vitoreaban y aporreaban sus puños a modo de aplauso mientras un actor representaba la leyenda de Cadmo. El hombre saltó y rodó por el suelo con una habilidad marcial junto a tres ilotas vestidos con un traje pintado con colores llamativos que hacían del dragón de Tebas.

Desde otra dirección, escucharon el balido de sufrimiento de una oveja que se encontraba en lo más alto de una loma cercana. Allí arriba, en el altar de Venus Morfo, el animal dio su último aliento cuando un sacerdote manchado de sangre alzó su brillante corazón hacia los cielos y cantó una antigua oración.

Al llegar a la base de la colina central, pasaron junto a dos jóvenes de cabezas rasuradas que azotaban con sus *bakterion* a un pobre ilota tirado en el suelo. A Kassandra se le revolvió el estómago. Se dio cuenta de que los dos jóvenes estaban llevando a cabo el ritual de la *Krypteia*, pues se veía que eran aprendices de la agogé, ya que aún no podían dejarse crecer el pelo o la barba, pero podían aterrorizar a los esclavos y tenerlos constantemente atemorizados.

—¡¿Cómo te atreves a mirarme a la cara, perro?! —gritó uno de ellos a la cara agachada del ilota, que tenía un color casi púrpura.

Cerca de allí, otros ilotas con la cabeza gacha permanecían de pie, sin hacer nada. Cuando el esclavo al que habían golpeado perdió la conciencia, el que lo había azotado se acercó a uno de ellos y le tendió una mano expectante sin ni siquiera mirarle a la cara. A continuación, el esclavo le dio una toalla sin vacilar. Con ella, el espartano se limpió las manos manchadas de sangre y luego la tiró a los pies de aquel ser al que consideraba inferior.

El Culto era el responsable de todas las cosas terribles que habían pasado allí en la juventud de Kassandra y, por su culpa, la misma Esparta se había convertido en una criatura cruel y despiadada de garras y los colmillos rojos.

Mientras subían la colina, pasaron junto a un santuario construido con sillares. Kassandra casi había olvidado su existencia hasta que sintió cómo su lanza le susurraba y volvió a tener visiones de las Termópilas. Una emoción la embargó mientras miraba la vieja tumba y articulaba el legendario nombre grabado en el dintel de entrada: Leónidas.

—Él camina a nuestro lado —le dijo Mirrina—. Su linaje es fuerte, bueno, legítimo.

Dejaron la tumba atrás y la parte superior del montículo apareció ante ellas; la habitación central era una sala real rectangular coronada con un techo de tejas rojas, y sostenida por columnas dóricas de color azul pálido. Una estatua de Zeus Agetor en actitud belicosa estaba de pie sobre la alta puerta, observándolas mientras se acercaban. Se podía oír un auténtico caos amortiguado al otro lado. Dos guardias vigilaban esa entrada.

Llevaban una armadura ceremonial decorativa, según el concepto de decoración de los espartanos. Portaban cascos de estilo corintio extraordinariamente pulidos y *thorax* de cuero moldeado, protectores de bronce en los bíceps y capas de color rojo sangre. Ambos llevaban buenas lanzas cuyo diseño imitaba a la de Leónidas, y portaban escudos negros y gruesos, sin la lambda. Los *hippeis*, recordó, unos pocos cientos de hombres seleccionados para formar la guardia real. No se harían a un lado por cualquiera. Kassandra notó cómo clavaban sus ojos en ella desde los agujeros de sus yelmos a medida que se acercaban, y cómo sus cuerpos se echaban un ápice hacia delante, listos para atacar.

Brásidas dio un paso al frente y extendió una mano en señal de saludo.

—*Khaire*. Traigo amigas que necesitan el consejo de los reyes.

Los guardias arrojaron sus manos en señal de saludo.

—¡*Lochagos* Brásidas! —tronaron al unísono y se apartaron sin hacer preguntas.

—*¿Lochagos?* —susurró Kassandra cuando las puertas se abrieron—. ¿Ahora diriges uno de los cinco regimientos sagrados?

—No eres la única que ha estado ocupada, *Misthios* —dijo con un nimio movimiento de labios.

Las puertas se abrieron y el ahogado sonido de una lucha las golpeó por completo como el rugido de un dragón.

Cientos de hombres discutían y se empujaban, rugían, daban golpes al aire, se escupían. Dos de los que peleaban rodaron por el piso, cada uno con una lanza. Por un momento, Kassandra pensó al entrar que la habían llevado a una taberna de Cefalonia, pero entonces se fijó bien en los dos hombres en el suelo: un joven de buen aspecto y un hombre mayor, canoso, de melena de pelo gris seco y ojos inyectados en sangre, furiosos… «¿El Rey Arquídamo?».

En ese momento los dos se separaron, Arquídamo se incorporó y giró su lanza hacia arriba, bajando la punta con habilidad hasta apoyarla sobre la garganta del joven, todavía en el suelo.

—¿Te rindes, Pausanias? —Gruñó entre dientes.

Pausanias, con el pecho subiendo y bajando y expresión maliciosa, gruñó como un mastín enojado para después hacer un gesto burlón.

—Sí.

La lanza se apartó y las multitudes vitorearon. Las caras de los reyes cambiaron. Arquídamo rio satisfecho y Pausanias tomó la mano que le ofrecía y se levantó con una sonrisa.

—El edicto de Arquídamo se mantiene —aceptó—, enviaremos un grupo de mesenios como apoyo en Beocia.

Kassandra parpadeó para asegurarse de lo que había visto. Nunca había puesto un pie en aquel lugar cuando era niña, pero había oído rumores. Incluso había escuchado a un ateniense borracho en el simposio de Pericles burlándose de los primitivos medios de votación de los espartanos. «Eligen la propuesta que reciba más gritos», dijo burlándose aquel viejo necio. Si

hubiera visto esto: eligiendo el buen juicio del que más golpes consiguiera encajar.

El salvaje público retrocedió como una ola que se aleja de la orilla y se instaló en los bancos escalonados que bordeaban el pasillo. Kassandra reconoció al grupo más numeroso: la Gerusía, veintiocho ancianos calvos y encorvados, pero que, según se decía, poseían una gran sabiduría. Cuando los dos reyes se sentaron en sus pedestales al otro extremo del pasillo, la Gerusía estampó sus bastones en el suelo como forma de reverencia. También reconoció a un grupo más pequeño: cinco hombres con túnicas grises de pie tras los asientos de los reyes, a los que no dedicaban el más mínimo gesto de adoración. Los éforos. El corazón de Kassandra se endureció al observarlos. Recordó al buitre que había arrojado a Alexios desde la montaña… antes de seguirle él mismo. Pero su odio disminuyó al descubrir los rostros de cinco hombres entre treinta y cuarenta años.

Ninguno de ellos había tomado parte en lo que sucedió aquella noche. Los éforos no eran los enemigos, sino el Culto, se recordó a sí misma. Siempre ha sido el Culto, abriéndose paso en cualquier hueco de las murallas. Los éforos no debían adoración a los reyes, pues ese era su propósito: mantener a los monarcas a raya. Eso era Esparta: ¡un perro de dos cabezas con una cadena al cuello manejada por un amo de cinco!

—Brásidas —resonó la voz de Pausanias, que extendió los brazos en señal de saludo—. ¿Qué nos has traído hoy?

Brásidas condujo a Kassandra y Mirrina al pie del bajo pedestal sobre el que se sentaban los reyes. Cuando comenzó a presentarlas, Kassandra notó que, a pesar de la impaciencia de Pausanias, Arquídamo se hundió en el trono, con la melena cayéndole sobre los hombros y el rostro convertido en una máscara de desconfianza y desdén, con unos ojos enrojecidos que observaban a Kassandra y Mirrina como un carnicero que analiza un corte de carne.

—Han venido a reclamar un legado ancestral que permanece desocupado.

—¿Quiénes son? —preguntó Pausanias, intrigado—. ¿De qué linaje y qué estado?

En ese momento, los ojos inyectados en sangre de Arquídamo se

iluminaron cuando reconoció a Mirrina.

—Tú —rugió, levantándose. Las patas de su trono arañaron la piedra. Su ceño fruncido se volvió hacia Kassandra. Vio el parecido y lo entendió todo—. ¡Y tú!

Con un rugido gutural, agarró su lanza y dio un salto hacia ellas. Solo la rápida reacción de Pausanias logró detenerlo.

—Si no me sueltas te la clavaré, por Zeus Agetor —gruñó Arquídamo.

—No lo entiendo. ¿Por qué tanta furia? —protestó Pausanias.

—Porque son del linaje de Leónidas… la vergüenza de nuestro linaje.

El rostro de Pausanias palideció. Miró a Kassandra y a Mirrina.

—¿El desastre de Taigeto, hace tantos años?

Kassandra no dijo nada. La mirada vidriosa que le dedicó fue respuesta suficiente.

—Y osan regresar —confirmó Arquídamo—. Las creía muertas, y sería mejor si lo estuvieran.

Pausanias se colocó entre el malévolo rey y las dos mujeres.

—Sin embargo, se presentan humildemente ante nosotros. Brásidas responde por ellas, ¿no es así?

Brásidas hizo un asentimiento.

—Kassandra ha realizado actos no solicitados y heroicos para Esparta en estos años de guerra. Ella me ayudó a liberar Corinto del forajido que se había hecho con la ciudad.

Pausanias se volvió hacia Arquídamo.

—Y son del linaje de nuestro rey más reconocido. Quizá no deberíamos apresurarnos en rechazarlas, ¿no crees? —razonó con el rey, mostrando cautela y respeto. Le tomó un tiempo, los ojos de Arquídamo todavía fijos en Kassandra y Mirrina, pero, finalmente, el anciano monarca dio un paso atrás y volvió a hundirse en su trono.

—Si deseas recuperar tu patrimonio —gruñó—, entonces tendrás que hacer algo por mí. Resarcirte de la vergüenza pasada. Pruébame que eres digna.

Kassandra esperó. La mirada del rey se incendió y en su cara apareció una sonrisa de dientes amarillentos.

—Viaja al norte durante la primavera, ve al auxilio de Beocia y asegura

esa tierra para Esparta.

La expectante Gerusía se quedó sin aliento ante aquello; seguramente era parte de su función.

Pausanias saltó ante aquella propuesta.

—Eso podría equilibrar la balanza, ¿verdad? Y mientras pasas el invierno aquí a la espera de la primavera, me encargaré de encontrar un lugar en el que puedas quedarte.

Dio una palmada y un ilota corrió hacia él con una tablilla de cera. Murmuró algo al esclavo, que rascó el acuerdo en la tablilla. Pausanias presionó su anillo en la cera para aprobar el requerimiento.

¡Un anillo con sello! Kassandra contuvo la respiración y sus sentidos se agudizaron mientras ella y Mirrina miraban el anillo. Llevaba un emblema de… una luna creciente. «¿No era de un león?», se preguntó.

«Entonces debe ser…». Su mirada se fijó en Arquídamo, que continuó fulminándola con los ojos entrecerrados. Ella bajó la mirada a sus callosas manos, dobladas, cubriendo su propio anillo con sello.

—Es una casa pequeña, pero creo que os encontraréis cómodas.

Pausanias cerró la tableta y continuó.

—Y durante los meses fríos podrás ayudar a nuestro campeón, Testikles, a prepararse para las próximas Olimpiadas. Necesita tantos compañeros de entrenamiento como sea posible.

—Entonces, descendiente de Leónidas —dijo Arquídamo con una amplia sonrisa—, ¿aceptas mis condiciones?

Abrió las manos y Kassandra pudo ver el anillo. El corazón le dio un vuelco antes de conseguir apreciar la imagen… de un halcón volando.

«¿Cómo es posible?».

—¿Pasa algo? —dijo Arquídamo, ufano.

Kassandra nunca había estado segura de nada en su vida. Pero aquí, ahora, sentía una férrea seguridad de que Arquídamo era el rey traidor y de que la enviaban al norte, a Beocia, para morir. Si allí había una trampa para ella, también estarían las pruebas de su vinculación al Culto.

Percibió que la Gerusía, los éforos y los guardias *hippeis* la miraban, todos esperaban su respuesta.

—Haré lo que me pidas.

13

—¡Vuelve! —rugió Testikles—. ¡Ponme aceite!

Kassandra levantó la capa del suelo y se la colgó sobre el cuerpo desnudo:

—Ponte aceite tú solito. Estás borracho y… y en muy mal estado.

Se marchó del gimnasio y dejó al rebelde campeón revolcándose por el polvo, donde lo había machacado por tercera vez consecutiva en un combate de pancracio. Testikles era idiota, pero le caía bien; seguramente porque era un espartano muy poco al uso, que disfrutaba de los chistes y las bromas y… del vino.

Había sido un invierno largo, marcado por noches de borrachera de poesía épica espartana, juegos, carreras y trabajos de artesanía. Hasta había convencido a Pausanias para que les permitiese a Barnabás, Heródoto y al resto de la tripulación dejar su lúgubre cala e instalarse con ellos; así que en esos momentos eran huéspedes del joven rey. El territorio de la ciudadela estaba cubierto por una fina capa de escarcha, pero las primeras campanillas de invierno florecían en los prados que rodeaban los templos y los pájaros cantaban posados sobre los cipreses. La primavera casi había llegado. Al día siguiente, partiría hacia el norte, de nuevo como *misthios*, para ayudar en la lucha en la lejana Beocia. Por una parte, durante el invierno, Kassandra se había dado cuenta de que las fuerzas espartanas y atenienses estaban muy cómoda en aquellas tierras. Se sentía estúpida por haber aceptado la petición de Arquídamo. Por otra parte, no había encontrado ninguna prueba del secreto del viejo rey. El hombre era una serpiente, no le cabía la menor

duda. Pero no podía acusarlo de ser un miembro del Culto o atacarle hasta que tuviese pruebas sólidas de ello.

Kassandra pasó por delante de su hogar, todavía cerrado con cadenas de hierro, y después se detuvo en la pequeña casa de dos habitaciones que Pausanias les había facilitado. Allí, se lavó y se sentó en la puerta de la casa, bebiendo un buen trago de agua de bayas. Paseó la mirada por Pitana, hacia el sillar del sepulcro de Leónidas. Se dio cuenta de que ya casi era mediodía. Con un suspiro de cansancio, se levantó y emprendió la marcha hasta allí.

—¿Por qué este lugar, Madre? —suspiró distraída, preguntándose por qué Mirrina le había pedido que se encontrase con ella en el sepulcro cuando se hiciesen las doce del mediodía. Brásidas y Mirrina también se marchaban de Esparta al día siguiente. Habían dispuesto viajar hacia la vecina Arcadia durante la primavera y el verano, pues Madre había encontrado unas pruebas que parecían indicar que Lagos, arconte de Arcadia, también formaba parte del Culto. Si así era, sin duda podrían «convencerle» para revelar la verdadera identidad del desgraciado rey espartano.

Kassandra se adentró en la antigua tumba. Mirrina estaba de rodillas junto a un candil que iluminaba el lugar, bajo la adusta estatua ascética del rey Leónidas, desnudo salvo por su casco, la lanza y el escudo. Kassandra se arrodilló junto a su madre.

—Leónidas fue el último héroe de verdad de Esparta —dijo Mirrina—. Si no hubiese sido por su valentía, estaríamos todos bajo el yugo de los persas.

—¿Y qué tiene todo esto que ver conmigo y con mi viaje hacia el norte, donde los griegos se van a asesinar entre sí?

—¿Sabes por qué Leónidas fue a las Termópilas, a pesar de las adversidades?

—Porque era fuerte, valiente, no como yo —espetó Kassandra.

—Saca tu lanza —le pidió Mirrina, con calma.

Kassandra entrecerró los ojos con desconfianza, pero hizo lo que su madre le había pedido.

—La última vez que alguien me pidió que lo hiciese fue cuando

Heródoto…

Mirrina acercó la lanza hacia la estatua y un rayo de luz atravesó a Kassandra.

Estoy en la Sala de los reyes, pero todo se ve diferente: los antiguos tronos brillan más, están menos gastados… y vacíos.

—Esparta no irá a la guerra. La Pitia ha hablado —grita un hombre esquelético desde detrás de un trono. Me doy cuenta de que es un éforo. Los otros cuatro vociferan, todos de acuerdo con él. Algunos llevan puestas esas tontas máscaras o las sujetan entre las manos. Arrodillada entre ellos yace una anciana arrugada. Se balancea y suelta murmullos. Reconozco la túnica diáfana, las empapadas baratijas. ¡La Pitia! ¡El Oráculo está arrodillado a sus pies, como un perro!

La solitaria figura que se encuentra a los pies de los escalones del plinto del trono, de espaldas a mí, se explaya:

—¡Tanto hablar de la Pitia! ¡La Pitia! Pues bien, la Pitia solo dice lo que vosotros le decís que diga. Ha sido vuestra marioneta durante demasiado tiempo. Ha llegado el momento de cortar las cuerdas con las que la manejáis.

—Ah, Leónidas, la época de los héroes se ha acabado. ¿Crees que tu sangre te hace especial? Si te abriésemos las venas ahora mismo, la sangre brotaría contra el suelo y desaparecería entre las grietas. No eres nadie.

En ese momento me doy cuenta de dónde estoy, en qué momento de la historia.

Leónidas levanta la lanza y apunta al éforo con ella.

—¿Que no soy nada? Desciende y enfréntate a mí; con mucho gusto te ayudaré a descubrir si tienes razón en tu afirmación.

Entonces, la Pitia deja de murmurar y levanta la cabeza. Coloca una delicada mano sobre la punta de la lanza de Leónidas, la empuja hacia abajo.

—¿Por qué luchas contra lo inevitable, Hijo del León? Jerjes nos unirá. Pondrá orden en el caos.

Se me hiela la sangre. ¿Por qué el Oráculo y los éforos les piden al rey

de Esparta y a su ejército que se mantengan al margen, mansamente, a favor de Jerjes, Rey de Reyes, Gran Rey de Persia, y de su inmenso ejército?

Una sonrisa burlona se dibuja en el rostro del éforo.

—¿Lo ves? ¡Desobedece a la Pitia y todo lo que te importa se desvanecerá!

Durante un momento, Leónidas los mira fijamente y, después, da media vuelta.

—Preparad a los guerreros —ruge mientras se aleja a zancadas del plinto—. Si Jerjes quiere conseguir Esparta, tendrá que hacerlo sobre mi cadáver.

Leónidas me atraviesa como si fuese un fantasma y, después, en un destello de luz blanca, todo termina.

Kassandra recuperó el conocimiento de rodillas junto a Mirrina.

—¿Ves? —dijo su madre—. Leónidas decidió ir a la guerra para salvar a Esparta de Persia y… del Culto de Cosmos.

—¿Estaban aquí, arraigados como la mala hierba en las bases de Esparta, incluso por aquel entonces?

—Incluso por aquel entonces —confirmó Mirrina—. Al regresar a Esparta he podido descubrir mucha información. Y todo lo que he averiguado es desalentador. Pero ahora, debes marcharte al norte, Kassandra. No pienses en Arquídamo, o en el pasado. Limítate a sobrevivir… y encuentra la prueba que necesitamos para arrancar las malas hierbas de ese asqueroso parásito de nuestra patria de una vez por todas y para siempre.

El solitario galope de las pezuñas del caballo castrado llevó a Kassandra a vagas ensoñaciones del pasado, de los últimos años y de la tormentosa guerra en la que se había visto arrastrada; y de tiempos pasados, que todavía se le clavaban en el corazón como garfios oxidados. De repente, oyó el redoble de varias pezuñas y alzó la mirada, sorprendida. Sin embargo, las colinas de Beocia estaban desiertas: solo trozos grises de terreno y maleza

verde, reluciendo en el calor de principios de verano. Kassandra se percató de que los valles se alzaban a su alrededor y que los jinetes fantasmas no eran más que el eco de las pisadas de su propio corcel. «Ya casi he llegado», pensó, observando el camino que tenía delante y que se elevaba en las montañas, plateadas y espléndidas, contra el cielo azul cobalto. Sonrió al ver a Ícaro planeando por allí; su primer explorador. Ícaro no había emitido ningún sonido, lo cual era buena señal. Sacó una manzana de su alforja y la ronzó distraídamente. La pulpa dulce y fría de la fruta le sentó bien. Aminoró un poco el paso para deslizarse hacia delante y darle el corazón de la manzana a su caballo. Entonces, sucedió algo extraño. Los ecos de las pisadas del animal aminoraron de un modo extraño, como si a los ecos que resonaban a su espalda les hubiese tomado un par de segundos más disminuir el ritmo. Un picor le recorrió la espalda, húmeda por el sudor, con una sensación de inquietud. Subida en la silla de montar, se volvió para observar el camino que había dejado atrás. Pero, en esos momentos, con el caballo parado, solo podían oírse las frenéticas conversaciones entre las cigarras, el bullicioso borboteo de un arroyo y el tamborileo sordo de un pájaro carpintero en un bosquecillo de pinos.

Contempló la nada, con un desdén y una confianza que no sentía y, después, emprendió de nuevo la marcha. Desde entonces, el eco de las pezuñas resonaba… de forma extraña todo el tiempo. Durante todo lo que quedó de viaje, Kassandra dejó una mano apoyada sobre el mango de su lanza rota.

Los ecos fantasmas no llegaron a materializarse en una amenaza real y, cuando llegó la tarde, contemplaba la plateada cumbre que tenía delante: el monte Helicón. Descubrió un círculo de lanzas sobre una meseta, y unos guardias con capas rojas y unas tiendas blancas dentro de este. Apartó la mano de la lanza y la colocó sobre el pergamino que llevaba escondido; después, chasqueó la lengua para arrear al caballo y que este avanzase a medio galope cuesta arriba hacia la entrada del campamento. Cuando los dos hómoioi que flanqueaban la entrada la vieron, alzaron las lanzas y los escudos, con la muerte en los ojos. Kassandra empuñó el pergamino como si fuese un arma. Vieron las marcas en el papel y la dejaron pasar; la *misthios* se bajó del caballo y lo ató con una cuerda cerca de un comedero.

Después, empezó a caminar. Mientras avanzaba a través de los cuarteles montados en tiendas de campaña, registró a fondo todo lo que la rodeaba, mirando a ambos lados para poder abarcarlo todo. «Todo lo que necesito es una pista, por pequeña que sea, Arquídamo. Todos sabrán que formas parte del Culto y tu falso reinado como rey de Esparta llegará a su fin. Y el Culto también caerá». Al fin, llegó al pabellón de mando: una tienda de color blanco hueso un poco más grande que el resto, con los costados subidos para que los muchos ilotas y guerreros pudiesen entrar y salir con noticias y refrigerios para alimentar lo que parecían unas charlas frenéticas. Vio al comandante espartano apoyado en una mesa, ancho de hombros y con la cabeza inclinada sobre un mapa que repasaba una y otra vez. El resto de hombres a su alrededor gritaba y vociferaba consejos que se contradecían entre sí. Por un momento, Kassandra sintió un poco de compasión por el general… y, entonces, este alzó la mirada.

Kassandra se detuvo en seco.

—¿Esténtor?

Esténtor empalideció. Después, las mejillas se le pusieron rojas y apretó los labios, hasta que parecieron la hoja de una espada. Se alejó de la mesa, apartó al consejero más cercano de su camino y fue hasta Kassandra dando largas zancadas.

—No me di cuenta de que eras tú el que estaba al mando de…

¡Pum!

Los nudillos de Esténtor le dieron de lleno en la boca a Kassandra. Un fogonazo blanco le atravesó la cabeza. Un segundo después, Kassandra se dio cuenta de que estaba tumbada boca arriba y la cabeza le daba vueltas.

—¡*Maldkas*! —gimió y, entonces, vio a su agresor mirándola desde arriba, con la cara roja por la furia y la espada desenvainada. Se había congregado una multitud de personas a su alrededor. De inmediato, el aturdimiento se desvaneció y Kassandra retrocedió, sacó el pergamino y lo agitó ante sus ojos.

—¡He venido a ayudarte, pedazo de idiota!

—No después de lo que pasó en Megáride. No después de lo que hiciste, ¡puta asesina!

La multitud de hómoioi que se había formado resonó con enfado.

¿Cuánto les había contado Esténtor de lo que había pasado?

Kassandra levantó más el pergamino, para que todos pudiesen verlo.

—El rey Arquídamo me ha enviado para ayudarte a proteger este territorio.

El sonido atronador de las voces descendió y todos los ojos cayeron sobre el edicto. Esténtor, cuyo pecho subía y bajaba con violencia, hundió su espada en su vaina, giró sobre sus talones y se marchó hacia el extremo norte del campamento dando enérgicos pisotones.

—Arquídamo no debe de confiar mucho en mí —vociferó por encima del hombro—, si decide fiarse de una maldita mercenaria.

Kassandra se llevó una mano a la mandíbula; notaba los labios sensibles y le dolía el hueso. Siguió con cautela a su hermano adoptivo. Se detuvo detrás de él y contempló las vistas que se extendían al norte: llanuras doradas bañadas por el sol y, en el centro, el gigantesco lago Copaide, donde confluía la cinta verdosa que era el río Cefiso. Cuando una nube ligera ocupó el cielo, las sombras bañaron aquella tierra.

Esténtor movió las orejas al detectar su proximidad.

—Los dioses me castigan con tu presencia.

—Si estuviera aquí para castigarte, ya estarías muerto —replicó ella, cada vez con menos paciencia.

—¿Qué pretende conseguir Arquídamo al enviarte a ti, a una mercenaria sola, además de traidora, aquí?

—Que haga lo que tú obviamente no puedes —replicó ella, envalentonada ahora por el dolor insoportable que sentía en la mandíbula.

Esténtor giró la cabeza.

—No tienes ni idea, ¿verdad? Llevamos en guerra cuatro años. ¿Crees que lo sabes todo solo porque marchaste a la batalla con nosotros en una ocasión en la Megáride?

El dolor alcanzó su punto álgido y luego comenzó a descender. Kassandra aprovechó su enfado.

—Me he visto envuelta en conflictos de manera continua desde aquella batalla, Esténtor. Dejemos de insultarnos todo el rato. Tenemos trabajo por hacer. Esperaba encontrar aquí a mercenarios y aliados, no me di cuenta de que el grueso del ejército espartano estaba aquí. ¿Por qué? ¿Por qué estáis

en Beocia?

Esténtor bajó la cabeza igual que había hecho cuando había estado frente a la mesa con los mapas.

—Teníamos Atenas. —Cerró una mano en el aire, agitó el puño y lo dejó caer—. Pero Cleón se hizo con el poder de la ciudad. Dirige Atenas con mano de hierro y ha ordenado muchas invasiones por tierra que han sido directamente estúpidas, aunque algunas hayan tenido éxito. Cuando intentamos regresar a Ática, repelió nuestras fuerzas. Ahora nos hemos quedado atrapados en esta región, rodeados por una mezcolanza de aliados a nuestra causa y enemigos acérrimos. Y los ejércitos de Atenas y de sus aliados plateos amenazan con echarnos de esta región, lo cual sería desastroso.

—Haré lo que esté en mi mano para asegurarme de que eso no sucede —dijo Kassandra con un tono de voz tranquilo.

Esténtor no respondió y continuó observando la extensión de tierra frente a él.

—El único motivo por el que sigues con vida es ese mandato que llevas. No eres una aliada. Solo eres un arma.

—Desconoces gran parte de lo que sucedió aquella noche en la Megáride —comenzó a decir ella, pero Esténtor alzó una mano para que callara.

—He ido encajando las piezas desde entonces, sicaria. Eres la hija perdida del Lobo. Te hiciste pasar por mercenaria… cuando en realidad eras una asesina.

Kassandra se atrevió a dar otro paso hacia el borde de la montaña, se situó junto a él y dijo:

—Tú no lo entiendes…

Se oyó un chasquido cuando Esténtor volvió a desenvainar un cuarto de su espada.

—No digas ni una palabra más.

Y ella no insistió.

Pasado un rato, Esténtor volvió a hablar.

—Aquí solo tenemos un *lochos*, igual que en la Megáride. Los éforos retuvieron a los otros cuatro regimientos porque los augurios eran

demasiado inciertos. Así que las posibilidades de que Esparta gane en estas tierras descansan sobre los hombros de sus aliados. Sobre los de Tebas. —Hizo un gesto hacia el este, donde una ciudad de murallas pálidas era apenas visible entre la agitada confusión que reinaba en la llanura—. Y al sur, al otro lado del golfo está Corinto, que cuenta con un gran número de soldados y tiene una flota lista para desembarcar y ofrecernos apoyo.

Kassandra contempló Tebas y paseó la mirada por la ruta más directa desde el punto donde se encontraban hasta la ciudad. El trayecto cruzaba la llanura dorada. Pero sus ojos se detuvieron en una vena plateada que se extendía desde las costas del sur del lago Copaide hasta la falda este del monte Helicón, donde se encontraban en aquel momento. Al principio pensó que era un río, pero luego se dio cuenta de que en realidad eran movimientos de tierra y hombres. Hoplitas atenienses.

—Muy bien —se burló Esténtor—, tú también lo ves. Esa línea es como un muro entre nosotros y nuestros aliados en Tebas, que son nuestra única fuente de caballerías auxiliares. Pagondas y sus jinetes no pueden unirse a nosotros. Esa franja móvil de acero ateniense nos ahoga como si fuera la soga de un estrangulados Tienen suministros abundantes y les llegan hombres nuevos cada día. El ejército ateniense sigue hinchándose como un forúnculo, dicen algunos; Cleón hace caso omiso a sus arcas, que están prácticamente vacías, debido a su obsesión por apaciguar la inquietud que tiene su gente a causa de la estrategia defensiva tan cobarde que ideó su predecesor.

Kassandra movió los ojos hacia el extremo más alejado de la línea ateniense, hacia donde se encontraba con la orilla sur del lago Copaide. Recorrió la masa de agua con los ojos hasta llegar a la orilla norte. ¿Habría alguna manera de cruzar?

—Son tierras montañosas accidentadas e infranqueables. —Esténtor se adelantó a su sugerencia—. Los jinetes de Tebas conocen esta tierra mejor que nadie, y ni siquiera ellos intentan conducir sus preciados corceles por esos pasos traicioneros para reunirse con nosotros, porque se arriesgan a perder a la mitad por culpa de algún hueso roto. —Señaló hacia unas extrañas formas parecidas a una equis que había en el suelo ante la línea ateniense, situadas en el lado más cercano al monte Helicón. Kassandra

entrecerró los ojos durante un buen rato antes de conseguir comprender lo que eran: dos docenas de espartanos desnudos, clavados con los brazos extendidos y tostándose al sol—. Por los dioses que hemos intentado romper ese muro de lanzas, pero ese ha sido el resultado.

—Entonces los corintios y sus numerosas tropas son la clave —murmuró Kassandra—. Cuando desembarquen pueden caer sobre el borde sur de esa franja. Eso distraerá lo suficiente a los atenienses para permitir a tu *lochos* cargar sobre ellos desde este lado, y a Pagondas y sus tebanos desde el otro.

—Bien observado. —Rio Esténtor con sequedad, sacudiendo los hombros—. Sin embargo, Beocia es famosa por sus llanuras, sus bosques… y su falta de puñeteros lugares en los que desembarcar. Solo hay dos puntos buenos en los que la flota corintia pueda llegar a tierra.

Kassandra cerró los ojos.

—Y los controlan los atenienses, ¿no? La flota de Corinto no puede atracar.

—Bienvenida a mi cama de espinos, *misthios*. Ahora ya no te sientes tan confiada, ¿verdad?

Kassandra pasó muchas noches haciendo planes y viajes a través de las montañas Helicón. Deambulaba de norte a sur lo más lejos que podía sin que la avistaran y se dedicaba a observar y a buscar. Cuando por fin supo lo que debía hacer, regresó a la tienda de comando de Esténtor.

—No eres más que una mercenaria. ¿Qué puedes hacer tú que no puedan hacer mis *lochos*? —Escupió Esténtor. Se levantó de su taburete y dio un largo sorbo de vino aguado.

—Dame una docena de hombres.

Esténtor le dirigió una mirada gélida y una media sonrisa.

—No pienso darte nada, por los dioses.

—Necesitas llevarte esta victoria. Esparta la necesita.

La sonrisa de Esténtor se tornó una mueca cuando apretó los dientes y le dio la espalda, camino de su mesa de mapas.

—Prometí a la flota corintia una almenara antes de que acabara el

verano. Si no reciben la señal, regresarán a su propia ciudad. Pero no podemos encender la almenara hasta que no hayamos despejado uno los puntos de desembarco para que puedan atracar.

—Dame hombres y me encargaré de ello.

Se giró hacia ella y su semblante enfadado volvió a mudar en una sonrisa. Chasqueó los dedos e hizo algún tipo de señal al personal tras ella. Kassandra oyó unas pisadas ligeras a su espalda.

—¿Señor? —farfulló el enjuto ilota, cuyo rostro estaba prácticamente cubierto por unas cortinas de cabello negro y una gorra de piel de perro.

—La *misthios* aquí presente tiene un plan —dijo Esténtor. Kassandra abrió la boca para protestar—. Y tú vas a prestarle tu ayuda —acabó antes de que ella pudiera decir algo.

El labio de Kassandra se arrugó.

—Sea pues —escupió, y dio la espalda a Esténtor—. Estad preparados al amanecer, como ya he explicado.

Kassandra y el ilota viajaron hacia el sur bajo el abrigo de la oscuridad. No se detuvieron para dormir ni para comer, y solo descansaron durante una breve pausa, comieron liebre asada ensartada en un palo y su águila picoteó entre los huesos. El ilota se presentó como Lydos, un hombre tímido y miedoso de treinta años. Kassandra trató de tranquilizarlo con preguntas sobre su familia, pero él no le dijo mucho más aparte de sus nombres. Tenía el hábito nervioso de recogerse el pelo tras una oreja cada pocos instantes, y en una de las ocasiones en las que lo hizo, Kassandra se percató de que una de sus mejillas estaba hundida, se la habían roto en el pasado. Además, la parte trasera de sus piernas estaba surcada de cicatrices.

—Te han tratado de manera cruel en la Krypteia —dijo, pensando en los jóvenes espartanos que tenían como prueba atormentar a ilotas. Sintió que la embargaba tanto la compasión por el pobre desgraciado como el odio hacia su tierra natal, por estar construida sobre pilares tan crueles.

Lydos se revolvió, incómodo, se lamió los labios y evitó mirarla a los ojos.

—No fue durante la Krypteia.

—¿Entonces quién fue?

—El rey Arquídamo tiene un temperamento legendario. Descarga su ira sobre nosotros, los ilotas. Hizo que me azotaran con un látigo de púas porque lo interrumpí una noche mientras hablaba con un grupo de visitantes extraños. A lo largo de los años me ha roto las costillas, una pierna y la nariz.

—¿Y tu mejilla?

El hombre sonrió con torpeza.

—No, eso fue cosa del rey Pausanias. Él es menos cruel y esa herida fue merecida. Estaba sirviéndole vino una noche y fui tan torpe que derramé un poco. Intenté secarlo con el borde de mi túnica, de verdad que lo intenté, pero solo conseguí empeorar el estropicio, y mi mano dejó una mancha de vino en el borde de un documento que estaba escribiendo. El rey se levantó y me dio un puñetazo. Y al menos no me hizo nada más. Si hubiera sido Arquídamo me habría molido a golpes.

Kassandra bajó la voz, como si tuviera miedo de que hubiera espías del Culto espiándolos allí, en mitad del campo desierto.

—¿Has dicho que Arquídamo recibió a unos visitantes extraños una noche?

Lydos frunció el ceño.

—Eran viajeros que venían de lejos y que tenían un aspecto y una manera de hablar extraña. Pero para nosotros los ilotas hasta los espartanos son raros. No pretendo ofender, por supuesto.

Ella inclinó la cabeza hacia un lado para indicar que no la había ofendido.

—¿Alguno de esos visitantes llevaba algo extraño… como una máscara?

El hombre adoptó una expresión confusa.

—¿Máscaras? No, vestían como oficiales y comerciantes.

Kassandra intentó buscar otro ángulo por el que interrogarle, pero fue incapaz de encontrarlo. Un búho ululó y la hizo perder el hilo de sus pensamientos, y recordó que el tiempo corría en su contra. Mientras caminaban hacia el sur, vieron un claro lleno de helechos y el fulgor de las antorchas en la costa.

—Corsea —susurró Kassandra—, una de las dos ciudades portuarias.

Lydos asintió con rapidez.

—¿Recuerdas todo lo que te dije? —añadió ella.

Lydos volvió a asentir.

La *misthios* suspiró al preguntarse si aquello no era un error, y además uno que quizás le iba a costar la vida.

—Vamos —dijo al fin.

Lydos se ató su bolsa de cuero y salió corriendo en dirección a las oscuras colinas, en dirección contraria a Corsea.

Kassandra, con Ícaro sobre el hombro, atravesó con sigilo los helechos en dirección a la ciudad portuaria. La noche era húmeda y el cielo estaba traicioneramente despejado; la luna y las estrellas parecían antorchas que lo desvelaban todo con su fantasmal luz blanca. En cierto momento, la mujer se agachó para coger tierra y recubrirse con ella cara y brazos. Al pasar, los sapos croaron y los zorros y ratones de campo huyeron a toda velocidad.

Se detuvo a tiro de flecha de Corsea. Cientos de hoplitas atenienses formaban filas junto al muro de madera del muelle y el resto de la guarnición (según contó Kassandra, dos trierarcas por cada quinientos hombres) estaba acampado por las calles de la ciudad. Entonces comprendió que Esténtor se mostrara tan reticente, como atacara aquel lugar tan bien defendido con sus quinientos espartanos y perdiera, Beocia caería en manos de Atenas. La guerra podía depender de semejante derrota.

Escuchó los bramidos indecentes en la taberna, vio a los arqueros vigilando en silencio desde los tejados y observando los mares y admiró las escabrosas garras en la costa que se ensartaban en el mar a ambos lados de aquella pequeña y lisa bahía. También vio una estructura que se alzaba muy por encima de las otras: una torre de madera que parecía construida hacía poco sobre la que el líder de los arqueros daba vueltas, con el torso desnudo y la capa blanca reluciente bajo la luz de la luna. Más allá, gracias a la luz de las antorchas, incluso llegó a distinguir las oscuras formas de la flota corintia, que esperaba en el mar con impotencia. Los atenienses tenían la costa tan bien vigilada que la flotilla no podía llegar a la orilla sin perder a muchos de sus hombres la primera vez que tomaran tierra.

A continuación, miró en dirección al centro de la ciudad, luego de

nuevo a la plataforma del arquero y, después, a las oscuras colinas a sus espaldas. Estaba convencida de que, en aquel mismo momento, Lydos corría por la colina, escapando hacia la libertad. «Ahora es demasiado tarde para preocuparse por eso», pensó, y soltó un suspiro.

Movió el hombro para que Ícaro echara a volar y, a continuación, siguió atravesando con mucho sigilo los helechos hasta llegar a las afueras de la ciudad. Los guardas atenienses que vigilaban tierra adentro eran pocos, y hasta vio uno dormido: un hueco por el que entrar. Así pues, saltó una valla baja, atravesó un jardín privado intentando hacer el menor ruido posible y miró por encima de un pequeño muro; desde allí vio el camino principal todo cubierto de tierra y la base de la alta torre de vigilancia de madera.

Kassandra esperó a que pasaran un par de hoplitas atenienses y, entonces, saltó el muro y cayó sobre un gran montón de paja justo antes de que apareciera otro par de ellos. Escuchó cómo el amortiguado sonido de la conversación se tornó más claro y fuerte cuando pasaron y volvió a desvanecerse. Seguidamente, se quitó la paja de encima y se acercó a la base de la torre en la que vigilaba el arquero, el cual podía dar la orden de que calcinaran cualquier nave corintia que se atreviera a acercarse. Además, se dio cuenta de que había un extraño artilugio: una barra de hierro tan larga como un mástil que llevaba un fuelle en uno de los extremos y, en el otro, un caldero colgado con cadenas. ¿Sería algún tipo de instrumento bélico? Durante un rato estuvo tramando un nuevo plan… Sin embargo, solo funcionaría si hacía lo que debía allí.

Dirigió su atención desde el extraño artilugio hacia arriba. La superficie de madera estaba bien alisada, pero vio algunos huecos y cuerdas atadas aquí y allá, así que, en cuanto decidió cómo subir a la torre, se dispuso a ello.

Le dolieron los dedos del esfuerzo y le ardieron las espinillas al resbalarse en las cuerdas y la madera. Cuando ya estaba cerca de la parte más alta, oyó las zancadas deliberadamente lentas del arquero líder y la fuerte respiración de otra persona. Se detuvo en cuanto los oyó hablar.

—Los corintios volverán a casa a finales de este mes lunar. Entonces los espartanos también se verán obligados a volver a sus granjas y Tebas caerá —reflexionó el líder—. Nuestros esfuerzos determinarán el rumbo de la

guerra y nuestra parte no será olvidada.

—Pero, capitán Nesea, lo que hiciste… —dijo el de la respiración fuerte —, la familias que mataste aquí…

—Eso no fue más que el botín de la conquista. —Se mofó Nesea—. Y si el tema sale algún día a la luz, será a ti a quien culparán, y tú…

Kassandra saltó a la plataforma en la que estaba el arquero. Los dos hombres se volvieron hacia ella.

—Ya podéis descansar tranquilos —les dijo—, se acabó el asunto.

Kassandra hizo un rápido movimiento con un brazo y clavó el pequeño cuchillo que llevaba en el brazal en el cuello del que respiraba fuerte. A la vez, clavó la media lanza en el pecho del capitán Nesea. Ambos cayeron al suelo sin proferir sonido alguno.

Después, la mujer esperó durante un rato hasta estar segura de que no había nadie abajo que hubiera visto lo que había pasado y empezó a pensar en el segundo paso del plan.

En vez de ir hacia el mar, se giró en dirección a la zona interior de la ciudad. Desde allí, observó las negras colinas, puso las manos alrededor de su boca y profirió un estridente chillido semejante al de un ave. Lo repitió otras dos veces más.

Entonces… nada sucedió. Solo oyó el continuo sonido de las copas en la taberna y las risas. Miró enfadada a las colinas. «Serás necia», se dijo a sí misma.

Luego vio a un par de hombres que se acercaban desde la empalizada del muelle y miraron hacia la torre.

—Nesea, ¿todo bien?

Kassandra se quedó de piedra.

—Sí, todo bien —bramó intentando imitar la voz del capitán muerto lo mejor que pudo.

Entonces vio con espanto el pequeño riachuelo de sangre que manaba del cuerpo de Nesea y que caía por el borde de la plataforma.

—¿Sangre? —murmuró un guardia que pasaba al lado de la torre—. Algo pasa en la torre.

De la taberna llegaron más pisadas y las voces divertidas perdieron todo rastro de humor.

—¿Nesea? ¿Qué sucede ahí arriba?

Kassandra escuchó el sonido del roce de las sandalias y notó que la torre se movía cuando los hombres empezaron a escalarla. Ícaro descendió en vuelo desde el cielo e hirió con sus garras a los soldados que intentaban subir, pero no pudo detener su ascenso.

Entonces, la noche se estremeció con el fuerte estruendo de los *auloi* espartanos. Aquel alarido brotó de las oscuras colinas, recorrió el claro de los helechos e inundó las calles de Corsea.

Los hombres que trepaban por la torre se detuvieron y el tono de voz de los de abajo cambió; sus voces se unieron a las de cientos de hombres más que salían de las tiendas, de sus alojamientos y de las tabernas.

—¡Vienen los espartanos! —gritaron—. ¡En formación! ¡Coged los escudos! ¡Hacia el interior!

Kassandra observó a dos trierarcas que se pusieron en formación de forma desordenada y atravesaron el claro de helechos para enfrentarse al ejército fantasma que se aproximaba. «Gracias, Lydos». Después, echó un vistazo a la defensa de la costa, la cual se había quedado sin muchos de sus soldados. De hecho, solo permaneció una veintena de arqueros en la empalizada del muelle y ninguno tenía cerca ningún brasero o brea.

La *misthios* contempló la jarra de brea que tenía allí y el chisporroteante brasero y luego dirigió su mirada hacia la flota corintia. «Espero que estéis despiertos», pensó, y derramó toda la brea. El líquido apestoso y viscoso acabó esparcido por toda la parte superior de la torre. A continuación, se colocó junto al brasero. «Porque aquí tenéis la almenara que se os prometió…».

Pegó una patada al brasero y saltó de la plataforma cuando, detrás de ella, las llamas se alzaron con violencia. Desorbitó los ojos al caer en picado sobre el montón de paja.

A muchos kilómetros al sur, sin tener ni idea de lo que sucedía en la distante ciudad costera, el *lochos* espartano de Esténtor se puso en formación junto al pie del monte Helicón. El hombre se colocó delante de los soldados y pasó la mirada por todo el claro beodo, bañado con la luz del

amanecer, hasta el enorme frente ateniense.

—No deberíamos haber abandonado el campamento en la montaña —dijo un oficial espartano.

Esténtor, al que le dolía la cabeza por haber dormido poco aquella noche, se mordió el labio para no proferir la primera respuesta que se le ocurrió.

—Aquí estamos, sin embargo.

Volvió a intentar encontrar un punto débil en el terreno y en las tropas atenienses ya reunidas. Algunos de los soldados enemigos bramaron y rugieron cuando, al amanecer, los espartanos descendieron de la montaña: solamente eran quinientos espartanos contra cinco mil atenienses. ¿Y si aquello era la burla definitiva de la *misthios* y por eso los había llevado a él y a su *lochos* a tomar una posición defensiva tan pobre como aquella?

«Estad preparados al amanecer», le había pedido Kassandra antes de marchar con su único ilota. Por un momento deseó no haber sido tan terco y no haberle dado solo un esclavo.

—*Lochagos* —le dijo el espartano que se encontraba a su lado—, ¡los atenienses se mueven, mira!

Entonces lo vio por sí mismo: el enorme frente ateniense se sacudía enfurecido, como si se preparara para marchar y aplastar a su único regimiento enemigo allí mismo. Avergonzado, esperó. Se le cayó el alma a los pies.

—¡*Lochagos*, mira! —gritó otro espartano.

Esténtor miró hacia el extremo sur del frente ateniense. Vio algo extraño, como etéreo. Parecía que un dios hubiera cogido la tierra como una alfombra y la hubiera sacudido, y hubiera mandado así una pequeña ola hacia el norte. Se levantó el polvo. En el extremo sur del frente, los atenienses, frenéticos, se dispersaron y se volvieron en aquella dirección, de donde venía marchando el ejército corintio.

—Lo ha conseguido —exclamó, con envidia y deleite—. ¡Espartanos, avanzad!

Bajo las banderas rojas de Corinto, Kassandra marchó junto a su

strategos aliado, Aristeus, y sus guardias. Allí, las divisiones corintias se movieron como una enorme hoz hacia el extremo sur del frente ateniense.

—¡Destruid su flanco, alcanzad su frente! —rugió Aristeus, y un tamborilero golpeó su instrumento con rapidez.

Kassandra se bajó la visera del casco de un golpecito. Se subió al montículo que tenía más cerca, junto a los guardias reales, y asió su lanza con firmeza. Un comandante ateniense la señaló y se rio de ella, tal y como hizo también aquel desgraciado en la Megáride. No obstante, este no pudo pronunciar palabra alguna antes de que la lanza partida le asestara un golpe en el medio de la cara y le reventara el casco, el cráneo y el cerebro.

Los atenienses cayeron por decenas con el avance de los corintios, los cuales subieron por una crujiente alfombra de muertos y se apoderaron del montículo.

Al oeste, Kassandra vio cómo una marea roja emergía de entre la neblina provocada por el calor y marchaba en su dirección desde las laderas del monte Helicón.

—Los espartanos marchan desde el oeste. Avisa a los tebanos —gritó.

Las trompetas entonaron un ritmo rápido, se oyeron silbidos y el constante grito de guerra se hizo más y más fuerte cuando los primeros espartanos de Esténtor colisionaron contra el flanco occidental de las líneas atenienses. Una enorme ala de plateados jinetes tebanos apareció por el este. Dirigidos por un Pagondas magníficamente armado, formaban una gran cuña, las caras ensombrecidas por los cascos de ala ancha hechos de hierro y bronce, y sus enormes picas preparadas hacia el desordenado flanco este de los atenienses.

—*¡Age! ¡Age! ¡Age!* —gritaban llevando a los corceles en formación en el momento perfecto para cargar contra ellos. Atravesaron el centro de las tropas atenienses con un tremendo estallido semejante a una tormenta eléctrica. La avanzadilla de la cufia golpeó certeramente con sucesivos destellos de hierro sobre hierro. La sangre salpicaba la línea de batalla en ráfagas repentinas.

Por el aire volaron miembros amputados. Las cabezas giraban y rebotaban en el polvo y los gritos parecían desgarrar el mismísimo éter. Kassandra echó a patadas al primer grupo de atenienses que intentó retomar

el montículo capturado y luego se agachó tras el escudo cuando más de ellos llegaron hasta ella. Vio cómo la gran línea ateniense se enroscaba y retorcía, como una serpiente a la que unos perros hubieran mordido por la cola y por ambos lados… pero el momento del ataque sorpresa había terminado y los atenienses seguían superando en número a los aliados.

Un guardia corintio clavó su lanza en el pecho de un ateniense, con lo que descubrió sus pulmones. El enemigo cayó, pero muchos otros acudían al montículo.

—¡Proteged al *strategos*! —gritó el guardia. Se agruparon con Kassandra alrededor de Aristeus, entrelazando los escudos. Los atenienses se les acercaron con un bosque de lanzas seguido de una lluvia de flechas. Kassandra le atravesó las tripas a uno y le rompió la rodilla a otro, pero el mundo se iba oscureciendo a medida que la rodeaban en una oleada cada vez mayor. Las flechas le caían sobre el yelmo y los estertores de corintios heridos que se hundían en la muerte se elevaron a su alrededor. El círculo que protegía al rey se hacía cada vez más y más pequeño.

—¡Traed el aparato! —gritó a través de todo el jaleo, sin saber si alguien la oiría por encima del temible clamor de la batalla—. ¡Traedlo!

Un gigante ateniense partió la cabeza del corintio junto a ella para después barrer a la guardia personal del *strategos*. Kassandra saltó a por él. Soltó su lanza hoplita y enarboló la media lanza de Leónidas.

El gigante ateniense la golpeó. Ella logró bloquearlo, pero sintió que todo su cuerpo temblaba por la fuerza del golpe.

Dos más venían hacia ella por los laterales. No había tiempo para reaccionar. Y entonces… un rugido colosal.

Llegó con una fuerte bofetada de calor y un cambio súbito en el aire justo delante de ella. Gritó, el calor era tan intenso que hacía que le picara la piel y le quemaran los ojos. Y luego estaba el olor, aquel hedor a carne quemada y pelo chamuscado. Era como si el sol hubiera caído sobre la tierra, estallando en la llanura. Una ola naranja se elevó tras los atenienses contra los que luchaba. El más atrasado cayó entre gritos, con la espalda en llamas.

Detrás de él otros cientos más se agachaban y rodaban de un lado a otro como antorchas humanas. Casi todos los que estaban cerca arrojaron las

armas y los escudos para huir de las llamas. El gigante frente a ella, abandonado por los otros dos a los costados, sufría ahora la punta de lanza del *strategos* corintio, que le atravesó la garganta.

Kassandra se quedó sin aliento en medio de los asfixiantes zarcillos de humo negro que recorrían la tierra. Vio el enorme tubo de cobre forrado de hierro en la parte trasera de un vagón, y los tres corintios trabajando los fuelles de cuero en un extremo. Con cada tensa compresión del fuelle, un gran silbido de aire salía del otro extremo de la tubería, añadiendo vigor al pequeño caldero colgante de fuego alimentado con resina, enviando un nuevo aliento de fuego hacia las filas atenienses. Había sido idea suya sacar el dispositivo del puerto y traerlo. «Actos inhumanos por un bien mayor», trató de excusarse consigo misma.

Los atenienses huían en desbandada antes de que el sol llegara a su apogeo. Los jinetes tebanos corrieron tras ellos, derribando a los más temerarios. Los arqueros corintios también perseguían y lanzaban flechas contra los soldados en retirada.

Habían ganado por hoy.

Kassandra clavó su media lanza en el montículo de tierra.

Ícaro bajó para posarse en su hombro. El puñado de guardias reales de Corinto que quedaban escoltó al *strategos* para apartarlo de lo peor de la carnicería.

—No olvidaré lo que has hecho por mi ejército, *Misthios*, ni lo que hiciste por mi ciudad en el pasado —dijo, volviéndose hacia ella. Pasó un tiempo, los gritos de victoria crecían y llenaban la llanura de Beocia junto con el zumbido de las moscas y el graznido de los cuervos. Supo de inmediato que aquel olor a muerte y a hombres calcinados nunca la abandonaría. Pero el día había terminado. Se ató la lanza al cinturón y avanzó a trompicones por el montículo con la piel ennegrecida por el humo, la tierra y la sangre reseca. Se encontró con la patética imagen de Lydos el ilota, que había hecho que todo eso fuera posible. La estaba esperando, encogido al borde de la batalla. Sostenía un recipiente con agua y una botella de aceite, en un ofrecimiento para lavarla. Ella se le acercó.

—Ya has hecho suficiente por hoy. Dioses, diría que te has ganado la libertad con todo lo que has hecho.

El hombre tembló allí donde estaba.

—No… no me atrevería a soñar con semejante derecho —dijo colocándose nervioso el cabello detrás de la oreja.

Ella le apretó el hombro.

—Me encargaré de que no pasen por alto todo lo que has hecho para salvar esta tierra, Lydos.

Se separó de él y miró al otro lado del campo de batalla, las pequeñas y numerosas estelas de victoria tomaban forma a lo largo de la quebrada línea ateniense. Escuchó un grito gutural, la unión de varias voces espartanas.

—¡Auu! —Vio a los soldados de capa roja con las lanzas alzadas en señal de saludo a su comandante. Y entonces vio a Esténtor, el rostro convertido en una máscara de sangre que llevaba como símbolo de la victoria. Iba hacia ella a toda prisa.

—Has comandado bien al *lochos*. La victoria es de Esparta. La victoria es tuya —dijo ella mientras se le acercaba.

Pero él mantuvo ese ritmo insistente, directo hacia ella.

—Y ahora que la victoria del rey Arquídamo está asegurada, por fin puedo encargarme de mi verdadero enemigo.

Vio que su lanza se elevaba como una cobra, acariciando el aire, y se apartó con un salto.

—¿Estás loco?

—Mi mente nunca ha estado más despejada —replicó, y dio un golpe al aire cuando Ícaro intentó atacarlo—. Morirás por lo que me robaste en Megáride.

—No tiene por qué ser así —dijo con voz ronca, esquivando sus golpes mientras él caminaba en círculos a su alrededor.

—No, ya no. Las cosas habrían sido muy diferentes si no hubieras venido a la guerra, si no la hubieras arruinado. Mataste a mi padre, maldita asesina.

—Hice lo que debía hacer —gruñó, empuñando la media lanza.

—Lo mismo haré yo —rugió Esténtor. Su cuerpo se tensó como un león a punto de saltar… y entonces se relajó, dando un paso atrás, otro y otro más, con el rostro descompuesto y los ojos fijos en un punto sobre el hombro de Kassandra. Ella se volvió y vio una silueta avanzando entre los

heridos y las nubes de humo. Vestido con una sencilla túnica marrón, no parecía espartano, ateniense ni nada más que un simple hombre de Hellas.

—No tiene nada por lo que pagar, Esténtor —murmuró Nikolaos.

La piel de Kassandra se estremeció en un escalofrío cuando pasó junto a ella, ofreciéndole un gesto de comprensión. Se dio cuenta de que la habían estado siguiendo todo el tiempo que había estado en Beocia. El Lobo había vigilado cada uno de sus pasos.

—¿Padre? Creí… creí que estabas muerto —graznó Esténtor.

—Estuve muerto para la guerra, durante un tiempo —respondió—. Cuando Kassandra me enfrentó en Megáride supe que no podía liderar a los hombres cargando con aquella vergüenza. También sabía que estabas preparado para tomar el manto del liderazgo. No quería irme sin decir adiós, pero sabía que, si aquella noche iba a verte, ya no sería capaz de marcharme.

—Ella te mató en los acantilados —tartamudeó Esténtor.

—Pudo haberlo hecho. Algunos dirían que debió haberlo hecho. Pero no lo hizo. Tomó mi casco para reclamar la recompensa, pero me dejó allí, llorando. Sus palabras, tan ciertas como la luz de Apolo, me hirieron más profundamente que cualquier espada. Morí mil veces durante el tiempo que caminé por esas tierras. Al final hice las paces con mi pasado y volví a tu lado: durante casi dos veranos os he estado observando a ti y a tus hombres. Hice todo lo que pude para desviar a los espías enemigos y dejarte pistas sobre las mejores rutas.

Kassandra deslizó la lanza bajo el cinturón. Se encontró con la mirada de Esténtor, sin sentir ni una pizca de virtud.

—Pero lo cierto es que en realidad no necesitabas mi ayuda. Mi hijo será un general más grande de lo que fui yo —dijo Nikolaos acercándose a Esténtor.

Esténtor le ofreció a su padre un saludo brusco y varonil.

«Un general regresa de entre los muertos para recibir de su hijo el saludo de un soldado de hielo», pensó Kassandra. «La coraza de hierro de los espartanos es realmente fría y gruesa».

Pero Nikolaos respondió extendiendo sus brazos y el rostro de Esténtor pareció abatido. La lanza se deslizó de su mano y fue al abrazo de Nikolaos.

Los dos permanecieron abrazados durante un rato, ante la mirada de los guerreros.

Kassandra sintió que su corazón se llenaba de una profunda tristeza. «1.a llama arde en el interior de la coraza de hierro», comprendió.

«Esto es lo que siempre quise tener. Amor. Entre padre e hija, madre y hermano. Ahora este regalo, Esténtor, es tuyo. Disfruta de cada momento».

Tras unos instantes, Esténtor soltó un llanto estrangulado, y una lágrima comenzó a bajar por su mejilla como un riachuelo. Abrió un momento un ojo, mirando siniestramente a todos los que observaban, y secó aquella lágrima, insistiendo en que el humo hacía que le picaran los ojos.

El labio superior de Kassandra se crispó en una sonrisa breve e irónica.

Después de eso se apartó de la pareja y se marchó del campo de batalla, con Ícaro planeando a su lado.

14

Kassandra se marchó a Esparta cuando el verano se marchitaba y daba paso al otoño. Las palabras de Nikolaos resonaron en su mente durante todo el viaje: «Ten precaución. Una vez te advertí de que tuvieses cuidado con las serpientes que se esconden en la hierba, pero esto es mucho, mucho peor que eso. Cierta maldad flota sobre la Tierra Hueca. No me di cuenta cuando estaba en el ejército y en medio de la guerra pero, desde fuera, lo he visto claro: es como una sombra negra que se desliza por la tierra».

Supo a qué se refería. Incluso alguien que no tuviese tanta información del Culto de Cosmos podía sentir cierta frialdad en el aire espartano, una sensación de que se avecinaba un desastre inminente. Kassandra se ajustó un poco la capa y siguió adelante. Nikolaos la había escuchado mientras le explicaba que Mirrina todavía estaba viva, tal y como él había esperado, y que había regresado a su patria. Tras enterarse de las últimas noticias, Nikolaos se quedó callado durante unos minutos y, después, dijo con voz queda: «Quizá llegue el día en el que pueda sentarme a la mesa de nuevo con ella y bebamos vino juntos». La triste mirada que vio en sus ojos indicaba que no sería más que un sueño que nunca se haría realidad.

Recorrió la orilla occidental del río Eurotas a caballo, pasando por delante del templo de Licurgo y el puente Babyx. Un poco más adelante, en una zona en la que los árboles se separaban, Kassandra los vio: su nueva familia la esperaba para darle la bienvenida. Mirrina estaba allí, junto a Barnabás, Brásidas y Heródoto. El mensajero al que había contratado para que se le adelantase les había avisado de su llegada. Las lágrimas se

agolpaban en los ojos de su madre. Heródoto y Brásidas sonreían satisfechos, como unos tíos orgullosos. Barnabás sollozaba como una abuela.

Los recuerdos del reencuentro de Nikolaos y Esténtor le cruzaron por la mente mientras se apeaba del lomo del caballo y se deslizaba entre los brazos de Mirrina. Respiró la cálida fragancia de pétalos de su madre y sintió el fuerte abrazo de oso de Barnabás envolviéndolas a ambas.

Poco después partieron de allí y tanto Kassandra como Mirrina adoptaron una actitud orgullosa y altanera, como si de repente fuesen conscientes del entorno espartano en el que estaban.

Aquella noche, Barnabás cayó en un profundo sueño lleno de ronquidos en la esquina de su pequeña morada en la aldea de Pitana, mientras Brásidas se sentaba en la puerta de entrada y se dedicaba a afilar su lanza. Heródoto se puso a hacer un dibujo de Ícaro, mientras el águila se arreglaba las plumas con el pico en un hueco de los aleros de la puerta. Mirrina y Kassandra, tras haber disfrutado de un vigorizante baño en el río Eurotas y de una buena sesión con el estrígil, estaban sentadas alrededor de la chimenea, envueltas con unas mantas de lana recién limpias, mientras tomaban una taza de sopa negra espartana. Kassandra le contó a su madre todo lo que había pasado en Beocia y la reaparición de Nikolaos.

—Nunca te conté que le había perdonado. No estaba segura de que fueses a perdonármelo tú.

Mirrina vertió más sopa en ambas tazas con un cucharón. Partió una segunda hogaza de pan para las dos.

—Una vez me hablaste de la llama que tenías en tu interior, Kass —dijo Mirrina en voz baja—. Te pedí que la escondieras, que la mantuvieses en secreto. Pero me equivoqué. Somos espartanas… pero también somos algo más que eso. —Finalizó, apretando la mano de Kassandra.

Kassandra esbozó una media sonrisa y sorbió la sopa humeante, cuyo sabor fuerte la caldeó por dentro.

—Sin embargo, no partí en busca de Nikolaos, sino del León de Ojos Rojos, el rey que pertenece al Culto, y no he hallado nada. Ninguna pista, ningún rumor —fijó la mirada en las llamas y bajó la voz hasta que solo fue un susurro—. Debo presentarme mañana en la Sala de los Reyes para

informar de mis acciones en Beocia. Había planeado aprovechar ese momento para exponer a Arquídamo… pero se cubre demasiado bien las espaldas.

—Yo tampoco he encontrado nada —dijo Mirrina—. Arcadia es una tierra extraña y me alegré de contar con la compañía de Brásidas. Arribos recurrimos a nuestras lanzas más de un vez, incluso contra su arconte.

Kassandra se fijó en las cicatrices recientes en las manos de su madre.

—En efecto, tal y como me temía, el arconte Lagos era uno de ellos. —Bajó su cuenco con sopa, como si hubiera perdido de pronto el apetito—. Contaba con un grupo de enmascarados. Brásidas y los guardias que escogió para la misión lucharon como leones contra ellos. Al final logré tener a Lagos bajo la punta de mi lanza en el suelo de su palacio. Y aun entonces se creyó invencible, como si su despreciable Culto fuera a irrumpir allí y a salvarlo. Entonces le dije quién era yo y quién era mi hija, y su confianza se derrumbó. Antes eran cuarenta y dos —dijo, y apretó la rodilla de Kassandra—, y ahora, gracias a ti, solo quedan seis.

—Pero uno de esos seis está sentado en el trono de Esparta —respondió Kassandra con rotundidad.

—Intenté hacer que confesara la identidad del rey traidor —suspiró Mirrina—. Antes de que lo atravesara con mi lanza no paró de llorar y suplicar, pero no reveló nada. Lo único que encontré fue otra escritura. —Se encogió de hombros y sacó de debajo de su manta un pergamino raído—: Este también lo escribió el León de Ojos Rojos.

Kassandra lo sostuvo a la luz de la hoguera y contempló el mismo sello en forma de cabeza de león que tenía estampada la escritura pariana. Desenvolvió el pergamino y paseó la mirada por los caracteres extraños que utilizaba el Culto. Era incapaz de comprender lo que ponía, igual que había sucedido en Paros. Y lo que era peor es que aquel documento también estaba manchado, parte del texto estaba oscurecido por… se quedó sin aliento. La invadió la revelación. Apenas oyó el sonido que hizo su cuenco de sopa al caer al suelo, o el ruido que hizo Barnabás al despertarse, sorprendido, o el de Brásidas al soltar la lanza que había estado afilando, o el de su madre al sacudirla.

—Kassandra, ¿qué sucede? ¿Qué sucede?

El parloteo de la Gerusía inundaba la Sala de los Reyes, dos hómoioi gritaban y protestaban al exponer sus respectivos casos: ambos aseguraban que el olivar en las faldas inferiores del Taigeto les pertenecía, uno decía que era suyo debido a que se encargaba de cuidar la finca y el otro insistía en que era suyo por derecho de nacimiento. Los dos hombres gritaron hasta ponerse rojos y solo se consideró que se había arreglado el asunto cuando el que reclamaba el olivar por herencia recibió los vítores más ruidosos. Ambos salieron de allí acompañados por las puntas de las lanzas de los guardias *hippeis*. A continuación, todas las miradas se posaron sobre el siguiente trío que esperaba juicio.

Kassandra dio un paso adelante y miró a los dos reyes y a los cinco éforos.

—Ah —gruñó Arquídamo—, he oído que Beocia ya está protegida. Así que no moriste en la lucha, ¿eh?

La Gerusía rio secamente.

Kassandra hundió la vista en el rey de melena y barba enmarañadas, ojos inyectados en sangre y maneras groseras y amenazantes.

—Tienes la gratitud de Esparta —farfulló este al fin.

—Y tu finca —añadió en seguida el rey Pausanias—. Me encargaré de que quiten las cadenas y limpien el lugar antes de tu regreso.

Dos *hippeis* se acercaron para acompañar a Kassandra fuera de allí, pero ella no se movió.

—¿Algo más? —espetó Arquídamo.

—Han traicionado a mi familia —dijo ella. La Gerusía profirió un grito ahogado—. Han traicionado a Esparta. Y hemos venido para poner al descubierto al traidor.

Arquídamo la miró con fijeza durante un momento.

—¿Ah, sí? ¿Y quién es el traidor? ¿Cuál es su crimen? —bramó y rio. Luego se volvió a reclinar sobre su trono, lo cual provocó más hilaridad por parte de la Gerusía.

—En la isla de Paros encontré evidencias de que uno de los dos reyes de Esparta no es aliado de la polis o de los dioses…, sino del Culto de Cosmos.

Este se hace llamar el León de Ojos Rojos.

Kassandra escuchó cómo todos quedaron en completo silencio, tanto que, si hubiera caído una pluma al suelo, habría sonado como un tambor de guerra.

Los párpados de Arquídamo bajaron levemente y taparon un poco su mirada.

—Esa es una acusación muy desafortunada, deshonrosa descendiente de Leónidas —bramó—. Más te vale que tengas pruebas de ello, si deseas conservar la cabeza.

Kassandra le lanzó el pergamino que robó al Culto en Paros. Arquídamo se puso blanco como el papel y sus ojos rojos se pusieron todavía más colorados.

—No cabe duda de que lleva las marcas del Culto, pero esto sigue sin demostrar nada.

—Por sí solo no vale nada —estuvo de acuerdo Mirrina, que también dio un paso adelante para ponerse al lado de su hija—, pero luego viajé a Arcadia y allí otro traidor me confirmó que hay un miembro del Culto en el trono de Esparta. Además, conseguí otro pergamino con el mismo sello con la cabeza de león. —Levantó el documento de Arcadia y lo agitó.

Arquídamo se estremeció de la ira.

—¿Acaso estás ciega?

El rey levantó una mano rechoncha para que la luz diera en el anillo que llevaba con el sello de un halcón. Asimismo, señaló la mano de Pausanias y el sello con una media luna.

—¡No hay ningún León de Ojos Rojos en estos tronos! —exclamó mientras levantaba un dedo a los *hippeis*, que posicionaron sus lanzas tras las espaldas de las dos mujeres, a esperas de que Arquídamo bajara el dedo para ensartarlas—. Debería haberlo hecho la primera vez que pusiste un pie aquí.

—¡Un momento! ¡Esperad! —gritó Kassandra, y le arrojó el pergamino arcadiano a Arquídamo—. Mira este otro texto.

Él lo atrapó, dudando si debería dar la orden de una vez antes de desenrollarlo.

—¿Veis la extraña mancha en forma de mano? —preguntó Kassandra

—. En Beocia recibí la ayuda de un ilota que derramó el vino que manchó el pergamino, su mano hizo esta marca…

Los ojos inyectados en sangre de Arquídamo bajaron hasta la mancha oscura del documento. El poco color que quedaba en su rostro desapareció.

—… Cuando el rey Pausanias lo estaba escribiendo.

Todos los ojos se tornaron hacía el joven rey.

—Muéstrame tus sellos secundarios —pidió Arquídamo en voz baja.

—¿Qué clase de tontería es esta? —Rio Pausanias—. Haz que los maten y terminemos de una vez.

Arquídamo fulminó con la mirada a su compañero rey. Entonces saltó de su trono, lo agarró por el cuello y lo levantó como si fuera un juguete. Agarró la pequeña cadena de plata que rodeaba el cuello de Pausanias y la rompió. La sacó de debajo de la túnica del joven rey y la sostuvo en alto.

Cada uno de los presentes en el Sala de los Reyes miró horrorizado el anillo con sello de cabeza de león que colgaba de la cadena.

—¿Tú? —rugió Arquídamo.

—Siempre ha sido él, mi señor —respondió Kassandra con calma—, escondiéndose bajo el disfraz del buen juicio. Enmascarado a la luz del día, al igual que en las oscuras salas donde se encuentra con los de su calaña.

Se escuchó cómo todos los miembros de la Gerusía se levantaban de sus asientos. Arrastraron los pies hacia los dos reyes, en silencio, solemnes. Arquídamo bajó a Pausanias. El joven rey se volvió hacia los ancianos, para luego retroceder contra los éforos, que bloquearon aquella salida.

—No lo entendéis, ¡está mintiendo! —dijo volviéndose hacia el círculo de rostros vengativos a su alrededor.

—La evidencia no miente —respondió un anciano con suavidad, sacando un garrote del cinturón.

—El estado y los dioses prohíben que se dañe a los reyes de Esparta —gritó Pausanias entre jadeos a medida que el círculo se cerraba a su alrededor.

—Los dioses lo entenderán —dijo uno de los éforos, estirando una delgada cuerda con las manos.

Arquídamo, en la parte trasera del círculo, se volvió hacia Kassandra, Mirrina y Brásidas.

—Dejadnos. Los asuntos del pasado ya están arreglados. El traidor no volverá a ser un problema.

A pesar de todo, Kassandra sintió cierta lástima por Pausanias mientras salían. Una vez fuera, oyeron un grito escalofriante que venía del interior, antes de que los *hippeis* cerraran las puertas con un estruendo sepulcral.

Casi todo el tiempo había estado tan segura de que el culpable era Arquídamo… Pero el entusiasmo tan poco espartano de Pausanias por ayudarlos debería haberla puesto sobre aviso, se dijo.

Desde la niebla de la memoria, recordó la irónica frase de Sócrates.

«Las cosas nunca son lo que parecen, Kassandra».

15

Kassandra se asomaba por la proa de la *Adrestia*, observando las olas y a los delfines que saltaban por las espumosas aguas del mar Egeo, y el vuelo a toda velocidad de Ícaro, al ritmo de la nave. Su mente rememoró el otoño, el invierno y el verano que habían pasado desde que Esparta se había librado de su horrible rey.

Se había pasado el otoño y los meses aislados por el invierno entrenándose con Testikles en el gimnasio, corriendo una vuelta tras otra por la pista bajo unas ventiscas azotadoras. Barnabás y Reza habían ayudado tanto como habían podido, creando un empinado montículo de nieve para que Testikles pudiese subir y bajar por él corriendo. Sin embargo, un día no encontraban al atleta por ningún lado. Solo se dieron cuenta de dónde estaba cuando oyeron una melodía de borracho que emergía, amortiguada, desde el interior del montículo. Hicieron un agujero en uno de los costados y se lo encontraron en una especie de cueva hecha de nieve; en realidad, no era más que un hoyo que Testikles había cavado él mismo. Estaba borracho como una cuba, hasta el punto de que había perdido el conocimiento, y se abrazaba a un odre de vino como si de un bebé se tratase.

—Para enseñarles a los jóvenes espartanos que jamás tienen que beber vino sin diluir, obligan a los ilotas a emborracharse hasta este punto y a ponerse en evidencia —le explicó Kassandra a Barnabás mientras arrastraban al campeón por los tobillos hacia la silenciosa nevada que caía en el exterior de la cueva—. Está claro que Testikles se perdió esa clase.

Cuando a Testikles se le pasó la borrachera, Reza se ofreció como *sparring* para el pancracio. Testikles demostró destellos de gran habilidad; saltó, dio patadas, luchó cuerpo a cuerpo y lanzó al timonel al suelo. Reza se puso en pie de nuevo, aturdido, y ambos tomaron una pose de luchadores, con los puños en alto y preparados para pelear. Heródoto, que los observaba desde lejos, cantaba con entusiasmo:

Con una furia desmedida los ataca
Paso a paso, a sus enemigos machaca
Es el elogio más noble de un espartano
Y la gloria eterna habrá ganado.

Testikles volvió la cabeza hacia él, mientras le temblaba la coronilla de pelo apelmazado.

—¿Qué?

—Es un poema —respondió Heródoto con un suspiro—. Un poema espartano famoso.

El puño de Reza se estrelló contra la mandíbula de Testikles, que en esos momentos estaba distraído. El campeón cayó al suelo como una losa. Después se levantó y pidió un poco de vino puro para calmar el dolor de cabeza. Todos gimieron.

Pasaban las frías noches junto a la chimenea de su hogar. Madre e hija hablaban del pasado y de la extraña tregua de la guerra. No habían recibido noticias nuevas de recientes batallas. No les había llegado ni una sola palabra de Deimos. Quizá, aquella calma se debía a la llegada de los Juegos Olímpicos y la tregua que todo el mundo había jurado mantener mientras se celebrasen. A Kassandra le recordaba a ese momento en la montaña, justo antes de que Alexios cayese por el abismo. Una extraña burbuja llena de alivio… pero una burbuja que, estaba segura, no tardaría en estallar.

Con la llegada de la primavera, les llegaron noticias de que un gran grupo de ilotas habían asesinado a sus señores y habían huido de tierras espartanas, rumbo al oeste. Un mensajero les contó que habían buscado refugio en la isla de Esfacteria, justo frente a sus costas. Peor, habían

robado armas y provisiones. La audacia de los esclavos fugitivos era una afrenta peligrosa para Esparta; como un hilo que estira del dobladillo de una túnica, había que detenerlo antes de que se descosiese toda la pieza. En una reunión cargada de furia, los éforos anunciaron que enviarían un *lochos* entero bajo las órdenes de Brásidas (que se había convertido al instante en un héroe de Esparta), para localizar y capturar a los fugitivos.

Mientras las tropas espartanas marchaban para encargarse del asunto, la *Adrestia* zarpó, casi de incógnito, llevando a Testikles por el Peloponeso hacia la ciudad de Elide, para las Olimpiadas. Heródoto hizo una crónica de cada día de la travesía del campeón, mientras Barnabás se comportaba como un muchacho, rebosante de emoción por las muchas pruebas que el gran Testikles ganaría, sin lugar a dudas. Al final, el único trofeo con el que se hizo fue con el título no oficial de «El mayor idiota de toda Hellas». Ocurrió a un día de viaje de los juegos: el borracho atleta se había despertado con una imperiosa necesidad de que lo embadurnasen en aceite antes de llegar a la ciudad. De repente, Reza y Barnabás encontraron unas tareas urgentes de las que tenían que ocuparse en lo alto del mástil de la nave, mientras que Heródoto se había esfumado dentro del camarote, encerrándose con llave. Así que Testikles se volvió hacia Kassandra, con una sonrisa torcida en el rostro.

—¿Me untas en aceite?

—Hazlo tú mismo.

—Pero es que hay algunas zonas a las que no llego. —Esbozó una amplia sonrisa burlona—: ¡Venga!

Con una risotada, Testikles abrió los brazos de par en par y… se lanzó contra Kassandra.

La *misthios* se apartó de su camino, pero jamás imaginó que la situación fuese a acabar tan mal como acabó. El bobalicón de Testikles se tropezó con un rollo de cuerdas y se cayó por la borda. Un fuerte chapoteo y una columna de agua atrajeron a todo el mundo a la borda.

Barnabás cogió el rollo de cuerda, preparado para lanzárselo al campeón.

—¿Testikles? —gritó hacia la estela que dejaba la Adrestia. No obtuvo respuesta—. ¿Testikles? —repitió, mirando en la lejanía.

Nada.

Entonces, de la superficie, emergió la punta de una aleta negra junto al costado de la nave, antes de volver a sumergirse en las aguas. Todos contemplaron boquiabiertos como el agua se teñía gradualmente de rojo. Ascendieron un par de burbujas de aire y al poco flotó hasta la superficie el taparrabos sucio de Testikles.

Barnabás, desconsolado por la pérdida de su héroe, cayó de rodillas y estiró las manos hacia las olas.

—¡Testikleeeees! —gritó en un lamento ronco e interminable.

Tras aquel incidente, los juegos veraniegos se convirtieron en un borrón confuso: se pasaron días intentando explicar a los encargados que Esparta no tendría un representante, pero las burlas y su actitud jubilosa empujaron a Kassandra a competir en lugar de Testikles. En el pancracio, la prueba de lucha libre, venció a todos los hombres que se enfrentaron a ella y se llevó la corona de hojas de olivo. En la carrera fue tan veloz como un ciervo, y perdió por un pelo frente a Alcibíades, que parecía deseoso de celebrarlo igual que de costumbre. En el lanzamiento de disco lo realizó bien; rompió el anterior récord de Esparta, y solo la superó un isleño con unos hombros de oso.

—¡Ja… ja! —Unos gritos marciales atrajeron su atención y la sacaron de su reminiscencia de lo ocurrido para traerla de nuevo al presente.

Se volvió hacia la proa del barco y vio que Barnabás lanzaba puñetazos al aire, recreando su victoria en el pancracio. Heródoto se sentaba sobre una pila de sacos de grano y lo narraba todo con emoción.

—Y luego lo cogió por la cadera y lo lanzó al suelo.

Barnabás recreó todo paso a paso e Ícaro chilló desde la berlinga de la nave como un espectador emocionado.

Kassandra le había dado a Barnabás su corona de olivo, y desde que habían salido de la Elide el capitán se pasaba el día y la noche con ella sobre la cabeza. No pudo evitar preguntarse si alguien en Esparta la apreciaría tanto como él. «Esparta». Por una vez, pensar en su tierra natal no la hizo sentir un ramalazo de odio. Miró al frente, al litoral que se extendía frente a ella, y divisó el puerto de Trinisa a lo lejos. Cerca de un buen trozo de la costa espartana había un puñado de esquifes y balsas que

moteaban las aguas tranquilas. Los hombres saltaban desde barcos pequeños, se sumergían en las aguas y salían a la superficie con el cuerpo teñido del famoso tinte púrpura de los caracoles porphyria y los brazos repletos de las conchas de las criaturas. Kassandra clavó los ojos en tierra firme y su corazón se angustió al pensar en su madre y en su patria.

Al ver a Mirrina en el embarcadero se le levantaron los ánimos, pero cuando se acercaron lo suficiente para poder verle el rostro, sintió que la extraña burbuja de gozo que la rodeaba se rompía como si fuera un ánfora.

—¿Qué sucede? —le preguntó al bajar a trompicones del barco y aterrizar en el muelle. Alrededor de ambas los gritos de los soldados eran urgentes, enojados y preocupados.

Mirrina se tomó unos momentos para serenarse y mantener a raya las lágrimas que le agolpaban en los ojos.

—Brásidas y sus hombres llegaron a Esfacteria y descubrieron que los ilotas armados no eran la mayor amenaza del lugar. Los regimientos atenienses también estaban allí.

—¿Era una trampa?

—Eso parece. Pero Brásidas consiguió volver la estrategia de los atenienses a su favor antes de que fuera demasiado tarde. Él y sus hombres se han pasado todo el verano batallando para conservar la isla. Las naves no paran de dar vueltas alrededor del territorio para bloquear las bahías estrechas; hay escaramuzas tanto en la isla como en la costa de Pilos y hay treguas y parlamentos tensos que siempre se disuelven con intercambios enfadados y nuevas batallas. La isla está teñida de rojo por la sangre. Brásidas está atrapado ahí con su regimiento de espartanos de pura cepa, y no se dejará derrotar con facilidad. Pero ha corrido la voz de que Cleón ha enviado refuerzos atenienses para aplastar al escuadrón espartano y hacerse con la isla. Kassandra…

Ella vio algo en los ojos de su madre y supo lo que estaba a punto de decir.

—Deimos navega junto con esos refuerzos.

Mirrina asintió y enterró la cabeza en el pecho de Kassandra. Permanecieron de esa manera, sosteniéndose la una a la otra, durante un largo rato, y mientras el sol se puso y reinó la paz. Ahora podía oír las

llamadas frenéticas de los soldados. Estaban enviando los esquifes que se empleaban para recolectar tinte para buscar y convocar a puerto a las pocas galeras que conformaban la escasa flota espartana. Los éforos se habían negado a enviar a sus valiosos *lochos* a apoyar a Brásidas para no arriesgarse a dejar su tierra natal con poca protección. En su lugar se había convocado a un grupo de aliados tegeatas. Un contingente de mil hombres que a lo mejor sería capaz de salvar al regimiento espartano atrapado en la isla.

Mirrina levantó la cabeza y zarandeó a Kassandra.

—Sé lo que estás pensando; y sé que no podré detenerte. Si Deimos viaja para prestar apoyo a Atenas eso significa que el Culto quiere que Atenas gane, y que quiere masacrar a los espartanos de Esfacteria. No podemos permitir que eso suceda. Vete y haz lo que debas. Solo te pido una cosa: tráeme a mi niño de vuelta.

Los subterfugios de la guerra no eran una costumbre espartana. Y tampoco eran la costumbre de ningún soldado de Hellas. Pero la gran guerra había retorcido las antiguas reglas de combate. Las falanges ya no se alineaban una frente a otra para encontrarse en un choque honorable de aceros. Aquella era una nueva era, con asedios enrevesados, túneles que pasaban bajo los muros de las ciudades y contraminas para desbaratar esos túneles y ahogar a los que los excavaban; era una era de artilugios poderosos como el imponente lanzallamas; una era de engaños, mentiras y desesperación. Los juramentos perdieron su significado y pasaron a ser meras herramientas utilizadas con fines hipócritas. Toda Hellas acabó cubierta de bestias de ojos rojos, retorciéndose del dolor, tal y como la isla de Esfacteria.

Los cadáveres rígidos de espartanos, ilotas y atenienses yacían insepultos sobre la tierra. Los hombres del *lochos* de Brásidas eran como un grupo de leones que disminuía día tras día, pero jamás era vencido; sin embargo, las galeras atenienses llegaban a las costas cada mes lunar con nuevas tropas. Finalmente, en los últimos días de verano, llegaron las primeras naves auxiliares de Esparta, en el momento en que Brásidas y sus

hombres fueron empujados hacia la península al norte de la isla. Se aproximaron diez trirremes llenos de tegeatas y, al frente de todos ellos, la *Adrestia*.

Llegaron de noche, y desde la isla les llegó un viento caliente y hediondo. Kassandra se agachó en la proa con Ícaro sobre el hombro y ambos observaron la boscosa isla y la extraña luz que la iluminaba de un extremo a otro.

—¿Por qué brilla? Si es una isla sin aldeas, solo hay un fuerte espartano.

El semblante de Barnabás mostró tristeza.

—Ay, *misthios*, me temo que los atenienses han aprendido mucho de su derrota en Beocia…

Kassandra parpadeó para humedecerse los ojos resecos y entonces lo vio: aquel brillo era en realidad un furioso incendio. Los pinares y olivares chisporroteaban y caían fulminados por las llamas naranjas. Cuanto más se acercaban, mejor pudo ver las flechas de fuego que atravesaban el cielo nocturno como plumas de ave fénix. Los proyectiles silbaron y sisearon sin cesar desde las costas norteñas hasta caer en una pequeña zona que se encontraba en el interior de la isla, la cual ya estaba en llamas. También se oyó el sonido de los *auloi* que avivaban el humo de las nubes naranjas.

—Esto parece las puertas del Hades —dijo en voz baja Barnabás.

La *misthios* escuchó el lamento distante y desolador de los *auloi* espartanos y reconoció la canción: era la llamada a la última batalla, la misma que escuchó en aquella visión que tuvo en las Termópilas.

—Tenemos que darnos prisa —instó a la tripulación.

—No podemos acercarnos directamente —dijo Barnabás—, pues las costas están abarrotadas con los hombres de Cleón, pero podemos atracar cerca. Agárrate fuerte, *misthios*.

Cuando Barnabás se fue, Kassandra asió una cuerda con fuerza. La *Adrestia* pasó cerca de la «cadera» de la isla y navegó velozmente hacia el norte, paralela a la costa y peligrosamente cerca de las partes poco profundas para utilizar los acantilados que allí se alzaban y así ocultarse al pasar junto a las zonas costeras controladas por Atenas.

La galera cruzó a gran velocidad por debajo de un arco de roca natural y, seguidamente, los riscos desaparecieron y revelaron las actividades

bélicas de los atenienses en una bahía. Apostados, allí se encontraban varios cientos de arqueros y una falange de unos quinientos hoplitas, y aquello solo era una pequeña parte de las fuerzas atenienses que ocupaban las costas del norte.

La *Adrestia* crujió en el momento en el que se adentraron en la playa de guijarros de la bahía y, justo entonces, los atenienses se percataron de su presencia y de las otras nueve galeras que llegaban detrás de ella.

El *taxiarchos* ateniense se sobresaltó al ver al enemigo desembarcando. Justo a continuación, gritó a sus hombres, que dirigieron sus flechas de fuego hacia la flotilla auxiliar. A continuación, cayó una tormenta de astas ardientes.

Kassandra sacó su escudo. Los tegeatas se colocaron en formación junto a ella, con gran estruendo. Aquellos hombres eran valientes y leales, pero sabía que faltaba algo: los hómoioi. Echaba de menos aquel halo de invencibilidad que sintió cuando luchó junto a los hombres de Esténtor. En aquel momento tendría que ser ella la que motivara a los hombres de Tegea.

Las flechas cayeron y se clavaron a su alrededor. Los tegeatas se esparcieron sacudiéndose o intentando arrancarse con la mano aquellos letales proyectiles. Uno de ellos empezó a correr en llamas, como si fuera una antorcha humana, hacia el agua. A otro, detrás de ella, se le clavó una flecha en el ojo y se desplomó en el suelo como un saco de arena mojada.

—¡Apuntad las lanzas! —exclamó la mujer a la vez que una flecha pasaba silbando junto a su casco—. ¡Marchad!

Notó cómo los tegeatas se colmaron de valor gracias a sus firmes órdenes y marcharon junto a ella al mismo paso pero con rapidez.

Los atenienses se quedaron en su sitio durante un momento. Entonces, Kassandra los vio dar un paso atrás. Instantes después, los arqueros habían empezado a desaparecer entre los árboles, conscientes de que no podrían enfrentarse a Kassandra y a sus recién llegados hoplitas.

A continuación, los quinientos lanceros de Atenas se enfrentaron al centenar de tegeatas.

—¡Avanzad! —gritó el *taxiarchos*.

Cada vez estaban a menos distancia los unos de los otros, hasta que las dos fuerzas se encontraron y provocaron un gran estruendo cuando

chocaron las lanzas y escudos, estruendo al que se unieron los gritos caóticos desde toda la costa y el interior de la isla.

Kassandra, con su lanza, atravesó el hombro de un soldado, el cual cayó de rodillas. Luego, la *misthios* sacó el arma del cuerpo de aquel hombre y la utilizó para empujar el escudo de otro ateniense.

—¡Acaba con él! —gritó al tegeata que tenía al lado, quien, debidamente, clavó su lanza en la tripa del hoplita enemigo.

Un gran número de atenienses cayó. Kassandra notó cómo sus cuerpos quedaban aplastados bajo sus pies mientras lideraba el empuje y los enviaba de vuelta al bosque. Después de un tiempo, los atenienses entraron en pánico, más de la mitad cayeron muertos y el resto huyó en desbandada. Era como si unas grandes puertas se abrieran al inframundo cuando apareció el camino en el bosque en llamas. Llamó a los tegeatas, instándolos a subir por la enmarañada maleza y el desigual terreno. Vio siluetas saltando y dando vueltas entre los árboles en aquel caos ardiente de chispas que caían como si de gotas de lluvia se tratara. Los espartanos luchaban como lobos, algunos con el pelo quemado, otros con la piel abrasada. Un hombre peleaba con la mitad de la cara convertida en un mar de ampollas y supurantes quemaduras. Los atenienses que se habían adentrado en el terreno los rodeaban como chacales, en una cantidad imposible. Pero cuando Kassandra vio a Brásidas, justo arriba, supo que no podía darse por vencida. El general espartano giró sobre sus talones para atravesar a un campeón ateniense; para después cercenar la cabeza de otro con un hábil golpe de lanza antes de clavarla con fuerza en el vientre de un tercero.

—*¡Misthios!* —gritó al verla, la cara cubierta de sangre, con una sonrisa salvaje y los ojos exageradamente abiertos—. Mantén tu posición —le gritó —, crearemos un camino de regreso a la costa para…

Entonces, el fuego se dividió como si de un par de cortinas se tratara.

Detrás de Brásidas apareció una sombra con la cabeza baja. Por un momento pensó que era la encarnación de Ares… hasta que la figura alzó la cabeza. «¿Deimos?».

—¡Brásidas, detrás de ti! —gritó, corriendo hacia delante con todas sus fuerzas.

La expresión salvaje y confiada de Brásidas se desvaneció mientras caía

hacia atrás. La lanza de Deimos brilló como un relámpago y el escudo de Brásidas se derrumbó bajo su poderoso golpe. Con una hábil maniobra, Deimos fue a clavar la lanza. El arma de Brásidas giró para bloquearla, pero llegó demasiado tarde. Entre las cambiantes formas del humo vio dos figuras que se sacudían. Brásidas cayó hacia un lado. Su cuerpo rodó cuesta abajo por una alfombra de brezo llameante.

Kassandra se tambaleó hasta detener su carrera, los pies posados en el mismo lugar en el que Brásidas había estado apenas unos instantes atrás. Deimos estaba ante ella. Su hermano ladeó la cabeza de un lado a otro, como un depredador que examina a una presa poco común. Su armadura de blanco y oro estaba manchada por el humo negro y la sangre, y su rostro era demoníaco, iluminado por las llamas, reluciendo de locura antes de saltar hacia ella.

Kassandra levantó el escudo para parar el golpe. La espada se clavó con fuerza, rompió la capa de bronce y astilló la madera. Arrojó el escudo destrozado al suelo y la lanza de Deimos volvió al ataque. Logró pararlo y contraatacó. Las chispas volaban golpe tras golpe hasta que, agotada, logró parar su siguiente ataque con la punta de la lanza de Leónidas. Ambos se empleaban a fondo, agitados, compitiendo por imponerse al otro. A su alrededor, los viejos árboles crujían y se derrumbaban en grandes estruendos de fuego y humo.

Kassandra apartó la lanza y vio vacilar por un segundo la seguridad en los ojos de Deimos, pero aquello no hizo más que avivar su locura y, con un rugido, se echó hacia atrás, aplastándole la lanza. Ella se apartó rodando y retrocedió.

—¿Has venido a morir? —clamó Deimos, caminando hacia ella con la lanza preparada para atacar. Sintió el borde de la pequeña colina bajo sus talones y se detuvo.

—No me lo pongas tan fácil —gruñó—. Al menos aguanta una pelea.

—He venido a llevarte a casa.

Volvió a ver el leve gesto de incertidumbre en su rostro.

—Así es. Madre quiere que vuelvas a casa… a Esparta.

Por sus ojos pasó una extraña neblina, como si aquellas palabras lo hubieran llevado al pasado. Pero la niebla se desvaneció y sus labios se

curvaron en un amago de sonrisa.

—No lo entiendes… —señaló con el dedo la tierra humeante, pasando la mano por la ardiente prisión de árboles—. La guerra es mi oficio, y los campos de batalla mi patrimonio. Vivo solo para tomar las cabezas de mis enemigos. Esta es mi casa… y será tu tumba.

Lo observó mientras tensaba el cuerpo y arremetía contra ella, y dobló las rodillas para agacharse. Se apartó de la trayectoria del golpe y lo alcanzó en la sien con la parte plana de la lanza. Aturdido, se tambaleó hacia atrás y cayó hecho un ovillo.

Dio un paso adelante, clavó una rodilla en el sueño y lo acunó.

Cuando tocó su pecho, el pulso tronó bajo su palma.

—Ahora te llevaré a casa, con Ma…

Dejó de hablar cuando un terrible crujido sonó sobre ella. Levantó la vista justo a tiempo para ver un enorme pino que rugía cubierto de llamas abalanzándose sobre Deimos y ella como el hacha de un verdugo.

Y se hizo la oscuridad.

16

La oscuridad duró una eternidad. Y, después, Kassandra se despertó con el chasquido de un látigo de púas de espino.

—¡Levántate, zorra! Si estás lo bastante bien como para hablar en sueños, entonces estás lo bastante bien como para caminar por tu cuenta.

A Kassandra le dolía la cabeza y se sentía como si no hubiese tomado un trago de agua desde hacía un año. Sintió que tiraban de ella hacia arriba desde una especie de camilla, pero no podía ni siquiera abrir los ojos. Una fuerte nausea le subió desde el estómago y le entraron ganas de tumbarse de nuevo, pero las cuerdas que la sujetaban por la cintura se tensaron y tiraron de ella; avanzó arrastrando los pies, aturdida. En ese momento, la *misthios* abrió un ojo: pudo ver la cegadora luz diurna de lo que parecía la campiña de Arcadia, congelada, el bosque de un color marrón claro, casi dorado. Una gran sierpe de soldados atenienses marchaba un par de kilómetros por delante, junto con una fila de carros y una recua de mulas. Las manos de Kassandra estaban atadas a uno de aquellos animales de carga; Kassandra se percató de que había varios prisioneros espartanos atados como ella. Iban vestidos con harapos y tenían grandes heridas y verdugones, producto de la quemadura de un látigo; además, llevaban el pelo sucio y despeinado.

—Sí, zorra, habéis perdido. —Se carcajeó un esclavo ateniense desdentado, que conducía a los prisioneros.

En cuanto lo miró, el esclavo le azotó la espalda con el látigo. Un zumbido le retumbó en los oídos, sintió que la mandíbula se le abría de par en par en un chillido silencioso y que tocaba el suelo con una de las

rodillas. El esclavo la cogió por el pelo y tiró de ella hacia arriba.

—Si te caes otra vez al suelo, te amputo las piernas y te dejó aquí tirada, de comida para los lobos.

A su lado, Kassandra vio a uno de los tegeatas caminando, atado como ella.

—Estuvimos cerca de salvar a los soldados bajo asedio —susurró—. Si hubiésemos llegado un poco antes, quizás habríamos ganado. Pero, esa noche, la isla era una trampa mortal. Los que no fueron capturados fueron quemados vivos y abandonados en la isla. Ha sido una derrota vergonzosa para Esparta, un fracaso que resonará por todo el país. Allí donde los hombres en el pasado temían hasta de mentar a los espartanos, ahora se reirán y se burlarán de ellos. —Dejó escapar un largo suspiro de cansancio —: Lo peor de todo es que Esparta hizo un ofrecimiento de paz a cambio de que nos liberasen.

El hombre señaló la columna de prisioneros de arriba abajo.

—¿Paz? —susurró Kassandra—. Entonces, ¿por qué vamos rumbo al norte, lejos de Esparta?

—Porque los atenienses rechazaron el ofrecimiento. Dicen que Cleón enardeció a los atenienses, convenciéndoles de que era el momento de tomar consciencia de la ventaja que tenían, de abandonar los últimos vestigios de la estrategia defensiva de Pericles y de aplastar a Esparta como si fuese un insecto.

Kassandra cerró los ojos. El Culto había conseguido la victoria ateniense que tanto quería. Habían recuperado el férreo control de la guerra… del mundo.

—Tú y tus hombres luchasteis bien —le dijo al tegeata—. Vuestros esfuerzos jamás se olvidarán.

—Los recuerdos no alimentarán a mi mujer y a mis tres hijas —dijo en voz baja el hombre.

Continuaron la marcha en silencio. A veces, Kassandra oía el familiar chillido de un águila, y sabía que Ícaro estaba siguiéndola, velando por ella. «No te acerques, viejo amigo», pensó. «Es peligroso».

Tras un mes de caminata (durante el cual, el ejército ateniense y el séquito de esclavos acamparon con impunidad en territorio de aliados

espartanos mientras se dirigían a su destino), regresaron al Ática. La escarcha otoñal crujía bajo sus pies al atravesar la entrada por tierra a Atenas, hacia una tormenta de pétalos y cantos. En esos momentos, Kassandra entendió la gran magnitud de la derrota de los espartanos en Esfacteria.

Por todas las calles de la ciudad, se amontonaban los escudos espartanos como si fuesen trofeos. Los escudos perdidos de los caídos y de los capturados en Esfacteria; los habían llevado a la ciudad incluso antes que a los propios prisioneros. La máxima vergüenza para los famosos guerreros espartanos. Entre ellos también podían verse varios escudos de los guerreros de Tegea y, al verlos, el hombre que caminaba junto a Kassandra suspiró con desesperación:

—La deshonra eterna —susurró.

Mientras los guiaban a través de las calles de la ciudad, los látigos no dejaron de chasquear. Kassandra se dio cuenta de que había pasado mucho tiempo desde que habían erradicado la putrefacción de la plaga, al ver una multitud de personas allí donde, antes, se habían apilado los montones de cadáveres. Mientras caminaban por la ciudad, los recibieron con verduras podridas, una lluvia de escupitajos y una sarta de abucheos e insultos. Al atravesar el ágora, una mujer salió corriendo de su casa y les lanzó un cubo lleno de orina, todavía caliente, que bañó a Kassandra y a los que estaban cerca de ella.

En la entrada del ágora, allí donde los Muros Largos salían hacia la costa y hacia el puerto del Pireo, la tripulación naval los esperaba y recibieron a los grupos de prisioneros tegeatas.

—Van a llevarnos a las colonias —dijo el tegeata—, nos harán trabajar como perros en los campos, nos pondrán cadenas en los tobillos y nos harán trabajar bajo un sol abrasador. O nos obligarán a vivir en las oscuras profundidades de las minas de plata, donde los hombres acaban ciegos y la mayoría se suicida pasados unos años.

Kassandra contempló cómo arrastraban al tegeata y a otros cincuenta prisioneros como si fueran mulas en dirección al puerto. Se llevaron a los cientos de prisioneros poco a poco. Llegó el momento en el que los esclavistas se acercaron a ella y al pequeño grupo de espartanos que

quedaba. Un esclavista apuntó un dedo sucio en su dirección.

—Para ti… tengo grandes planes. Cada uno de tus días será peor que el anterior —dijo, entusiasmado.

Pero una mano se posó en el hombro de Kassandra.

—Detente. Debemos conservar a los espartanos de pura cepa como prisioneros. Garantizarán que sus compatriotas no asalten la ciudad. Al resto los destinaremos a los molinos de grano, donde trabajarán hasta que no sientan los dedos. Esta, en cambio, se viene conmigo.

—Sí, general —asintió el esclavista, y retrocedió ofreciendo reverencias serviles.

Kassandra sintió que la embargaba una súbita oleada de esperanza… hasta que se dio la vuelta.

Cleón, con sus rizos pelirrojos echados hacia atrás y una barba peinada, le dedicó una sonrisa. Su rostro estaba contraído por la malicia, y vio la sombra de algo bajo su capa. La sombra de una máscara.

—¿Eres uno de ellos?

—El peor de todos —susurró.

Un par de guardias la agarraron por los hombros y sintió la punta de una espada afilada pinchándole la espada. La condujeron a propósito por una ruta que se alejaba del puerto y que iba hacia el otro lado del ágora. Kassandra miró la penosa y sombría prisión.

«Allí es donde envían a los hombres para que su recuerdo se borre de la historia», susurró Heródoto desde sus recuerdos.

—No —farfulló, peleando débilmente—. ¡No!

Los meses transcurrieron mientras ella permaneció en esa celda de piedra. No podía ver nada de lo que había fuera. Lo único que veía era el rectángulo móvil de luz en el suelo, que procedía de la diminuta reja del techo y que se desplazaba sobre las losas con un ritmo agonizante. Se pasaba horas mirando a través de la reja de hierro de su celda, contemplando la paja del suelo del pasillo. De vez en cuando se colaba una brisa procedente de la puerta exterior que removía suavemente las briznas del suelo. Era un movimiento leve, pero era algo.

Los sonidos del mundo exterior eran un tormento aún mayor: el ajetreo del ágora se desvaneció conforme avanzó el invierno, y luego regresó con el calor cuando llegó la primavera y más tarde el verano. Trascurrieron algunos días abrasadores en los que no vio nada ni a nadie, tan solo la apertura diaria de la trampilla de madera y la aparición de una mano sucia que depositaba un cuenco con unas gachas de trigo y una única copa de agua ennegrecida en el suelo del pasillo, lo suficientemente cerca para que ella pudiera alcanzarlos desde la reja de su celda.

Cleón no le había dado ninguna explicación cuando la lanzó allí dentro. No le había hecho falta. Lo había averiguado en cuanto escuchó el sonido del candado al cerrarse y el de las cadenas colocándose en su sitio. Estaba allí en calidad de reserva, nada más. Era una sustituta en caso de que le sucediera algo al nuevo campeón del Culto. Y, sin embargo, ¿por qué necesitaba cambiar las cosas el Culto? Tenían el mundo en la palma de la mano. ¿Cuántos miembros les quedaban? ¿Acaso no quedaban solo Cleón y un puñado más? Había perdido la cuenta del número de bastardos enmascarados a los que habían aniquilado Mirrina y ella a lo largo de los años, pero la mayoría de las cuarenta y dos personas que había visto en la cueva de Gaia habían muerto.

Sus fantasmas la acosaban por la noche, cuando Atenas se sumía en el silencio. Soñaba con rostros enmascarados, de pie, alrededor de su sucia cama de paja, contemplándola desde lo alto con sonrisas malvadas e inalterables. Durante el día intentaba alejar los peores pensamientos que rondaban por su mente a base de saltar a la reja del techo y agarrarse a las barras de hierro. Se empujaba hacia arriba y luego bajaba, una y otra vez, y conseguía ver retazos de las nubes que cruzaban el cielo. Gracias a eso consiguió mantener los hombros, la espalda y los brazos fuertes y musculosos; pero anhelaba correr, echaba de menos correr a través del campo, sentir el viento en el rostro y oler el aroma de las praderas en verano… prefería cualquier cosa a la peste a excrementos que despedía el ágora en verano.

Se despertó en mitad de una noche al oír que arrastraban a un nuevo prisionero a la celda adyacente, fue como un rayo de sol. Debido a la pared de piedra, no pudo verle, pero escuchó con mucha atención las palabras,

como si cada sílaba fuera un tesoro.

—Dime dónde lo has encontrado. ¡¿Dónde?! —bramó un guardia al que no pudo ver, el cual enfatizó la última palabra con lo que se oyó como una bofetada en la boca del nuevo recluso.

Al sonido de los dientes cayendo por todo el suelo le siguió el de un tenue quejido.

—No… no lo sé. Naufragué y me perdí. ¿Cómo voy a decírtelo si no lo sé?

—Bien, entonces cada día vendré a molerte a palos hasta que lo recuerdes —dijo un segundo guardia que luego rio a carcajadas.

Cuando los guardias se marcharon, Kassandra habló al hombre:

—¿Quién eres?

—Por favor, no me hables. Como nos oigan, vendrán y me darán una paliza.

—¿Por qué?

—Porque disfrutan haciéndolo y porque me quieren sonsacar un secreto que no les puedo dar.

—No nos escucharán, por la noche los guardias rondan por la taberna del ágora.

Se hizo el silencio durante unos momentos, hasta que el hombre lo rompió:

—He… he encontrado algo que ellos buscan.

—¿Ellos? ¿Te refieres al Culto?

El hombre parecía reticente a responder.

—Sí, a los enmascarados —dijo con una voz ronca—. Los guardias atenienses actúan bajo sus órdenes.

—¿Y por qué no les dices lo que tanto ansían saber?

—Porque como encuentren los grabados, el mundo acabará en llamas. —Tosió al pronunciar la última palabra—. Ya he hablado demasiado. —Y pasaron lo que quedaba de noche en silencio.

Transcurrieron días que comenzaban con los guardias golpeando al prisionero que tenía al lado. Cuando se iban, ella intentaba consolarlo, hablar con él, pero el hombre siempre estaba demasiado ocupado musitando cosas para sí mismo una y otra vez.

Un día, Kassandra volvió a escuchar cómo los guardias volvían a darle una paliza al hombre.

—Escupe ya tus secretos, escoria —le dijeron con desprecio mientras le rompían, uno a uno, todos los dedos de las manos.

Kassandra se presionó las piernas contra el pecho, cerró los ojos y deseó que dejaran al pobre hombre en paz lo antes posible. Antes de irse, uno de los guardias profirió:

—Mañana serán los pies.

—Querida Photina —gimoteó para sí mismo en voz baja—, rezo para que estés bien y que Deméter bendiga la tierra de Naxos para que puedas alimentarte bien, que Ariadna bendiga las vides… Querida Photina, echo tanto de menos tus caricias… Mi dulce Photina, han pasado años desde la última vez que estuvimos juntos, pero…

De repente, Kassandra abrió los ojos al darse cuenta de una cosa.

—¿Tu esposa es Photina de Naxos? —preguntó al acordarse de la breve historia de amor que tuvo Barnabás en aquella isla.

Silencio.

—Y tú eres Meliton, el marinero.

Volvió a hacerse el silencio durante un instante y, entonces, el hombre habló:

—Te lo han dicho los guardias, ¿verdad? ¿Ahora te pagan para que me hagas preguntas?

—Hablaste con Heródoto una vez —continuó la *misthios*—, y le contaste cómo naufragaste y acabaste en Tera… También le contaste lo de las marcas y los conocimientos perdidos de Pitágo…

—*¡Shh!* —Le mandó callar—. Muy bien, hablemos, pero prométeme que no dirás su nombre en voz alta, o nos costarás la vida.

Hablaron durante todo el día y toda la tarde. Meliton le contó la historia de Tera, encomió a Heródoto y reafirmó los miedos del historiador de que los conocimientos perdidos acabaran en manos del Culto.

Aquella noche, después de que ambos quedaran dormidos, se llevaron a su nuevo amigo. Los guardias, a oscuras, entraron a grandes zancadas en la celda adyacente. Entonces, escuchó a Meliton gritar y a sus torturadores dándole una paliza. Luego oyó cómo le rompían el cráneo de un pisotón, el

sonido de sus sesos esparciéndose y, finalmente, el de sus piernas rozando el suelo cuando los guardias arrastraron el cadáver destrozado fuera de la celda.

De nuevo, volvió a quedarse sola.

Las estaciones pasaron, el calor se convirtió en frío, y ella volvió a ver sombras con máscaras, como las que salían antes en sus sueños, solo que aquella vez también se le aparecían estando despierta. También veía a Deimos. La miraban fijamente desde la periferia de su visión mientras ella repetía cientos de abdominales, saltos, sentadillas y ejercicios de equilibrio. También imaginaba muy a menudo que sostenía una ilusoria lanza de Leónidas, la movía de forma circular y hacía desaparecer a unos fantasmas imaginarios. Aquello se repitió tantas veces que acabó riendo cada vez que los veía y gritando con regocijo cuando conseguía que se desvanecieran.

Se despertó una mañana al escuchar un ruido de arañazos. Una rata, pensó. No, venía de arriba. Intentó enfocar con los ojos el pequeño rectángulo de luz en la reja que había sobre ella. Una masa de plumas revoloteaba por allí. Por un momento, el corazón le dio un vuelco. «¿Ícaro?». El ave se marchó en un aleteo antes de que pudiera cerciorarse de su identidad. Un pequeño objeto le cayó en la frente. Soltó un grito. Recogió el pequeño disco de arcilla justo antes de que cayera al suelo. Escudriñó la superficie del disco y las palabras inscritas una y otra vez. «Prepárate», decía. Ella volvió a mirar la reja. «¿Para qué?».

El paso del tiempo era inaguantable y se veía atormentada por visiones borrosas de gente enmascarada. Un día llegó a ver a Deimos, solo tras la puerta de la celda. Durante un rato fingió no darse cuenta de que estaba ahí hasta que se levantó, se abalanzó sobre él y le clavó la «lanza» en el pecho.

No desapareció.

—Hermana —dijo.

La palabra resonó a través de la celda como el sonido de un tambor.

Trató de mantener el equilibrio en aquel amago de posición de batalla.

Era la primera palabra que escuchaba en mucho tiempo. Deimos vestía una túnica blanca, pero, por una vez, no llevaba puesta la armadura.

—He intentado comprender lo que pretendías hacer en Esfacteria —comentó.

—Lo último que recuerdo —respondió ella, su propia voz sonaba extraña tras tanto tiempo sin hablar—… fue que trataba de salvarte.

—Lo último que recuerdo yo fue que tu lanza me dejó inconsciente —replicó rápidamente—, no sería la primera vez que me dejas morir.

—¿Eso es lo que te dijeron en el Culto?

—Eso es lo que sé.

Kassandra rio con frialdad.

—Entonces, ¿ahora qué? ¿Has venido a rajarme la garganta?

—Podría hacerlo cuando quisiera. Incluso ahora mismo. —Resonó su voz.

Se sintió completamente resignada, incluso deseosa de que cumpliera su amenaza. Pero entonces notó que miraba hacia atrás por encima del hombro, con cierta expresión nerviosa en los ojos, como si comprobase que no había nadie más con él.

—Pero antes de eso… —Levantó la mano y agarró una de las barras de la puerta, pegando el rostro en el espacio que quedaba—. Dime lo que sabes.

—Pensé que los miembros del Culto te lo decían todo. Parece que tú estás de su lado, pero ellos no tanto del tuyo. Sabes que por eso me tienen aquí, ¿no? Como repuesto.

La boca de Deimos se arqueó en una mueca y sacudió la puerta junto a los barrotes, haciendo que resonara.

—¿Crees que soy reemplazable? ¿Qué soy una marioneta? El Culto no es nada sin mí.

—¿También te han dicho eso? —preguntó calmadamente.

Los ojos de Deimos se movían de aquí para allá.

—No me provoques, hermana. Tal vez sí debería matarte ahora mismo y arruinar tu teoría, demostrar que no eres nada.

—Pues abre la puerta y hazlo, vamos —dijo con el corazón acelerado, preguntándose si sus piernas tendrían la fuerza suficiente para escapar de allí.

La ira de Deimos se calmó.

—Antes quiero que me cuentes tu retorcida versión de la verdad. ¿Por qué me abandonaron aquella noche en la montaña?

El plan de huida de Kassandra desapareció en ese momento. Desde aquella noche no había deseado nada más que poder explicarle todo. Sus pensamientos galopaban rápidamente, como una manada de corceles tesalios, pero tomó las riendas invisibles y los obligó a disminuir la velocidad. Tomó aire, recordando sus discusiones con Sócrates. La mejor forma de ganar un debate es guiar a tu oponente con gentileza hacia la conclusión, usando preguntas y razonamientos simples a modo de remos. Se arrodilló en el suelo de la celda y le indicó a Deimos con un gesto que hiciera lo mismo al otro lado.

—¿Qué recuerdas de aquello? —preguntó—. Y no me refiero a los recuerdos que el artefacto te ha mostrado. ¿Qué recuerdas?

Deimos se deslizó por la puerta para sentarse, estrujándose el pelo.

—A Madre, a Padre… a ti. Mirando mientras un anciano me levantaba en el aire.

—¿Un anciano?

El joven frunció el ceño.

—Un… éforo.

—Sí, lo era.

—¿Por qué? No estaba lisiado o enfermo, ¿verdad?

—No. Pero los venenosos labios del Oráculo se posaron sobre ti.

Deimos escudriñó el éter.

—¿Y sabes quién alimenta las palabras del Oráculo?

Deimos asintió despacio, en silencio, con la mirada perdida:

—Un bebé con un destino tan funesto que lo lanzaron por un precipicio. ¿Qué clase de profecía podría acabar así?

—El Oráculo vaticinó que, si vivías, traerías la perdición a Esparta. Así que Esparta hizo lo que siempre hace. Era demasiado arriesgado dejarte vivir y esperar las consecuencias. Cuando sobreviviste, el Culto te secuestró para sus propios intereses. Te formaron y te convirtieron en un campeón… en un arma.

—Soy quien soy por mí mismo —gruñó Deimos, y alzó los ojos para mirarla fijamente, como un perro enfadado.

—¿Y quién eres? ¿Era esto en lo que te querías convertir?

—El Culto cree que soy un maldito dios. ¡Me adoran, me veneran!

—¿Ah, sí? —preguntó Kassandra con tono embaucador.

Deimos se puso en pie otra vez; el pecho le subía y le bajaba con cada respiración. Empezó a pasearse por delante de la puerta de la celda.

—*¡Malákas!* —gritó—. Claro, y tú tienes los huesos de oro, ¿no? ¡Ja! ¡Se equivocaron al lanzarme a mí, y no a ti, por el precipicio! No… esa noche me salvé, al librarme de ti y de mi desgraciada familia.

—¿Recuerdas la última vez que me viste aquella noche? —dijo Kassandra.

Deimos aminoró el paso.

—Recuerdo… una mirada. Una última mirada.

—Sí, fue cuando me precipité hacia el borde del abismo. Cuando intenté salvarte, cogerte. —La cabeza de Kassandra cayó mientras un sollozo intentaba nacer en su pecho—. Fallé. En vez de salvarte, maté a un éforo. Como castigo, también me lanzaron por la montaña. Mi vida acabó allí arriba, como la tuya.

—La trágica heroína —refunfuñó Deimos, y dio un manotazo, pero era incapaz de mirar a los ojos a su hermana.

—El único culpable aquí es el Culto, Deimos. Esa fatídica noche, hasta Padre (que se vio obligado y cegado por su orgullo espartano) fue su víctima. He tardado más de veinte años en entender el dilema que tuvo. Si no hubiese hecho lo que el Oráculo le había pedido, la deshonra habría caído sobre todos nosotros.

—¿Deshonra? —dijo Deimos enfurecido—. ¿Y eso habría sido peor que la situación en la que nos encontramos ahora?

—Madre fue a buscarte también —adujo Kassandra.

—¿Cómo? —Deimos se quedó inmóvil.

—Bajó hasta el foso de huesos para buscarte. Y, de hecho, te encontró. —Deimos la miró fijamente—. Huyó de Esparta y te llevó a una sanadora. Pero la sanadora no era otra que Crisis, una miembro del Culto. Le mintió a Madre y le dijo que habías muerto. —Las manos de Kassandra se apretaron contra las rejas de la celda—: ¿No lo ves? Te están utilizando. No estarías aquí conmigo si pensases que te están contando toda la verdad. —Con una mano, señaló la puerta exterior de la prisión—: Esto es justo lo que hace el Culto. Utilizan el poder mientras les es útil. Te lo han hecho a ti. Se lo han

hecho a Atenas. También lo hicieron con Esparta, infiltrando a los suyos entre los éforos e, incluso, entre los reyes. Cuando una persona, o incluso un estado, deja de serles útil, entonces se libran de él, lo destruyen.

—Ahora Cleón tiene el poder de Atenas —dijo, furioso—. Y no lo va a dejar escapar. Y no sería tan estúpido como para menospreciar mi papel en todo esto, en haberle conseguido ese premio. —Deimos imitó a Kassandra y se aferró a las rejas, con la nariz tocando la de su hermana—. El Culto jamás me controlará. Voy a ganar esta guerra para ellos.

Kassandra lo miró fijamente a los ojos:

—¿A costa de qué… Alexios?

Deimos se estremeció:

—A toda costa —susurró—. ¿Acaso no es ese vuestro propio lema, *misthios*?

Los hermanos se observaron durante lo que pareció una eternidad.

El chirrido de la puerta exterior rompió el momento que se había formado.

Cleón entró a zancadas en la sala y miró a Kassandra de arriba abajo, como si fuese las sobras de la comida de un perro. Deimos se alejó de las rejas, con la culpabilidad reflejada en el rostro.

—Te hemos estado buscando, Deimos —espetó Cleón—. Qué interesante que te hayamos encontrado… aquí.

—He venido a… no importa. —Deimos negó con la cabeza, sin cruzarse con la seca mirada de Cleón.

—¿Has venido a matarla? —supuso Cleón, arqueando una ceja—. Eso no es decisión tuya, muchacho. Vete. ¡Ahora! —Chasqueó los dedos, apuntando hacia la puerta.

—No soy vuestro juguete —rugió Deimos, mirando a Cleón directamente a los ojos—, y tú no eres quién para darme órdenes.

Cleón le mantuvo la mirada a Deimos. Una sonrisa empalagosa se dibujó en su rostro:

—Claro que no, Campeón —dijo, suavizando el tono de su voz—. Solo me preocupo por tu bienestar.

Deimos se encogió de hombros.

—Podéis hacer con ella lo que queráis —siseó, y se dio la vuelta para

marcharse. Mientras se giraba, antes de darle la espalda y abandonar la cárcel sus ojos se encontraron con los de Kassandra una última vez.

Cleón era el que la observaba ahora, con las manos apoyadas en su cinturón, como si fuera un hombre gordo que acabara de ingerir una ración doble de comida. Kassandra se percató del empalagoso aroma a cera dulce que desprendían sus cuidados rizos rojos y su barba puntiaguda, y vio que vestía una de las túnicas de Pericles.

—No hay nada mejor que las ropas de un hombre muerto —dijo ella con un tono de voz carente de emoción.

Cleón rio.

—La estrategia de Pericles llevó a Atenas al borde del desastre.

—Así que hiciste que lo mataran.

—A veces, para encontrar un huevo de codorniz con una yema perfecta hay que romper varios primero. Pericles no era adecuado para nuestros planes. Matarlo y conquistar Esfacteria fue solo el principio. Desde entonces no he parado de sumar victorias a mi reputación. Milos era una isla neutral que rechazó nuestra oferta para que la acogiéramos bajo nuestra ala; atacamos su ciudad y nos hicimos con la isla. Los eginetas osaron aliarse con los espartanos, así que los destrozamos por completo. Poco después de aquello cayó la isla espartana de Citera. Mi leyenda no para de crecer. Puedo hacer lo que quiera.

—¿Como levantar la tasa de impuestos hasta niveles asfixiantes? ¿O conducir a soldados atenienses jóvenes a la muerte? He oído lo que susurran los transeúntes sobre una derrota aplastante en Delio. ¿Cuántos cayeron ahí? —se burló—. He notado el cambio de tono de las voces mientras he estado aquí. Los vítores y las canciones de los primeros días se han tornado secos y resentidos. La gente se queja de tu ambición ciega por seguir conquistando en lugar de abogar por iniciar conversaciones sobre treguas y armisticios. Ya no eres el héroe por el que se te tomó antaño erróneamente, y…

—Mi próximo movimiento será el más impresionante hasta la fecha —la interrumpió—. Hay rebeldes en la isla de Lesbos y en la ciudad de Mitilene. Se rumorea que han empezado a parlamentar con los espartanos con el objetivo de derrotar a la Liga del Peloponeso.

—¿Qué has hecho? —preguntó Kassandra, detectando la malicia de su mirada.

—¿Yo? Yo no he hecho nada. —Rio—. Hemos votado y la flota ha partido. ¡A los ciudadanos de Mitilene les resultará difícil rebelarse si están todos muertos!

—¿Otra atrocidad más? Cuando se burlaban de ti te llamaban simio chillón, y pensé que era porque eras ruidoso y repugnante. Y lo eres, pero ahora sé que por dentro eres igual. Lo atacas todo, te afanas por cubrir todas las grietas e insistes en aferrarte al poder a cualquier coste. Eso es la definición de una tiranía. Pericles no buscaba satisfacer los impulsos salvajes de las masas, sino que las guiaba para que reflexionaran mejor, para que comprendieran lo que eran la democracia y la razón.

—¿La democracia? —Rio—. Ahora solo hay un hombre sentado en la famosa mesa. Y ese hombre soy yo —dijo, y se señaló el pecho con una gigantesca sonrisa—. Debo irme. Hay problemas fraguándose en el norte, cerca de Anfípolis. Los espartanos no saben aceptar la derrota. Ahora mismo están intentando conquistar el norte para robar el oro, la plata y la madera de buena calidad de esas tierras. Vislumbro un nuevo triunfo en el horizonte. Una vez los haya derrotado, las puertas del norte y hacia Tracia estarán bajo mi control. Y tú sabes lo que hay allí, ¿no?

Kassandra sintió que la recorría un escalofrío.

—Hace tiempo el rey Sitalces prometió su vasto ejército a la causa del Culto: cien mil lanzas y cincuenta mil jinetes, todos ellos guerreros feroces y salvajes. Sitalces murió, pero su ejército bárbaro sigue siendo muy numeroso. Acatarán mis órdenes y descenderán sobre Hellas y la someterán. Nos aguarda una era de orden, y control.

Kassandra lo contempló con el corazón alicaído.

Cleón chasqueó los dedos.

—El Culto gana y tú pierdes, Kassandra. Perdiste en cuanto te negaste a unirte a nosotros. Y ahora… perderás la vida.

Se marchó y entraron dos guardias de rostro impasible, armados con sendas hachas. Cerraron la puerta de la celda tras ellos y la aseguraron. Uno de ellos dio vueltas a su hacha y sonrió.

—Nos ha dicho que lo hagamos doloroso. —Le lanzó una mirada al

otro—. Córtale los pies.

El otro balanceó su hacha junto a sus tobillos. Kassandra sintió cómo sus instintos se apoderaban de ella y, a continuación, saltó y se agarró a la rejilla del techo. El hacha se abalanzó sobre el lugar en el que antes había tenido las piernas. La *misthios* asestó una fuerte patada a la cabeza del primer hombre; el crujido de las vértebras al romperse resonó por toda la celda y el guardia se desplomó contra el suelo.

Después, Kassandra se bajó y cogió el hacha del hombre muerto. La alzó para detener el golpe del otro. Lo empujó contra la pared y, tras haber hecho una pirueta apoyada sobre el talón, le estrelló el filo del arma contra la sonriente cara y le cortó la cabeza por la mitad, de los labios hacia arriba. La parte superior de la cabeza permaneció clavada en la pared junto con el hacha y el resto del cuerpo cayó al suelo bajo un reguero de húmeda sangre negra.

Kassandra, que estaba temblando, se volvió hacia el primer muerto y le quitó las llaves que llevaba atadas al cinturón. Luego abrió la puerta de la celda y saboreó la dulce libertad que tan cerca estaba… hasta que escuchó el estruendo de más pies acercándose. Aquella frenética batalla había agotado prácticamente todas las energías que guardaba en su cuerpo desnutrido. Ya no más… Ya no más.

—¡Atacad! —exclamó una voz que le resultó familiar.

Dos hombres entraron en la celda y, entonces, se detuvieron, espalda contra espalda. Uno de ellos iba armado con una pala y el otro, con una escoba. Su desconcierto se convirtió en preocupación cuando la vieron allí de pie junto a la puerta abierta.

En su corazón, Kassandra sintió una ráfaga de alegría.

—¿Barnabás? ¿Sócrates?

—*Misthios*\ —gritó Barnabás, que soltó la pala de guerra que llevaba y levantó a la mujer de un fuerte abrazo.

Sócrates observó a los guardias asesinados.

—Me pediste que permaneciera con vida —dijo mientras levantaba los brazos como si fuera un campeón olímpico—, y aquí estoy.

—Habíamos oído rumores de que estabas aquí —resolló el capitán—, pero no estábamos seguros de ello, así que enviamos a Ícaro para que

supieras que…

—Que debía estar lista —concluyó Kassandra por él.

Sin embargo, en seguida sintió un cosquilleo en los oídos al escuchar más pisadas.

—Debemos permanecer alerta; pronto empezarán a preguntarse dónde están estos dos guardias, pero ¿dónde nos podemos esconder? Esta ciudad está bajo el dominio de Cleón.

—Todo está bajo control —le aseguró Sócrates—. Ven, iremos por los callejones y el túnel escondido que llevan a la antigua casa de Pericles. Lleva abandonada desde que murió, así que allí pensaremos qué haremos después. La esperanza no está perdida, pero se desvanece… y rápido.

Con el calor del mediodía del sofocante verano ateniense, Kassandra, que se encontraba en el balcón del antiguo hogar de Pericles, hacía rotar suavemente una y otra vez la media lanza con una sola mano, a modo de entrenamiento para el combate, como solía hacer antes. Se sintió genial al volver a tener la lanza en sus manos, la cual salvó Heródoto de las llamas de Esfacteria. Barnabás también le había comprado una buena pieza de cuero: una coraza.

Kassandra hizo el giro circular una vez más y luego, con una sensación de poder, guardó el arma en el cinturón. Se sentía fuerte de nuevo gracias a aquellos días en los que pudo descansar bien y comer buenos alimentos, como pan, miel y nueces.

Cuando Ícaro descendió y se posó sobre la balaustrada, ella se acercó para arreglarle las plumas y besarlo en la cabeza. Se dio cuenta con tristeza de que ya era un ave vieja.

A continuación, observó en dirección al este, donde el brillante paisaje se veía borroso por el calor y una flota ateniense de más de treinta naves zarpaba con las velas hinchadas rumbo al norte, hacia la lejana Anfípolis.

Cleón también había marchado para reclamar el triunfo. Aun así, Atenas seguía estando en su poder, así como en el del Culto. Aunque, realmente, solo pertenecía a Cleón, pues Sócrates le explicó que, mientras estaba en prisión, los otros cuatro miembros del Culto fueron asesinados y solo quedó

él.

«El último y el más peligroso», había dicho el filósofo.

Detrás de ella escuchó unas voces que se elevaban y se atenuaban: los supervivientes de la comitiva de Pericles discutían sobre aquella desalentadora realidad. Kassandra cogió una uva de una vid que colgaba del enrejado que había en el balcón y se la metió en la boca. Ni siquiera aquella fresca explosión de jugo endulzó la escena cuando dio media vuelta y volvió a observarlos. Sócrates, el semidesnudo Alcibíades, Heródoto, Aristófanes, Eurípides, Sófocles e Hipócrates, cuyos rostros mostraban un aspecto desmejorado por el cansancio y la indecisión, se encontraban alrededor de la polvorienta mesa que el fallecido líder utilizaba para disponer sus planes.

—Llamad a Tucídides —insistió Heródoto—, hay algunas naves y regimientos que le son leales y se posicionarían en contra de Cleón.

—Pero no son suficientes —resopló Alcibíades—. Además, está en el exilio, muy lejos de aquí, por hacer que Atenas perdiera Anfípolis.

—Estamos aquí, en Atenas, en su mismo corazón. Ahora mismo nos necesita —bramó Hipócrates, y dio un golpe que agrietó la mesa.

—¿Y qué sugieres? —rezongó Sócrates—. ¿Que formemos una brigada armada con palas y cepillos y tomemos el control? Sería ridículo. O aún peor, nos convertiríamos en tiranos.

—Cleón arrebató el poder usando fuerza, es su manera de hacer las cosas —argumentó Aristófanes—, pero hay otras formas, más refinadas y duraderas, con las que ganarse los corazones y las mentes del pueblo ateniense.

—Va a sugerir una obra —declaró Sófocles, y cerró los ojos con exasperación—. Y déjame adivinar: solo él sería lo suficientemente ingenioso para ser artífice de tamaña creación.

Aristófanes le lanzó una mirada ácida.

—Qué disparate. Te permitiré sostener mis tablillas y traerme bebidas.

La furia de Sófocles estalló. Sócrates se alejó de la mesa con un suspiro y se topó con Alcibíades, que amablemente se ofreció a masajearle los hombros y aliviar su estrés… para después empezar a mordisquearle la oreja. Cuando Sócrates lo apartó, exasperado, Alcibíades alzó las manos en

un gesto inocente.

—¿Qué pasa? ¿No es el propósito de un amado rebosar amor?

Sócrates emitió una risa ronca.

—¿Precisamente tú, de todas las personas, me has estado escuchando? Tal vez lo sea, sí, pero este no es el momento —dijo señalando a la mesa.

Kassandra observó, anhelando que esas grandes mentes consiguieran crear un plan excepcional, pero los días se sucedían sin avances. Un día, Barnabás se le acercó mientras observaba.

—Yo también la siento, *Misthios*. Un ansia que no se calmará quedándonos aquí.

Se volvió hacia él.

—Después de todos los líos en los que te he metido, ¿quieres ir a Anfípolis?

—No te lo han dicho, ¿verdad? Lo de la guarnición espartana que hay allí.

Ella frunció el ceño.

—Dicen que hay miles de espartanos allí. Cleón reunirá a nueve mil de los suyos en el camino. Se enfrentará a una ardua batalla. No se apoderará de la puerta de entrada al norte tan fácilmente. —Volvió a pensar en la horda de tracios tras las puertas de la que tanto presumía Cleón y murmuró una oración de apoyo a los espartanos.

Barnabás negó con la cabeza.

—Hay poco más de cien espartanos allí y algunos hoplitas aliados.

—¿Qué?

—Desde el desastre en Esfacteria, los éforos se niegan a permitir que los regimientos de pura cepa marchen a la guerra. Para defender Anfípolis mandaron solo a unos pocos espartanos y llenaron las filas con un montón de ilotas.

—¿Con ilotas? —Se sorprendió Kassandra. Eran un buen apoyo en las escaramuzas y eficientes cargadores de armas, pero formar un ejército casi en su totalidad de ilotas era una locura.

—Que los dioses estén con ellos. ¿Quién los dirige?

—El general Brásidas —respondió Barnabás.

Ella lo miró.

—A él también lo rescataron de las cenizas de Esfacteria. Durante todo este tiempo, mientras estuviste encarcelada, dirigió a su ejército de ilotas por el norte, buscando aliados y grietas en el férreo imperio de Cleón.

Oyó que el grupo recitaba las líneas de la obra que habían creado en esos últimos días. Eurípides se subió en una caja, haciendo el papel de Pericles: imperioso, solemne, de mente llana. Aristófanes entró después en escena, saltando, agitando sus manos como si recogiera flores, luego chillando como un cerdo torturado.

—No, escúchame, ¡escúchame! Mira, allí hay una cueva oscura. ¡Ven conmigo y saltemos dentro a ciegas!

Alcibíades soltó una carcajada mientras bebía de un odre. Heródoto aplaudió. Sófocles sonrió con deleite, tocando la tablilla, leyendo el guión al mismo tiempo que los otros dos actuaban.

—La asamblea se reúne mañana —dijo Sócrates, acercándose a Kassandra—, y esta obra mostrará a la gente el cinismo de Cleón, y que él no es ni un campeón ni un héroe. Su reputación quedará gravemente perjudicada.

Ella notó su mirada de soslayo.

Sócrates arqueó una ceja y sonrió.

—Me doy cuenta de que te mueres de ganas por decir algo. Hazlo, di lo que sientes.

—Destruir su reputación no será suficiente. —Reflexionó—. No podemos herirlo sin más, porque tiene medios para vengarse con dureza. Hay que destruirlo por completo.

—Exactamente —dijo Sócrates, su sonrisa se desvaneció.

—Entonces mi lugar estará en el escenario de la batalla —respondió ella poniéndose de pie y mirando a Barnabás.

—La *Adrestia* está lista, *Misthios*. —Barnabás hizo una media reverencia cariñosamente—. Esperamos tus órdenes, como de costumbre.

17

Una racha de aire caliente alborotó el pelo de Brásidas al tiempo que el general apoyaba un pie en el parapeto meridional de Anfípolis, que había perdido un poco el color por los rayos del sol. Brásidas observaba la hierba reseca del exterior. El río Estrimón se bifurcaba alrededor de los muros septentrionales de la ciudad y, hacia el sur, se alzaba una colina a tan solo un disparo de flecha de distancia. Durante la mañana del día anterior, la colina había sido un simple montículo agradable, tranquilo, sin más. Pero, entonces, habían llegado las naves de Cleón al puerto de Eyón, un pequeño muelle bajo el poder de los atenienses donde el Estrimón desembocaba en el mar Egeo. En esos momentos, la colina estaba salpicada de plata, blanco y azul de los hoplitas atenienses de primera clase. Miles y miles de soldados atenienses. Además, contaban con jinetes cubiertos con armaduras de hierro y un mar de aliados. Entonaban canciones descaradas, en las que se burlaban de la derrota de los espartanos en Esfacteria. Las melodías eran interminables a la par que humillantes.

—Son demasiados —dijo Cleáridas, su adjunto.

Por el rabillo del ojo, Brásidas vio el batiburrillo de hombres que esperaba en el interior de los muros de Anfípolis: el ejército que le habían otorgado para proteger la importante ciudad norteña. Los ciento cincuenta hómoioi permanecían inmóviles como estatuas junto a la entrada de abajo. Pero ¿y el resto? Los ilotas habían cumplido con su deber durante aquella campaña en el norte: se habían mantenido firmes y habían entablado combate con valentía, pero jamás se habían enfrentado a un enemigo como

aquel. En vez de cascos, llevaban aquellas gorras de piel de perro, y lucían unas andrajosas capas marrones en lugar de las típicas capas rojas espartanas. Brásidas miró hacia el norte, al otro lado del río, pero no vio nada salvo una ondulante marea de calor. Los tracios estaban en algún lugar allí fuera. Pobre de Hellas si el bastardo pelirrojo que aguardaba en aquella colina se hacía con la ciudad y abría las puertas de par en par. Pero el más sombrío de los peligros estaba junto a Cleón, de pie, en esa colina. La bestia que casi le había arrebatado la vida en Esfacteria.

Deimos. El terror invencible.

—¿Qué vamos a hacer? —Insistió Cleáridas—. Apenas nos queda comida y Cleón lo sabe.

—¿Qué podemos hacer? —contestó Brásidas—. Es una de las pocas ocasiones en las que los atenienses se atreven a enfrentarse a nosotros por tierra y no contamos con los medios necesarios para hacerles frente. Valoro a cada uno de los ilotas que hay entre mis filas como a cada uno de los hómoioi pero… si se enfrentan a esos soldados de élite atenienses en las llanuras, en plena batalla campal, los masacrarán. La única opción que nos queda es esperar y rezar para que la diosa Tique nos favorezca a nosotros.

Cleáridas lo dejó solo y se marchó para dirigirse a sus hombres y arengarlos. Brásidas miró fijamente al enorme ejército que esperaba a las afueras de la ciudad y sintió la emoción más rara, la menos espartana de toda su vida.

Miedo.

El sol le abrasaba la nuca a Cleón. Se le habían dormido las nalgas sobre la silla de montar en la que descansaba. Pero eso no bastaba para que se apease de su caballo y se quedase de pie, a la altura de los desgraciados que lo rodeaban; a la misma altura que Deimos. Observó con mucha atención al campeón, que estaba cerca de la cima de la colina. «No te necesito, perro», pensó. Durante el viaje en galera hasta allí, los soldados habían estallado en vítores cada vez que Deimos había salido del camarote. En el puerto de Eyón, habían cantado canciones sobre sus grandes hazañas en Esfacteria. Sin embargo, la mayoría se encogía cuando Deimos pasaba

por delante de ellos. «Miedo y respeto, una combinación magnífica», pensó furioso Cleón, con la mano bajo la capa, apretando con fuerza, aunque sin utilidad alguna, el aire. Cerró la mano en un puño tembloroso. «Bueno, cuando llegue el momento de la batalla, quizás des con la mayor de las glorias, Deimos». Cleón sonrió y colocó el puño sobre la parte superior de su arco. «Luchar como un héroe… y morir en el fragor de la batalla».

Justo en ese momento, unas sonoras carcajadas retumbaron por lo alto de la colina. Tras sus primeras filas apretadas de hombres, los hoplitas aliados de Córcira habían dejado sus lanzas y sus escudos en el suelo, bebían agua y compartían unas hogazas de pan. Uno de ellos saltaba en círculos alrededor de otro de los soldados:

—¡Mírame! ¡Mírame! —dijo entre risas el que no dejaba de saltar.

Más carcajadas. Una ráfaga de vergüenza le recorrió desde la espalda hasta el cuello. «La obra… ¡esa maldita obra!». Aquella misma mañana, los rumores de lo que sucedía en Atenas habían llegado a Eyón. Había escuchado algunos comentarios a media voz y había visto los rostros, rojos por contener la risa, de sus hombres desviándose del suyo en cuanto lo miraban. Un mensajero se lo había confirmado: durante su ausencia, las ratas huérfanas de Pericles habían salido de sus asquerosos agujeros y habían difundido una sarta de mentiras sobre él por el pueblo ateniense. «Bueno, les enviaré un mensaje a mis poderosos amigos en Atenas, y ellos…», reflexionó Cleón, iracundo. Perdió el hilo de los pensamientos al recordar la última reunión del Culto. Solo habían estado presentes él y otra figura enmascarada. El resto había muerto. «Cuando regrese haré que cuelguen a esas ratas en los muros de la ciudad por los tobillos. Los cuervos les picarán los ojos».

Los imitadores estaban llegando al punto álgido de su recreación. Cleón sentía el pecho repleto de ira, pero aquel no era el mejor lugar para lidiar con ellos, a la vista del resto del ejército. Si les imponía un castigo lo respetarían, sí, pero no tolerarían la muerte horrible que tenía pensada para los culpables. Pensó en sus perros, que había dejado en Eyón, y miró al sur, hacia el pequeño puerto. Sus sabuesos abrirían sus cuerpos y se alimentarían con ellos mientras los actores seguían con vida.

—General —la llamada de uno de los taxiarcas atenienses lo sacó de

sus pensamientos oscuros—, ¿qué dice usted? ¿Asaltamos los muros de la ciudad?

Cleón contempló Anfípolis y divisó la figura solitaria de Brásidas mirándolo desde lo alto de los muros. Algunos de sus oficiales aseguraban que los hoplitas atenienses empezaban a mostrarse inquietos y que susurraban que tras años criticando con grandilocuencia la estrategia conservadora de Pericles, ahora el gran Cleón tenía miedo de atacar a una panda de ilotas inútiles. Una chispa de orgullo lo asaltó, hizo un ademán de tomar su espada y se imaginó que la levantaba en alto y gritaba la orden de que atacaran. Sería un momento heroico que pasaría a la historia y haría morder el polvo a los irritantes chismorreos sobre la obra teatral…

—Porque yo creo que no deberíamos —añadió el taxiarca—. ¿Ve esos árboles pasando la ciudad? Ahí podría haber jinetes. ¿Recuerda la carnicería que hicieron los jinetes tebanos en Beocia? Si una fuerza semejante cayera sobre nosotros, entonces…

Cleón notó que se le removían las tripas y sintió que un poderoso grito de angustia pugnaba por escapar de su abdomen. Apenas escuchó el resto del consejo del taxiarca.

—Enviad a unos exploradores para que hagan un reconocimiento de esos bosques. Estableced ahí unos guardias. El ejército regresará a Eyón.

Las protestas y los jadeos de frustración brotaron de las filas atenienses. El cuello de Cleón ardió de indignación.

—Regresaremos mañana —aulló—. Para entonces los espartanos habrán cargado un día más con sus crecientes preocupaciones y su escasez de pan. Mañana desfilaremos con sus cabezas clavadas en nuestras lanzas. Mañana… ¡nos haremos con la victoria!

El discurso provocó algunos vítores, pero varios oficiales ladraron unas pocas órdenes y los sofocaron mientras los regimientos daban media vuelta y descendían la colina por la ladera sur. Un rugido de botas se levantó en la cima de la colina cuando el ejército ateniense dio media vuelta y se alejó de la ciudad de Anfípolis levantando una densa nube de polvo a su paso. Cleón vio que sus aliados procedentes de Córcira conformaban el flanco izquierdo de la fuerza que se retiraba. En teoría tendrían que liderar la marcha de regreso a Eyón. No obstante, no destacaban por su rapidez: eran un desastre

incapaz de permanecer en formación; algunos seguían recogiendo sus cascos y sus lanzas, o volviendo a poner los tapones en sus pellejos. Cleón sintió que su furia estallaba como un volcán de bronce derretido.

—¡Moveos! —rugió, espoleó su caballo en su dirección y desenvainó su bastón de madera para atizar a los más lentos en la parte trasera de la cabeza.

Brásidas sintió que el viento caliente se calmaba en aquel instante.

—¿Se retiran? —murmuró para sí mismo.

Contempló la maniobra caótica a través de la nube de polvo que oscurecía el sol. Los recuerdos de la agogé, la educación espartana que había recibido en su infancia, irrumpieron en su mente. Recordó a los estrategas que habían enseñado a Brásidas y a otros niños a identificar los puntos débiles de las fuerzas enemigas. «La retaguardia y los flancos» les había insistido el viejo experto mientras colocaba los pulidos guijarros sobre el suelo en hileras para realizar la demostración. Estiró el cuello y sintió cómo lo recorría un escalofrío desde la columna hasta el cuero cabelludo.

—¡Espartanos! —gritó a sus ciento cincuenta hombres—. ¡Preparaos!

Los hombres se irguieron y sostuvieron en alto sus lanzas.

—¡Auu!

—La vergüenza por lo sucedido en Esfacteria lleva carcomiéndome el corazón demasiado tiempo. ¿Acaso a vosotros no os sucede lo mismo? —rugió mientras descendía por los escalones de la almena hasta detenerse ante ellos. Los soldados rugieron mostrando su conformidad y entrechocaron sus lanzas contra sus escudos.

Brásidas se volvió hacia la masa de ilotas, liderada por Cleáridas.

—¡Y vosotros, valientes guerreros, arrojad al suelo vuestras gorras de piel de perro, coged vuestras lanzas y preparaos para marchar con nosotros hacia… la eternidad!

La *Adrestia* llegó a las arenas de la bahía junto a la desembocadura del

río Estrimón y allí se detuvieron con una gran sacudida.

Kassandra bajó de un salto a la áspera arena. El silencio reinaba. Sin embargo, la caliente brisa le hizo llegar un sonido distante: el tenue crujido de unas puertas de madera al abrirse y unos estruendosos gritos. La mujer miró la verde y larga cadena de montañas bajas que hacía de pared entre ella y la fuente del sonido. Subió la ladera, donde a punto estuvo de resbalarse por las piedras sueltas del camino. Acabó con la piel cubierta de sudor.

Ícaro, que ya estaba casi en la cima y lo podía ver todo, voló en círculos y chilló enfurecido.

Cuando Kassandra también llegó a la cima, se detuvo por la caliente ráfaga de aire que le azotó y se quedó de piedra por lo que vio desde allí arriba.

Una colina circular se alzaba sobre la llanura y, en la ladera que daba al sur, se encontraba el ejército ateniense, los soldados dispuestos en una formación preocupantemente poco preparada. Por otro lado, en el lejano lado este de la colina, había un pequeño grupo de espartanos, del cual pronto supo quién era el líder. Sin embargo, el ejército ateniense era mucho mayor que la pequeña fuerza espartana.

«Brásidas, ¿qué haces?», articuló sin proferir las palabras. «Sabes que no puedes ganar esta batalla».

No obstante, cuando aquellos ciento cincuenta hombres pillaron desprevenidos a atenienses por la izquierda, lo hicieron con intensidad y sin piedad alguna. Los escudos y lanzas sonaron con fuerza al chocar, los soldados gritaron con estruendo y los cuerpos crujieron al romperse. Los espartanos de Brásidas causaron estragos en el flanco izquierdo ateniense y se abrieron paso hacia el centro de la formación. Era como la visión en la Termópilas: Brásidas saltó, se metió entre los oponentes y, junto a sus camaradas, hizo trizas a los soldados enemigos. Sin embargo, Kassandra sabía que con tan pocos hombres no podrían ganar.

Cuando sonaron las trompetas atenienses, vio cómo los soldados de la derecha se unieron a los estupefactos hoplitas de la izquierda y sintió que una gran tristeza manaba de su interior, pues sabía que aquel iba a ser el final de Brásidas.

Entonces, más *auloi* espartanos retumbaron desde la ladera escondida al oeste de la colina y, de entre la niebla, apareció un aluvión de ilotas armados. A Kassandra le recorrió un escalofrío al escuchar el grito de guerra de los esclavos cuando estos rodearon la colina y se abalanzaron hacia la desprotegida retaguardia ateniense.

En la ladera se hizo un caos de destellos plateados y géiseres de sangre. Cuando Kassandra buscó a Brásidas con la mirada, se dio cuenta de que estaba en todo el medio de la batalla y vio cómo el frente ateniense se empezó a arremolinar a su alrededor mientras Cleón gritaba a sus hoplitas para que le entregaran la cabeza del general espartano.

La visión de las Termópilas en la que caía el héroe espartano palpitó en su mente. «No, esta vez no».

Entonces, Kassandra bajó de la montaña, cruzó un arroyo de un salto y corrió hacia donde se desarrollaba la batalla. Allí se agachó para esquivar una lanza enemiga, se deslizó por la tierra mojada de sangre y pegó un salto para empujar a un lado a un corfiota que había intentado atacarla. Aquel día, su único enemigo en el campo de batalla era Cleón.

Una cabeza con la mirada perdida rebotó en su camino y una lluvia de sangre caliente y tripas cayó sobre su espalda mientras corría.

Finalmente, llegó al centro de la batalla, donde un campeón ateniense asestó un tajo a Brásidas. Kassandra cogió a un enemigo por el hombro, le hizo dar media vuelta para mirarla a la cara y le clavó la lanza de Leónidas entre las costillas. Un segundo soldado le hizo un corte superficial en la tripa con la lanza, de forma que acabó con los muslos cubiertos de sangre. Luego, esquivó el segundo ataqué del hoplita y le rebanó la mano.

Brásidas aprovechó a su favor aquel momentáneo giro de los acontecimientos para dar un cabezazo a un tercer campeón ateniense y luego rajar a un cuarto de la cara a la ingle. El espartano, que se tambaleaba entre temblores, tenía la cara llena de sangre y los ojos y dientes blancos al sonreír como un maníaco. Levantó su lanza para saludar a Kassandra.

—¡Sabía que te volvería a ver! Además has llegado en el momento just…

Tuvo un espasmo y, a continuación, la punta de una lanza le atravesó el pecho como una explosión de color rojo.

—¡No! —gritó Kassandra, que estiró un brazo hacia él.

La lanza se levantó, y con ella a Brásidas, como si fuera la captura de un pescador. El general se retorció y vomitó sangre. Deimos, con los músculos marcados por el esfuerzo, levantó la lanza como si fuera una bandera de victoria y, a continuación, arrojó al suelo el cadáver del general espartano.

Deimos la miró.

—¿Así que Cleón no preparó tu ejecución? —espetó—. Quizá tuvo que habérmelo dejado a mí.

Una vez pronunció aquellas palabras, el hombre se acercó a Kassandra y, en cuanto desenvainó su espada con un sonido silbante, buscó con ella el cuello de la *misthios*, que dio un paso atrás y encajó la estocada con la lanza rota. Al chocar, las dos hojas se sacudieron con furia, tal como lo habían hecho en Esfacteria, y ambos rugieron por el esfuerzo mientras la batalla se desarrollaba a su alrededor.

—Hasta aquí hemos llegado, hermana —dijo Deimos con voz áspera, presionando con su espada para que el arma de Kassandra apuntara a su propio cuello—, uno de los dos debe morir.

Sintió que resurgían sus fuerzas y empujó la lanza contra su espada. Como un púgil dando la vuelta al combate, ella se creció mientras que él se encogía, con la espada deslizándose, la punta de lanza ahora acercándose a su cuello. La confianza de Deimos comenzó a desmoronarse y lo vio abrir los ojos. Otra vez allí, en el precipicio, con la posibilidad de salvar a su hermano o dejarlo morir. Y luego, Deimos se agitó de repente con un grito desgarrador.

Cayó. Kassandra retrocedió, mirando su lanza.

¿Lo había hecho ella? No, su hoja no lo había tocado y no había ni una mancha de sangre fresca. ¿Entonces cómo? ¿Quién? En ese momento vio la flecha que sobresalía de la espalda de Deimos y lo vio desplomarse sobre sus rodillas y caer a un lado, engullido por un frenesí de hombres que luchaban en un azote de extremidades y lanzas giratorias. Sus ojos trazaron el camino que había tomado la flecha hacia una pequeña roca detrás de Deimos.

Allí arriba se encontraba Cleón, de pie, y la cuerda de su arco aún vibraba, el rostro envuelto en una expresión semejante a la incredulidad.

Sus labios se convirtieron en una mueca de triunfo enloquecida y fugaz antes de preparar una nueva flecha a toda prisa. Pero antes de que pudiera disparar, Kassandra fue hacia él.

—*¡Skatá!* —gritó, apartando la flecha y enredando los brazos en el arco. Mientras que ella trataba de alcanzarle el pecho, él se arrojó a un lado. Tiró el arco y se lanzó en una carrera imprudente a través de la batalla. Ella salió a perseguirlo, luchando contra unas fauces de lanzas rechinantes para abrirse paso a través del caos y no perder de vista a Cleón. Las flechas silbaban y las balas de piedra caían atronadoramente sobre los heridos, salpicando en charcos de sangre, vómito y tripas abiertas.

Solo cuando llegó a los bordes de la refriega, la batalla comenzó a debilitarse. Finalmente, el fragor de la batalla no era más que un murmullo a sus espaldas. Lo único que importaba era el ateniense que saltaba y se sacudía ante ella. El hombre tropezó y rodó, su capa azul golpeándolo a cada paso que daba. Ella corría como un ciervo, sintiendo que las plantas de sus pies raspaban la tierra desnuda y la arena mojada. El ruido de las olas la rodeó mientras perseguía a Cleón hasta la playa. Montículos de arena húmeda se elevaban para dar paso a columnas de espuma mientras el hombre se adentraba en las aguas poco profundas. Vadeó hasta que el agua le llegó al pecho y entonces se detuvo, jadeando y sin aliento, volviendo la cabeza hacia ella y luego hacia el mar. Tenía el rostro blanco como la luna.

—No… no sé nadar —dijo confundido.

En silencio, Kassandra nadó hacia él, que levantó la espada. Ella agarró su muñeca y la giró hasta que dejó caer el arma, luego lo agarró por el cuello de la túnica, arrastrándolo de vuelta a donde el agua le llegaba por los tobillos.

Una vez allí, lo hizo arrodillarse. Cleón empezó a llorar y suplicar, pero ella no quiso escucharlo: agarró su cabeza desde atrás y lo empujó boca abajo; le hundió el rostro en la arena. Agitó las extremidades y la arena se sacudía por sus gritos amortiguados. Finalmente, se quedó inmóvil. Kassandra se dejó caer sentada, la respiración agitada.

El último y más peligroso miembro del Culto estaba muerto. Tras ella oyó el gemido de los *auloi* espartanos, el solemne grito de victoria.

—¡Auu! —gritaban levantando las lanzas, formando un círculo

alrededor del cuerpo de su aclamado líder. Brásidas había muerto, pero contra todo pronóstico, habían salvado Anfípolis y el norte.

Algo flotaba en las olas dentro de la túnica de Cleón. Se dio cuenta de que era una máscara con una muesca en la frente por el golpe de una espada. Ícaro vino y se acomodó sobre su hombro mientras observaba la máscara flotar a lo largo de la costa. El águila graznó a los reductos que quedaban flotando.

—Sí —dijo Kassandra, y acarició sus plumas—, se acabó.

18

Dicen que Brásidas pereció con la melodía del triunfo espartano resonando en sus oídos. Dicen que murió con una sonrisa nostálgica dibujada en el rostro. Pocos fueron los que de verdad vieron el terrible final que sufrió contra la punta de la lanza de Deimos. Mientras la *Adrestia* zarpaba desde la bahía de Anfípolis, Kassandra contemplaba el interior de la ciudad, que brillaba con un fulgor rojo bajo el sol del atardecer, la tierra toda marcada con piras fúnebres y montones de trofeos. La colina sobre la que había tenido lugar la batalla ya descansaba libre de cuerpos, pero los muertos en combate jamás serían olvidados. De hecho, Esparta había encontrado un nuevo héroe en Brásidas. Ya se llamaba a su políglota ejército «Los brásidos». Incluso en esos momentos, aquellos espartanos e ilotas todavía acampaban juntos; por una vez, sin diferencias de clases de por medio y relacionándose de forma fraternal, tras la victoria.

A pesar del triunfo que habían conseguido, el viaje hacia el sur fue sombrío, con Barnabás y su tripulación deprimidos; pasaban las noches bebiendo sosegados y comentando las aventuras que habían pasado junto a Kassandra. Hicieron una parada en Atenas, donde ya habían elegido a un nuevo general. Nicias, por quien habían abogado Sócrates y el grupo de personas que había conseguido mantener los principios de Pericles durante los oscuros días de gobierno de Cleón. El nuevo general ya había comenzado las negociaciones con Esparta. Algunos decían que a la vista había un tratado de paz: una promesa de cincuenta años de tranquilidad. Una propuesta oportuna, opinaba Kassandra. Tanto Esparta como Atenas

habían acabado devastadas por la guerra. Del duro enfrentamiento, ninguno de los dos bandos había sacado nada más que un ejército de viudas y huérfanos. Kassandra se quedó una noche en Atenas, sentada junto a las tumbas de Febe y de Pericles, en silencio, antes de zarpar otra vez rumbo a su hogar.

Llegaron a Esparta a principios del octavo mes del año. Barnabás avanzaba junto al caballo de Kassandra mientras este trotaba sin prisa hacia el norte, desde el puerto de Trinisa hacia la Tierra Hueca durante una luminosa tarde de finales de verano. Había pasado mucho tiempo desde el desastre de Esfacteria, desde la última vez que había visto a su madre. Se sentía igual que cuando, años antes, se estaba acercando a las costas de Naxos. ¿Sabría Mirrina que su hija todavía estaba viva? ¿Se encontraría bien? Cuando entró en las aldeas espartanas, el corazón le latía con fuerza. Los ilotas dejaban sus tareas a un lado y se ponían en pie para verla pasar.

—La *misthios* —susurró uno.

—La heroína de Beocia —dijo otro.

—¿Es ella? ¿La que luchó mano a mano con Brásidas en Anfípolis y les ganó a los atenienses en el norte?

Los hómoioi, que se reían y simulaban peleas en el gimnasio, también la miraron con atención al pasar, todos en silencio. La contemplaron con el ceño fruncido, como siempre. Entonces, todos a una, levantaron las lanzas. Por un momento, Kassandra pensó que iban a atacarla, pero no bajaron las armas, sujetas con una mano, que apuntaban hacia el cielo en forma de saludo. Todos a una, otra vez, dieron un grito que la conmovió hasta el alma.

—¡Au!

Al otro lado, vio cómo las puertas de su hogar se abrían con un crujido. Mirrina se deslizó por el hueco, con una mano en el pecho, como si quisiese controlar los latidos de su corazón. Kassandra se bajó del caballo, se acercó tambaleándose hacia ella y cayó entre los brazos de su madre.

Casi todas las noches se sentaban alrededor del hogar, bebían vino diluido en agua, comían aceitunas y tortas de cebada. Kassandra necesitó muchas noches para explicárselo todo: el desastre en Esfacteria, las largas noches desquiciantes encerrada en la cárcel ateniense y el día en el que todo

cambió. La libertad, la obra de Aristófanes y, después, el viaje hacia el norte, hacia Anfípolis.

—Hace poco nos llegaron noticias de lo que había pasado allí —dijo Mirrina, bebiendo el vino a sorbos—. Se hablaba de un gran número de muertos, pero de una victoria magnífica. También de la muerte de Brásidas.

—Fue un ejemplo para todos nosotros —respondió Kassandra—. Los éforos le dieron un ejército insignificante para luchar y evitó que el norte cayese en manos de Cleón; lo salvó. He oído que planean levantar un cenotafio en su honor cerca de la Tumba de Leónidas. Será un digno compañero.

—Lloré cuando oí que había muerto. Pero después oí a la gente hablando de otra persona que había estado presente en la batalla, una mercenaria. Entonces me invadieron las esperanzas y sentí que, de algún modo, de algún modo aquella eras tú. Desde que te envié a Esfacteria no había oído nada, solo historias de una isla quemada repleta de cadáveres ennegrecidos. Pero nunca me permití creer realmente que la de Anfípolis habías sido tú. En ocasiones recé para que no lo hubieras sido… porque decían que Deimos también estuvo allí.

A Kassandra se le hizo un nudo en la garganta.

—Estuvo, sí.

Mirrina apartó la vista del fuego lentamente y la miró con el rostro medio iluminado por las llamas y los ojos vidriosos.

—Sí, y los rumores que cuentan que fue él el que mató a Brásidas también deben ser ciertos.

—Madre… me pediste que lo trajera a casa —susurró Kassandra—. Y fracasé.

Mirrina pareció dejar de escucharla y volvió a contemplar el fuego con mirada perdida.

—Lo intenté, madre. Pero Cleón de Atenas lo abatió en un arrebato de envidia.

Pasado un rato, Mirrina asintió.

—Eso significa que otro de los miembros de nuestra estirpe ha muerto —dijo en voz baja. Se levantó, fue hacia donde estaba sentada Kassandra y le pasó un brazo por los hombros—. Quedamos muy pocos —dijo, y

acarició el pelo suelto de Kassandra con los dedos mientras la miraba a los ojos—, y creo que debería responderte a la pregunta que me hiciste en una ocasión, hace ya mucho tiempo.

—No entiendo.

—La identidad de tu padre, Kassandra. De tu verdadero padre.

Mirrina se inclinó y acercó los labios a la oreja de Kassandra.

El nombre que le susurró resonó por todo su cuerpo. Fue como si una campana repicase en su interior. Ahora lo comprendía todo…

Cambiaron de estación y el otoño trajo consigo tormentas y vendavales. Kassandra se levantó una mañana de su cama cómoda y acogedora con la mente despejada y con el cuerpo falto, por una vez, de las molestias y dolores que llevaban acompañándola desde hacía años. Observó el cielo sombrío que cubría la cumbre del monte Taigeto. Tal vez fue la proximidad del sueño, o la tonalidad concreta de las nubes, pero algo le azotó el corazón en aquel instante y conjuró los recuerdos de aquella noche de su infancia. Por primera vez dejó que el recuerdo se desarrollase sin que aquello la hiciera experimentar temor. Desde que había regresado a Esparta había visitado las cinco aldeas antiguas y había asistido a banquetes y a veladas de poesía, había entrenado en el gimnasio y casi todos los días había nadado al amanecer en las aguas tonificantes del río Eurotas. Ese mismo día había planeado llevarse a Ícaro a que cazara en el bosque, pero acababa de darse cuenta de que había un lugar que todavía no había pisado.

Fue sola, sin decírselo a su madre o a Barnabás. Partió provista de un pellejo para beber y un queso redondo, nada más. Respiró hondo para despejar la mente, llenándose los pulmones del aire fresco del lugar, perfumado por el olor de los pinos y de la tierra húmeda. Al ascender hacia la cima desató su famosa lanza partida e intentó utilizarla como bastón para caminar. Sonrió con tristeza al percatarse de lo poco adecuada que era el arma para semejante propósito y de lo pequeña que había sido ella tantos años atrás. Mientras subía el camino de la montaña se imaginó a los fantasmas de aquella época perdida caminando frente a ella: los mezquinos éforos y sacerdotes, Nikolaos, Mirrina… y en sus brazos… el pequeño

Alexios.

Comenzaron a formársele lágrimas en los ojos y apenas se percató de los chillidos de Ícaro, que volaba por delante de ella. Al llegar a la meseta vio el triste altar, deteriorado por las inclemencias del clima, en el que todo empezó. Durante un instante, pareció que toda su pena iba a hincharse y explotar. Casi dejó que ocurriera, pero hubo algo que la paró: la otra persona que se encontraba allí.

El hombre, de espaldas a ella, miraba al abismo.

—¿A… Alexios? —dijo con voz trémula.

Los chillidos de alarma de Ícaro, que volaba en círculos, se escucharon con claridad.

Alexios no respondió.

—Pero si moriste en Anfípolis.

Kassandra miró los hombros desnudos de su hermano y vio el inflamado verdugón de la reciente cicatriz que le produjo una flecha, que estaba parcialmente tapada por los largos rizos oscuros del hombre.

—La herida es meramente decorativa. —Dio media vuelta y la miró con un semblante inexpresivo—. Te he estado esperando aquí desde la última luna, sabía que vendrías tarde o temprano.

Su mirada era terriblemente fría. Entonces, Kassandra se dio cuenta de que no la miraba a ella, sino a algo detrás de ella.

—Mi corderito, mi chico —dijo Mirrina, que dio un paso adelante y se colocó al lado de su hija.

—¿Madre? —preguntó Kassandra—. ¿Me has seguido?

—La montaña nos trae a todos aquí —respondió Mirrina, que posó una mano gentil sobre el hombro de Kassandra cuando pasó a su lado—. Prometiste que lo traerías a casa, Kassandra, y lo has hecho.

La *misthios* la agarró por la muñeca para detenerla.

—No es seguro, Madre.

Sin embargo, los ojos de Mirrina se llenaron de lágrimas y tendió una mano a Alexios, que frunció el ceño y miró hacia otro lado.

—En la orilla del mundo una madre ofrece la mano a su hijo. Qué conmovedor.

—Alexios, por favor… —dijo entre lágrimas.

—Pronuncias ese nombre como si significara algo para mí —gruñó él.

—Es el nombre que te pusimos tu padre y yo.

Alexios sacudió la cabeza y la ladeó para observar a su madre con desconfianza.

—¿Eso fue antes de que me trajerais aquí para morir?

Mirrina se cubrió el pecho con los brazos y lo presionó con fuerza.

—Fue el Culto el que nos trajo aquí a todos aquella noche. Yo hice todo lo que pude por salvarte.

Alexios cerró los puños y se estremeció. Kassandra notó cómo el fuego empezaba a arder en su interior.

—Alexios, ya se ha acabado todo: la guerra, el Culto… Aparta sus nubarrones de tu mente. Recuerda quién eres.

El hombre negó con la cabeza lentamente.

—El Culto quería traer el orden al mundo. Yo fui su elegido y ahora seré yo el que traiga el orden.

—Tenemos la misma sangre, Alexios —dijo Kassandra—, y lo único que siempre he querido ha sido mi familia. Y sé que tú también.

Alexios agachó la cabeza y permaneció en silencio durante un instante.

—Una vez, cuando era pequeño y Crisis aún cuidaba de mí, me encontré con un cachorro de león enganchado en una trampa. Mi amigo intentó liberarlo… y entonces escuché los gritos de su madre al morir. —Volvió a levantar la cabeza—. Luego vi cómo la leona descuartizaba a mi amigo. En el mundo animal, los padres protegen a sus hijos.

Levantó la cabeza del todo. Sus ojos estaban sombríos y húmedos por la emoción.

—Yo te quería, Alexios —dijo Mirrina entre sollozos. A continuación, hizo una mueca, como si estuviera discutiendo consigo misma—. Que se vayan al cuerno las costumbres espartanas, te quería… y te sigo queriendo.

Con lentitud, Alexios empezó a sacar la espada de la vaina que llevaba al hombro.

—Mi nombre es Deimos, aquel al que amas está muerto. Está claro cuál es mi destino, y tú no te interpondrás en mi camino hasta él.

Dio un paso hacia Mirrina y liberó su espada en un segundo.

La lanza de Kassandra bloqueó el golpe, con lo que salvó a su madre.

Mirrina no se inmutó, la hoja estaba a un centímetro de su cabeza, pero su cara estaba cubierta de lágrimas frescas.

—¡Alexios, no! —gritó Kassandra.

Escupió saliva mientras intentaba forzar la espada hacia su madre.

Kassandra gritó y acumuló todas sus fuerzas, empujándolo hacia atrás e interponiendo la lanza.

—No quiero pelear contra ti.

—Ya te lo dije en Anfipolis, hermana. Uno de los dos debe morir —murmuró justo antes de saltar hacia ella. Sus hojas chocaron en una lluvia de chispas y la terrible canción del acero se elevó desde la montaña.

—No. ¡No! —Mirrina retrocedió y cayó de rodillas. Deimos lanzó una lluvia de golpes que desgarraron los brazos y cortaron la frente de Kassandra. La hostigó hasta el borde del precipicio. De no ser por su rapidez al reaccionar y la nube de polvo que levantó, la habría atravesado.

Las nubes se aglomeraron, furiosas, y retumbaron en lo alto. Kassandra sintió la ira ardiendo en su interior. La lluvia empezó a caer. Ella golpeaba la espada de Deimos una y otra vez. Vio cómo el gesto demoníaco que le fruncía el ceño se desvanecía. El arma se soltó de su mano, directa al abismo. Vio a su hermano desplomarse en el suelo. Deimos alzó las manos a modo de escudo mientras el brazo que agarraba la lanza se tensaba, todo su cuerpo preparado para dar el golpe.

La punta de la lanza se detuvo justo ante el esternón.

Ambos jadearon, mirándose a los ojos, y ella lo acunó. Lo sujetó al borde de la muerte. En el cielo resonó el comienzo de un trueno.

Mirrina se arrastró hacia ellos, agarrándose los cabellos.

—No, por favor.

—He hecho cosas terribles —susurró—. Hermana… todo podría haber sido tan distinto.

Kassandra sintió el cálido destello de una llama en su corazón.

—Todavía puede serlo, hermano.

Él negó con la cabeza.

—Te dije que uno de los dos debe morir aquí. Nadie había tenido la habilidad de derrotarme… hasta que luchamos en Esfacteria. Allí fuiste mi igual, y también en Anfípolis. Si Cleón no me hubiera hecho caer, me

habrías derrotado.

—Eso no importa —le suplicó—, piensa en lo que nos depara el futuro. Una familia, como siempre debimos ser.

Entonces se miraron, compartiendo aquel momento de su infancia juntos, cuando Kassandra casi logró atraparlo. Una nueva lágrima se derramó por la mejilla de Alexios, mezclándose con la lluvia.

—No puedo ser lo que quieres que sea. —Negó con la cabeza, despacio, con labios temblorosos—. El veneno ha calado demasiado hondo.

Lo vio mover la mano hacia la greba y sacar un cuchillo que llevaba allí escondido. Hizo ademán de lanzarlo al cuello de Mirrina. El tiempo se ralentizó. Kassandra sintió un espasmo en su cuerpo mientras clavaba la lanza de Leónidas en el pecho de Alexios. El cuchillo cayó de su mano y luego miró hacia el cielo con un largo, lento, último aliento.

Mirrina dejó escapar un gemido lastimero y Kassandra sollozó ruidosamente durante largo tiempo. El trueno resonó sobre sus cabezas, y solo cuando se desvaneció se acalló el llanto de Mirrina.

—Intenté salvarlo, Madre. —Sollozó Kassandra mientras la lluvia comenzaba a calmarse.

—He visto lo que ha pasado. —Suspiró Mirrina—. Ahora tu hermano es libre.

Se abrazaron entre ellas y al cuerpo de Alexios durante horas. Finalmente, las nubes se abrieron y los rayos de luz de un profundo tono anaranjado se extendieron sobre el monte Taigeto.

EPÍLOGO

Caminé entre las tinieblas y no sentí miedo. Era espartana, una misthios, una heroína de guerra. Mis pisadas resonaron lúgubres y solitarias en aquel oscuro lugar. A medida que me adentraba más bajo tierra, el calor del verano desaparecía a mi espalda. Di un par de golpes en el muro de piedra con un gancho de sílex para encender mi antorcha y pasé por delante de las cámaras talladas en la roca que, en aquellos momentos, estaban vacías. Las cadenas todavía yacían en su interior, así como las manchas de sangre ya secas de las víctimas del Mercader. Pasé por delante de la olvidada sala con la sombría estatua de la serpiente. La fosa debajo de los colmillos de la sierpe llevaba mucho tiempo sin saborear la sangre, así que el animal se moría de hambre. El altar donde conocí por primera vez a aquella retorcida mujer, a Crisis, se pudría bajo una gruesa capa de polvo. Yo seguí mi camino.

Como una niña pequeña, una parte de mí soñaba con la posibilidad de encontrar a mi hermano en las profundidades de esas viejas cuevas, tal y como ocurrió aquella noche, en una de las reuniones del Culto. Pero el recuerdo de mi lanza atravesándole el corazón todavía era reciente y doloroso. Ya casi había pasado un año desde su muerte. Lo enterramos y lloramos su pérdida. Ninguno de nosotros esperó que asistiese alguien más a la ceremonia pero, cuando Nikolaos y Esténtor aparecieron y nos contemplaron desde la lejanía, les invité a acercarse con una mirada solemne. Aquella noche, cenamos en el antiguo hogar familiar. En algunos momentos fue una cena de lo más extraña. Cuando Nikolaos, sentado en

uno de los extremos de la mesa, pidió una copa de vino, Madre, al otro extremo, llenó una… y se la bebió de un trago antes de seguir comiendo. A Esténtor se le escapó una risita divertida que consiguió disimular con un ataque de tos. No, aquellas heridas no se cerraron con esa cena, y lo más probable era que no se cerrasen jamás. Pero habían llegado a comprenderse: el odio pasado estaba enterrado y el Culto con él.

Con la aprobación de mi madre, la siguiente primavera salí de viaje una vez más, una última travesía que sabía que no podía eludir. Mientras la Adrestia surcaba los mares, Barnabás y Heródoto se hicieron inseparables; contaban una y otra vez las historias de nuestras aventuras juntos. El capitán de la embarcación representaba las situaciones en la cubierta y las exageraba muchísimo. Heródoto utilizaba su estilete a la velocidad de un pájaro carpintero para anotarlo todo, con la lengua fuera en un gesto de concentración.

Llegamos a la accidentada isla de Tera un día tranquilo: el mar parecía un manto de seda verde azulado y no corría ni una sola brisa de aire. Heródoto se ofreció a acompañarme en mi camino hacia las oscuras montañas, pero rechacé su oferta. Aquel era un viaje que tenía que hacer sola; bueno, con Ícaro siempre sobre mi hombro. Deambulé por la isla en forma de media luna; esa cáscara árida de un volcán hecho pedazos. Me preguntaba si las afirmaciones de Meliton de las marcas elaboradas en lo alto de las rocas habían sido solo un engaño del marinero, la broma de un loco. ¿Acaso en aquella isla había algo más que ceniza o piedra?

Avancé hacia las alturas. Me pasé días buscando por la accidentada isla. Un día, llegué a una escarpada barrera de piedra: lisa, al menos para el sentido de la vista. Solo cuando apoyé la mano sobre la superficie para mantener el equilibrio noté los tenues grabados. Retrocedí un par de pasos y vi las extrañas inscripciones: apenas visibles por la menor de las sombras. Me quedé allí varios días, explorando, leyendo los símbolos una y otra vez, observándolos durante la noche con la esperanza de que se iluminasen como habían hecho ante Meliton. Una noche, ocurrió, y una sección de la roca se apartó para revelar una entrada secreta en la montaña. Me adentré en la montaña y allí fue donde lo encontré. A mi verdadero padre.

La leyenda. Pitágoras.

Llevaba vivo unos sesenta años más de lo que la gente se creía; había vivido muchos, muchos años más de lo que un hombre debía vivir. Le brillaban los ojos y estaba lúcido. Sus palabras lo cambiaron todo. Me enseñó cosas que supe que jamás podría explicarle a nadie… bueno, quizás a Barnabás sí. La isla de Tera era una cáscara destrozada, sí, pero más allá de la entrada rocosa yacían maravillas doradas. Los extraños grabados fueron solo el principio. Me entregó un báculo antiguo que se me antojó extraño al tacto, igual que mi lanza, y me mostró muchas otras cosas asombrosas. No obstante, fue como si la tragedia me hubiera seguido a aquel lugar, ya que solo pude pasar unos pocos días con él. El brillo de los ojos de Pitágoras comenzó a menguar, sus andares se volvieron inseguros y su respiración dificultosa. Me explicó que era así como debía ser, que el báculo b había conferido más años de vida y que ahora yo era su portadora. Al tercer día me desperté y lo oí resollar y vi que sus labios se habían tornado azules. Intenté ayudarlo, quise devolverle el báculo, pero él se negó e insistió en que había llegado su hora. Murió en mis brazas, igual que Alexios.

Quemé su cuerpo en una pira, tal y como él me insistió que debía hacer, y contemplé como el humo se llevaba consigo su espíritu. Después piqué la roca de la entrada oculta hasta conseguir que el acantilado cayera y b sepultara para siempre. Era otra de las cosas sobre las que había insistido Pitágoras, y de nuevo conocía el motivo, ya que aquellos pocos días dentro de aquel lugar me habían mostrado que todo en este mundo no era lo que parecía, tal y como había dicho Sócrates. Sin embargo, aún quedaban por descubrir muchos secretos, aún había muchas preguntas sin respuesta. Me dijo con su último aliento que volveríamos a hablar otra vez. Y por eso supe que tenía que regresar a la cueva de Gaia.

Al entrar en la gigantesca cueva mis pisadas resonaron como el aleteo de unas palomas revueltas. Fijé b mirada en el círculo de piedra pulida y en el pedestal de piedra surcado de vetas rojas del centro. Ni miembros del Culto, ni Deimos… ni Alexios. La tristeza por todo b que había perdido hizo que se me formara un doloroso nudo en la garganta. A continuación, posé los ojos en la pirámide cubierta por una capa de polvo que descansaba

sobre el pedestal y sentí que mi corazón se aceleraba.

Di un paso hacia delante, inflé los pulmones y aparté el polvo de la pirámide de un soplido. Reapareció el brillo dorado, volví a sentir aquel ligero zumbido recorriendo la cueva y vi el extraño resplandor procedente del interior del objeto.

Y entonces me habló.

—Acércate más —susurró.

Se me heló el corazón. Aquella voz… era la voz de mi madre. Aquel era uno de los secretos que me había revelado mi verdadero padre: «Los artefactos de aquellos que vivieron antes que nosotros son fascinantes, pero también son insidiosos. Rebuscan en tu interior y pueden conocer quién eres, a quién amas y qué temes. Retuercen tu corazón, deforman tu arma y nublan tu mente. Ten cuidado, Kassandra».

Estiré la mano y la sostuve sobre la pirámide, pude sentir el calor que emanaba de ella.

—Tócame —imploró.

Me pasé la lengua por los labios, separé los pies, como si estuviera a punto de entrar en batalla, y seguidamente situé mi palma sobre la superficie lisa. Fue como si me hubiera caído un pedrusco sobre la cabeza. Vi luces blancas y destellos dorados y escuché una melodía estridente. Algo me agarró, me sacudió y me retorció. Sentí que unas manos gigantescas me sostenían, y al poco noté algo parecido a un martilleo en mi espíritu, de la misma manera que un herrero intentaría dar forma a una espada. Aquella fuerza invisible intentaba robarme mi propia esencia… o tal vez matarme. Un alarido pugnó por escapar de mi pecho.

Y entonces me azotó una fuerza similar a un violento vendaval, y la perversa energía desapareció. Volví a sentirme a salvo allí, en aquel extraño inflamando bañado por una luz suave en el que carecía de peso y de sombra. Y después oí otra voz.

—Has presenciado todo lo que este artefacto y otros artefactos similares pueden hacer a los hombres —dijo Pitágoras.

—¿Padre? —pregunté con voz ronca.

—La voz que te decía que te acercaras no era la de tu madre, pero esto que oyes sí es mi voz, de eso puedes estar segura. Te dije que volveríamos a

hablar.

—¿Cómo puede ser? Puse tu cuerpo en la pira.

—El barquero Caronte está esperando a que cruce la laguna Estigia. Mi vínculo con el artefacto es lo único que me mantiene a orillas del mundo de los vivos, pero ese vínculo pronto desaparecerá. Así pues, antes de que sea demasiado tarde, he de contarte la verdad sobre la pirámide. La crearon aquellos que estuvieron antes aquí, para poder ver a través de las redes del tiempo: el pasado, el presente y aquello que aún está por venir…

—Por eso el Culto veneraba a la pirámide —dije, y, de pronto, me di cuenta de una cosa—. Es la clave del control y el orden.

—Ellos jamás lo entendieron —suspiró Pitágoras—. Hace ya muchas décadas, un grupo de personas se reunió para mantener una teoría que, según ellas, podría traer el equilibrio al mundo. Creían que todo funcionaba a partes iguales con orden y caos, disciplina y libertad, control y libre albedrío. Como un conjunto de balanzas en perfecta armonía.

La tenue luz a mi alrededor se deformó y creó la difusa imagen de una reunión. Entre ellos, vio a un joven Pitágoras guiando y enseñando a los demás. Muchos asintieron con la cabeza y algunos otros debatieron. Entonces vio a otros que estaban detrás y cuchicheaban entre ellos.

—Sin embargo, algunas de las personas de este grupo no pudieron resistirse a las tentaciones del poder ilimitado. Cayeron en manos del caos… y así nació el Culto de Cosmos.

Sobre la tenue luz se mostraron distintas imágenes de las congregaciones de los villanos enmascarados y de los resultados de sus perversos planes: ejércitos que morían de forma innecesaria, ciudadanos asesinados, hombres inocentes ejecutados… y un niño que caía por un precipicio.

—Abusaron de su poder y sumieron al mundo helénico en una guerra sin fin. —Las imágenes desaparecieron de súbito—. Una guerra que tú estabas destinada a frenar.

Sentí cómo el corazón empezaba a latirme más fuerte.

—¿Yo? ¿Y… Alexios?

—También, pero el Culto se llevó a tu hermano y lo convirtió en uno de los suyos. Kassandra, por tus venas corre sangre mortal, pero también el

elixir carmesí de los antiguos. Leónidas también formaba parte de su linaje, así como yo mismo, o tu madre. Por eso ella y yo nos unimos. Al hacerlo traicionó a aquel espartano, Nikolaos, pero…

—Pero era mejor que traicionar al mundo y dejarlo en manos del Culto —concluí por él.

—Así es. Nos buscaban a ti, a mí, a tu madre y a tu hermano porque éramos los únicos que de verdad podíamos sacar todo el potencial de los artefactos. La pirámide solo habla con aquellos que tienen la sangre de sus creadores, por eso el Culto necesitaba a Deimos, incluso a sabiendas de que no podían controlar su naturaleza caótica.

—Pero ahora el Culto ya no existe. Lo destruí. Lo logré —dije.

El semblante de Pitágoras se tomó triste.

—Ojalá pudiera darte la razón, Kassandra, pero, al destruir al Culto, has movido demasiado las balanzas. El mundo solo puede estar en armonía si hay equilibrio, ¿entiendes? Esa es la única lección que debería haberte dado antes de morir: al destruir el Culto, simplemente has conseguido despejar el terreno para que crezca una mala hierba aún más oscura y poderosa. Hay que recuperar el equilibrio. Me recorrió un escalofrío.

—¿Y cómo puedo hacerlo? ¿Por dónde… por dónde debo de empezar?

—El báculo es la clave. Te otorgará el poder del tiempo, pues el tiempo lo es todo. Con él podrás… —De pronto calló.

—¿Padre?

—No…, ya es demasiado tarde —dijo, tenso—. La mala hierba ya ha echado raíces.

—No lo entiendo.

—¡Debes irte, Kassandra, rápido!

—¡¿Padre?!

Las imágenes se desvanecieron y aparecí de nuevo en la tranquila y desierta cueva de Gaia. Ahora la pirámide estaba fría y silenciosa. Escuché cómo disminuía el ritmo de mi respiración acelerada y sentí mi corazón latiendo de nuevo a un ritmo constante.

—¿Tú también lo has visto? —resonó el eco de una voz a través de la caverna—. Fue hermoso, ¿verdad? En ese momento vi la pálida mano apoyada en el otro lado de la pirámide, el brazo extendiéndose desde un

poza de sombras. Se me erizó la piel al instante. —¿Quién hay ahí? Dio un paso adelante desde las sombras, como una criatura que surge desde un sueño.

—¿Aspasia?

—¿Te sorprende verme? —preguntó.

No le respondí, sin duda mi reacción fue suficiente respuesta. La examiné: hermosa, elegante, envuelta en una estola blanca. Y entonces mis ojos se posaron en la protuberancia que había bajo la prenda. Una máscara de teatro de aspecto repulsivo, con nariz ganchuda y sonrisa maliciosa. Aspasia dio un paso hacia mí y me la mostró. Yo la miré fijamente.

—¿Pero cómo? ¿Por qué? —tartamudeé.

—El Culto ha desaparecido, Kassandra —dijo, y dejó caer la máscara en el suelo. La pisó con la sandalia y la partió en dos—. Cumplí con mi parte como miembro, pero solo para allanar el camino hacia mis propios planes.

—¿Qué planes?

—Escuchaste hablar a la leyenda, ¿no? Sobre la necesidad de traer un nuevo orden al mundo.

—No sé qué es lo que has visto u oído, Aspasia, pero eso no es lo que dijo mi padre. Él me enseñó que los extremos del orden o el caos no son la respuesta, es necesario que haya un equilibrio.

—Pitágoras no era lo suficientemente fuerte como para traer el verdadero orden al mundo —continuó Aspasia como si yo no hubiera hablado—, ni tampoco lo era el Culto. Fuiste una aliada útil para barrerlos del tablero de este gran juego.

—Pero les dejaste matar a Pericles…

—Lo habría evitado de haber podido —dijo con expresión impasible—, pero tú estabas allí y viste lo que sucedió. Deimos y sus hombres nos habrían matado a todos si hubiera tratado de intervenir. En cualquier caso, Pericles habría muerto satisfecho si con ello conseguía acabar con el Culto.

Se hizo el silencio.

—¿Y ahora qué? —pregunté, temiendo la respuesta.

—Ahora, el sueño —respondió Aspasia.

No pude apartar la mirada de sus ojos, brillantes como cristales de hielo.

—El sueño de toda Hellas como una república, sin más ciudades-estado compitiendo unas contra otras. El fin de las ideologías rivales de democracia y oligarquía. Sin azul y rojo. Sin ligas rebeldes. Un solo reino, controlado por completo por un verdadero líder: un rey filósofo que nos guiará a todos, un timonel que traerá orden al mundo. Será un proceso largo, como el crecimiento de un bosque nuevo, y el mejor se sembrará sobre un lecho de cenizas una vez que todo sea consumido por las llamas.

—¿Cenizas? ¿Llamas? Aspasia… Hellas está en paz —dije.

—¿Con esta farsa de acuerdo? Me encargaré de que no dure —ronroneó—. ¿Dónde, si no en la guerra, podríamos fraguar este sueño? — Su rostro se llenó de emoción: los rasgos de una fría sonrisa. Se refugió entre las sombras y sus siguientes palabras salieron de la oscuridad.

La seguí por puro instinto, pero no encontré nada.

—El sueño de un orden verdadero, completo y natural… —susurró desde algún lugar indeterminado, sus palabras sibilantes se desvanecieron en un eco. Entonces oí el distante golpeteo de pies que se alejaban.

Se había ido.

A solas, mi mente daba vueltas como un barco en medio de una tormenta, mi mano ansiaba sacar la lanza de Leónidas del cinturón… ¿para perseguir y desafiar a Aspasia? Y luego, ¿qué? ¿Atacarla y exponerme a la venganza de sus renombrados secuaces?

Después de todo lo que había sucedido, todo lo que me había pasado, me di cuenta de que esto no había terminado.

No había hecho más que empezar.

GLOSARIO

Abato: sala en el santuario de Asclepio donde duermen los enfermos.
Ádyton: lugar sagrado más recóndito de un templo griego.
Agogé: famosa escuela espartana para chicos. Los chicos tenían que superar extremas situaciones adversas y la agogé fomentaba un gran amor por el estado desde la tierna edad de siete años. Los jóvenes permanecían ligados a la escuela de muchas formas, hasta que cumplían los treinta, edad en la que, por fin, los consideraban hómoioi de pura cepa.
Andrón: habitación principal en un hogar griego para el entretenimiento.
Arconte: líder, gobernante.
Auloi (singular, *aulos*): instrumento de viento espartano que utilizaban en la guerra.
Bakterion: característico bastón con forma de T que llevaban los generales espartanos.
Éforos: grupo de magistrados espartanos elegidos por la asamblea popular. Entre las responsabilidades de los éforos estaban: declarar la guerra, determinar cuántos de los excepcionales regimientos espartanos marcharían a entablar batalla y rendirles cuentas a los dos reyes de Esparta.
Enomotia: «grupo juramentado» formado por treinta y dos soldados espartanos que, a menudo, estaban emparentados o a quienes los unían unos lazos estrechos. Acampaban, comían y marchaban juntos.
Estola: una túnica larga y plisada.
Estrígil: un utensilio que se utilizaba para exfoliar la piel después de un

baño.

Exomis: túnica con un solo hombro que normalmente llevaban los hombres.

Gerusía: consejo de ancianos de Esparta.

Hetera: estimadas cortesanas que servían a la diosa Afrodita.

Himatión: antigua prenda que vestían los hombres y dejaba al descubierto gran parte del pecho.

Hippeis: guardia real espartana.

Hoplita: soldado de infantería pesada de la Grecia clásica.

Keleustes: jefe de los remeros a bordo de un trirreme.

Khaire: saludo.

Kothon: taza que los espartanos utilizaban para beber su preciada sopa negra.

Kybernetes: timonel de una galera.

Lochagos: general responsable de un *lochos*.

Lochos: regimiento espartano. No eran muy comunes en la época de nuestra historia.

¡Malákas!: ¡Capullo!

Misthios: un mercenario.

Navarchos: almirante.

Pancracio: un deporte similar al boxeo o la lucha libre actuales.

Peltasta: un soldado de infantería ligera que portaba una reserva de jabalinas y que empujaba al enemigo al borde de la batalla.

Porpax: una manga de cuero o metal en la cara interior de un escudo. Su portador deslizaba el brazo dentro y de esta manera el escudo se convertía en una parte más de ellos de manera efectiva.

Simposiarca: la persona encargada de orquestar un simposio.

¡Skatá!: ¡Mierda!

Skiritos: una leva espartana compuesta por hombres libres que no eran ciudadanos y que vivían cerca de las montañas Esciritis. Eran unos exploradores excelentes, ejercían de guardias nocturnos y en la batalla desempeñaban un papel vital como tropas de repuesto.

Strategos: un gobernador militar.

Taxiarchos: oficial al mando de una taxiarquía.

Taxiarquía: un regimiento ateniense (al menos en nuestra historia, aunque probablemente todas las ciudades-estado griegas utilizaron el término en algún momento).

Thorax: armadura corporal.

Trierarca: capitán de un trirreme.

LISTA DE PERSONAJES

Alcibíades: un pupilo astuto y hedonista de Pericles, el hombre más poderoso de Atenas.

Alexios: el hermano menor de Kassandra. Cuando era un bebé lo lanzaron desde lo alto del monte Taigeto siguiendo los designios de una profecía maldita del Oráculo de Delfos.

Antusa: la jefa de las heteras del templo de Afrodita de Corinto.

Aristeas: el *strategos* corintio.

Aristófanes: posiblemente sea el dramaturgo de comedias más famoso de toda Atenas.

Arquídamo: uno de los dos reyes de Esparta; el de mayor edad.

Aspasia: una gran pensadora y oradora, y esposa de Pericles, líder de Atenas. Aspasia goza de un lugar en el centro de la dinámica comunidad intelectual ateniense.

Barnabás: este leal amigo de Kassandra es un marinero y exmercenario que ha visto mucho mundo y al que le apasiona inventarse historias.

Brásidas: uno de los mejores y más valientes generales espartanos. También era un consumado hombre de Estado cuyo noble objetivo consistía en procurar el fin de la guerra.

Cíclope, el Poderoso: criminal y tirano de Cefalonia.

Cleón: el acérrimo rival de Pericles, sediento de poder, que considera que Atenas debería adoptar una postura más agresiva en la guerra.

Crisis: es la sacerdotisa del Culto que crio a Deimos de tal forma que en el futuro sirviera al Culto de Cosmos como arma.

Deimos: fue criado dentro del Culto de Cosmos para convertirse en su héroe y campeón. Es una cruel arma viviente cuyos poderes extraordinarios le han granjeado la reputación de ser alguien temible.

Diona: miembro del Culto proveniente de Citera.

Dolopión: hijo de Crisis y sacerdote en el santuario de Asclepio.

Elpenor: rico y poderoso hombre de negocios de Cirra.

Eneas: *navarchos* de la flota naxiana.

Erinna: una de las heteras de Antusa.

Esténtor: hijo adoptado de Nikolaos y oficial espartano de cierta reputación.

Eurípides: famoso escritor de tragedias ateniense.

Febe: una joven huérfana ateniense adoptada por Kassandra.

Hermipo: dramaturgo y poeta… vinculado a cosas oscuras.

Heródoto: se le conoce como el «Padre de la Historia» y es un cronista de hechos y sucesos reales, así como un buen narrador de cuentos, que acompaña a Kassandra en su viaje.

Hipócrates: es considerado el padre de la medicina moderna, famoso por sus importantes y perdurables contribuciones en dicho campo.

Hyrkanos: mercenario contratado por los atenienses que opera en la Megáride.

Ícaro: el compañero más leal de Kassandra desde que era solo un aguilucho.

Kassandra: una *misthios* curtida y formidable.

Leónidas: legendario rey espartano y abuelo de Kassandra, conocido por liderar a sus trescientos guerreros en la batalla de las Termópilas.

Lydos: un esclavo ilota al servicio de los dos reyes espartanos.

Markos: un sospechoso negociante de Cefalonia.

Mercader, El: un miembro del Culto que dirige un mercado subterráneo, muy temido por sus métodos de tortura.

Mirrina: la madre de Kassandra, una fiera espartana.

Nikolaos: el padre de Kassandra, un general implacable con una lealtad inquebrantable a Esparta.

Oráculo de Delfos: el Oráculo, consultado tanto por el pueblo llano como por las personas más poderosas de toda Grecia, ofrece profecías y

opiniones que pueden cambiar el curso de la historia.

Pausanias: el más joven de los dos reyes espartanos.

Pericles: el líder electo de Atenas.

Pitágoras: legendario filósofo, teórico político y geómetra.

Roxana: una de las heteras de Antusa.

Silano: un miembro del Culto que accedió al poder en Paros gracias a sus conocimientos navales y el apoyo de ricos partidarios.

Sócrates: célebre filósofo ateniense frecuentado por la élite intelectual de Atenas.

Sófocles: célebre escritor de tragedias ateniense.

Testikles: el ebrio y talentoso campeón Pancracio de Esparta.

Trasímaco: compañero de batallas intelectuales de Sócrates.

Tucídides: uno de los generales más importantes de Atenas durante la Guerra del Peloponeso y uno de los primeros historiadores en hacer una crónica objetiva de aquella lucha.

GORDON DOHERTY Soy un escritor escocés adicto a la lectura y la ficción histórica. Mi amor a la historia despertó durante los períodos de tiempo en que estuve viviendo y trabajando cerca de los Muros de Adriano y Antonino, lugares de una rica historia rebobinada a través de miles de años. El Imperio tardorromano y bizantino me provocaron una particular fascinación. Hay algo especial en la metamorfosis de la Antigüedad tardía en la «edad oscura» y el período medieval. Aunque la ficción histórica es mi pasión, también disfruto escribiendo comedia y ciencia ficción. ¡Quizás algún día encuentre el modo de combinar las tres!